

Jean-Luc Bannalec

EL CASO DEL CASTILLO DE COMPER

UN NUEVO CASO DEL COMISARIO DUPIN



JEAN-LUC BANNALEC

El caso del castillo de Comper

Comisario Dupin N°7

Traducción de Marta Mabres Vicens

Grijalbo

Título Original: *Bretonische geheimnisse: Kommissar Dupins siebter Fall*

Traductor: Mabres Vicens, Marta

©2018, Bannalec, Jean-Luc

©2018, Grijalbo

ISBN: 9788425357565

Generado con: QualityEbook v0.87

Comisario Dupin - 7

JEAN-LUC BANNALEC

El caso del castillo de Comper

Traducción de
Marta Mabres Vicens

Grijalbo

Penguin
Random House
Grupo Editorial

*à L.
à mon ami Helge.*

*Un dañier bezañ bev
D'an deiz a hirtv!*

¡Hoy en día estar vivo
es muy peligroso!

Dicho bretón

El primer día

—¡El Valle sin Retorno, jefe! ¡Ya hemos llegado!

Al inspector Le Ber le brillaban los ojos. Estaba exultante.

El comisario Georges Dupin y su pequeño equipo de la comisaría de Concarneau habían llegado hasta allí sin problemas; el trayecto apenas les había llevado una hora. Dupin había conducido como siempre, ignorando por completo la velocidad máxima permitida. Su anguloso Citroën tenía unos años, sí, pero conservaba una maniobrabilidad excelente; de hecho, lo demostró con creces en un par de ocasiones. Le Ber y Labat, sus dos inspectores, iban en el asiento trasero, mientras que Nolwenn, su mano derecha, viajaba a su lado, en el asiento del copiloto.

Al principio, a Dupin no le entusiasmó demasiado la «magnífica ocurrencia» de Nolwenn de combinar una salida de servicio del comisario al bosque de Brocelianda, por desgracia ineludible, con una excursión de todo el equipo. Pero Nolwenn estaba decidida. Incluso a Labat, que por naturaleza siempre tenía algo que objetar, le había parecido una idea excelente.

Con tono severo, Nolwenn les recordó que habían pasado más de dos años desde la última excursión, cuando visitaron la costa bretona más noroccidental, y Dupin tenía que admitir que fue muy agradable. De hecho, su falta de entusiasmo se debía al compromiso que había contraído a principios de verano, durante su último caso, con su viejo amigo de la policía de París, Jean Odinot, quien le había facilitado información relevante desde la «zona gris» de la policía y él, a cambio, prometió investigar en nombre de su amigo un asunto relacionado con un caso no resuelto de la policía de París.

Dupin no pretendía zafarse. Para él, cumplir con su parte era una cuestión de honor; de hecho, por Jean Odinot haría muchas cosas, con compromiso o sin él. No, el problema no era Odinot. El problema era la policía de París. Tras ser apartado del cuerpo, es decir, suspendido por ofensa grave y, por desgracia, manifiesta contra el alcalde, se había jurado a sí mismo no tener nada que ver nunca más con la policía de París. El comentario de Odinot por teléfono el día anterior afirmando que el asunto que investigaban era «completamente absurdo» tampoco contribuía a aumentar su motivación.

—¡Brocelianda! —Nolwenn sacó un librito delgado de la bolsa de

provisiones en la que había comida suficiente para alimentarlos a todos durante varios días—. ¡*Brocéliande*! ¡Cuántos hermosos recuerdos en una sola palabra! Toda la Europa medieval pronunciaba este nombre con reverencia. El último reducto del reino de las hadas. Aquí es donde tienen lugar algunas de las más maravillosas creaciones de la imaginación que han conmovido los corazones de miles de personas.

Aquella era la primera visita de Dupin al bosque de Brocelianda — conocido también con el nombre, menos pomposo, de bosque de Paimpont—, el más grande de la Bretaña y, sobre todo, el más famoso. No solo en la Bretaña, sino también en Francia y en toda Europa. Era, sin duda, el corazón fantástico de la región. El más místico de todos los lugares místicos. La leyenda de todas las leyendas. Y, considerando la profusión de leyendas de la Bretaña, aquello ya era destacable por sí solo. Dupin ya se había hecho a la idea de que, durante aquella salida, Le Ber y Nolwenn adoptarían el papel de guías con más diligencia de la que ya era habitual en ellos, y que lo comentarían todo como verdaderos expertos. Se juró a sí mismo mantener la calma más absoluta.

—Lo mejor será que aparquemos junto a la iglesia del Grial. Es un buen punto de partida.

Nolwenn señaló a la izquierda.

Allí todo sugería lugares espectaculares. Ya en los carteles del borde de la carretera se podía leer: «Iglesia del Grial», «Mar de Lancelot», «Escalinata de Merlín», «Tumba del Gigante»...

—¡Siete mil setecientas hectáreas! —Le Ber se había desabrochado el cinturón de seguridad y se inclinó hacia ellos—. Con extensiones de bosque y brezales y multitud de estanques y lagos. Un magnífico vestigio del bosque que, en tiempos de los galos, ocupaba toda la Bretaña. Tiene forma de dragón dormido. ¡Desde el aire se aprecia perfectamente! El significado vulgar de su nombre deriva de *broce*, bosque, y *lianda*, landa, o sea, «tierra de brezos». Sin embargo, su verdadero significado proviene del celta y es «fortaleza del otro mundo».

Le Ber hizo una breve pausa y prosiguió al instante con más énfasis:

—Aquí es donde tienen lugar innumerables leyendas celtas y bretonas, las más extraordinarias historias de hace varios milenios. Sin embargo, el bosque alcanzó renombre por el rey Arturo y su Mesa Redonda. Como ya sabe usted —dijo, utilizando una vieja triquiñuela retórica para captar la atención—, para nosotros, los bretones, Arturo tiene una importancia inmensa. En

concreto, es la personificación de ¡la persistencia! —La pasión de Le Ber iba en aumento—. Una de nuestras mayores virtudes, la esencia de nuestro ser. La persistencia a la hora de defender los ideales máximos, los principios del reinado de Arturo: igualdad, fraternidad y bondad. ¡Nosotros, los bretones, creímos siempre en el retorno de Arturo! ¡Le guardamos una lealtad inquebrantable!

—Pero si ni siquiera se sabe si Arturo existió de verdad —murmuró Labat, que miraba con indiferencia por la ventanilla.

Le Ber no se amilanó.

—En cualquier caso, la leyenda y su enorme repercusión sí existen. —Una frase muy propia de Le Ber—. ¡Y el poder y la fuerza de su aura! Además, hay muchas evidencias científicas que apuntan a que detrás de esas historias fantásticas existió, en efecto, un personaje real.

—Y un buen número de historias del mundo artúrico se ubican en este bosque —intervino Nolwenn.

Tréhorenteuc era el nombre de la pequeña aldea situada en el *Val sans Retour*, el Valle sin Retorno, ubicado en el límite occidental del bosque. A la izquierda de la pequeña carretera había un par de casas aisladas; a la derecha, un campo segado. Dupin ya vislumbraba la iglesia y el cementerio que se erigía justo detrás. No cabía duda: era un lugar muy agradable, con mucho encanto.

Durante el último cuarto de hora, tras abandonar la carretera nacional, el camino los había conducido por el tipo de paisajes que más le gustaban a Dupin. Campos ligeramente ondulados, de las más diversas tonalidades de verde, armoniosos, cercados por muros de piedra antiguos; prados, bosques silvestres, pequeñas carreteras serpenteantes y bonitas aldeas. Una combinación muy particular de cultura y naturaleza. El interior de la Bretaña, el *Argoat*.

Le Ber volvió a pasar la cabeza entre los asientos delanteros.

—En la primera versión en francés de la memorable *Historia Regum Britannie* de Godofredo de Monmouth, de mediados del siglo XII, el bosque de las aventuras del mundo artúrico se ubica sin lugar a dudas en la Bretaña. El iniciador de las novelas artúricas fue Chrétien de Troyes, que vivió entre 1135 y 1188. Provenía de la Champaña y...

—¡Esto no está nada mal! Sin duda, una excelente circunstancia para fantasías de fábula.

Labat quería hacerse el gracioso, pero solo logró que Le Ber siguiera con

mayor ímpetu.

—Chrétien recogió las crónicas de la *Historia* —continuó, y puso especial énfasis en la palabra «crónica»—, pero también narraciones celtas muy antiguas. Y las numerosas historias sobre Arturo y su Mesa Redonda, que al principio se transmitían de forma oral. Existen cinco novelas de Chrétien. —Por desgracia, Dupin sabía lo que venía a continuación—. Y estas están sobre su escritorio desde hace dos semanas, jefe.

El comisario se esforzó por clavar la vista al frente. Había visto aquellos libros gruesos, pero ni siquiera los había hojeado.

—En todo caso —prosiguió Le Ber—, las novelas de Chrétien se tradujeron a otras lenguas, dando lugar a obras de una excelente calidad literaria, y generó también numerosas versiones populares en torno al mismo tema. Debe usted imaginar la literatura artúrica como un exuberante arriate de primavera. Con brotes por doquier, en todas las direcciones. —Le Ber estaba completamente entusiasmado—. Es una historia eterna; el tema es inagotable, se reversiona una y otra vez, nunca terminará.

—Pare aquí, a la derecha, junto a la carretera —interrumpió Nolwenn—. Aquí es perfecto.

—Y también le dejé sobre el escritorio una edición del famoso *Ciclo de la Vulgata*, conocido como los libros de Lanzarote y el Grial. Está considerada una de las narraciones artúricas más importantes. Muchos de los sucesos relatados tienen lugar aquí, en este bosque. Las historias sobre el joven Arturo; sobre Merlín, el mayor mago de todos los tiempos; el hada Viviana; Morgana, la hermanastra de Arturo; Lanzarote e Yvain, el Caballero del León. Hay que...

—Ya hemos llegado.

Dupin aparcó el Citroën detrás de otro coche, a apenas veinte metros de la iglesia. Apagó el motor, abrió la puerta y se apeó. Los demás hicieron lo mismo.

Se quedó quieto e inspiró profundamente.

En el interior de la Bretaña el tiempo también era de fábula. El bosque se encontraba a medio camino entre la costa norte y la sur, la bahía de Vizcaya y el canal de la Mancha, entre Vannes y Saint-Malo. Las nubes se imponían con frecuencia. Pero aquel día era distinto. Era fantástico.

Estaban a mediados de agosto, una época peculiar: verano con tintes melancólicos. El tiempo podía cambiar de repente, como dos semanas antes, cuando unas nubes enormes y tormentosas se deslizaron a toda velocidad por

el cielo, llovió y se levantó un temporal que arrancó las primeras hojas de los árboles. Uno no podía dejar de sorprenderse cuando, de pronto, el ambiente volvía a cambiar por completo. La luz se tornaba más templada, más suave, de un tono dorado aterciopelado, incluso al mediodía. Se podía saber con precisión el día en que todo era distinto. Esto no significaba que el verano se hubiera acabado, por supuesto que aún quedaban días calurosos, quizá hasta finales de octubre: calor veraniego y puede que canícula, aunque tampoco ese calor era ya el mismo.

De todos modos, ese día no había ni asomo del otoño. Cuando salieron de Concarneau, pasada la una de la tarde, el termómetro marcaba veintisiete grados. El sol seguía calentando con todas sus fuerzas. El cielo era de una claridad penetrante, de un azul intenso y magnífico.

—Repasemos el plan para hoy. —Nolwenn rebosaba energía. Se habían reunido detrás del coche, junto al maletero, con las bolsas y las mochilas—. Los inspectores y yo iremos al establecimiento de Marie Line, a la Maison des Sources. —También ahí, cómo no, Nolwenn conocía a todo el mundo. Miró la hora—. Usted, señor comisario, tiene una cita ahora mismo, y cuando termine se reunirá con nosotros. —Arrugó la frente—. No creo que se alargue más de las cuatro.

Dupin tenía que encontrarse a las dos y media con Fabien Cadiou, el hombre al que debía interrogar por encargo de Odinot. Confiaba en no tardar más de hora y media.

—En casa de Marie Line compraremos mapas, libros y todo lo que necesitemos. Y también podemos comer alguna delicia dulce y sabrosa.

Nolwenn llevaba varios días hablando de la Maison des Sources, una pequeña cafetería que tenía además una librería y una galería de arte.

—Me imagino que después de la entrevista querrá usted tomarse un café. Después partiremos para hacer la visita de hoy. Primera parada: el Santo Grial. —Señaló la iglesia con la cabeza—. Luego, el Valle sin Retorno, también conocido como el Valle Peligroso o el Valle de los Falsos Amantes.

—Lo más importante en este valle —Le Ber bajó mucho la voz y se puso muy serio— no es lo que se ve, sino lo que se siente.

—¡Qué desfachatez! ¡Robarnos la playa así, sin más! —Labat arrojó al maletero el periódico que había estado leyendo por el camino. Su indignación consiguió neutralizar las apasionadas palabras de Le Ber—. Creo que deberíamos presentar una denuncia.

Nadie dijo nada. Desde hacía una semana, los periódicos bretones no

hablaban de otra cosa: los corsos, que, de hecho, estaban muy bien vistos en la región, habían tenido la osadía de utilizar las fotografías de una playa bretona en un folleto comercial de Córcega pensado para mostrar la belleza única de la costa mediterránea de la isla. La indignación de los bretones era, por supuesto, mayúscula. Pero, en su interior, lo sucedido les enorgullecía. ¡El Mediterráneo usando imágenes de la Bretaña para hacer publicidad! ¡Era la constatación de que las playas bretonas eran las más mediterráneas!

Nolwenn desoyó por completo la intervención de Labat.

—Entre las siete y las siete y media iremos al hotel. Tenemos mesa reservada allí para las ocho y media.

Nolwenn y Le Ber habían discutido largo y tendido sobre la elección del hotel. Al final, habían optado por el Grée des Landes, en La Gacilly, sobre todo porque querían probar el restaurante, que tenía excelentes críticas. Como buenos franceses, y los bretones en este aspecto también lo eran, el restaurante era lo más importante. De hecho, todos los planes empezaban por ahí.

—Jefe, la casa de Fabien Cadiou no está muy lejos de la Maison des Sources. A no más de tres minutos de aquí. Iremos juntos un trecho y luego usted deberá tomar otra dirección. *Allons-y!*

Le Ber se puso en marcha. Iba convenientemente preparado para la ocasión. Ropa de montaña, calzado con el que podría escalar el Montblanc y mochila azul a juego. Labat, por su parte, vestía vaqueros, camiseta y una chaqueta fina de color verde militar. En el hombro, una enorme «S» de Salomon, la marca favorita del inspector. Nolwenn, como siempre, estaba magnífica.

Le Ber se volvió hacia Dupin:

—Jefe, como le dije, Fabien Cadiou es una eminencia. Es uno de los investigadores sobre Arturo más destacados del mundo.

Dupin no respondió. Habría preferido dejar a un lado que Cadiou tenía algo que ver con el rey Arturo.

—Nolwenn, ¿se acordó de pedir el menú vegano para mí? —preguntó entonces Labat.

Hacía poco que el inspector y su esposa, la profesora de artes marciales de Lorient, se habían convertido al veganismo. En principio, Dupin no tenía nada que objetar al respecto; sin embargo, lo que le exasperaba, y solía sacarle de quicio tanto a él como a los demás, era el celo excesivo que ponía en esa cuestión. Labat hacía una misión de cualquier cosa.

Le Ber, que seguía encabezando la marcha, respondió sin la menor ironía

ni provocación.

—Para esta noche yo he pedido fricasé de caracoles a la mantequilla de perejil, y de segundo, carré de cordero con costra de hierbas y nueces del bosque.

Por supuesto, la carta había sido sometida a un escrutinio riguroso. Casi podían oír el suave chasquido de una boca relamiéndose.

Durante un rato reinó el silencio.

—Para mañana —prosiguió Nolwenn—, el plan del día es el siguiente: visita a la fuente de Barenton, la famosa fuente mágica; a continuación, Paimpont, de alguna manera el centro del bosque. Luego...

Le Ber se detuvo de pronto.

—Jefe, usted ahora tiene que ir por aquí —dijo señalando un sendero ancho que partía a la derecha del camino—. Son unos trescientos metros más o menos. La mansión se encuentra justo en el lindero del bosque. La Maison des Sources está ahí. —El inspector se volvió hacia las casas con un breve gesto de cabeza—. Delante de nosotros, a la derecha. No tiene pérdida.

Dupin vio un murete de piedra que le llegaba a la cintura; detrás había unas malvas espesas y un edificio antiguo de piedra de color rojizo.

—Granito rosa —murmuró el comisario sin pensar. Desde sus vacaciones en la costa del granito rosa se fijaba en los distintos tipos de piedra.

La respuesta de Le Ber no se hizo esperar.

—Si me permite que le corrija, jefe... Es pizarra. Pizarra roja. No es granito. La roca de este bosque es la pizarra, tanto la gris como la roja. También el Valle sin Retorno, en el que ya se han perdido algunos, está atravesado por franjas de pizarra roja. El elevadísimo porcentaje de hierro provoca fallos en las brújulas... y también en los sentidos. —Una afirmación casi científica—. Por cierto, ¿sabe usted por qué la pizarra es roja?

Dupin suspiró y negó con la cabeza.

—Había una vez siete hadas que vivían escondidas bajo el mar con sus tesoros —empezó Le Ber sin más—. Habían hecho el juramento de que jamás se mostrarían ante los humanos. Sin embargo, la de menor edad incumplió esa promesa y se mostró ante un joven que cabalgaba junto al mar. Las hermanas del hada decidieron matarlo para evitar ser descubiertas. Cuando se enteró de lo que habían hecho, el hada pequeña se enfadó tanto que degolló a sus seis hermanas mientras dormían, preparó una pócima mágica con su sangre y resucitó al joven. Se dice que la pizarra absorbió en siete días la sangre de las

hadas asesinadas y que por eso tiene ese tono rojo.

Dupin abandonó el camino asfaltado. No estaba de humor para comentar la historia.

—Nos vemos luego.

—Lo dicho, señor comisario, a las cuatro a más tardar —exclamó Nolwenn.

—A más tardar —repitió Dupin en voz baja y aceleró el paso. La grava crujía bajo sus pies.

El camino rodeaba un arbusto alto de laurel. De pronto, la vista se despejó. Ahí estaba el famoso bosque. Extendiéndose sobre las cimas suavemente onduladas de unas colinas. Imponente, espeso, impenetrable, difícil. Y también obstinado. Se sintió envuelto en una atmósfera siniestra, no hostil pero tampoco amigable, que parecía engullir toda la luz. En cambio, los campos y los prados, un poco inclinados respecto al bosque, recibían la intensa luz del sol. La hierba era de un vivo color verde, casi cegador. Uno sentía que formaban parte del mundo ordinario, eran reales, mundanos. Algo que no podía decirse del bosque, viéndolo así.

Dupin sacudió la cabeza.

—¡Qué tontería! —dijo en voz alta. Había oído demasiadas historias acerca de aquel inmenso bosque mágico.

Era un bosque. Un simple bosque. Nada más.

Al poco rato, el comisario se encontró frente a la vieja mansión.

Pizarra roja, bloques de piedra grandes y perfectamente alineados, una altura imponente con sus tres plantas y el tejado en punta de color gris oscuro. Una estructura compacta que le confería un aspecto similar al de una torre.

Era como Le Ber había dicho: el edificio estaba justo en el lindero. Una mitad ocupaba la zona de los prados y la otra se adentraba en el bosque.

Dupin lo rodeó por la izquierda; en la parte trasera distinguió un gran patio rectangular protegido por un muro de piedra alto y descuidado. El aire era denso; olía a tierra, a madera y a humedad. De pronto, notó que la temperatura había descendido.

El muro parecía cumplir una función defensiva. Como si hubiera que asegurarse de que nada del bosque pudiera penetrar allí. Sin duda, habría todo tipo de alimañas salvajes: jabalíes, garduñas, tejones, lechuzas, nutrias y castores, que en ese bosque mágico posiblemente tendrían unas dimensiones excepcionales. Seguro que había también extrañas y enormes plantas

venenosas en las que uno podía verse atrapado.

Dupin reparó en un cobertizo de madera situado en una esquina. Junto a él había aparcado un Citroën todoterreno de color oscuro con los laterales muy sucios. Los árboles crecían indómitos por encima del muro y se colaban en el patio. El sol únicamente entraba en él cuando estaba en su cénit. Solo entonces podía haber luz de verdad en esa zona de la casa.

Se encaminó hacia los amplios escalones de piedra que conducían a la puerta de entrada de madera de la mansión. Debajo del timbre, una sobria placa de latón rezaba: BLANCHE CADIOU - DR. FABIEN CADIOU. Debajo, otra placa, más grande: *Brocéliande: Le Parc de l'Imagination illimitée*. «Brocelianda, el Parque de la Imaginación ilimitada.»

El bosque no solo absorbía la luz, sino también el ruido del resto del mundo. El silencio era impresionante.

Dupin llamó al timbre. Al hacerlo, miró a su alrededor. A la derecha de la entrada, en la grava, vio una mesa azul rodeada por cinco sillas de acero del mismo color. Parecían nuevas. Sobre la mesa había un objeto extraño. Una vasija, tal vez, con una forma peculiar.

Volvió a llamar. Esperó. Miró el reloj. Las 14.34. Había llegado puntual. La cita era el miércoles, a las dos y media, en la casa de Fabien Cadiou.

Llamó una tercera vez. De forma más prolongada.

—¿Hola?

Levantó la vista hacia la casa. Tres ventanas por planta. Una abierta en el segundo y el tercer piso respectivamente.

—¿Señor Cadiou? Soy el comisario Dupin. —Dejó pasar un instante—. De la comisaría de Concarneau. ¡Quedamos en vernos hoy!

Sus palabras apenas habían dejado de resonar cuando oyó un ruido extraño y se volvió al momento. Había sido una especie de raspadura, un arañazo. Reparó en algo blanco que se movía a toda prisa por encima del muro, profusamente cubierto de vegetación.

Al instante siguiente había desaparecido. Como si se lo hubiera tragado la tierra.

¿Un gato, tal vez?

—¡Maldita sea! —masculló Dupin. ¿Dónde se había metido ese Cadiou?

El comisario se sintió muy cansado. Necesitaba un café. Mejor dos. Claire y él habían estado hasta las dos y media de la noche desempaquetando cajas. Muchas, muchas cajas. Su vida, la de ella. Todo embalado en cajas que habían colocado en la planta de abajo, en la sala de estar de la casa que

habían alquilado en verano. Un hogar para los dos. Con una ubicación impresionante, a un tiro de piedra de la pequeña playa de la localidad, la playa Mine. Con vistas al mar y a la amplia bahía.

Durante la velada descorcharon y vaciaron dos botellas de vino blanco. Tuvieron que buscar las copas, que estaban dentro de alguna caja, y Claire iba contando una historia con cada objeto que desempaquetaba. Dupin sonrió. Cuando ya había oscurecido, salieron a nadar un momento. Era increíble, el mar estaba a veintiún grados, como si el Atlántico hubiera acumulado en su agua todo el verano. Seguramente aún podrían salir a nadar durante unas cuantas semanas, también mañana. Pero antes había docenas de cajas por desempaquetar. Dupin tenía previsto volver a casa al día siguiente por la tarde.

Dejó a un lado las ensoñaciones y volvió a rodear la casa.

—¿Señor Cadiou? ¿Hola? ¿Está usted ahí?

Una segunda entrada. Una puerta lateral, a ras de suelo, sin escalones. En el muro de enfrente había una estructura de madera para tender la ropa.

La puerta estaba entreabierta.

Dupin la abrió con gesto resuelto.

—¿Señor Cadiou?

A la derecha, una escalera daba al sótano; a la izquierda, un pasillo muy estrecho. Luego, tres escalones y una puerta que también estaba abierta.

—Soy Dupin. Hemos queda...

El teléfono de Dupin. Lo sacó del bolsillo trasero del pantalón.

—¿Sí?

—¿Dónde se ha metido usted?

La voz al otro lado sonaba incluso más descortés que la suya.

¡Maldita sea! Dupin no se había fijado en el número. Y eso era algo que siempre pagaba muy caro. ¡El prefecto! ¡Guennegues!

—En el bosque mágico. La excursión de equipo. ¿Se acuerda?

Por supuesto, el prefecto no estaba al corriente de la pequeña acción policial de Dupin, es decir, del favor personal que le estaba haciendo a Jean Odinot. Como tampoco sabía que el comisario tuviera algo que ver con la resolución de los crímenes acaecidos ese verano en la costa de granito rosa.

—Se han producido disturbios frente a varias panaderías de Concarneau.

Dupin no respondió.

—¡La mantequilla! ¡Se trata de la mantequilla! ¡Hordas de exaltados ocupan las calles!

Había un conflicto con los precios entre mayoristas, cadenas comerciales y fabricantes. No solo en la Bretaña, sino en toda Francia. El aumento de la exportación de mantequilla francesa reportaba beneficios más suculentos para el sector que el mercado nacional. Como consecuencia, en los últimos días la mantequilla se había convertido en un bien escaso, hasta el punto de que muchas panaderías, restaurantes y pequeños supermercados habían quedado desabastecidos. Decenas de miles de hogares carecían de este producto básico y se había proclamado una «crisis de la mantequilla».

A nivel mundial, Francia era la campeona indiscutible en el consumo de mantequilla (a mucha distancia de Alemania, que ocupaba el segundo lugar). Este asunto, cómo no, afectaba especialmente a la Bretaña, donde la situación parecía haber alcanzado ya el estado de excepción. Y además se había agravado de una forma absurda gracias a la colaboración de los medios de comunicación: a principios de semana informaron de que un vecino de Vannes había puesto a la venta en internet medio kilo de mantequilla «con poca sal» por doscientos cincuenta euros. No era un caso aislado. Parecía que fuera a acabarse el mundo: ¿una baguette sin mantequilla? ¿Era el fin de las crepes? ¿Del *gâteau breton*? ¡Antes la muerte!

—Creo que los compañeros son perfectamente capaces de ocuparse de eso —respondió Dupin con tono tranquilo.

—Esto puede derivar en cualquier momento en una revuelta general. ¡En 1789 solo faltaba el pan!

Dupin sabía que el peligro era real, no solo producto de la histeria del prefecto.

—Estaremos de vuelta para cuando estalle la revolución, señor prefecto. Puede estar seguro.

—Pero...

—Ahora mismo nos encontramos en la iglesia del Grial. —Le pareció una buena excusa—. Debo colgar.

Y colgó. Tenía que continuar, y llegar a las cuatro a la Maison des Sources. Y tomarse un café. Además, antes quería llamar a Jean Odinot, para poner fin a ese asunto. Se sentía crispado.

—¡Señor Cadiou! —Dupin estaba de nuevo junto a la puerta. Esta vez gritó más fuerte, y sonaba impaciente—. Estoy aquí abajo.

Dicho eso, atravesó el pasillo estrecho y subió por la escalera.

—¿Hola?

Dupin entró en una estancia espaciosa, que era a la vez cocina y sala de

estar. Aunque el día era soleado, allí dentro reinaba la penumbra.

Con todo, se veía con claridad. Un hombre tumbado en el suelo de piedra clara. En medio de un enorme charco de sangre.

Dupin se arrodilló al instante a su lado.

—¡Hola! ¡Oiga! ¡Señor! ¿Me oye?

No obtuvo respuesta.

Le tocó el cuello para buscarle el pulso. Nada. Su temperatura corporal era más baja de lo normal.

—¡Mierda!

Un segundo después, Dupin estaba de pie con el móvil en la mano.

—Emergencias —contestó una voz masculina.

—Al habla el comisario Dupin, de la comisaría de Concarneau. Un hombre herido por arma de fuego. En Tréhorenteuc. En la residencia de Fabien Cadiou. Al entrar en el pueblo hay que...

—Estamos en Ploërmel, conocemos la zona. ¿Cuál es la situación? ¿Funciones vitales?

—No hay pulso, ni se aprecia respiración. Temperatura corporal baja. Posiblemente muerto.

—¿Número de impactos y ubicación?

—En la zona del abdomen. —Dupin le levantó con cuidado el polo, que estaba empapado de sangre—. Dos. Dos heridas de bala.

—Vamos de camino.

—¡Dense prisa!

Dupin marcó otro número. Nolwenn, Le Ber y Labat ya estarían sentados tan tranquilos en la Maison des Sources.

—¡Qué rápido, señor comisario! Nosotros ahora...

—Hay un hombre herido de bala, Nolwenn. Es probable que se trate de Cadiou. En su casa. Lo acabo de encontrar. Creo que está muerto.

Dupin iba de un lado a otro mientras hablaba, al tiempo que observaba con atención al hombre en el suelo.

—¡No hablará en serio, señor comisario! —Por su tono de voz, no había dudado ni un instante de las palabras de Dupin.

—Acabo de llamar a Emergencias.

—¿Ha informado ya a la policía? Debería... —Vaciló antes de seguir—. Creo... —Después de otra pausa susurró—: Pero usted se encuentra en una misión no oficial. Le está haciendo un favor a su colega de París porque le ayudó en un caso en el que se supone que usted no intervino en modo alguno.

Así era.

—Ya pensaré en algo. —En esta ocasión, no necesitó ninguna pausa.

—Sí, pero ¿qué?

—Ya se me ocurrirá.

Ella parecía reflexionar.

—Entonces ¿cree usted que es Cadiou?

—Yo... Un momento.

Cadiou era investigador de todo lo relacionado con el rey Arturo, además de director de una especie de instituto de la zona. Dupin tecleó en el móvil y al instante encontró una fotografía.

—Sí, es él. Doctor Fabien Cadiou, director del Centro del Imaginario Artúrico.

—Ya vamos para allá, señor comisario. Estamos de camino.

Con estas palabras, Nolwenn puso fin a la conversación.

Dupin vio un pasillo a través de una puerta que daba a la entrada principal. Ahí debía de estar la escalera que subía a los pisos superiores.

Se dirigió hacia allí, de nuevo con el teléfono pegado a la oreja. Pasó un buen rato hasta que Jean Odinot descolgó.

—Cuenta, cuenta, ¿qué tal la conv...?

—Alguien ha disparado a Cadiou. Me lo acabo de encontrar en su casa. Creo que está muerto. La ambulancia viene de camino.

—¿Cómo? ¿Cadiou, muerto?

—Jean, ¿de qué va todo este asunto?

Había llegado al primer piso y entró en una habitación. Era un despacho. Estanterías y libros hasta el techo. A primera vista no había nada fuera de su sitio. El desorden habitual. Ninguna evidencia clara de que hubieran intervenido terceros.

—Vaya, yo, bueno... —Dupin nunca había oído a su amigo balbucear—. No tengo ni idea de lo que está pasando. Georges, nosotros...

—Antes que nada, necesitamos una buena historia para explicar qué pinto yo aquí. En unos minutos aparecerán los gendarmes y un comisario de Rennes. Seguramente Thierry Queméner. De ser así, su prefectura pasará a ocuparse del caso.

No le apetecía en absoluto nada de todo aquello, y menos aún verse obligado a dar explicaciones. Pero justo eso era lo que debía hacer. Su último caso ya había resultado bastante complicado con el comisario de Trégastel, y le costó un gran esfuerzo evitar un conflicto que, por cierto, no habría sido lo

peor que le podría haber ocurrido, sino que hubiese derivado en una queja ante asuntos internos y, en el peor de los casos, en un juicio.

—Ya me ocupo yo de esto, Georges. —Odinot había recuperado la serenidad.

—¿Y eso qué significa?

Tampoco la segunda habitación, un espacioso dormitorio con cama de matrimonio, presentaba a primera vista nada extraño.

Dupin ya estaba en la escalera que llevaba a la segunda planta.

—Déjalo todo en mis manos.

Otro despacho. Tres escritorios, uno ante la puerta y los otros dos contra las paredes derecha e izquierda. Todo escrupulosamente ordenado. Otro dormitorio y otro cuarto de baño. La misma disposición de habitaciones que en la primera planta.

—Georges, ¿volviste a hablar con Cadiou por teléfono?

—¿Después nuestra llamada de ayer? No. Solo he hablado con él una vez, la semana pasada. ¿Y tú?

—No. ¿Has visto algo sospechoso en la casa?

—Estoy echando un vistazo. No.

Había llegado al tercer piso. Ahí todo era distinto. Toda la planta era una única sala. Dos sofás. Alfombras de vivos colores colgando de las paredes de piedra desnudas. Una cómoda antigua. Aunque resultaba muy acogedor, no daba la impresión de que nadie hubiera estado ahí últimamente. Había capas de polvo por todas partes, incluso en el suelo de grandes listones de madera.

—Esto no pinta bien. —Una de las frases típicas de Jean—. Ahora Odette Laurent volverá a solicitar la exhumación de su marido. Y el juez va a tener que concedérsela.

Dupin ya estaba bajando la escalera.

En las dos escuetas conversaciones telefónicas que habían mantenido, Jean había esbozado de manera muy vaga el asunto que había que tratar en la entrevista con Cadiou.

A principios de verano, el historiador parisino Gustave Laurent falleció mientras disfrutaba de una estancia de investigación en Inglaterra. Un ataque al corazón. Por desgracia, Laurent no era otro que el hermano del ministro del Interior. Y, lo que era peor, el marido de una mujer que mostraba una desconfianza enfermiza. Una mujer que, además, era muy expeditiva y que, pese a no haber ningún indicio que apuntara en otro sentido que no fuera el del ataque al corazón, no creía que su marido hubiese fallecido de muerte natural.

Laurent padecía hipertensión desde hacía bastante tiempo y el médico que lo trataba no se mostró demasiado sorprendido al enterarse de su fallecimiento. Con todo, la viuda apremió a su cuñado, que urgió al jefe de la policía y este, a su vez, a Jean Odinot. Gustave Laurent no viajaba solo; lo acompañaba un grupo de investigadores del cual Cadiou formaba parte. Al menos, por un tiempo. Este, al parecer, tenía amistad con el fallecido. Como era natural, la policía local habló en su momento con todo el mundo. Sin embargo, la investigación no había sido exhaustiva, que era lo que la viuda exigía. Se había creado cierta presión. Así las cosas, Jean, y por lo tanto Dupin, tenía la orden de volver a interrogar a Cadiou. En su momento estaba de viaje, por lo que al principio no fue posible organizar un encuentro. Nadie, excepto la viuda de Laurent, tenía prisa en aquel asunto.

—Cuéntame otra vez todo lo que sepas. ¡Todo! ¿Me oyes? Yo voy a... — Dupin se interrumpió. ¿Qué estaba diciendo?—. ¡Mira, déjalo! ¡Olvídalo, Jean! ¡Yo no llevo esta investigación! Me quedaré al margen antes incluso de que empiece. ¿Entendido?

Lo decía de corazón.

—Te llamo en un minuto, Georges.

Dupin quiso añadir algo, pero Jean ya había colgado.

El comisario regresó a la planta baja. Poco después se encontraba de nuevo junto a Cadiou.

—¡Mierda!

Con un gesto enérgico, se pasó la mano por el pelo.

La actividad era frenética.

Nolwenn, Le Ber y Labat fueron los primeros en presentarse; poco después llegaron la ambulancia, los gendarmes de Ploërmel y los de Paimpont. El forense y el equipo de la policía científica aparecerían en cualquier momento, pues venían de Rennes, igual que Thierry Queméner, el comisario responsable del caso. Dupin lo conocía, aunque de forma superficial. Era una persona de trato agradable. Un tipo bonachón, muy entrado en carnes, al que le faltaba muy poco para jubilarse. Habría podido ser mucho peor. Con todo, su carácter conciliador tenía sus límites. Aquel era su territorio.

—Muerto. Y no precisamente de hace unos minutos. —Ese fue el diagnóstico del joven enfermero, que se negó a aventurar la hora exacta de la muerte—. Es evidente que aquí ya no nos necesitan.

Tras aquel comentario, él y sus compañeros se marcharon.

Dupin masculló algo a los gendarmes sobre una «excursión de equipo» y una «extraña casualidad». En ese momento, ellos tenían otras preocupaciones y no le hicieron más preguntas.

El jefe de los gendarmes de Paimpont, el coronel Aballain, llevaba la voz cantante. Había distribuido a los agentes y les había asignado las primeras tareas. Por ejemplo, en ese momento la mayoría estaban examinando el patio y el camino de grava que conducía a la casa en busca de pisadas o huellas de neumáticos. Los agentes habían sido lo bastante cuidadosos como para aparcar en la calle; solo la ambulancia había entrado en el patio.

Le Ber y Labat se habían ofrecido a ayudar, lo que no le pareció bien a Dupin, pero prefirió no inmiscuirse.

El coronel Roland Aballain había logrado contactar con la esposa de Cadiou; el peor momento para cualquier policía. Ella estaba en Paimpont. Dos gendarmes iban de camino para recogerla.

Nolwenn y Dupin habían salido al patio y estaban algo apartados del resto.

—Señor comisario, como no se nos ocurre ninguna excusa convincente, creo que, en esta situación, lo mejor es decir la verdad. Al menos, en parte. — Una postura bastante peculiar, pensó Dupin—. Usted no diga nada acerca de su investigación en Trégastel, pero cuente que su amigo de París, el inspector general Jean Odinot, le había pedido el favor de que interrogara en su nombre a Fabien Cadiou. ¡Qué mala suerte! —De pronto, Nolwenn adoptó un tono de cierto reproche—. ¡Allá donde va usted tiene que aparecer algún cadáver!

—Creo que...

Dupin se interrumpió.

Thierry Queméner acababa de doblar la esquina de la casa y se acercaba a ellos.

El comisario le salió al encuentro; no tenía nada de malo mostrar una actitud amigable. Y luego marcharse cuanto antes. Seguiría el consejo de Nolwenn. Por lo general, era siempre lo mejor. Tal vez así, de algún modo, lograra salir bien parado de ese asunto.

—Comisario Queméner. —Dupin le tendió la mano con un gesto jovial para saludarle—. Yo...

Le sonó el teléfono. Miró el número. Jean Odinot.

No era muy oportuno atender esa llamada, pero tenía que hacerlo. Tal vez Jean le diera instrucciones sobre qué decirle al comisario de Rennes.

—Un momento, por favor, comisario Queméner.

Dupin se hizo a un lado sin llegar a estrechar la mano de su interlocutor y se marchó a toda prisa hacia el muro, en dirección al bosque. A sus espaldas oyó cómo Nolwenn salvaba la situación:

—Comisario Queméner, ¿cómo está usted? ¿Y su esposa? Yo...

—¿Sí? —Dupin contestó en voz baja.

—Acabo de hablar con mi jefe y él, con el mismísimo ministro del Interior. Vas a llevar el caso. De forma oficial. A petición de la policía de París y de la Policía Nacional. Como una sección especial nuestra.

—¿Qué?

—Que estás al frente de la investigación. Como investigador especial. Y para este asunto tienes a tu disposición a todas las prefecturas y comisarías de la región.

Resultaba difícil asombrar a Dupin, pero en ese momento Odinot lo había logrado.

—¿Cómo dices?

—Lo que has oído. El caso es tuyo.

—¡Pero yo no lo quiero!

Era la verdad. No lo quería.

—Georges, tiene toda la pinta de ser una historia muy... interesante. ¿No te parece? Además, así volveremos a trabajar juntos. Y de forma oficial. Como en los viejos tiempos. ¡Eso es algo!

Dupin era incapaz de articular palabra. Jean, al parecer, se permitía bromear con aquello. Pero no tenía ninguna gracia.

Un teléfono sonó a unos metros de él.

—¿Sigues ahí, Georges?

—Bromeas, ¿verdad?

—No, no bromeo. Estás en el baile, y vas a tener que bailar. Es tu caso. Y yo, tu coordinador en París.

—Yo... —Se interrumpió—. Yo...

—Luego hablamos, Georges. Tengo una llamada.

La conversación había terminado.

Dupin se quedó inmóvil durante un instante antes de reaccionar. Miró a Nolwenn, que seguía junto al comisario Queméner y le dirigía una mirada interrogante, tal vez también recriminadora. Queméner hablaba por teléfono.

Cuando colgó, asomó en su rostro una especie de sonrisa. Se acercó a Dupin seguido por Nolwenn.

—Discúlpeme, comisario Queméner. Era una llamada... muy importante.

Tenía que responder. Verá...

—Mi prefecto me acaba de informar de que a partir de ahora usted es el responsable. A mí me viene de perlas. Mañana mi cuñada celebra su setenta y cinco cumpleaños. En Niza. —Por la expresión de su rostro, parecía muy contento de eso—. A mi mujer le preocupaba que no pudiera ir. Por lo del cadáver.

Era como en una obra de teatro absurda. Allí todo lo era.

—Pero ahora todo encaja a las mil maravillas. Mi querido colega, el caso es suyo.

El comisario de Rennes no se esforzó ni siquiera en disimular su satisfacción.

Dupin intentó protestar, pero Queméner se le adelantó.

—La verdad es que estoy muy contento de no tener nada que ver con todo esto. Una persona conocida, de prestigio, muerta por varios disparos... Y además en Tréhorenteuc. —Se dispuso a marcharse—. Bien, así pues, yo me voy. ¡Mucha suerte!

Nolwenn volvió a mirar a su jefe, sin hablar.

—Pero, oiga, yo le necesito —dijo Dupin—. Quiero decir, necesito a alguien que conozca la zona. Alguien del lugar. Que conozca a la gente. —Cada frase sonaba más patética que la anterior—. Alguien que tenga alguna idea de lo que podría estar ocurriendo.

—Seguro que tiene que ver con el Santo Grial. —Queméner pretendía hacerse el gracioso, pero la expresión de su rostro era muy seria—. Como ya sabrá, en el caso del Grial es más importante la búsqueda que el objeto en sí. Así pues —hizo ademán de seguir su camino—, ahora usted es un caballero del Grial. ¡Ah, sí! Antes de que se me olvide: por desgracia, el forense va a retrasarse. Confíe en el coronel Aballain. Es de la zona —añadió con un tono de voz aprobatorio—, y un excelente policía, ya verá. ¡Ah! Una cosa más: mi jefe dice que tiene usted a su disposición a todas las unidades locales.

—¿Forense, especialistas, informática?

Dupin formuló la pregunta de forma mecánica.

—Así es. Todo lo de Rennes. En cualquier caso, usted se ha traído consigo a su equipo.

Le habría gustado objetar algo, pero desistió.

El comisario de Rennes se alejó a paso rápido.

De nuevo tuvo que contenerse, aunque esta vez le resultó más difícil.

—¡Es de locos! Esto es una...

—¿Nuestro caso? ¿Por qué este caso es nuestro? —le interrumpió Nolwenn con el ceño fruncido—. ¿Qué ha querido decir con eso?

—Por recomendación de Odinot, el ministro del Interior y el jefe de la policía de París me han encargado el caso. —Hizo una pausa, exasperado—. Soy un investigador especial de la policía de París.

—Yo... —Nolwenn no terminó la frase. Un vehículo oscuro se acercaba a toda velocidad. Dos agentes se apartaron de un salto. El elegante Volvo frenó bruscamente cerca de la entrada de la residencia, haciendo un ruido infernal sobre la grava.

La puerta del conductor se abrió y una mujer vestida con un traje chaqueta de color gris oscuro saltó del coche y se dirigió decidida hacia la puerta de la entrada.

Dupin le salió al encuentro.

—¿Señora Cadiou?

Era como si la mujer advirtiera su presencia en ese instante. Tenía la mirada extraviada. Un momento después había desaparecido en el interior de la casa sin decir palabra.

Cuando Dupin entró en la estancia, Blanche Cadiou estaba arrodillada junto al cadáver de su marido. Tenía los ojos fijos en su rostro, con una expresión rígida, carente de todo sentimiento.

Dupin se quedó de pie bajo el marco de la puerta.

La policía científica aún no había llegado, y se alegró de poder estar a solas con ella.

Blanche Cadiou estaba petrificada.

Pasaron dos o tres minutos.

—Me encargaré de... atrapar al asesino.

Dupin apenas oyó esas palabras. Más que pronunciarlas, Blanche Cadiou las había siseado; en un tono cortante, tenso, frío.

Se levantó muy despacio.

Dupin se acercó a ella con cuidado. Entonces reparó en las lágrimas que le recorrían las mejillas. Advirtió dolor y espanto, pero también una especie de rabia implacable.

—Soy el comisario Georges Dupin. —Se quedó a un lado, hizo una pausa y continuó con voz calmada—. ¿Hay algo que podamos hacer por usted? ¿Quiere que haga venir a un médico, señora Cadiou?

—No.

Una respuesta rápida, decidida. Sin volverse hacia Dupin. Con la vista clavada en su marido. Parecía haberse recuperado por completo.

—¿Se sabe ya alguna cosa, comisario? —preguntó tras una nueva pausa.

Sus palabras carecían de entonación alguna, sonaron de un modo casi fantasmal.

—Nada en absoluto. ¿Y usted, señora Cadiou? ¿Tiene alguna idea de lo que puede haber ocurrido?

Volvió la vista hacia Dupin por primera vez y lo miró fijamente.

—¿Dirige usted la investigación?

¿Qué contestar a eso? En aquel momento, todo apuntaba a que así era. Y aunque pretendía cambiar eso, y desde luego haría todo lo posible, ese no era el momento apropiado para decirlo.

De modo que se esforzó en adoptar un tono decidido.

—Así es. —Ella asintió sin decir nada y él siguió hablando—. Entiendo que es una situación muy difícil, pero ¿se le ocurre algo acerca de este terrible suceso? ¿Sobre quién podría haberlo cometido y por qué?

—No. —Apenas una sacudida de cabeza.

—¿Ha notado últimamente algo poco habitual en su marido? ¿En los últimos días? ¿En su conducta? ¿En su ánimo?

—Estaba como siempre. —Se apartó el pelo castaño de la frente.

—¿Ha habido alguna disputa? ¿Conflictos? Con quien fuera.

De nuevo esa mínima negación de cabeza con expresión ausente. Había vuelto a clavar la mirada en su marido. Estaba en estado de shock.

A pesar de todo, Dupin tenía presente que en la investigación de un crimen había un principio que no debía pasarse por alto: cualquiera, sin excepción, podía haberlo cometido.

—Al inicio de una investigación tenemos que prestar atención a cualquier indicio, señora Cadiou. Cualquier nimiedad que se le ocurra puede ser importante, por poco relevante que le parezca ahora.

—Todo era normal. Él estaba como siempre.

—Su marido conocía a Gustave Laurent. A principios de verano él...

—¡Jefe! —Le Ber entró en la estancia con semblante desencajado; tenía que haber pasado alguna cosa. Conocía esa expresión—. ¡Jefe! —El inspector procuraba en balde hablar con calma—. ¡Otro asesinato! Tenemos otro cadáver.

Blanche Cadiou se volvió al momento hacia Le Ber.

—¿Cómo?

Aquello era demencial.

—Hay un segundo...

Dupin se aproximó al instante al inspector. Labat, Nolwenn y el coronel de Paimpont asomaron tras él.

—¿De quién se trata?

—Paul Picard, un catedrático de París, experto en Historia Medieval y Arqueología. Lo acaban de encontrar en el bosque. —Le Ber palidecía conforme hablaba—. Cerca de la fuente de Barenton. Le están esperando allí, jefe. Usted...

—¿Cómo ha muerto?

—Herida de arma blanca. Desangrado. —Le Ber inspiró profundamente—. Esto no es una casualidad. Aquí pasa algo. Usted...

—Es de locos. —Aunque Dupin lo dijo en voz baja, todo el mundo lo oyó.

—Un colega. —La señora Cadiou estaba de pie junto a su marido y hablaba con un susurro monótono, mecánico—. Paul Picard era colega de mi marido. Un amigo. Era otro de los asistentes al encuentro.

—¿Encuentro? —repitió Dupin.

Le Ber parecía saber de lo que hablaba.

—Una reunión para comentar los descubrimientos más recientes relacionados con el mundo artúrico. Se celebra cada año. En esta ocasión el tema es las grandes excavaciones.

Le Ber ya había recuperado el dominio de sí mismo.

Dupin se paseó de un lado a otro.

En muy poco tiempo el caso se había complicado mucho. ¡Y él no quería tener nada, absolutamente nada que ver con esa investigación! Tenía que hablar con Jean cuanto antes.

—¿Dónde se celebra ese encuentro?

—En el Centro del Imaginario Artúrico —respondió Le Ber—, en el castillo de Comper; el señor Cadiou es el director. —Se interrumpió—. Bueno, era. Tendría que estar a punto de empezar, y estaba previsto que se prolongara hasta el viernes por la tarde. Siete investigadores. La *crème de la crème* de los estudios artúricos. Los otros cinco estaban esperando a los dos que faltan. Creían que simplemente se habían retrasado.

—¿Siguen allí?

—¿Que si siguen en el Centro? Por lo que sé, sí.

—Que se... —Dupin vaciló, pero al fin acabó la frase—. Que se queden

todos. Nadie debe abandonar el lugar. Voy...

—Ya estoy aquí. —Un hombre menudo, flaco y calvo apareció detrás de Le Ber—. ¿Dónde tenemos ese cadáver?

El forense los saludó con la cabeza con un ademán alegre y animado. Por principios, Dupin estaba en pie de guerra con todo el gremio; al verlo, supo que tampoco ese representante iba a ser una excepción.

—Nos vemos fuera en medio minuto —dijo volviéndose hacia Le Ber.

Se acercó a la señora Cadiou, que seguía junto al cadáver.

—¿Le ha venido a la cabeza alguna cosa más sobre lo ocurrido?

Era consciente de que la estaba atosigando, pero no tenía más remedio:

—Me refiero al otro fallecido, ese catedrático de París. —No recordaba el nombre—. Señora Cadiou, ¿qué está pasando aquí?

Dupin la miró a los ojos. Eran de un intenso marrón oscuro. Asombroso: exactamente del mismo color que su cabello, que le llegaba hasta los hombros.

Ella negó con la cabeza.

—Lo cierto es que no le puedo contar nada. —Hizo una pausa—. Ojalá supiera algo.

—¿Ha dicho usted que su marido y la segunda víctima eran amigos?

—Sí.

—¿Buenos amigos?

—No se veían a menudo... Pero sí, eran amigos.

—Y, si he entendido bien, ambos tenían ámbitos de estudio similares.

—En efecto.

A Dupin le habría gustado mucho seguir haciéndole preguntas, pero era imposible. Tenía que marcharse.

—Está bien, señora Cadiou. Permítame que le reitere mis condolencias. —Entonces se dio cuenta de que todavía no le había dado el pésame—. Es una tremenda tragedia. Mi colega de Paimpont se quedará por aquí. —Tenía que acordarse bien de ese nombre; aquel era uno de sus puntos débiles—. Está al frente del equipo. Puede dirigirse a él en cualquier momento... Y si le viene alguna cosa a la cabeza —algo que no era raro que ocurriera en cuanto remitía la primera impresión—, llámeme. Los compañeros le darán mi número de teléfono.

La señora Cadiou se había vuelto a girar en silencio hacia el cadáver de su marido, que el forense ya estaba examinando.

Dupin cayó en la cuenta de que la policía científica todavía no había llegado.

—Necesito saber la hora de la muerte —le indicó al hombre mientras se volvía para marcharse—. Infórmeme de ello de inmediato.

Cuando el forense se dispuso a responder, Dupin ya había salido.

La estrecha carretera atravesaba aquel bosque enorme en línea recta, como si fuera un cortafuegos. Sin embargo, la extensión arbórea parecía querer cauterizar esa herida y a ambos lados proliferaba la naturaleza con todo su poder. Los arbustos y los matorrales se abrían paso hacia la vía. En muchos puntos, las copas de los árboles se fundían sobre la ruta formando una cubierta vegetal. La naturaleza había dejado muy claro que la carretera tenía los días contados.

Tras intentar en vano contactar con Jean Odinot, Dupin se reunió brevemente con Nolwenn, Le Ber, Labat y el coronel. Aballain, así se llamaba. Por fin se había aprendido el nombre. Acordaron que Nolwenn iría en coche al hotel y desde allí haría algunas pesquisas; Labat se quedaría con Aballain en la mansión. Le Ber, por su parte, acompañaría a Dupin a la fuente donde se había hallado el segundo cadáver.

La policía científica llegó, por fin, cuando todavía se estaban repartiendo las tareas. Eran cuatro agentes, uno de ellos experto en balística. Se iniciaron entonces las tareas rutinarias, con especial interés en los ordenadores, los móviles y los teléfonos fijos, y también las cuentas bancarias de los dos fallecidos.

—¿Georges? Estaba intentando...

Al fin la línea estaba desocupada.

—¡Ahora son dos! —Dupin casi chillaba—. Jean, estamos hablando de dos asesinatos. Es una locura. Alguien ha encontrado el cadáver de un catedrático de París junto a una fuente del bosque. Es...

—Estoy al corriente. El aviso también le ha llegado al comisario de Rennes, que me ha llamado para asegurarse de que el caso seguía estando exclusivamente bajo tu mando. Dice que como los dos acontecimientos están relacionados, algo de lo que no cabe la menor duda, él prefiere no tener nada que ver...

—¡Igual que yo! ¡No pienso aceptar este caso! ¡De ningún modo!

—Georges, aunque queramos, no podemos librarnos de él. No hay otra opción. Estamos atrapados. Pero, al menos, estamos juntos.

Hacía varias semanas que no podía ajustar el volumen del manos libres del coche, que ya tenía unos años. Iba siempre al máximo. Las voces sonaban

con una distorsión desagradable.

—¡Maldita sea! ¿Por qué París no se lo puede endosar a nadie de Rennes? ¿O enviar a alguien?

—¡Porque tú eres el mejor! Y yo soy el responsable. Te necesito, Georges. No tengo ni la menor idea de a qué nos enfrentamos. En este asunto estamos metidos los dos.

—Yo... —Dupin se interrumpió.

Estaba metido en eso. En efecto. Por desgracia, Jean tenía razón. No era propio de él escurrir el bulto. Aun así, en su fuero interno sentía una profunda aversión. No solo por volver a tener algo que ver con la policía de París, aunque fuese como «investigador especial». Además, aquel caso le producía una extraña repugnancia. Por otra parte, de pronto se dio cuenta de que no podía hacerle eso a Claire: dejarla sola justo esos días, con las incontables cajas de cartón por desembalar.

—Hazlo por mí —le rogó Jean.

Su amigo no podía actuar con más astucia. ¿Qué podía responderle?

Se hizo una larga pausa. Dupin miró a Le Ber de soslayo. Este intentaba en vano mantener una expresión de indiferencia.

Suspiró con fuerza y apretó el pedal del acelerador. Avanzaban a toda velocidad hacia lo alto de una colina.

—Vuelve a contármelo todo sobre el infarto, Laurent y sus viajes. Y dime qué sabes de su esposa.

—He hablado por teléfono con la señora Laurent. —La voz de Odinot denotaba un profundo alivio que él intentaba ocultar. Al parecer, no estaba seguro de lograr retener a Dupin en el equipo—. Laurent colaboró en una excavación durante todo el mes de mayo. Un equipo de cuatro investigadores. En alguna verde colina del suroeste de Inglaterra. Cadiou lo visitó allí durante dos días; según parece, se conocían bien: eran de la misma promoción. De jóvenes compartieron una plaza de investigadores en la Sorbona de París y antes habían publicado algunos artículos juntos. Más adelante se convirtieron en rivales. Al menos, eso es lo que ella cuenta.

A Dupin no le pasó por alto que Le Ber se revolvía inquieto en su asiento.

—¿Laurent murió mientras Cadiou estaba allí?

—Dos semanas después de su partida. Tenemos que exhumar el cadáver cuanto antes; hemos presentado ya un requerimiento urgente al juez. —Jean y Dupin compartían una misma peculiaridad, difícil, pero muy útil: todo tenía

que suceder de inmediato. Ese era uno de los motivos de que se entendieran tan bien. Además, ambos tenían fama de maniáticos—. He hablado otra vez con la señora Laurent sobre la hipertensión de su marido. Todas las mañanas se tomaba tres pastillas distintas. Betabloqueantes, inhibidores de la ECA, antagonistas del calcio... Aun así, en períodos de mucho estrés tenía la tensión demasiado alta, con valores que de vez en cuando llegaban a picos alarmantes. Por supuesto —añadió con cierta inquietud—, alguien podría haber sustituido los medicamentos por un placebo o por sustancias con efectos contrarios. Esas cosas se pueden comprar.

—¿La señora Laurent ha dicho algo sobre Fabien Cadiou?

—En su opinión, está fuera de toda sospecha. Conociéndola, eso es mucho. De hecho, nos había pedido que hablásemos con él.

—¿Dijo por qué?

—No. Solo repetía que no creía que su marido hubiera fallecido de muerte natural.

—Pero sin tener alguna idea, por vaga que fuera, al respecto, ¿por qué pensaba que fue un asesinato?

—Por eso mismo. Debíamos averiguar más cosas y volver a hablar con Cadiou. Ella insistió. Tenía la esperanza de que él supiera algo más.

—Sin embargo, al parecer —Dupin pensó en voz alta—, Cadiou no parecía recelar de nada.

—Así es.

—¿La señora Laurent sospecha de alguien en particular?

—No. Ni siquiera conoce los nombres de los otros miembros de la excavación.

—¿Y qué le hace sospechar?

—Dice que en los últimos meses, le dio la impresión de que su marido estaba distinto. No pudo precisar más. Él trabajaba más de lo habitual, pero, en contra de lo que solía hacer, no contaba nada de su trabajo, ni siquiera cuando le preguntaba al respecto. Dice que estaba siempre ensimismado. Ausente.

—¿Algo más?

—Afirma que estaba muy nervioso. De todos modos, no parecía sentirse amenazado. Y tampoco cree que tuviera ningún conflicto.

—¿Tienes los nombres de los otros miembros de la excavación?

—Sí. En este momento los estamos interrogando de nuevo a los tres. Por cierto, he enviado ya a dos policías al piso de Picard del Distrito VI.

Durante la conversación con su colega parisino, Dupin, en una acción temeraria, se había dedicado a hurgar en la guantera del coche en busca de un lápiz y algo donde escribir, mientras Le Ber giraba las piernas a un lado con dificultad. Lo único que logró encontrar fue el manual de instrucciones del coche, amarillento y maltrecho. Se lo puso en las manos a Le Ber. El inspector comprendió al instante y buscó al azar una página donde poder tomar notas.

—¿Qué se sabe sobre el matrimonio Laurent?

Al decir aquello, le vino a la cabeza que tenía que llamar a Claire y avisarla.

—Según la versión de la mujer, eran muy felices.

Le Ber tomaba notas.

—¿Es fiable?

—De momento, no se sabe. He quedado con ella a las cinco y media.

—¿Qué más...?

—¡Aquí! ¡A la derecha! —gritó Le Ber. El volumen ensordecedor del manos libres le obligó a levantar la voz.

Dupin tomó el desvío demasiado deprisa. Los neumáticos chirriaron. Acababan de abandonar el bosque y ahora circulaban por el terreno suavemente ondulado del lindero.

—¿Qué más? ¿En qué consistía esa excavación?

De nuevo Dupin notó por el rabillo del ojo cierta inquietud en Le Ber.

—Estaba relacionada con un castillo de los tiempos artúricos o algo así.

Le Ber no pudo resistirse más:

—Al habla el inspector Le Ber, señor inspector general Odinot. Acompañó al comisario Dupin. —Le Ber se esforzó por adoptar un tono formal—. La edificación de la que habla es el castillo de Cadbury. La colina verde a la que usted se ha referido antes es una auténtica joya arqueológica. En esa zona siempre se han contado historias vinculadas con Arturo. Hace cincuenta años se encontraron ahí las formidables fortificaciones de una construcción que coinciden con la época, es decir, entre los años 500 y 550. Mucha gente cree que se trata de Camelot.

—Entiendo —comentó Odinot con tono neutro—. Muchas gracias por la explicación, inspector.

Pero a Dupin aquello le pareció interesante:

—Le Ber, ¿en la excavación de Laurent se halló algo espectacular?

—Otras ruinas impresionantes de una edificación.

—¿Y qué buscaban?

—Indicios sobre los habitantes históricos del castillo: inscripciones, lápidas, escritos...

—¿No se encontró nada?

—No. —Le Ber no pudo disimular su decepción por tener que dar esa respuesta—. Pero la búsqueda continúa.

Para Dupin eso era suficiente.

—¡Sigo contigo, Jean!

—Desde luego.

—¿Tenéis más información sobre Fabien Cadiou?

—Ninguna. No. Hasta ahora no teníamos motivo para investigarlo.

—¿Y sobre el segundo cadáver?

—Tampoco.

—Vamos a iniciar la investigación ahora mismo.

Nolwenn estaría a punto de llegar a La Gacilly con el gendarme que la acompañaba en su vehículo.

—Bien. Por cierto, Georges, aprovéchate de tu estatus sin ningún miramiento. Oficialmente eres investigador especial con autorización especial. Tienes las espaldas cubiertas para cualquier cosa. —Jean vaciló. Dupin supuso que acabaría de recordar alguna anécdota de su tiempo juntos—. Bueno, para casi todo.

Aquello resultaba de lo más interesante. Dupin aún no había considerado la situación desde ese punto de vista.

—De acuerdo, Jean. Nos hacemos cargo de todo. Hasta luego.

Dupin pulsó el pequeño botón rojo y puso fin a la conversación.

Aunque el camino era muy sinuoso, siguió conduciendo sin reducir la velocidad.

Pensó en el segundo fallecido. ¿Qué hacía ese catedrático ahí, en el bosque? ¿Habrían averiguado los demás alguna cosa al respecto?

Cuando todavía estaban en la mansión, Le Ber había hablado por teléfono con uno de los dos gendarmes que permanecían en el lugar donde se había encontrado del cadáver.

—Aún no se sabe nada con exactitud.

—Después deberíamos entrevistarnos con los otros investigadores.

De hecho, Dupin habría preferido ir directamente a hablar con ellos. A fin de cuentas, el hombre de la fuente ya estaba muerto.

—Por cierto, el coronel Aballain ha enviado a dos colegas de la científica al Centro para que examinen el despacho de Cadiou.

El inicio del caso había sido un auténtico desbarajuste, y Dupin no se había parado a pensar en algunas obviedades. Le iba a llevar un tiempo tomar las riendas de la situación.

Acababan de llegar a una aldea. No más de quince o veinte casas. Dupin aminoró un poco la marcha.

—*La Folle Pensée*. Aquí era donde en su tiempo los druidas atendían a los locos. Con el agua de la legendaria fuente de Barenton.

La mención de la locura en ese instante le resultó muy apropiada. Ese término había pasado varias veces por su cabeza en la última hora y media. Por si acaso, se dijo, no estaría de más tomar un sorbo de la fuente. Un buen trago.

—Necesitamos disponer cuanto antes de una lista con los nombres de esos investigadores. Y saber de ellos todo lo que se pueda saber.

—Desde luego, jefe.

Atravesaron la localidad en un abrir y cerrar de ojos. Dupin volvió a pisar el acelerador.

—En un instante vamos a tener que doblar hacia la derecha —apuntó Le Ber con tono preocupado. El terreno tenía poca visibilidad y presentaba muchos altibajos.

—¡Cuidado! ¡Es aquí!

Dupin soltó el pedal del acelerador y nada más tomar la curva volvió a acelerar. El camino que atravesaban ahora era en realidad una pista forestal, no mucho más ancha que el coche, con unas curvas muy pronunciadas.

—No sé si lo habrá leído en la prensa —Le Ber se agarraba con fuerza al asidero situado sobre la puerta—, pero en este bosque se está librando una batalla enconada. De hecho, es una guerra por el bosque. Desde hace un año.

Dupin leía los periódicos todas las mañanas —primero los dos regionales, el *Ouest-France* y *Le Télégramme*— y no solía escapársele nada. Pero eso era nuevo para él.

—Cuénteme. Pero...

De pronto, algo apareció en el camino delante de ellos. Dupin pisó el freno con todas sus fuerzas y giró el volante. El coche se desvió hacia la izquierda. Entonces maniobró en sentido contrario y recuperó el control del vehículo. Pero ya era tarde.

El estrépito que siguió fue infernal. El Citroën chocó deslizándose de lado contra un árbol enorme. Fue un impacto atronador y brutal: el retrovisor lateral desapareció.

Se detuvieron unos metros más adelante entre chirridos. Y luego reinó un silencio fantasmal.

Los cinturones de seguridad habían sujetado bien a Dupin y a Le Ber. El coche no iba equipado con airbags.

—¡Maldita sea! —masculló el comisario—. ¿Qué ha sido eso?

Le Ber necesitó un rato para contestar.

—Algún animal. —La voz le temblaba. Intentaba serenarse y estaba muy pálido.

Había faltado muy poco para que el encuentro del coche contra el árbol fuera algo más que un roce.

Solo entonces se miraron.

—¿Está usted herido, Le Ber?

Este se limitó a negar con la cabeza.

Ambos salieron con cuidado del vehículo.

—Tiene mal aspecto. —Le Ber se detuvo junto al coche.

Dupin se había retirado un poco. Sin decir nada, recorrió con la mirada el lateral del coche. Estaba abollado de lado a lado y gran parte de la pintura había desaparecido. Presentaba unos arañazos profundos en el acero. Era un milagro que hubieran podido abrir la puerta deformada.

—¿Qué animal podía ser? —Por algún extraño motivo, aquello le preocupaba a Dupin casi más que el coche.

—Uno no muy grande. Yo apenas lo he visto. Tal vez fuera un zorro, o una marta. O quizá solo una liebre.

—Era... —Dupin titubeó—... blanco.

Le Ber no respondió.

—¿Qué distancia hay de aquí a la residencia de los Cadiou? Bosque a través.

Una pregunta vaga. Un pensamiento vago.

—En línea recta tal vez...

Se oyó un ruido penetrante. Su móvil. Lo llevaba en el bolsillo delantero del pantalón.

—¿Sí?

—¿Comisario Dupin? Aquí la gendarmería de Paimpont. Soy el agente que le espera en la fuente de Barenton. Bueno, en realidad, con mi compañero...

—¿Qué ocurre?

—¿Cuándo va a llegar?

—En un momento. ¿Tenemos ya al forense?

—Hemos de esperar a que termine con el señor Cadiou. Él...

—Pida que venga otro. No importa de dónde.

—Pero...

—Que venga de inmediato. Esta es una investigación especial por encargo del ministro del Interior.

Sí, desde luego, decir eso sentaba muy bien; por un momento, aquello le hizo olvidar el temblor de las rodillas.

—Entiendo.

—Lo dicho: en un momento estoy ahí.

Dupin colgó. Al cabo de un instante, sonó el móvil de Le Ber.

—Ah, Nolwenn, ¡qué bien! —Le Ber parecía aliviado. Después de aquel incidente, le tranquilizaba oír su voz—. Sí, diga. —Escuchó con atención; estaba claro que no iba a mencionar el accidente—. Espere. —El inspector rodeó el coche y recogió el manual de instrucciones—. Vale, adelante. —Se había colocado el teléfono entre la barbilla y el hombro, y mientras escuchaba, garabateaba algunas cosas en el cuadernillo—. Gracias, Nolwenn. ¡Ah! ¡Otra cosa! Necesitamos la lista de todos los participantes del encuentro. Son cinco personas. Así como toda la información que se pueda obtener sobre ellas. — Una pausa—. Eso es. ¡Hasta luego!

El comisario se dispuso a entrar de nuevo en el coche. Le Ber le imitó. Dupin iba a tener que pedir hora en el taller. Eso significaba también que Nolwenn volvería a preguntar si no había llegado el momento de comprar un coche nuevo, algo que venía planteando desde hacía tiempo y cada vez de forma más insistente.

En cuanto Le Ber cerró la puerta del coche, Dupin le dirigió una mirada interrogante.

—Los primeros datos sobre Paul Picard. Profesor universitario independiente, sin cátedra. Historiador experto en la Edad Media. A diferencia de Laurent, que solo era arqueólogo aficionado, Picard era además licenciado en Arqueología. Cincuenta y ocho años. Había impartido clase varias veces en la Sorbona. También en otros países. Y fue profesor invitado en Londres. Al parecer, alguien con bastante prestigio.

—Y amigo de Cadiou.

Dupin arrancó el motor y apretó el acelerador con cuidado. Aunque no quisiera admitirlo, todavía se encontraba bajo los efectos del shock.

Tuvieron que apearse del coche porque la fuente de Barenton solo era accesible a pie. Y no eran unos pocos metros.

El camino forestal, que al principio incluso estaba pavimentado, pasó a convertirse en un sendero estrecho, lleno de baches, que serpenteaba por un bosque cada vez más espeso y silvestre y en una subida continua.

—Pues sí, este es el camino directo y oficial. —Le Ber lo tuvo que confirmar un par de veces.

Dupin sospechaba que el inspector había buscado una ruta especialmente «interesante». Hasta el momento no se habían cruzado con nadie. En varios puntos, el camino se convertía de pronto en una cuesta escarpada.

A la izquierda circulaba un romántico riachuelo que el sendero, por supuesto, seguía. De vez en cuando se oía un borboteo de agua apagado y misterioso. El camino hacia la fuente estaba muy mal indicado, con más indicios que señales; Dupin, sin duda, se habría perdido, e incluso Le Ber dudó en dos o tres puntos. En una ocasión tomaron una curva y, al cabo de un par de metros, tuvieron que deshacer lo andado.

El bosque parecía impenetrable. Robles enormes, pinos, castaños, abetos, hayas gigantes y setos de espinos albares. Distintos tipos de helechos, musgos, lianas y hiedra pendida de los árboles. Varios estaban incluso abrazados a la rama más alta, como estrangulándola. Imperaban todos los tonos del verde, del más claro al más oscuro, y mezclas de azul, marrón, amarillo y rojo.

Había tramos en los que el sendero transcurría casi en penumbra; la exuberancia de la naturaleza era tal que absorbía toda la luz. Ahí, el caminante tenía la impresión de ser un forastero, un invasor, de no pertenecer a ese mundo. Más aún: daba sensación de que el bosque quería estar solo. Y que no quería a nadie. Se encargaba de cerrar con rapidez los senderos que se abrían para deambular por él. En ese bosque no se apreciaba ni un atisbo del calor, ni del sol abrasador del verano, ni siquiera ahí donde sus rayos lograban penetrar, en un contraste disparatado con la penumbra. Y también se notaba humedad. El peculiar e inconfundible olor a bosque estaba en el aire, un olor denso, etéreo, contra el que el verano no tenía nada que hacer.

El inspector y el comisario pasaron buena parte de aquel trabajoso recorrido hablando por teléfono. Al menos, la cobertura era excelente.

—Vale, entendido, profesor Guivorch. Muchas gracias.

Le Ber puso fin a la llamada.

Dupin acababa de concluir también su conversación con el forense

desplazado a la casa de los Cadiou.

—Once de la mañana. Con un margen de una hora más o menos. —El comisario hablaba más para sí que para Le Ber—. El asesino estuvo allí mucho antes que yo.

Sacó el manual de instrucciones del Citroën del bolsillo trasero de su pantalón. Hasta que pudiera pasar por un quiosco iba a tener que contentarse con eso. El manual tenía un formato vertical, casi como el de una libreta, fondo gris, letras negras, portada bastante neutra, el llamativo logotipo rojo y blanco de Citroën detrás, ciento trece páginas. Dupin escribió varias cosas. A diferencia de Le Ber, que había elegido de forma expresa una página con mucho espacio en blanco —al comienzo del capítulo «Mantenimiento»—, Dupin empezó por el principio, en concreto, por la del índice, que estaba escrito en letra menuda y había espacio suficiente alrededor.

—Acabo de hablar con el subdirector del Centro, quien, por cierto, también participa en el encuentro. Es el profesor Auffrai Guivorch, el único bretón. —Con un nombre como ese, la afirmación estaba de más. Sonó como si dijera: el único fuera de toda sospecha—. Él tiene una explicación para la presencia de Picard en el bosque. Según parece, hace cuatro semanas Rennes concedió a Picard permiso para unas excavaciones. Los primeros textos que aluden a la fuente de Barenton mencionan una pequeña capilla. Se trataba de eso: de hallar posibles restos. Son muchos los que afirman que aquí incluso pudo haber un castillo.

—¿Y qué pretendía hacer hoy aquí?

—Guivorch supone que Picard quería inspeccionar el lugar. Como digo, obtuvo el permiso hace unas pocas semanas. Llegó de París ayer a última hora y se alojaba en el Relais de Brocéliande, en Paimpont. Todavía no había pasado por el Centro.

De nuevo habían tenido que trepar un poco, esta vez sobre unas piedras angulosas que sobresalían del suelo; luego llegaron a una especie de llano sobre el cual el bosque todavía parecía más impenetrable que antes.

—Ese profesor bretón... ¿sigue aún en el castillo con el grupo de investigadores?

—Sí.

—Bien.

Dupin se detuvo un momento y miró a su alrededor. Le Ber siguió andando.

—Casi hemos llegado. Es una de las fuentes más famosas del mundo.

Siempre fue considerada un lugar sagrado; para los celtas era, ante todo, el reino de las hadas. Un terreno genuinamente druídico. Desde tiempos inmemoriales al agua de esta fuente se le atribuyen virtudes mágicas. Se mantiene a una temperatura constante de diez grados. De vez en cuando, de forma impredecible, borbotea con fuerza. —Le Ber adoptó un tono de voz teatral—. Por eso antes se decía que es «el agua que hierve, aunque esté fría como el mármol». —Vaciló—. Si pide un deseo y justo después el agua borbotea, se cumplirá.

Dupin habría formulado varios deseos.

—En ocasiones, en el agua se ven también unas ascuas, como ojos rojos y centelleantes. —Esta vez el inspector adoptó un tono neutro, informativo—. Junto a la fuente hay una losa, que en francés llaman el *margelle de Barenton* o el *perron de Merlin*. Si se la rocía con agua de la fuente de un modo concreto, llueve. En épocas de sequía se organizan procesiones a este lugar. Los que dominan el ritual pueden llegar a provocar auténticas tormentas, unas tempestades poderosas capaces de asolar el mundo... de forma apocalíptica. —Sus palabras sonaron como las de un solemne final.

—Yo...

El móvil de Dupin. Aún lo tenía en la mano.

El prefecto. No tenía ganas de oír hablar de la crisis de la mantequilla. Aun así, debía responder.

—¿Y bien? ¿Han tomado ya la Bastilla?

—¡Acabo de saber lo de la investigación especial! —El prefecto estaba muy excitado. Una pausa. Estaba claro lo que iba a pasar. Acto seguido, el prefecto estallaría con una de sus monsergas coléricas. ¿Dónde estaba la mala cobertura cuando se la necesitaba? Por instinto, Dupin separó el móvil del oído. Aunque tal vez debería colgar, sin más—. Estoy... ¿cómo se lo digo? Mi querido comisario, estoy tremendamente orgulloso. ¡Es una gran distinción para la prefectura! ¡El ministro del Interior y la Policía Nacional asignan al Finisterre un caso de importancia nacional! ¡No puede haber mayor reconocimiento! Espero que sea usted consciente de ello. ¡Y que además se muestre merecedor de este encargo! Ya sabe: ¡está investigando en mi nombre! Y yo no pienso ponerme en ridículo delante de toda la nación.

—Intentaré evitarlo. —Dupin respondió de forma mecánica. Todo resultaba demasiado confuso.

—¡Eso no es suficiente! —Ahora sí, su tono de voz pareció adquirir cierto toque colérico; sin embargo, también esta vez todo fue distinto—. Lo

que quiero decir es que usted, querido comisario, va a llevar a cabo este encargo de forma brillante y elegante. ¡No me cabe la menor duda! —Por un momento, su voz estuvo a punto de caer en el servilismo. Luego prosiguió con un tono empalagoso—: En fin, creo que sería apropiado que me pusiera al corriente con regularidad. Sobre todo por la prensa, a la que he informado en persona. Así como del estatus especial a nivel nacional del que goza esta prefectura.

Si ya, de por sí, el doble asesinato bastaba para atraer la atención de los medios, el prefecto acababa de atizar aún más a la prensa.

—El Ministerio del Interior exige la máxima discreción, señor prefecto. Es una orden estricta.

—¡Oh! ¿De veras? —Parecía realmente horrorizado.

—Sin duda, la prensa local y la regional se habrán enterado de lo ocurrido, pero cualquier cosa que vaya más allá no será bien vista.

Un silencio largo y afligido.

—Bien, pues, en tal caso, le deseo mucho éxito en la investigación —añadió el prefecto—. Y ahora, discúlpeme. Tengo que resolver un asunto con urgencia. —No costaba adivinar de qué asunto se trataba. Sin duda, ya había convocado una rueda de prensa—. De todos modos, téngame al corriente, Dupin, quiero decir, querido comisario. *Au revoir!*

Y colgó. En la cara del comisario se dibujó una sonrisa de profunda satisfacción. Pero, por desgracia, no había tiempo para disfrutar de ese momento. Además, Le Ber había retomado con ganas su relato; había dedicado semanas a recopilar historias para la excursión del equipo:

—Dentro del mundo artúrico, aquí tienen lugar varios episodios importantes: Merlín, el mayor mago de todos los tiempos, conoce al hada Viviana, lo que da inicio a un amor inmortal, y el hada Morgana canta junto a la fuente sus tristes canciones... Sin embargo, este lugar adquiere su máxima preponderancia con la historia de Yvain, el Caballero del León, sobrino de Arturo, el caballero más importante de la Mesa Redonda. Él...

Le Ber se interrumpió.

—¡Ahí delante, jefe!

A lo lejos, entre los árboles, había tres personas. Ya estaban en la escena del crimen.

En las últimas horas, Dupin había estado ocupado con tantas cosas a la vez, la confusión había sido tan grande, que había descuidado preguntas fundamentales y lógicas, cuestiones que solía formular de inmediato, antes

incluso de que alguien las pudiera responder.

—¿Quién ha encontrado a Picard?

—Un hombre, seguramente un paseante. Ahora lo veremos.

El sendero los condujo alrededor de un espeso grupo de árboles hasta que de pronto se encontraron allí.

Vieron una alberca rodeada por un murete de piedras toscas e irregulares. Aproximadamente un metro y medio de largo, con forma de gota; poco más de un metro en la parte más ancha. Losas cubiertas de musgo de color verde intenso; hojas y ramas en el suelo, poca agua. Un riachuelo insignificante, un reguero en realidad, rodeado aquí y allá de grandes piedras, brotaba de la alberca. Junto a ella, una enorme baldosa medio hundida en el suelo.

Nada, absolutamente nada, explicaba la fama de la fuente. Ni un indicador, ni un rótulo. Después de oír tantas historias, Dupin esperaba otra cosa.

El comentario de Le Ber llegó con retraso y fue demasiado sobrio:

—Aquí está.

Habló con voz ahogada. Su expresión delataba una emoción profunda. Era como si, para él, ese momento fuera demasiado solemne para comentarios mundanos.

En el claro había tres personas. Dos gendarmes y un hombre, quizá el que había encontrado a Picard.

Dupin no pudo evitar mirarlo fijamente. Pelo largo y canoso que le llegaba por debajo de los hombros; ojos azul acero bajo unas cejas pobladas. Vestía una especie de jubón de lino de color claro sobre el que llevaba una túnica de fieltro marrón sin mangas y una capa de lana. Cinturón con pequeños frascos, talismanes y bolas peludas. Aunque su aspecto era el de un participante en un torneo medieval, no parecía disfrazado.

—Este es Inwynn. Nombre civil, Philippe Goazou. —Uno de los dos gendarmes se acercó a Dupin; al comisario le pareció reconocer su voz de la llamada telefónica de antes—. Es un *conteur*, uno de los cuentacuentos profesionales del bosque. Él ha encontrado el cadáver.

—Hay doce cuentacuentos que se dedican a explicar leyendas e historias del bosque siguiendo la tradición oral celta. Son muy apreciados. —Añadió Le Ber, siempre atento—. Muchos se visten con ropa de época y usan nombres históricos.

—Ya veo. —Dupin quería volver a lo importante—. ¿Dónde está el cadáver?

No lo veía en ningún sitio.

—Ahí delante, cerca del haya de Ponthus.

El cuentacuentos, que había respondido de forma muy escueta al saludo de Dupin, se hizo a un lado.

—Acompáñeme.

—Es un haya de trescientos años —intervino Le Ber de nuevo—. Desde luego, no es tan antigua como el roble de Guillotin, que tiene al menos mil años, o mil quinientos según algunas fuentes, lo cual vendría a ser justo la época de Arturo...

—Caballero, este bosque es mucho más que el bosque de Arturo. —El cuentacuentos alzó la voz de forma teatral y con cierta indignación, dejando claro de forma inequívoca que «quien cuenta aquí historias del bosque soy yo»—. Miles de años antes ya era de una gran importancia para este mundo. En realidad: para el mundo del más allá. Sugiere un reino mucho mucho más antiguo.

Le Ber parecía tener la réplica en la punta de la lengua, pero desistió.

El cuentacuentos se metía cada vez más en la maleza. Avanzaba con paso firme y ágil a pesar de que su mirada permanecía clavada en las copas de los árboles. A los demás les costaba no tropezar. Luego se detuvo un momento.

—Esto que ven aquí no es el bosque real: miles de personas se adentran en él, pero muy pocos lo ven de verdad. El bosque auténtico no se encuentra en ningún mapa, ni tampoco se puede percibir con nuestros míseros sentidos. Solo nuestro espíritu puede vislumbrarlo. Sin embargo, el bosque decide quién puede verlo, quién puede adentrarse en su interior... El bosque es el gran ser, no nosotros. El bosque vive. Y vive como una entidad única.

Reanudó la marcha con un gesto teatral.

Por extravagantes, e incluso esotéricas, que sonaran esas frases, en cierto modo Dupin las comprendía. Él mismo había notado todo el tiempo la oposición del bosque.

Durante un rato se impuso un silencio sobrecogido.

El cuentacuentos se agachó para pasar por debajo de la cinta roja y amarilla provisional que impedía el paso y que estaba prendida a los árboles. Los gendarmes habían delimitado una extensa zona. Dupin vio un rótulo discreto colgado de la cinta: *Travaux archéologiques - Interdit de passer*. «Excavación arqueológica. Prohibido el paso.»

—Ahí está.

Vieron en el suelo una zanja ancha. En el borde, un sillar anguloso, a

todas luces a medio excavar, y junto a él, un montón de tierra. Los trabajos parecían haberse iniciado hacía poco tiempo, aunque daba la sensación de que más adelante estaban algo más avanzados. En el suelo había un puñado de piedras procedentes de un muro.

El cuerpo del profesor Paul Picard descansaba en el centro de la zanja. Tumbado sobre el costado izquierdo, con los brazos pegados al torso y las piernas extendidas; no se veía sangre, ni tampoco herida alguna.

—Por lo que se ve, han sido tres cuchilladas en torno al corazón —apuntó el mismo gendarme que acababa de hablar—. Seguramente se ha desplomado de inmediato.

Dupin se arrodilló frente al cuerpo sin vida.

—¿Se sabe a qué hora llegó ayer al hotel? —murmuró.

—No con exactitud. Sobre las veinte horas.

El cadáver no tenía el aspecto de haber pasado la noche allí.

Era sorprendente la expresión tranquila de Picard. Tenía los ojos cerrados. No presentaba indicios de dolor, ni tampoco de agonía.

El cuentacuentos tomó de nuevo la palabra.

—Aquí ha habido muchos que no han superado la prueba. Un día, los caballeros de la Mesa Redonda de Arturo —prosiguió, inspirando de forma teatral— oyeron hablar del bosque mágico de Brocelianda, de la fuente escondida con poderes mágicos, de un poderoso Caballero Negro y de las misteriosas aventuras que podían vivirse en este bosque. El joven caballero Yvain, sobrino del rey y, junto con Lanzarote, sin duda el más noble de todos los caballeros, decidió viajar hasta aquí. —Que Inwynn se opusiera a limitar el bosque a las historias relacionadas con Arturo no impedía que las declamara—. Este bosque magnífico y la fuente marcarían su destino. Pronto conoce a un hombre salvaje que le indica el camino hacia la fuente de Barenton; al llegar, Yvain recoge agua y la derrama sobre la gran losa. —La modulación dramática de su voz quedaba subrayada por una gestualidad contenida, pero, por eso mismo, muy eficaz—. Estalla entonces una terrible tormenta. De un furor tremendo. Cuando amaina, aparece el Caballero Negro, el guardián de la fuente, y desafía a Yvain. Este logra vencerlo, pero resulta gravemente herido. Con las últimas fuerzas que le quedan logra llegar a un castillo donde la señora del lugar, Laudine, consigue sanarlo. Ella es, además, la dama de la fuente y la mujer del Caballero Negro. Ambos se enamoran y se casan. Poco después de la boda, Yvain vuelve a sentir sed de aventuras. Algo trivial, solo para engrandecer su fama. Quiere participar en un gran torneo.

Laudine le concede un año. Transcurrido este tiempo, él deberá regresar. —El narrador hace una pausa elocuente antes de continuar—. Y pasa lo que tenía que pasar: Yvain no cumple el plazo acordado, Laudine lo destierra y él se convierte en un «salvaje del bosque». Durante meses vaga infeliz por él. Decidido a recuperar los favores de su esposa, supera las pruebas más difíciles: gigantes, dragones, torneos a muerte, hambre, soledad y miseria. Pero entonces se le presenta la peor de todas las pruebas: la locura. Yvain pierde el juicio.

La locura parecía asociarse a menudo con ese bosque. Dupin se levantó y rodeó el cadáver.

—En su deambular errático, logra salvar a un león magnífico que está luchando contra un poderoso dragón. Desde ese momento, el felino se convierte en su compañero, e Yvain pasa a ser conocido como el Caballero del León. El animal logra redimir a Yvain, que aprende a luchar de forma altruista por los demás, y no solo por su gloria. Así, y gracias también a un bálsamo mágico, el caballero consigue recuperar el juicio y, más adelante, también a su esposa. Finalmente, Yvain se convierte en el guardián de la fuente, y como tal —exclama en el momento culminante de la historia— en Rey Pescador, guardián último del Grial, uno de los más grandes misterios de la humanidad. Un cáliz milagroso, fuente de la eterna juventud y de la felicidad.

El narrador se interrumpió. Parecía agotado.

Dupin no esperó ni un instante.

—¿Cómo ha encontrado el cadáver? ¿Qué estaba haciendo aquí?

El cuerpo no estaba a la vista. No había ni camino ni sendero que condujera hasta allí.

—Había quedado para una actuación. Junto a la fuente, a las tres de la tarde. Vengo siempre un poco antes para aproximarme al bosque con tranquilidad. —Philippe Goazou volvió a transformarse en Inwym—. Deambulo un poco y evito caminos trillados. Así es como lo he encontrado.

—¿Por casualidad?

Sabía que era una pregunta extraña, pero la había formulado sin pensar.

—¿Acaso existe la casualidad? ¿Qué cree usted?

—¿Iba usted solo?

—Sí.

—¿Y el cadáver estaba donde está ahora mismo?

—Yo no lo he tocado.

—¿Qué ha hecho cuando lo ha visto?

—He avisado a la gendarmería. —Hurgó en una de las bolsas de piel que llevaba en el cinturón y sacó un móvil de última generación.

Dupin miró al hombre con asombro. Pero, claro, ¿por qué no iba a tener móvil?

—El bosque ha decidido concederme una llamada de emergencia.

—La cobertura es inestable —tradujo Le Ber.

Nada demasiado raro en la Bretaña.

—¿Puede decirme la hora exacta?

Dupin sacó el manual de instrucciones del Citroën y el lápiz del bolsillo trasero de su pantalón. Inwynn pareció asombrarse al verlo.

—He llamado a la gendarmería a las 14.36.

El comisario tomó nota.

—¿Con quién se había citado?

—Con un pequeño grupo de turistas de los Pirineos que habían hecho una reserva. Nunca acepto más de ocho oyentes.

—Les hemos pedido que se fueran —explicó el gendarme.

—¿Cómo se solicitan sus servicios?

—A través del Centro del Imaginario Artúrico.

—¿Conocía usted al fallecido, el profesor Picard?

—No.

La respuesta fue clara e inmediata.

—Se supone que vino a supervisar las tareas previas a las excavaciones. —Le Ber había examinado los alrededores con atención durante toda la conversación.

—¡Las excavaciones son un sacrilegio! —De repente, Inwynn montó en cólera—. Existen buenas razones por las que los sucesos del pasado permanecen ocultos. ¡No se pueden tocar! Eso provocaría desgracias inimaginables... Quienes tienen el ojo lo ven todo. Incluso el pasado. Los demás no son dignos de ello. ¡Y no están hechos para soportarlo!

Acompañaba sus frases de gestos aciagos.

—Hay una fuerte protesta contra estos proyectos —explicó el gendarme—. También por parte de los cuentacuentos.

Inwynn asintió con vehemencia.

—¿Hasta cuándo se seguirá dañando el bosque? ¿Cuánto tiempo más hiriéndolo, humillándolo, explotándolo? Las canteras, las carreteras que se han abierto por él, los campos de cultivo que se han apropiado de su suelo.

Ahora es otra excavación, y dentro de poco, un nuevo Disneyland.

—Eso es lo que antes quería explicarle, jefe. En el coche. Antes de... — Le Ber se interrumpió. Se refería al pequeño accidente que, curiosamente, Dupin ya casi había olvidado—. La lucha por el bosque es un tema candente en esta región desde hace un año, y se ha recrudecido en los últimos meses. Hay planes para construir un parque temático. Un proyecto gigantesco. Pretenden instalar en los enclaves artúricos más importantes unas sofisticadas presentaciones con la tecnología y las técnicas más modernas. Como holografías. Por ejemplo, aquí, en la fuente, se podría ver a Yvain luchando contra el Caballero Negro en una proyección en 3D. Desde una tribuna. En un total de ocho paradas.

—Eso crearía cientos de puestos de trabajo en una región como la nuestra, con una estructura tan frágil. Aquí no tenemos el mar. —El segundo gendarme, un hombre de poca estatura y algo fornido, habló por primera vez. Parecía tímido. Y triste—. Es...

—¡Es una profanación! —le interrumpió el cuentacuentos—. Por eso el proyecto está maldito. Hace varios años que el bosque hizo la primera advertencia. —Emitió un murmullo funesto—. ¡Se incendió! ¡Estalló en llamas! Entró en combustión espontánea. De verdad.

El primer gendarme se limitó a ignorar el comentario antes de intervenir.

—La esposa de Cadiou es la directora de la empresa que pretende llevar a cabo el proyecto.

—¿Blanche Cadiou?

Aquello se ponía interesante.

—¿Cómo se llama la empresa?

—*Le Parc de l'Imagination illimitée*, Parque de la Imaginación ilimitada.

Exacto. La placa de la puerta. Dupin sintió la urgencia de volver a hablar con la señora Cadiou. ¿Sería mejor ir primero a su casa y luego a hablar con los investigadores?

—¿Quién está a favor del parque y quién en contra?

—Todas las personas a las que el bosque les importa detestan la idea. — Inwynn estaba exaltado—. Hay una resistencia organizada. Una iniciativa popular.

—Todos los políticos están a favor —informó el gendarme tímido—. Y la economía local también, no solo el sector de la restauración.

El hombre se atrevió a dirigir la mirada a Inwynn.

Dupin se volvió de inmediato hacia el cuentacuentos.

—¿Participa usted en la iniciativa?

—Por supuesto.

Se comportaba como si no tuviera nada que ocultar. Teniendo en cuenta que a menudo un ataque es la mejor defensa, esa podía ser una táctica efectiva. O solo una señal de fortaleza de carácter.

—¿Qué postura tenía el señor Cadiou al respecto? —preguntó Le Ber al gendarme.

—No lo sé.

—¿Y qué me dice de los investigadores, los participantes en el encuentro? ¿Qué opinan ellos? —insistió Dupin.

—De eso aún sé menos. No son de aquí. Solo uno.

—¿En qué punto se halla el proyecto?

—En quince días ha de someterse a votación en el ayuntamiento. Luego se presentará en Rennes. La región debe asumir una parte de la financiación.

Estaba bien informado.

—Pero si la primera votación fracasa, todo estará perdido antes de empezar.

Saltaba a la vista a qué bando pertenecía ese gendarme, al mismo que el de su tímido colega.

Dupin esperó la réplica de Inwynn, pero este guardó silencio.

—Muy bien, ¿alguna otra cosa?

El comisario lanzó la pregunta al aire. Sentía una enorme inquietud, como siempre al principio de un caso: desearía poder abordarlo todo a la vez.

—No.

Fue la respuesta inmediata del primer gendarme.

—¿Han inspeccionado la zona?

—Así es. Nada destacable.

—¿Han encontrado el móvil de la víctima?

—Hasta ahora no. Pero tal vez lo lleve en el bolsillo trasero del pantalón. En el lado sobre el que descansa.

—Que los de la científica comprueben si se trajo el portátil en este viaje.

—De acuerdo.

—¿Qué hay del forense?

—Esto de la investigación especial funciona bien. —El gendarme parecía impresionado—. Van a enviar a alguien expresamente desde Rennes. Está al caer. Y la científica también.

En un lugar tan remoto todo llevaba algo más de tiempo. Dupin tendría que conformarse con eso.

Por el momento, allí ya no tenía nada más que hacer.

—Bien. Manténganme informado. Nuestra central se encuentra en el hotel La Grée des Landes, en La Gacilly. Pregunten por Nolwenn, mi asistente. —Se volvió hacia el cuentacuentos—. Muchas gracias por su ayuda, señor Goazou. Si le viene alguna otra cosa a la cabeza, póngase en contacto con nosotros. — Luego saludó a los gendarmes con un gesto de cabeza—. Caballeros, nos marchamos.

—Una cosa. —El cuentacuentos volvió a intervenir con un aspaviento teatral a modo de despedida—. No fue solo Yvain. También Lanzarote, Tristán e incluso Merlín se volvieron locos. Su estado de confusión desapareció cuando se despertaron solos y desnudos en el corazón del bosque, cerca de la fuente.

Dupin estaba seguro de que había otros modos de salir de la locura. Él, en todo caso, no esperaría a curarse desnudo en medio del bosque. Tomaría medidas mucho antes, pero, sobre todo, no sucumbiría a la demencia.

Las palabras que oyó mientras se iba fueron más preocupantes:

—Pero antes, y esa es la única certeza, su existencia fue solo un deambular errático, un extravío.

A decir verdad, aquel cuentacuentos acababa de describir de forma muy acertada la esencia del trabajo de Dupin. El meollo de la labor investigadora. Imposible formularlo de forma más precisa.

El comisario tuvo que admitirlo: era la imagen exacta de un castillo medieval encantado. Con altas murallas a su alrededor. El castillo de Comper era como una fantasía perfecta. Propia de cualquier período mítico.

Un foso en el que, con el paso de los siglos, la naturaleza había ido proliferando de manera desproporcionada, con balsas repartidas ahí y allá. Robles antiguos cubiertos de hiedra espesa y muérdago. Un puente sobre el foso que conducía a una magnífica entrada con arco de piedra blanca cuya puerta, en otros tiempos sin duda robusta, había sido sustituida por una estructura en filigrana con refuerzos de hierro forjado.

En el agua de las balsas se reflejaba parte de las poderosas murallas. Siete u ocho metros de altura. Con sillares rojizos, grandes, algunos desmoronados, repletos de manchas de colores intensos, y muchos recubiertos de musgo verde, con hierba entre las grietas. Parecían dispuestos de un modo

tan irregular que hacía temer que alguno fuera a desprenderse en cualquier momento. La impresión resultaba en extremo contradictoria: aquella fortaleza era a la vez robusta y frágil.

Justo detrás de la entrada había una caseta de madera de color claro: la taquilla.

—¡Hola! ¿Quieren pasar por aquí?

Era más una orden que una pregunta. Una mujer joven y enérgica, con gafas de montura negra y moño rubio, salió corriendo tras ellos. Dupin y Le Ber habían pasado por delante sin detenerse.

La pregunta que siguió aún fue más severa:

—¿Dos personas? ¿Adultos?

Le Ber fue el primero en reaccionar, aunque balbuceaba.

—Hemos venido... por motivos profesionales. —Adoptó un aire circunspecto—. Policía Nacional. Nos esperan.

La joven lo escrutó detenidamente. Al final pareció creerles.

—De acuerdo. El subdirector y los investigadores se encuentran en la gran sala. Será mejor entren por la librería. La puerta —añadió, señalando a lo largo del castillo— está en el lateral, en dirección al lago.

—Muchas gracias. —Le Ber adoptó una actitud cortés—. Muy amable.

Se encontraban en el extenso patio interior del castillo, que daba la impresión de haber sido remodelado recientemente. Con gusto y recursos. Grandes superficies de grava roja fina y césped cuidado. El castillo en sí era un edificio rectangular y alargado de arquitectura severa y una belleza especial, con el tejado alto y en punta de pizarra gris oscuro y las ventanas en saledizo estilizadas y elegantes. Los mismos sillares de piedra rojiza empleados en la muralla tosca de la fortaleza, aquí estaban muy bien dispuestos y entre ellos se podía ver argamasa reciente de color claro. Los marcos de madera de las ventanas y la puerta estaban pintados de rojo inglés, que combinaba muy bien con el tono de la grava y de los sillares.

Enfrente del castillo había unas casas pequeñas de techos planos, que en otros tiempos habrían sido las viviendas del servicio: doncellas, mozos, cocineros, herreros... Detrás de la taquilla, a un lado, los antiguos establos. Todo un mundo en sí mismo. Completamente equipados. Una de esas casas albergaba una cafetería.

Dupin y Le Ber pasaron junto al castillo a paso rápido. Al doblar la esquina, se abrió ante ellos un panorama impresionante.

—El lago de Viviana —anunció Le Ber con voz temblorosa.

En ese momento se hizo evidente por qué, para proteger el castillo, solo habían sido necesarias las murallas en la parte delantera y en los laterales; en la parte posterior ya se encargaba de ello un lago de enormes proporciones. Se iniciaba al pie del castillo y se adentraba mucho en el bosque. Su superficie era lisa, un espejo perfecto. Reflejaba el cielo de forma casi sobrenatural. Era como si hubiera dos cielos y, en medio, como incrustado, un trozo de tierra. Unos árboles desfigurados, igual que en un espejo de feria, adornaban el reflejo azul del cielo. Solo en algunos puntos concretos del lago, muy delimitados, el agua se mostraba curiosamente encrespada e intranquila. Aunque no se percibía brisa alguna.

—Es de una profundidad inusitada, jefe. Bajo el agua, el fondo está repleto de grietas y cavidades. Resulta imposible estudiarlo. —Dupin no pudo evitar detenerse, lo que Le Ber aprovechó para continuar con sus explicaciones, como si quisiera demostrar que en él también habitaba un auténtico cuentacuentos—. En realidad, esto que ve no es un lago, sino una ilusión, un truco. Merlín erigió aquí un palacio de cristal rodeado de jardines paradisíacos como prueba de su amor eterno a Viviana; era tan magnífico que quiso protegerlo de las miradas envidiosas y ávidas de los hombres, y por eso lo ocultó con una magia que hace que las personas solo vean un lago. El palacio únicamente pueden verlo aquellos a quienes Viviana les permite el acceso. Ella es la famosa Dama del Lago, vestida de un blanco cegador...

—Le Ber, necesito un café —le interrumpió Dupin.

Supondría un pequeño retraso, pero seguro que merecía la pena. Además, aunque no iba a ser nada fácil, debía llamar a Claire.

—De acuerdo, jefe. —El inspector y Dupin llevaban siete años trabajando juntos. A Le Ber ya no le extrañaba nada de su comisario—. En la cafetería de allí enfrente seguro que le servirán uno. —Dupin asintió y se dispuso a regresar al patio interior—. He pensado una cosa, jefe.

—¿Sí?

—Me pregunto cómo el asesino sabía que Picard se encontraba en el bosque. O estaba con él, o hablaron por teléfono. Aunque también es posible que se supiera que Picard visitaría hoy la excavación.

—O puede —apuntó Dupin para completar las posibilidades— que lo siguiera y esperase a que se adentrara en el bosque.

—O quizá —murmuró Le Ber— Inwynn sea el asesino. Para él habría sido coser y cantar. Lo único que tenía que hacer era librarse del cuchillo y luego llamar a la policía.

En teoría, esa también era una posibilidad.

—Necesitamos sin falta la lista de llamadas del móvil de Picard.

—Eso va a llevar algo de tiempo, jefe. De momento no sabemos ni siquiera si tenía uno.

—Ahora vuelvo —dijo Dupin.

Le Ber sacó el móvil.

—Mientras llamo a Nolwenn.

—Buena idea.

Dupin se dirigió hacia la cafetería.

Durante el trayecto hasta el castillo Le Ber le había puesto en antecedentes sobre el Centro del Imaginario Artúrico. El inspector lo había visitado en mayo con su hijo pequeño, con ocasión de un «torneo» con música, representaciones teatrales y luchas de espadas. Luego llevó muchísimas fotografías a la comisaría. Le Ber era un padre devoto. Eso le gustaba a Dupin. Hacía unas semanas que se enteraron de que la familia iba a aumentar con otro chico.

El Centro, fundado en 1988, era un conjunto compuesto por un centro cultural, un museo y una institución de investigaciones. Estaba dedicado a las leyendas del rey Arturo y su Mesa Redonda, y al bosque de Brocelianda como uno de los enclaves artúricos más importantes. En segundo lugar, los antiguos mitos y las leyendas de la zona que antes el cuentacuentos ya había defendido. Organizaban excursiones por el bosque, exposiciones, espectáculos, lecturas, conferencias, ceremonias medievales de varios días y también encuentros académicos. La labor investigadora se realizaba en estrecha cooperación con la Universidad de Rennes. A Le Ber le había parecido importante destacar su reputación.

—Dos cafés, por favor.

Solo había un par de mesas ocupadas. Hasta el momento no había visto a ningún otro visitante en el castillo. Con un día tan bonito como ese, los veraneantes preferían la playa, y para la gente de la zona aquel era un día laborable como cualquier otro. Además, Dupin se había percatado en la entrada de que el Centro cerraba a las cuatro de la tarde. Los que estaban en la cafetería ya habían terminado la visita.

El ambiente era muy acogedor. Sillas y mesas de madera sencillas y antiguas. Las paredes de piedra proporcionaban un frescor agradable.

El chico que estaba detrás de la barra, que rondaría los veinte años, posiblemente un empleado para la temporada de verano, asintió con

aburrimiento y trajinó con la máquina que tenía detrás. Al menos era una máquina de café de verdad.

Se sentó junto a la ventana. Desde ahí observó a Le Ber yendo de un lado a otro mientras hablaba por teléfono. Aquella situación le seguía pareciendo muy absurda. Deseó que el café lograra apartar también esa sensación.

—*Voilà!* —El joven dejó ante a Dupin dos tacitas de porcelana con los bordes mellados en varios puntos y se dio la vuelta. Sacó un tíquet de una anticuada caja registradora y lo dejó sobre el mostrador.

Dupin se tomó el primer café —demasiado caliente, pero bueno— a pequeños sorbos. Al instante, se tomó el segundo.

—Vamos allá.

Hizo acopio de valor y sacó el móvil. Aunque no sabía cómo, tenía que hacerlo.

Pulsó el número.

—Claire, soy yo —dijo en voz baja.

—¡Georges! Ahora mismo salgo del hospital. ¡A por la siguiente caja! En cambio tú, chico afortunado, hoy libras. ¿Qué tal va?

En su tono de voz no había ningún reproche.

—Muy bien.

Una respuesta desafortunada considerando lo que tenía que decir.

—¿Cómo va la excursión del equipo? ¿Ya os habéis encontrado con Merlín?

—Hemos sufrido un par de... contratiempos, Claire. —Tenía que decirlo de golpe; no había otra opción, y además no era culpa suya—. Ha habido dos asesinatos y, de algún modo, se ha convertido en mi caso. Una historia complicada.

Una larga pausa. Dupin esperaba cualquier cosa. Seguro que Claire querría todos los detalles. Ella, por supuesto, sabía que aquella zona no estaba en su jurisdicción.

—¿Qué le vamos a hacer? ¿Cuánto tiempo necesitarás? —Antes de que Dupin respondiera, Claire se respondió a sí misma—. Tú regresa mañana a última hora de la tarde, ¿entendido? Hasta entonces, no me importa.

Se oyó el chasquido de la puerta de un vehículo al cerrarse. Claire se había montado en su coche.

—Me daré prisa.

Otra respuesta desafortunada. Comprendía a Claire. Era el comienzo de su vida en común. De hecho, la fecha para la excursión del equipo había sido

de lo más inconveniente, aunque ella no se había quejado.

Arrancó el motor.

—No hace falta ni que me llames. Mañana por la noche, cuando regreses, ya me lo contarás todo.

No parecía enfadada. Pero eso no significaba nada.

Claire colgó.

En términos generales, había ido bastante bien... si no tenía en cuenta el estrecho margen de tiempo que le había dado para regresar. Sin quererlo, a Dupin le vino a la cabeza el ultimátum que la esposa de Yvain le impuso a su marido. Y las atroces consecuencias que tuvo.

Suspiró y buscó a Le Ber con la mirada.

Había llegado el momento de hablar con los investigadores. Dos de sus colegas habían sido asesinados. Y quizá también un tercero el pasado mes de mayo.

La mujer de la librería les indicó el camino con una sonrisa de complicidad. Tras una puerta estrecha, debían recorrer un pasillo con las paredes forradas de paneles informativos hasta una escalera de caracol estrecha. Tercera planta. Arriba del todo.

Le Ber había obtenido de Nolwenn los primeros datos acerca de los investigadores y los había recopilado en cuatro hojas que había entregado a Dupin. Este, a su vez, lo había metido todo en el manual del Citroën para tenerlo todo junto. Entretanto, la prensa ya había hecho acto de presencia, tanto en la residencia de los Cadiou como en la fuente del bosque. *Ouest-France*, *Le Télégramme*... Aunque, por desgracia, Dupin no conocía a los reporteros de Rennes. Había también tres periodistas de radio y, como era de temer, la TV Rennes 35, la televisión local. La noticia había estallado. Ya nada podría pararles. Le Ber, por otra parte, había hablado por teléfono con Aballain. Al parecer, en la oficina del señor Cadiou no se había detectado nada fuera de lo habitual.

Era fácil marearse en la estrecha escalera de madera que crujía con estruendo. Dupin recordó la subida al faro de Île-de-Sein. Era posible que, en su tiempo, la utilizara el servicio. El señor y la señora del castillo no habrían consentido tener que usar algo así.

«Acceso cerrado al público», advertía un cartel. Al llegar a lo alto se encontraron en una antesala mal ventilada y sombría, justo enfrente de una puerta de madera oscura.

Dupin abrió sin llamar. Un chirrido demencial acompañó el gesto: como gemidos y graznidos de animal herido.

La sala ocupaba la mitad de la longitud del edificio. Estaba revestida de madera oscura, se perdía hacia lo alto en una oscuridad indefinida, hasta el punto de que el techo apenas se intuía, y lucía un par de lámparas de araña. A izquierda y derecha, unas ventanas en saledizo acabadas en punta que, incluso en los días más luminosos del verano como ese, dejaban pasar muy poca luz. Ni siquiera las arañas del techo lograban contrarrestar ese ambiente lóbrego.

También allí el aire estaba viciado, olía a polvo y a cera para el suelo, unos olores que a Dupin le recordaban a la mansión parisina de sus abuelos. El suelo crujía aún más que la escalera. Junto a las paredes revestidas de madera había varias armaduras. Entre estas y las ventanas se podían ver unos grandes grabados con motivos históricos y escenas fantásticas: caballeros, bosques, lagos y torrentes, dragones y enormes jabalíes. Y un caballero con un león.

—¡Ya era hora! ¡Es vergonzoso retenernos aquí durante tanto tiempo!

Una voz femenina, con tono airado y, a la vez, distinguido, pugnó por hacerse oír por toda la sala.

En el centro había una mesa redonda de madera que, pese a sus enormes dimensiones, parecía algo perdida en aquel espacio inmenso. Los investigadores se habían sentado alrededor, en unos asientos enormes de madera labrada con respaldos altos y asientos tapizados.

—Señoras, señores. Soy el comisario Georges Dupin —se presentó con un tono especialmente tranquilo mientras se acercaba a la mesa. Entonces vio a la propietaria de aquella voz: una dama elegante, algo entrada en años y de expresión levemente apenada—. Me acompaña el inspector Le Ber. Me encargo de la investigación del asesinato de Fabien Cadiou y de Paul Picard, así como, no lo ocultaré, de un posible tercer asesinato. —Hizo una pausa y miró a su alrededor con atención. Sacó el manual de instrucciones del Citroën con la lista de Le Ber—. Se trata de la muerte de su colega, el profesor Laurent, de París, catedrático en Poitiers del Centro de Estudios Superiores de Civilización Medieval. —La documentación aportada por Nolwenn era un auténtico tesoro; siempre era útil estar bien informado—. Falleció en mayo y hasta hoy parecía una muerte natural, pero a la luz de la nueva situación vamos a exhumar su cadáver.

Había sido una entrada llena de energía. Estaba satisfecho.

—¿Cómo dice? ¿Qué?

Un hombre alto, ancho de espaldas, con una cabeza tan angulosa que llamaba la atención, calvo, vestido con un pantalón de algodón negro y camisa arremangada del mismo color, se levantó y se acercó a Dupin.

—Mi nombre es Auffrai Guivorch. —Tendió la mano hacia el comisario. Dupin reparó en que estaba muy bronceado—. Soy el subdirector del Centro del Imaginario Artúrico. —Una sonrisa fugaz—. Ya que estamos, soy arqueólogo de profesión y experto en Historia Antigua, prof...

—Profesor en la Universidad de Rennes 2 —le interrumpió Dupin—. Departamento de Historia del Arte y Arqueología, e investigador de un proyecto para la Casa de las Ciencias Humanas de Bretaña de Brest. Cuarenta y siete años. Con domicilio en... —Dupin se detuvo un instante y echó un vistazo a la información que Nolwenn había recopilado y Le Ber había anotado—... en una casa flotante.

Un detalle curioso. Nolwenn habría tenido sus motivos para consignar ese dato.

—Sí, llevo una vida muy agradable. Pásese cuando guste para tomarme declaración. Será usted bienvenido. —Aunque el tono de voz de Guivorch antes había sonado alegre, de pronto la expresión de su cara se ensombreció—. ¿Es eso cierto? ¿Gustave Laurent también fue asesinado?

—Aún no se sabe. —Dupin volvió a recorrer con la mirada a los presentes sin disimulo y escrutó sus rostros. No parecía que el fin de sus colegas hubiera afectado especialmente al grupo.

—Es atroz. Todo esto. Es terrible. —La segunda dama de la mesa, bastante más joven, de unos cuarenta años, con el cabello rojizo y mechas casi rubias en una media melena desgreñada, con apariencia de estar mal cortado a propósito, pero con un toque artístico; ojos de un azul intenso que contrastaban vivamente con el color del cabello. Chaqueta negra entallada; nariz estrecha y noble. Muy atractiva. Vocalizaba muy bien; hablaba de forma clara, subrayando todas y cada una de las sílabas.

—Profesora Adeline Noiret, supongo. —Sobre la otra investigadora, la catedrática Sébille Bothorel, Nolwenn había anotado «setenta y un años»; por lo tanto, era la mujer mayor que había dejado oír sus quejas de forma expresa—. Parisina, especialista en literatura medieval. Además, presidenta de la Sociedad de Mitología Francesa. Casada, según veo aquí, con Bastien Terrier. —Dupin miró al hombre que estaba sentado a su lado. De baja estatura, pelo canoso fino y rizado, y gafas casi redondas. Nunca antes había tenido que tratar a la vez con tantos catedráticos y doctores universitarios—. Su marido

es un reconocido catedrático de Lyon, experto en arqueología medieval. Sesenta años.

Bastien Terrier sonrió. Una sonrisa vanidosa y, a la vez, algo irónica.

—Exacto. Y residente en París. —Un detalle adicional que, al parecer, era importante para él. Llevaba una camisa de un llamativo color burdeos.

—En cuanto a usted —Dupin se giró hacia la mujer de más edad—, señora Bothorel, ostenta una famosa cátedra en la Sorbona. De Literatura.

Sébille Bothorel mantenía una expresión escéptica, pero no dijo palabra.

—Solo falta uno. —Volvió la mirada hacia la persona que era, de largo, la más joven del grupo—. El profesor Marc Denvel. También de París. Doctorado a los veintidós años. Un talento precoz. —Eso decía la nota—. Desde hace casi dos años, profesor invitado en Oxford; anteriormente, en Yale. Experto en historia medieval.

Un hombre joven y atractivo, de cabello rubio oscuro, corto y abundante y con raya a un lado, labios carnosos y ojos verdes con unas pestañas inusualmente largas, asintió decidido. Lejos de la imagen preconcebida de un investigador, su apariencia no era enclenque, sino atlética. Llevaba un pantalón azul marino de corte deportivo y un polo azul claro muy ceñido.

El subdirector Guivorch se volvió a sentar. En la mesa había tres asientos desocupados. Dos eran contiguos y se encontraban entre Adeline Noiret, la pelirroja, y Guivorch, el bretón. Sobre la mesa había un montón respetable de papeles. Dupin supuso que se trataba de documentación para el encuentro. Delante de cada sitio —y a una cierta distancia, en el centro de la mesa— se habían colocado unas lamparillas pequeñas que lanzaban una luz tenue. Frente al asiento desocupado que Dupin tenía delante faltaba el montón de papeles y la lámpara.

—Bien —prosiguió el comisario—, nos gustaría saber si tienen alguna idea sobre los asesinatos de sus dos colegas, si tienen algo en mente que pudiera estar relacionado con sus muertes. Lo que sea. —Silencio. Aguardó un poco más y luego insistió—. ¿Alguno de ustedes tiene alguna idea del motivo por el que dos colegas suyos han sido asesinados?

Como no obtuvo ninguna respuesta, Dupin tomó asiento. Quería dejar claro que tenía tiempo. Miró a Le Ber y le invitó a hacer lo mismo. Al comisario le pareció percibir cierto agobio en la expresión del inspector. Había algo que le intranquilizaba. Al dirigirse hacia uno de los dos asientos libres, el inspector se acercó a él de forma casual, se inclinó y le susurró con voz nerviosa:

—*Le siège perilleux*. «El asiento peligroso.»

Las miradas curiosas de todo el grupo, a pesar de no haber escuchado esas palabras, se posaron en ellos.

—Un asunto oficial —aclaró Dupin—. Veamos, les escucho. ¿Qué ha ocurrido aquí? ¿Me lo van a contar?

Se produjo un silencio largo e incómodo. El comisario intentó interpretar de nuevo sus expresiones, detectar alguna emoción. Todos parecían indiferentes, aunque no sabría decir si era una actitud forzada o auténtica.

Dejó frente a él, en la mesa, el manual de instrucciones del Citroën. Noiret y Guivorch lo miraron desconcertados.

El subdirector fue el primero en romper el silencio.

—Es evidente que nosotros también nos lo hemos planteado. En grupo y por separado. Pero, por más vueltas que le hemos dado, no se nos ha ocurrido nada.

—Está usted sentado con los investigadores más reputados de nuestra especialidad. —La mujer de más edad, la señora Bothorel, hablaba con una arrogancia manifiesta—. Lo único que nos interesa es la ciencia.

—¿Qué tenían previsto tratar estos días durante el encuentro? —La pregunta de Le Ber era un buen comienzo.

—Nuestra agenda incluye una serie de temas de gran relevancia sobre los hallazgos realizados en las excavaciones más recientes. —Bastien Terrier. El del cabello rizado y las gafas redondas.

—Unas cuestiones absurdas, en mi opinión. —La señora Bothorel se mostró indignada.

Adeline Noiret reaccionó al instante:

—No está obligada a asistir a la charla si no lo desea. —Su tono era amable pero frío—. Aquí nadie obliga a nadie. Su presencia es voluntaria.

La señora Bothorel se limitó a dirigir una mirada de desdén a su colega más joven.

Aquel encuentro no parecía ser demasiado amistoso, se dijo Dupin.

Guivorch, el subdirector que vivía en un barco, se volvió hacia el comisario para ofrecerle una explicación.

—Simplificando mucho la cuestión: en otros tiempos, las historias de Arturo se entendían como relatos ciertos; luego se consideraron invenciones, fantasías elaboradas. Hoy en día se cree que ocultan una historia más real que lo que se suponía hasta el momento.

—Eso no es relevante para los estudios literarios —aseveró tajante

Sébille Bothorel.

—Por ello —prosiguió Guivorch sin inmutarse— se ha iniciado otra fase de excavaciones que tengan en cuenta este objetivo. También referidas a la cuestión artúrica. Como en Cadbury, en Inglaterra. O aquí, en el bosque. Son proyectos que implican a las tres disciplinas esenciales para nosotros: arqueología, historia medieval y literatura y lingüística medievales. En todo caso, volviendo a su pregunta: Bastien Terrier, Paul Picard y yo teníamos planeado informar hoy con más detalle sobre las excavaciones. También Fabien Cadiou. Cada uno sobre sus actividades. Para mañana y pasado se habían previsto debates.

—Lo único que cuenta son los textos —sentenció la señora Bothorel—. ¡La arqueología se da demasiada importancia!

Dupin lo entendía. Era como en todas partes: los distintos expertos competían entre ellos y a todo el mundo le parecía que la suya era la especialidad más importante. En este caso, era evidente que aquello hacía que la situación fuese aún más interesante.

El joven profesor había guardado silencio hasta entonces. Dupin se dirigió a él:

—Señor Denvel, ¿ve usted algún motivo para estos dos crímenes?

El académico ladeó la cabeza. Serio. Mesurado. No parecía fingido. Era un hombre muy atractivo: su rostro tenía cierto aire clásico, como de joven patricio, deslumbrante, pero sin llegar a ser altivo.

—Tampoco a mí se me ocurre por qué alguno de nosotros querría quitarle la vida a otro. —Denvel se expresó con una profunda consternación, pero a Dupin le pareció notar cierta ironía—. No. No se me ocurre ningún motivo. —Subrayó su escueta conclusión con una sacudida de cabeza.

—¿Y de qué hallazgos arqueológicos estamos hablando? —pregunto Le Ber—. ¿Quién los ha realizado?

Guivorch tomó la palabra.

—Sobre todo, del castillo de Cadbury. Desde tiempos inmemoriales esa colina...

—¿Se refiere usted a la colina en cuya excavación participó el señor Laurent en mayo? —interrumpió Dupin—. ¿Donde el señor Cadiou también estuvo unos días?

Bastien Terrier, el investigador de cabello rizado canoso, no dejaba de ponerse y quitarse las gafas. De pronto parecía muy nervioso:

—Mi facultad también participa en ese proyecto.

Guivorch sonrió con gesto magnánimo.

—Como otras más. Hace tres años, un equipo de Londres reemprendió las excavaciones y ellos...

—Hacia un año que habíamos solicitado el permiso. —Terrier parecía irritado—. Pero se dio prioridad a la investigación nacional británica y a nosotros no nos permitieron empezar hasta mucho más tarde. —Era evidente que Terrier tenía ganas de decir algo más—. Sobre Gustave Laurent, permítame una cosa, señor comisario. Era un historiador experto en la Edad Media, sí, ¡pero no era arqueólogo! Solo lo digo para que este punto quede claro durante la investigación policial. Tenía un puesto en el Centro de Estudios Superiores de Civilización Medieval de Poitiers, aunque vivía en París. Todos sabemos que el proyecto de Cadbury fue la única empresa arqueológica en la que Laurent participó. Como aficionado.

—Ya al principio de esas excavaciones, a finales de los años sesenta —apuntó Guivorch—, empezaron a aflorar unas fortificaciones de mediados del primer milenio. Tuvieron que ser la residencia de alguien importante. No cabe duda al respecto. Y es imposible que pertenecieran a un personaje histórico conocido.

Eso se llamaba sugestión, se dijo Dupin, divertido.

—Esto terminará exactamente igual que el supuesto descubrimiento de Camelot en el siglo XII. Es ridículo. —El nivel de sarcasmo que Sébille Bothorel sabía imprimir a sus frases era impresionante—. Se identificó el anfiteatro romano de Caerleon, que apenas era una ruina, como la corte del rey Arturo. ¡Un error colosal! Dimensiones enormes, forma circular, una arquitectura estupenda... pero, por desgracia, ya era una ruina en el año 400. En fin.

—El tema sobre el que queríamos tratar hoy aquí es algo sensacional. —Terrier, ajeno al comentario hiriente, tomó la palabra—. A finales del año pasado, mucho antes de que el grupo de Laurent llegara al lugar, nosotros encontramos en la colina una lápida con la inscripción PATER COLIAVICIT ARTOGNOV —inspiró profundamente—, que significa algo así como: «El padre de Coliavus ha hecho esta lápida, Artognou».

Dupin no estaba seguro de adónde llevaba todo aquello.

—En esa lápida ustedes ven más de lo que hay —siseó la señora Bothorel.

—Debe saber —Guivorch levantó el dedo índice— cuál es la tesis más plausible desde el punto de vista histórico. Según esta, Arturo vendría a ser lo

que se conoce como un régulo, que, tras la caída del Imperio romano y la retirada de las últimas tropas en torno al año 410, gobernaba uno o varios de los asentamientos romanos que pervivieron hasta mediados del siglo VI en el sur y el oeste de Inglaterra. Y que además emprendió, organizó y capitaneó la lucha contra las tribus bárbaras de los anglos y los sajones. Se enfrentó a ellos durante décadas con un grupo de caballeros que vivían conforme a unos ideales muy estrictos: justicia, igualdad, compasión, piedad, humanidad.

La joven promesa en historia tomó la palabra con voz desapasionada:

—El *Historia Brittonum* del año 820 describe las doce batallas de Arturo, el defensor de los britanos. Su título ahí es el de comandante. —Por un instante, a Dupin le pareció adivinar una sonrisa extraña en los labios de Denvel—. ¡Comandante! —repitió. ¿Había sido solo producto de su imaginación?

—¿Qué otros objetos se hallaron en sus excavaciones? ¿Algo especialmente valioso?

Aunque ya estaba harto de hablar de excavaciones, le pareció prudente insistir en esa cuestión, ya que era a lo que se dedicaba el grupo de investigadores. Además, en los siete años que llevaba en la Bretaña, los «tesoros legendarios» sobre los que podía girar un caso se había convertido en una consideración habitual.

—¿Por quién nos toma? —A Terrier casi se le resbalan las gafas de la nariz—. ¡No somos vulgares cazadores de tesoros!

—Algunas fuentes de oro y de bronce, platos, copas —informó Guivorch—. No es gran cosa. Pero son indicios de la existencia de un señor de particular importancia en la fortaleza.

—¿Y dónde se encuentran estos objetos ahora?

—Todo ha sido escrupulosamente registrado y se custodia en el Departamento de Conservación e Investigación Científica del Museo Británico.

—¿Podrían haberse ocultado objetos? ¿Alguien se los podría haber quedado?

—¡Existe un código ético! —repuso indignado Terrier. Luego, más calmado, añadió—: ¡Y un supervisor estatal, que siempre está presente!

Sin duda era así, pero Dupin sabía sobre todo una cosa: que la avaricia aguza el ingenio e impulsa a hacer muchas cosas. Y en ocasiones, y no pocas, a hacer de todo.

El joven investigador experto en el período artúrico se concentró en su

teléfono móvil, aunque intentaba que no se notara. Estaba escribiendo.

—¿Quién habría...?

El móvil de Dupin sonó.

Miró la pantalla: «Número desconocido».

Solo sonó una vez.

Dupin volvió a dejar el móvil sobre la mesa.

—¿Quiénes de ustedes participaron en las excavaciones de Cadbury?

—Aparte de mí —respondió Terrier—, solo Gustave Laurent. Pero su grupo no descubrió nada más. Fue todo en vano.

—¿Todos opinan lo mismo? —Dupin miró a su alrededor.

Nadie hizo ademán de responder.

—¿Y el señor Cadiou? ¿Por qué fue allí?

—De vez en cuando —repuso Terrier de nuevo—, él asesoraba a Gustave Laurent. Como experto en literatura.

—¿Puede ser más concreto?

—No le sabría decir.

Así no irían a ningún lado.

Apuntó un par de cosas. El mundo artúrico era desconcertante.

—¿Hay algo interesante que destacar del proyecto de excavación de Paul Picard?

—Aún está en fase de preparación. Por el momento, me parece que no. No —aseveró el subdirector.

—Señor Guivorch, es usted el único del grupo que viene de la Bretaña. ¿De dónde es usted exactamente?

—Soy un bretón de pura cepa. El único en la junta de la Sociedad Artúrica. Nací en Saint-Péran, una aldea diminuta del bosque, el mismo que me inspiró a la hora de escoger mi profesión.

—Entiendo. Actualmente, ¿hay otras excavaciones? Quiero decir, en el bosque.

Guivorch volvió a responder:

—Mi departamento lleva excavando en el Valle sin Retorno desde enero de este año. Junto a la Casa del Hada Viviana, un monumento megalítico.

La Casa del Hada, cómo no, estaba en la lista de visitas para la excursión del equipo.

Terrier tomó la palabra:

—Hace dos años que dirijo una excavación junto a la Tumba de Merlín,

que en origen era una hilera de piedras de origen neolítico de doce metros de largo. Nos interesa averiguar cuándo...

Dupin le interrumpió antes de que siguiera dando detalles.

—Por lo tanto, en la actualidad hay tres empresas arqueológicas en marcha —resumió—. La de Picard, que acababa de empezar, y otras dos que hasta ahora no han proporcionado ningún resultado excepcional.

Nadie objetó nada.

—¿El Centro y Fabien Cadiou intervinieron también en los permisos de las excavaciones? —intervino entonces Le Ber.

—Por lo general —explicó Guivorch—, el Centro emite dictámenes científicos y recomendaciones respecto a las solicitudes, pero nada más. En el caso de la petición de Picard, Fabien Cadiou ya ocupaba el cargo; en las anteriores, no.

—¿Cuándo fue nombrado Cadiou director del Centro? —siguió preguntando Le Ber.

—El 1 de noviembre del año pasado.

—Para entonces —siguió el inspector, mientras Guivorch le observaba con detenimiento—, su proyecto ya había recibido el permiso.

—Así es.

—¿Ha habido otras excavaciones internacionales en las que hayan estado implicados durante este año o el anterior?

Le Ber dirigió su pregunta a todos los presentes.

—Hasta el verano de este año, Picard participó en un pequeño proyecto de excavación en Glastonbury —aportó Guivorch.

—Niñerías. Si me preguntan mi opinión, auténticas chiquilladas. —La académica de más edad, Sébille Bothorel, llevaba mucho rato en silencio—. ¡Solo nos faltaba esto! ¡Niños jugando a encontrar el Grial! ¡Y se dicen investigadores! ¡Es de risa!

—Se trataba —siguió Guivorch, impasible— de la datación del punto de captación de una fuente.

Todo indicaba que las fuentes parecían jugar un papel importante en el mundo artúrico.

Le Ber carraspeó.

—Según cuenta una leyenda basada en el Evangelio de san Mateo, el cáliz de la última cena de Jesucristo llegó a Inglaterra. El mismísimo José de Arimatea, que recogió la sangre de Cristo con él, lo llevó allí, fundó un convento en Glastonbury y ocultó el cáliz bajo una fuente conocida como

Chalice Well. Hasta nuestros días, el color rojo del agua se explica por el cáliz ensangrentado de la Última Cena.

El inspector se había esforzado por usar un tono absolutamente neutro.

—La excavación de Picard —Dupin vaciló, poco a poco aquello empezaba a resultar demasiado fantástico, incluso para los bretones—, ¿tenía que ver con el Grial?

Ni en sueños habría imaginado que acabaría formulando una pregunta como esa en el curso de una investigación. Y, en general, en su vida.

—¡Menuda ridiculez! —siseó la señora Bothorel.

Transcurrió un rato hasta que Guivorch contestó.

—Como ya he dicho, tenía que ver con objetos que permitieran la datación más precisa posible del punto de captación de la fuente.

—¿Se encontró algo?

—No.

—Señor Denvel —Dupin se volvió de nuevo al más joven del grupo—, ¿puede aportar alguna otra cosa?

—Me temo que no sé nada que resulte de utilidad.

La investigadora de cabello rojizo, Adeline Noiret, intervino en ese momento, poniendo especial énfasis en la palabra «versiones».

—Las distintas versiones relacionan el Grial con objetos de lo más variado. A veces es una copa, otras un cáliz hecho de materiales diversos, y luego, de nuevo, una piedra. Con frecuencia, suele ser una piedra verde. A veces incluso es un meteorito. Y también un tarro de unguento o un caldero dorado.

—Además —asintió Le Ber con vehemencia—, por si no bastara con que el Grial se represente con las formas más diversas, hay muchísimos. Docenas de cálices en docenas de castillos con docenas de historias, a cuál más fantástica que la anterior. Y en todos los casos se trata, claro está, del Grial auténtico. Le sorprendería el número de iglesias en las que se encuentra, jefe. En Inglaterra, en España, en Israel, en Francia... Todo el mundo lo reclama como propio. Hace poco leí en la prensa que lo habían encontrado en la buhardilla de una casa particular.

—En rigor —prosiguió la señora Noiret muy seria—, se trata solo de una cosa. Y justo esto es lo que estimula la imaginación. El problema está en que algunos investigadores afirman conocer partes de un texto original y basan su conocimiento en él. Se trataría de una «fuente», una fuente textual, de la que, según parece, se derivan todas las historias de Arturo y del Grial y que, por desgracia, se ha perdido.

—No es fácil buscar y encontrar algo cuando ni siquiera se sabe lo que

es. —Le Ber hizo una de esas aseveraciones filosóficas y sombrías tan propias de él.

—¿Y qué hay de la iglesia del Grial? —Dupin había aparcado ahí el coche cuando llegaron. Al recordar eso, reparó en que apenas unas horas antes él se encontraba en una excursión de equipo, que empezaría con lo que tenía que ser una breve entrevista y que había finalizado demasiado pronto—. ¿Qué relación tiene esa iglesia con el bosque? ¿Cuál es su importancia?

—Ninguna —repuso Guivorch—. Esa iglesia es obra de un párroco que durante la guerra empezó a convertir el viejo templo en una iglesia del Grial. En sus muros se narra la historia del Santo Grial. Dedicó toda su vida a esa empresa.

—Pero, si lo he entendido bien —Dupin intentó encontrar el modo más correcto de expresarlo—, su historia no tiene nada que ver con el Santo Grial.

—Se dice que ese párroco sabía algo. Sobre el Grial y su escondite. Y que el bosque tenía un papel clave en ello. También se cuenta que el sacerdote no llegó aquí por casualidad y que procedía de una estirpe de caballeros del Grial. —En ese instante, Guivorch también sonrió—. Pero no, no guardan ninguna relación. Excepto por esa leyenda local.

Sus palabras resonaron en la vastedad de la sala. Nadie hizo ademán de querer añadir nada a eso.

—*La porte est en dedans*. «La puerta está en el interior.» Esta misteriosa frase se encuentra aún sobre la puerta que da a la capilla —dijo Le Ber—. Y hay otra: «Sabed que cuanto veis no está... y que no veis lo que sí está».

Dupin se pasó la mano por la frente y suspiró de forma audible. ¿Acaso el efecto de los cafés ya había remitido?

Todo aquello no conducía a ningún sitio.

De pronto, se oyó un ruido tremendo, espeluznante. El comisario necesitó un momento para distinguir su procedencia. Era la enorme puerta de madera que se encontraba al otro lado de la sala. Una especie de crujido y graznido, en todos sus tonos, como si se tratara de la puerta de una ingeniosa caja de resonancia, un instrumento del infierno.

La puerta se abrió muy despacio. Tras ella se vislumbraba un pasillo oscuro.

Un segundo después apareció una figura.

Dupin reconoció al joven de la cafetería. Detrás de él, la muchacha de la caseta de las entradas.

—¡El aperitivo!

Las palabras resonaron con eco por la sala.

Los dos acarreaban un cesto grande y se dirigieron directamente hacia una mesa a la derecha de la puerta; Dupin no había reparado en ella hasta ese momento por culpa de la falta de luz. Sobre la mesa había varias botellas de vino tinto.

Guivorch se sintió obligado a dar una explicación.

—Por lo general, solemos permanecer reunidos hasta última hora de la tarde... Aunque no cenamos juntos.

Una información curiosa. Por otra parte, aquello no restaba a la situación ni un ápice de su carácter grotesco y macabro.

—¡Paté de *campagne*, terrina *forestière* y *rillettes* de ciervo y jabalí! — anunció la joven con voz alegre—. De la cooperativa Brocéliande, especializada en charcutería de la región. Para las *rillettes* solo se utilizan ciervos y jabalíes de la zona. También las setas y las hierbas de la terrina proceden de nuestro bosque. —Al decirlo, señaló con la cabeza hacia la foresta, un gesto del todo innecesario.

Dupin adoraba la costumbre del aperitivo y el orgullo bretón por los productos locales, pero aquel no era el momento adecuado.

—Muchas gracias, señorita —remarcó—, pero ahora mismo nos encontramos en medio de una conversación importante.

—En un momento dejamos aquí todas las cosas —respondió la muchacha sin inmutarse—. También los platos y los cubiertos. Sírvanse ustedes mismos.

Nadie se movió.

Dupin se frotó las sienes. ¡Qué se le iba a hacer! Enseguida acabarían.

La mesa estaba cada vez más llena. Era asombroso lo que contenía ese cesto. No dejaban de sacar cosas.

—Ya está todo —anunció por fin la chica. Tenía en las manos una especie de fuente, que dejó en el último hueco libre que quedaba. Dupin no sabía qué era eso. Ni, sobre todo, para qué servía.

—¿Quién puede proporcionarme detalles concretos sobre la excavación que estaba a punto de realizar Picard?

Dupin puso fin a la situación de forma tajante. A fin de cuentas, nadie había hecho ademán de levantarse y empezar de verdad con el aperitivo.

Guivorch se dio por aludido:

—Se supone que allí hubo una capilla de la que se tiene noticia por relatos y novelas. Se...

—Ya he oído hablar de ello —aceleró Dupin—. ¿Alguna otra cosa?

—En primavera, Picard y su equipo examinaron la zona en torno a la fuente con un georradar y el software más actual. La ubicaron en un punto en el que se veían algunas piedras labradas. Picard pudo demostrar que bajo el suelo había mucho más. Aunque los datos no permiten una interpretación sencilla, es posible que se tratara de la planta de una capilla antiquísima. De ser así, sería todo un descubrimiento.

—Así pues, ¿se trataba de una capilla y nada más?

Dupin era consciente de que aquella era una pregunta rara.

Incluso el joven Denvel levantó la vista del móvil al oír la pregunta del comisario. Todas las miradas se clavaron en él. Nadie respondió. La señora Bothorel se limitó a sacudir la mano, malhumorada.

Dupin aguardó un buen rato. No sirvió de nada.

Aún quedaban algunas cuestiones importantes. Tenía que apresurarse. Aquello se estaba alargando demasiado.

—¿Y el parque? —Hojeó el manual del Citroën, lo que le granjeó varias miradas de estupefacción—. ¿El Parque de la Imaginación ilimitada?

Un tema concreto, ajeno a cualquier aspecto fantasioso.

—¿Alguien...? —De nuevo fue interrumpido por su teléfono. Y, de nuevo, dejó de sonar antes incluso de poder acercárselo al oído.

—Lo de la cobertura aquí, en el bosque, es complicado —intervino Guivorch—. Es muy inestable. A menudo se pierde incluso en mitad de una conversación.

—Ya me lo han advertido —musitó mientras volvía a meterse el aparato en el bolsillo de sus tejanos. Retomó la charla—. ¿El señor Cadiou colaboraba en el proyecto del parque recreativo?

—No. —La respuesta de Guivorch fue inmediata y decidida—. Ese era un asunto de su esposa. Fabien Cadiou no lo mencionó jamás, ni en el Centro, ni tampoco en nuestro círculo de investigadores.

—¿Y Paul Picard? ¿Tenía algo que ver con el proyecto?

Dupin miró a su alrededor.

—Creo que no —respondió de nuevo el subdirector Guivorch.

—¿Saben algo sobre este proyecto que pudiera ser relevante?

Todos negaron con la cabeza.

Dupin no quería aflojar. Por algún motivo, ese tema le interesaba especialmente.

—¿Alguno de ustedes está involucrado en este proyecto?

Por un momento pareció que asomaba cierta irritación en las caras de todos.

Para su sorpresa, Marc Denvel se sintió obligado a responder:

—Personalmente sé muy poco al respecto. De hecho, casi nada. Alguien lo mencionó en alguna ocasión. La señora Cadiou tenía algo que ver con eso; lo mejor es que hable con ella.

Dupin pensaba hacerlo de todos modos.

—¿Señora Bothorel?

La anciana mujer había empezado a leer algunos documentos de forma ostentosa.

—Habrá más turistas vagando por el bosque de un lado para otro. No tengo nada que ver con eso.

Una respuesta rotunda.

—¿Y usted, señora Noiret?

—Yo tampoco sé gran cosa. —La pelirroja se encogió de hombros.

Terrier tenía los labios fruncidos, como si sus pensamientos fueran muy intensos.

—Yo estoy igual.

Dupin miró a Guivorch.

—Nada.

—¿Cuándo fue la última vez que se reunieron ustedes?

Esa también era una pregunta interesante. Debería haberla planteado antes.

—En septiembre del año pasado —informó Guivorch.

—¿Dónde?

—En París.

—¿Se ven ustedes con regularidad?

—Una vez al año.

—¿Quiénes componen este grupo?

Tal vez ahí habría algún indicio. De hecho, los tres fallecidos formaban parte de aquel círculo ilustre. Eso no podía ser una coincidencia.

—Nosotros somos la junta de la sección francesa de la Sociedad Artúrica Internacional —respondió Terrier, a quien le pareció apropiado hacerlo del modo más formal posible—. Una asociación científica que solo en Francia cuenta con tres mil miembros. Con secciones repartidas en un total de cuarenta y siete países del mundo. Soy el subdirector. —Terrier se interrumpió; parecía darle vueltas a algo—. De hecho, ahora también soy el

presidente en funciones. Paul Picard fue elegido hace dos años para el cargo, que debía ocupar todavía un año más. Aunque, de todos modos, solo consiguió un par de votos más que yo.

Era increíble lo poco que se esforzaba Terrier en ocultar su satisfacción por su nuevo estatus.

Mientras escuchaba la respuesta, Dupin se había levantado de pronto de su asiento, sin ningún motivo concreto, y se había acercado a una de las armaduras. Todas las miradas lo siguieron con curiosidad; tan solo Terrier siguió hablando sin inmutarse. El comisario se quedó de pie frente a la armadura y clavó la vista en la punta de la lanza. De cerca parecía oxidada. De pequeño, el óxido de los cuchillos viejos siempre le había parecido sangre seca.

—¿Le interesa alguna cosa en concreto? —Guivorch rompió el silencio.

Dupin dejó la pregunta en el aire. Luego se dio la vuelta y regresó a la mesa.

—El hotel en el que estaba Paul Picard, ¿se hospedan ustedes también en él?

—Sí, es el hotel que usamos para nuestras reuniones siempre que nos encontramos aquí. Todo el mundo menos yo tiene una habitación en él. Es un establecimiento encantador y muy agradable —respondió Guivorch.

Dupin hojeó el manual de instrucciones del Citroën:

—El Relais de Brocéliande de Paimpont.

—Me gustaría...

El móvil de Dupin empezó a sonar de nuevo.

—¿Diga?

—¿Señor comisario?

—Sí, Labat, ¿qué ocurre?

Dupin bajó la voz, se acercó a toda prisa a la puerta y abandonó la estancia.

—Hay varias personas que han intentado contactar con usted. El médico forense que ha examinado el cadáver de Picard estima la hora de la muerte entre las doce y la una de la tarde. Se...

—¿Entre las doce y la una?

Entró en la antesala diminuta. El aire ahora parecía estar más viciado que antes. Y hacía más calor.

—Sí. Se...

Dupin estaba sumido en sus pensamientos.

—Si están relacionados entre sí, los asesinatos se habrían sucedido a una velocidad considerable...

—Se confirman las tres heridas de arma blanca; el forense calcula que se trata de un cuchillo con una hoja de unos nueve centímetros. El tamaño habitual de una navaja de bolsillo. Filo fino. No hay indicios de lucha... Informará en cuanto disponga de más datos.

—Bien.

—En cambio, el forense que ha examinado a Cadiou aprecia señales claras de pelea, él...

—¿Dónde? ¿Qué señales?

Eso era una sorpresa.

—Hematomas en los brazos, sobre todo en la parte superior. No muy grandes, más bien puntuales.

—¿Algún indicio de ADN?

—Aún no lo puede decir.

—¿Alguna información sobre la bala?

—Calibre 38, es decir, 9 mm. Nada especial. De Ruag.

El calibre más habitual. Unas balas muy comunes. De ahí no podía extraerse ninguna conclusión.

—¿Algo más? —El aire viciado de la antesala era insoportable.

—Ya están listos los informes provisionales de la científica. Han examinado el bosque en la zona del hallazgo y no han encontrado nada particular. Tampoco, por cierto, ningún móvil. Es posible que el asesino se lo llevara consigo. De todos modos, hemos pedido la lista de llamadas.

—¿Qué hay de Cadiou? ¿Móvil y línea fija?

—El móvil se ha encontrado en la cocina. Protegido con contraseña táctil y código. También se está trabajando para obtener la lista de llamadas. Se ha analizado el historial de la línea fija. Hasta ahora, no hay nada de interés. No se usaba mucho.

—¿Se sabe ya si Picard tenía un portátil?

—Sí. La científica se lo ha llevado de su habitación en el hotel. Por cierto, que allí tampoco se ha encontrado nada fuera de lo habitual. Están intentando acceder al portátil. Lo mismo se puede decir en el caso de Cadiou. Su esposa no conoce la contraseña. En su casa no se ha visto nada fuera de lo normal. Ni tampoco en el patio. Al parecer, la puerta lateral no se cerraba nunca.

—Entiendo. ¿Alguna pista en la grava del patio, o en el camino?

—Ningún rastro reciente, salvo el de la ambulancia y el de la señora Cadiou. Y nada que llame la atención en el coche del finado. Lo han examinado a fondo.

Aquello no daba para mucho.

—¿Quién quería hablar conmigo, Labat?

—¿Hablar con usted?

A veces era para volverse loco.

—Ha dicho que algunas personas han intentado contactar conmigo.

—Ah, sí. Nolwenn. Y su amigo de París.

—¿Alguien más?

—No.

—Muy bien. Quiero que alguien se ocupe de ese cuentacuentos, ese tal...

—Sujetó el aparato entre el hombro y la barbilla y pasó las páginas del manual del Citroën— Philippe Goazou, Inwynn de nombre artístico. Quiero saber si tiene coartada entre las nueve y las trece horas.

No se lo quitaba de la cabeza.

—Ahora mismo.

—Y, Labat, me gustaría que viniera al castillo de Comper. Con algunos compañeros.

Dupin sopesó si tal vez aquello era una exageración, pero al final lo consideró oportuno. Todos los investigadores eran, en principio, sospechosos.

—Entendido.

Colgó.

Regresó a la sala sumido en sus cavilaciones. La puerta soltó un chirrido ensordecedor.

Todos lo miraron, como si aquello fuera una representación en un escenario espectacular.

—Una cosa más: ¿quién de ustedes estuvo en mayo en las Islas Británicas? Señor Denvel, usted seguro.

—En efecto. —Denvel reaccionó con aplomo—. Es donde resido de momento.

—El lugar donde se realizan las excavaciones, el castillo de Cadbury, ¿a qué distancia se encuentra de Oxford en coche?

—A ciento cincuenta kilómetros. —Le Ber estaba bien informado—. Apenas dos horas.

No era, por lo tanto, una gran distancia.

—Por casualidad, yo también estuve en Inglaterra en mayo. En

Cornualles. —En los labios del subdirector afloró un amago de sonrisa.

La expresión «por casualidad» era demasiado vaga para usarla en una investigación por asesinato.

—Fui a dar una conferencia en Exeter. Y, a la mañana siguiente, en el camino de vuelta a Londres, hice una parada en Glastonbury. Una visita puramente privada. Aprovechando que estaba cerca. —De nuevo ese amago de sonrisa.

Dupin tomó algunas anotaciones.

Conocía la importancia de Glastonbury. Allí estaba la fuente roja del Grial.

—¿Qué tenía que hacer allí, señor Guivorch? ¿Se sintió atraído por el Grial?

Le Ber se adelantó a Guivorch mientras escribía en su móvil.

—Glastonbury se encuentra a treinta minutos de Cadbury, que es donde estaba el profesor Laurent. Exeter está aproximadamente a una hora de ahí.

¡Qué cantidad de coincidencias!

—Todos los años, a mediados de mayo, en Exeter se celebra una reunión de una de las Sociedades Artúricas de la región y fui invitado a asistir. — Guivorch respondió sin más. En función de los resultados que arrojara la exhumación, Dupin debería profundizar más en esa cuestión.

—¿Y usted, señora Bothorel?

—¿Si estuve en las Islas Británicas en mayo?

Repetición retórica de la pregunta.

—Eso es.

—No.

—¿En París?

—Sí.

Por un breve instante, Dupin reparó en que ella había bajado la mirada hacia el suelo.

—¿Ningún viaje?

—Ninguno a Gran Bretaña. Todo lo demás es privado —se defendió con fingida indignación.

—Señora Noiret, ¿qué hay de usted?

—El último fin de semana de mayo estuve dos días en Londres. —Volvió la mirada hacia Terrier—. Con mi marido. Para la exposición *Impressionists in London*. En la Tate. No queríamos perdérsela por nada del mundo.

Era pasmoso. Todos excepto la señora Bothorel habían estado en mayo en

Inglaterra, mientras Gustave Laurent también estaba allí. Cada vez había más coincidencias. Por otra parte, si Dupin lo había entendido bien, todos los presentes estaban relacionados por fuerza con Gran Bretaña. Era la patria del rey Arturo. No era extraño que atrajera a los investigadores.

—Una última pregunta. ¿Quiénes de ustedes sabían que hoy Paul Picard, antes de empezar el encuentro, iría a visitar la excavación?

Ninguna reacción.

Como había hecho ya en otras ocasiones, el subdirector fue el primero en responder.

—Creo que, si alguien nos lo hubiera preguntado, todos lo habríamos considerado probable. Llegó ayer por la noche y ya habían empezado las tareas preliminares, por lo que era lógico que fuera a echar un vistazo.

Visto así, Guivorch tenía razón.

—Bien. —Dupin volvió a dirigir la mirada hacia la armadura con la lanza cuyo óxido rojizo brillaba—. Así pues, ahora ya tenemos una primera idea de la situación.

Dejó caer la frase de manera ambigua.

—Por supuesto, todos ustedes forman parte del grupo de sospechosos.

Volvió la mirada hacia la señora Bothorel. Esperaba una respuesta airada por su parte. Para su sorpresa, no fue así. Tenía las facciones petrificadas.

—Ahora me despido, pero seguro que volveremos a vernos muy pronto. Para terminar, mis dos inspectores les preguntarán a cada uno de ustedes por su coartada. Luego, con la ayuda de otros expertos, las comprobaremos. Punto por punto.

Dupin no se molestó en disimular su satisfacción, aunque resultara provocadora.

Se dio la vuelta. No había nada más que decir.

Le Ber no se sorprendió, conocía demasiado bien a su jefe. Empezó a dar instrucciones de forma diligente.

—Lo haremos así: hablaremos con cada uno de ustedes por orden y juntos haremos una lista. Procederemos de forma sistemática. Empezaré con la señora Bothorel.

Dupin se encontraba ya junto a la puerta cuando se detuvo un instante. Dio un par de pasos de regreso hacia la sala.

—Una cosa más —dijo alzando la voz—. El proyecto del parque temático de Blanche Cadiou. ¿Qué les parece a ustedes? ¿Qué opinaba de él el señor Cadiou?

La última pregunta iba dirigida directamente hacia el subdirector.

Guivorch parecía sorprendido, pero respondió sin vacilar.

—Él estaba a favor, pero se mantenía al margen. Creo que eso lo resume bien. El Centro, de hecho, es una institución científica solo en un segundo nivel; su prioridad es la transmisión de la fascinación por lo artúrico al mayor número posible de personas. En ese sentido, el parque le parecía una buena idea, aunque no se involucró en ello.

Saltaba a la vista que para Guivorch era importante remarcar el respeto que sentía por la actitud de Cadiou.

—Así pues, al final sí que había hablado de ese tema con él. —Antes había dado una impresión distinta.

—No profundizamos en ello. A lo sumo en dos o tres ocasiones. Y muy brevemente.

—¿Alguno de los presentes quiere añadir algo sobre este punto?

De nuevo sacudidas de cabeza generalizadas.

—De acuerdo.

Dupin abandonó la penumbra de aquella sala y se apresuró a salir al aire fresco.

No muy lejos del castillo, en la carretera estrecha, dos coches patrulla se encontraron de frente con el vehículo de Dupin. El comisario tuvo que clavar el pie en el freno. En el primer coche, en el asiento del acompañante, descubrió a Labat. El inspector lo saludó con exageración y luego miró incrédulo el lateral abollado del Citroën. Dupin asintió con gesto vago y se apartó un poco sobre la hierba para poder acelerar sin problemas.

Un poco antes, al salir de la librería, una horda de reporteros se lanzó a toda velocidad hacia él; había al menos siete u ocho, dos de ellos con las cámaras encendidas y bombardeándolo a preguntas. Dupin farfulló de mala gana el habitual «Sin comentarios», repitiéndolo varias veces mientras lo seguían por el patio. Tuvo que contenerse para no perder los nervios. Con todo, sabía que ellos, igual que él, se limitaban a hacer su trabajo. El trecho hasta el coche lo hizo más corriendo que andando.

Calculó que llegar a la mansión de los Cadiou le llevaría como mínimo un cuarto de hora. Tenía varias llamadas urgentes que hacer.

—Jean Odinot al habla. —La voz crepitó a todo volumen en el manos libres.

—¿Te ha contado alguna otra cosa? —Dupin fue directo al grano. Había

pasado un buen rato desde que Jean estuvo con la viuda de Laurent.

—El problema es que ella no tenía nada que ver con el trabajo de su marido. Me da la impresión de que era un matrimonio muy tradicional. Heredaron una pequeña fortuna del padre de Laurent, que estuvo en el Parlamento durante tres décadas. Tienen tres hijos y ella ostenta una docena de cargos honoríficos. Es una persona que siempre está preocupada. Ve maldad en todas partes.

—Tal vez en ese caso no le falte razón —se le escapó a Dupin—. ¿Tiene alguna idea de qué podría ir todo esto?

—Hemos hablado un buen rato. Me ha mostrado el despacho de su marido, el de casa. Lo conserva todo tal como estaba. He dejado a tres de mis hombres allí para que lo examinen a fondo y lo documenten. Nos hemos quedado con el portátil. No llevaba ningún diario, pero escribía muchísimo: artículos, informes... Durante la excavación de mayo llevó una especie de cuaderno de campo, que según parece es algo habitual. Lo tenía en el portátil.

—Quiero conocer todos los asuntos en los que estuvo metido en los últimos tiempos.

—Durante su vida él...

Un chasquido metálico estridente. La conversación se interrumpió. Dupin pulsó la tecla de rellamada.

—Estabas...

—Sigue.

—La esposa dice que Laurent dedicó por completo su vida a la ciencia. De vez en cuando contactaba con algún antiguo alumno de la escuela, y con Cadiou, aunque no con frecuencia.

—Y también está muerto.

Dupin cavilaba.

—La señora Laurent no ha sabido darme el nombre de nadie más con quien hablar.

Una información lamentable.

—¿Dónde estaba Cadiou entre finales de julio y principios de agosto? ¿Por qué no se pudo contactar con él antes? —preguntó Dupin.

—Estaba en Córcega.

—¿Por qué?

—Ni idea. Supongo que de vacaciones.

—Lo averiguaré. Ahora voy hacia la casa de la señora Cadiou. ¿Sabes algo sobre los arqueólogos del equipo con el que estuvo en mayo?

—Hemos hablado con todos. Y hemos investigado un poco.

Dupin no pudo evitar una sonrisa. Ya en el pasado había preferido no saber qué significaba exactamente que Jean «investigara un poco». En todo caso, siempre surgía algo.

—Por desgracia, no hemos encontrado nada digno de mención, ni siquiera una sospecha.

—¿Alguna otra cosa?

—Mañana por la mañana se exhumará el cuerpo de Laurent.

—¿Su mujer ha sido más concreta sobre los cambios de su marido durante los últimos meses?

—Lo cierto es que no. Textualmente, según ella, «se mostraba más reservado de lo habitual». Pasaba más tiempo del acostumbrado solo en su despacho. Todo muy vago.

—He estado hablando con ese grupo de investigadores... —Dupin relató de forma escueta lo que había que contar.

—¿Tienes algún presentimiento?

Jean quería decir «sospecha».

—No.

—Vamos, Georges. ¿Qué te dice ese don tuyo?

En el pasado, Jean Odinot solía sacar de quicio a Dupin con esa palabra. En París, la intuición del comisario ya era una leyenda, para su disgusto, que no quería ni oír hablar de ella, ni tampoco de su «método especial», que tampoco existía.

—Hasta luego, Jean.

—Una cosa más: aquí, en el piso de Picard todo era normal. No hemos encontrado nada sospechoso. Ni un ordenador.

—Tenía un portátil. Nos lo hemos quedado.

—Bien.

—¡En fin, ya nos iremos llamando! *Salut!* —Dupin colgó.

Se encontraba en una de esas largas carreteras rectas que atravesaban el bosque como un cortafuegos. El sol estaba bastante más bajo que en el camino de ida. A izquierda y derecha, el bosque empezaba a desdibujarse dentro de una oscuridad carente de forma. Y aún no era hora para eso.

Dupin marcó el número de Nolwenn. Ella empezó a hablar de inmediato; su voz resonaba en el coche.

—Señor comisario, tengo un par de informaciones interesantes. En mi opinión, tremendamente interesantes.

Esas eran las frases de Nolwenn que él adoraba. Y que ahora necesitaba.

—Esa profesora, Adeline Noiret, era...

Un chirrido prolongado y súbito, rotundo, de dos o tres segundos. A un volumen demasiado alto. Luego, la voz de Nolwenn desapareció.

Increíble.

Pulsó la tecla de rellamada.

—Qué cosa tan rara, señor comis...

—¿Qué pasa con Noiret?

—Estuvo casada con la segunda víctima. Con el profesor Picard. Ella...

—¿Cómo?

Dupin se irguió de repente en su asiento.

—En realidad, era su exmarido. Se casaron cuando ella tenía veintitrés años, esto es, hace veintiuno. El matrimonio solo duró unos años. Hace tres que se casó con Bastien Terrier.

—Nadie ha dicho nada al respecto. Ni ellos, ni ninguno de los otros.

Dupin negó con la cabeza.

Esa información era increíble.

—¡Esta mañana alguien asesina a su exmarido y ella como si nada!

—Puede que no tuvieran relación desde hacía tiempo. Por desgracia, aún sé muy poco al respecto. Y no olvide que su actual marido estaba presente. Si ella hubiera demostrado una gran conmoción, tal vez a él le hubiera resultado incómodo.

Dupin no había considerado ese último aspecto.

—Aun así, pienso que una pequeña reacción seguro que la habría entendido.

—Son gente de ciencia. El aspecto emocional de la existencia no suele ser su punto fuerte. —Una observación áspera por parte de Nolwenn—. Y el aspecto social tampoco.

—Su marido es víctima de un asesinato brutal y ella no dice nada. — Dupin estaba pasmado, algo del todo excepcional. Le entraron ganas de cambiar el sentido de la marcha e ir a interrogar a fondo a la señora Noiret—. ¿De dónde ha sacado esa información, Nolwenn?

—He hablado por teléfono con la secretaria del Departamento de Lengua y Literatura Francesas de la Edad Media de la Universidad de París 8. Y me he entendido muy bien con ella. —Nolwenn tenía la habilidad de establecer complicidades al instante con personas desconocidas—. Lleva treinta años trabajando ahí y conoce todas las historias. Luego he hablado con el resto de

las secretarías. Todas se han mostrado muy dispuestas a cooperar.

Nolwenn tenía sus métodos. Era despiadada.

—¿Picard tenía alguna nueva relación?

—Al parecer, no. Estaba soltero. Pero aquí no terminan las coincidencias, señor comisario.

Una pausa dramática. Dupin se acercaba a una curva muy cerrada. Se dio cuenta de que ahora circulaba a menos velocidad. Menos que antes del accidente.

—Séville Bothorel es la madrastra de Marc Denvel, la joven promesa.

—¿Madrastra?

—Estuvo casada con Victor Denvel, uno de los historiadores franceses más famosos de las últimas décadas. Director de un instituto interdisciplinario de la Sorbona, fundado especialmente para él. El joven Denvel es uno de los dos hijos de su segundo matrimonio.

Era de locos. El entramado de relaciones era desconcertante. Sin embargo, de algún modo, eso encajaba con ese grupo tan peculiar.

—Tampoco nadie ha mencionado eso.

—Pues es de dominio público.

—¿Sabe algo sobre la relación entre los dos?

—Al parecer, no están muy unidos. Se dice que solo se ven en actos como este encuentro.

—Ya veo.

—El grupo se conoce desde hace años, décadas. Hace siete que no se renueva la junta. Resumiré lo que he oído decir, aunque quizá no esté completo: ha habido amistades, rivalidades, luchas de poder, heridas, decepciones, amoríos, matrimonios y, como ya he dicho, una separación. Grandes pasiones. Sobre puestos vacantes, asignaciones de recursos, fondos externos y, cómo no, sobre la reputación. El prestigio. —Dupin se lo creyó todo—. Si quiere mi opinión —resumió Nolwenn—, este asunto no va de otra cosa sino de narcisismo, camuflado de forma más o menos elegante. De cara a la galería, lo sabe usted bien, todo gira únicamente en torno a la investigación científica, pero nadie dice nada de cargos, poder ni dinero.

Nolwenn conocía a los seres humanos. La realidad de lo humano. Sus abismos. Ni siquiera había pronunciado esas palabras con cinismo. Simplemente, así eran las cosas.

—¿Alguna enemistad especial?

—Tal vez entre las dos mujeres, la señora Noiret y la señora Bothorel.

Noiret acusó en una ocasión a Bothorel de haberla plagiado. En público. En conferencias. Con la interpretación de un texto medieval.

Era increíble lo que Nolwenn había descubierto en tan poco tiempo.

—¿Cuándo fue eso?

—Hace ocho años.

—Ha pasado mucho tiempo —murmuró Dupin.

—Hay ofensas que no prescriben jamás. Depende de la persona.

Nolwenn llevaba razón. Por supuesto.

—Ya se sabe: *Tra mà vo daou zen war ar bed, ar jalousi a reno bepred.*

Aunque en el mundo solo haya dos personas, siempre habrá envidia.

También eso era cierto.

—¿Alguna otra cosa?

Solo quedaban tres kilómetros para llegar a Tréhorenteuc. Por la espesura del bosque daba la impresión de que nunca fuese a acabar. Se tenía la sensación de vagar perdido en él.

—Terrier, Laurent, Cadiou, Picard, Guivorch... Según parece, estos cinco hombres se han postulado muchas veces para ocupar la misma plaza. Eso ha provocado decepciones y ofensas. La última vez fueron Cadiou y Guivorch para el puesto de director del Centro, que obtuvo Cadiou. Se dice que Picard también ambicionaba ese cargo.

—Tres de los cinco están muertos.

Dupin habló con calma. Sin embargo, resultaba dramático. Una lucha por dinero, seguridad y, sobre todo, por reconocimiento y prestigio. Los estímulos más poderosos del ser humano.

—Incluso Terrier y la que luego sería su esposa, Adeline Noiret, compitieron en una ocasión por una cátedra que al final obtuvo ella.

Toda la información que Dupin acababa de recibir hacía algo más comprensible el extraño estado y el ambiente de ese grupo. Deseó haber contado antes con los datos de Nolwenn. Esas personas se conocían desde hacía mucho tiempo y había innumerables implicaciones emocionales. Y todo eso multiplicado por el factor «investigadores».

—¿Algún punto especialmente delicado?

—De mom...

La voz de Nolwenn se desvaneció. Se oyó aún de forma poco clara un «la», al cual siguió una especie de martilleo en la línea. Monótono. Reverberante. Como si viniera de muy lejos. Dupin no había oído en su vida un ruido como ese.

En esta ocasión fue Nolwenn la que volvió a llamar.

—La cobertura en el bosque parece bastante inestable. —Dupin se temió que tendría que dar esa explicación varias veces más.

—Señor comisario, podría ser peor. Hay gente en el bosque sin nada de cobertura. Por el momento, esto es todo.

—Siga preguntando, Nolwenn. Céntrese en los conflictos actuales, los de este año. Y mire a ver si encuentra algo sobre ese cuentacuentos, Inwynn. Es decir, Philippe Goazou.

—¿Sospecha de él?

—No lo sé. Sin duda usted ya habrá oído hablar del parque que...

—... la empresa de la esposa de Cadiou quiere construir.

—Exacto. La votación en el ayuntamiento está prevista para dentro de dos semanas.

Dupin salió de la carretera y tomó el camino de grava que llevaba a la residencia de los Cadiou.

—Lo sé. —¿Cómo no iba a saberlo?—. Ah, otra cosa: ninguno de los investigados tiene un arma registrada.

Habría sido demasiado bonito para ser verdad.

—Por cierto... —Dupin percibió cierta picardía en su tono de voz—, ya ha aparecido una docena larga de periodistas. Tres de ellos se han presentado en el hotel. Debería usted...

—Lo sé.

A Dupin no le hacía ninguna gracia este tema.

—Se están propagando rumores descabellados, también por internet. Se dice, entre otras cosas, que uno de los investigadores estaba a punto de encontrar el Santo Grial y que por eso el presidente de la República se ha involucrado en la investigación. —Dupin suspiró con fuerza—. A propósito de asuntos descabellados. —Nolwenn cambió de tema y adoptó de pronto un tono más grave—. ¡Ha llegado el momento de comprar un nuevo coche! No puede seguir yendo de un lado a otro con ese trasto. Vamos a comprarle un coche elegante con la tecnología más moderna.

Dupin consideró por un instante la posibilidad de que ahora, de repente, se perdiera la cobertura y pusiera fin a la llamada. Sin embargo, por suerte, Nolwenn no profundizó más en el asunto. De todos modos, él sabía que esa conversación no había terminado.

—Y otra cosa —continuó Nolwenn—: el prefecto ha llamado, señor comisario, y le manda sus saludos más cordiales. Me ha pedido que le

transmita su máximo apoyo y que le haga saber que él está con usted en todo momento, algo que puede hacer llegar a París. Cito textualmente: «El Finisterre siempre estará al pie del cañón cuando se le necesite». —Dupin ya había visto al prefecto en una actitud desagradablemente servil, pero esta vez se llevaba la palma. De no ser porque el asunto era muy serio, habría podido sacarle mucho partido a la situación. Deleitarse con todas las posibilidades—. Respecto a Concarneau, dice que no se preocupe, que él lo tiene todo bajo control. En particular, la crisis de la mantequilla.

Dupin acababa de llegar junto al gran arbusto de laurel. Giró el coche a la derecha y aparcó en parte sobre la hierba.

—En vista de los tumultos que amenazan al Estado, encuentro apropiado que el prefecto en persona patrulle de vez en cuando por Concarneau. Nunca se sabe. Me sentiría más tranquilo, Nolwenn. Por favor, dígaselo de mi parte cuando vuelva a llamar.

Tenía que permitirse una pequeña diversión. El humor de Dupin mejoró al instante.

—Por supuesto. En vista de la situación, me parece muy conveniente —corroboró Nolwenn con tono serio—. Dos cositas más: le enviaré una lista con los números de teléfono de todas las personas involucradas hasta el momento. Y encargaré que luego le lleven algo de comer a la habitación. Por desgracia, nuestra cena ya no será posible.

Habían pasado muchas horas desde el picnic en el coche. De pronto le asaltó el hambre. Y, sobre todo, necesitaba con urgencia más cafeína. En los últimos días, a causa del poco descanso durante la mudanza, había tomado más café de lo habitual; quizá se había acostumbrado a una dosis superior. A Claire esa teoría le parecía ridícula. Dupin ya no moderaba su consumo desde que, hacía poco, había leído un artículo sobre un estudio científico revolucionario de un equipo de investigadores internacionales. Durante dieciséis años habían analizado los datos de defunción de más de medio millón de personas de diez países europeos. Dupin se lo había estudiado a conciencia para luego poder transmitírselo a Claire y a su estricto médico de cabecera, el doctor Pelliet.

Bajo el apartado «Hombres con un consumo de café muy elevado», esto es, «más de 580 mililitros al día» (y él bebía más), la posibilidad de morir dentro del período observado era un maravilloso 12 por ciento menos que en el caso de las personas que no tomaban café. Incluso mejor que en el caso de «Hombres con un consumo moderado de café». El estudio destacaba además que el café tenía muchos «efectos positivos», como un «perfil hepático

significativamente favorable» o una «mejor respuesta inmunológica». Para Dupin, en ocasiones, la ciencia llegaba a unas conclusiones fabulosas.

—Gracias, Nolwenn. Hasta luego.

Pulsó el botón rojo del teléfono del coche y se apeó. Se acercó al edificio por el camino de grava. En las horas transcurridas desde su última visita habían sucedido muchas cosas.

A esa hora, el bosque arrojaba unas sombras alargadas sobre los campos y los prados. No pertenecían a árboles concretos, sino a algo grande y extraordinario. Una masa oscura. Dupin levantó sin querer la vista al cielo para asegurarse de que esa tarde de agosto en el mundo seguía habiendo luz suficiente. Había una cantidad enorme. Había luz para rato. Sin embargo, con cada paso que daba hacia el bosque iba desapareciendo también el calor veraniego. Igual que a primera hora de la tarde, le sobrevino una sensación extraña. Una especie de estremecimiento.

Había dos gendarmes apostados delante de los escalones de piedra que conducían a la entrada de la casa cuando Dupin dobló la esquina que conducía al patio. Los saludó con un gesto breve pero amistoso.

—Buenas tardes, señor comisario.

—¿Qué desea?

El uno tan respetuoso y el otro tan insolente.

—Vengo a ver a la señora Cadiou —masculló Dupin de mala gana.

Se abrió paso entre los dos y fue a llamar al timbre.

—No está aquí —dijo el insolente.

—¿Qué quiere decir?

—Hace media hora que se ha ido con el coche.

—¿Cómo dice?

—Que se ha...

—¿Adónde ha ido? —Dupin puso fin a esa repetición absurda. El tono de la pregunta dejó claro su desagrado.

El otro policía intervino.

—A Paimpont. A su oficina.

—¿Ahora? ¿Después de un día como hoy? Este... —Se interrumpió un momento—. ¿Y ustedes han permitido que se marchara?

—¿Por qué no íbamos a hacerlo?

—Porque... —Reflexionó un segundo. Ciertamente, no había motivo alguno para prohibírselo—. Porque podía encontrarse en un estado algo inestable.

—Parecía muy serena.

Esa conversación era inútil. Dupin se dio la vuelta.
Al cabo de dos o tres metros se detuvo.
La pregunta le resultaba incómoda. Sin embargo, era lo más fácil.
Con un gruñido, se volvió de nuevo hacia los dos gendarmes.
—¿Dónde está la oficina de la señora Cadiou?

Los dos policías le habían recomendado dejar el coche en el aparcamiento situado al final de la rue du Général de Gaulle, justo al lado de la abadía, y seguir a pie. Él aceptó el consejo a regañadientes. Cuando una mujer ya entrada en años que había aparcado frente a él se apeó y vio la abolladura del lateral de su Citroën, le dirigió una mirada de honda preocupación.

La abadía y los edificios adyacentes, rodeados por unos jardines primorosamente cuidados con extensas zonas de césped, eran mucho más grandes y espléndidos de lo que esperaba. El efecto era increíble: tras circular a través de un bosque solitario y salvaje, asomaba de pronto el brazo de un lago de un peculiar color verde intenso y, casi igual de rápido, el parque cuidado con esmero y, al final de este, la imponente abadía.

Pegada al ala principal de la abadía se elevaba una iglesia con planta de cruz; detrás había un edificio en forma de U no menos imponente. Tejado en punta de una altura desacostumbrada y cubierto de pizarra gris claro. El edificio era de piedra rojiza, aunque de un tono más intenso, y encajada de la forma más delicada que Dupin había visto hasta el momento. El espíritu que desprendía aquello era distinto por completo; irradiaba algo diferente al castillo de Comper, aunque no menos fantasioso. Una atmósfera intensa. El edificio y los jardines estaban en un estado excelente y no se advertía el menor asomo de ruina. El efecto era desconcertante: las dimensiones y la fastuosidad contrastaban con el carácter silvestre del bosque y el escaso tamaño de la localidad. Si al observador actual el jardín le causaba tal impresión, ¿cómo sería cientos de años atrás cuando alguien llegaba hasta allí, agotado tras un largo camino en carruaje o a pie a través del bosque oscuro? Tenía que creer que se trataba de una aparición. Una isla magnífica de la civilización más elevada, un reducto de Dios, seguro y señorial, en medio de aquel siniestro bosque pagano.

Al principio, a Dupin le costó orientarse. Resultó que había dos calles llamadas rue du Général de Gaulle y que transcurrían en paralelo. Dicho de otro modo, la rue du Général de Gaulle dibujaba una U muy larga. El edificio

que albergaba la oficina de la señora Cadiou no estaba junto al parque, sino en la calle principal. También allí todo se había restaurado con esmero, con unas casas medievales encantadoras dispuestas en hilera. Y no podían faltar las tiendas correspondientes. Au Pays de Merlin, La Maison du Graal, Boutique Féérique, Boutique Magique...

No muy lejos de ese final de la rue du Général de Gaulle estaba el Relais de Brocéliande, el hotel en el que se alojaban los académicos. Dupin había ido a comprobarlo expresamente.

Había reparado en particular en el edificio situado justo al lado de Le Brécilien, una cafetería tradicional de aspecto magnífico. Supuso que aquel era el centro neurálgico de ese pueblecito, la cafetería de los lugareños y no solo de los turistas, que durante la temporada tenían que ser muchos. Cafetería y bar en un solo establecimiento, una combinación típica que él adoraba y que solo se daba en Francia. Lugares para pasar todo el día, desde primera hora de la mañana hasta la noche. Con el encanto de lo sencillo, lo auténtico, también de la ausencia de categorías; ahí todo el mundo tomaba su copita de vino, desde el pintor de brocha gorda hasta el alcalde. Toldos de rayas rojas y blancas, geranios de un encarnado brillante en grandes macetas situadas en las repisas de las ventanas.

El rótulo de la oficina de la señora Cadiou era más pequeño y discreto que el de su residencia. *Le Parc de l'Imagination illimitée*. «El Parque de la Imaginación ilimitada.»

Dupin llamó al telefonillo. Tuvo que aguardar un instante.

—¿Hola?

Pese a la mediocre calidad del interfono, reconoció la voz de la señora Cadiou.

—Soy el comisario Dupin.

Silencio.

—Me gustaría hacerle algunas preguntas más. No tardaré mucho.

Se oyó el zumbido del portero automático.

Entró en un pasillo estrecho y oscuro que conducía a una escalera estrecha y oscura. El aire estaba viciado y era sofocante. Reinaba la penumbra.

—Aquí arriba.

Segundos después, Dupin ya estaba en el piso superior.

Había una puerta blanca abierta. Entró.

Se sorprendió al encontrar una especie de loft moderno de forma

alargada, muy luminoso y de techo alto. Le pareció deslumbrante. Por el lado que daba a la calle había solo dos ventanas pequeñas; en la parte posterior, en cambio, se abría un gran ventanal de unos diez metros de largo, con una vista espectacular sobre la abadía que permitía ver el parque y el estanque.

—Es bonito, ¿no le parece?

La señora Cadiou habló en un susurro, con la voz rota; a Dupin le costó entender sus palabras. La encontró junto al ventanal panorámico, con la mirada perdida en algún punto indeterminado del exterior. Vestía el mismo traje que por la mañana.

—Sí, mucho.

Dupin se quedó justo delante de la ventana, al lado de la mujer. Notó en la cara la luz delicada y suave a través del cristal. Era la luz de finales de verano. La luz del atardecer. Desplomándose sobre todo aquel mundo tan acogedor. Casi resultaba tranquilizador. Tal vez un poco melancólico.

Dupin miró a su alrededor. La estancia estaba amueblada de manera sobria. Un escritorio amplio, formado por un tablero blanco con un bastidor de acero inoxidable; encima, un ordenador grande y elegante, con un asiento detrás. Papeles y varias carpetas sobre la mesa. En la sala no había estanterías ni archivos. Al otro extremo del ventanal, una mesa blanca y redonda con tres butacas. Suelo de madera clara. Una puerta a la derecha, junto a la de entrada; seguramente, pensó Dupin, un lavabo; puede que incluso también una pequeña cocina.

Las paredes entre las ventanas estrechas del lado de la calle y la pared situada al fondo estaban cubiertas en gran parte con planos y dibujos. Dupin se dirigió hacia allí. La señora Cadiou permaneció inmóvil.

Al mirar con más detenimiento los planos y los dibujos, Dupin reparó en que se trataba de bocetos de las atracciones para el parque, creados con uno de esos sofisticados programas de gráficos. Cada uno tenía escrito un título en mayúsculas: «Victoria de Merlín», «Fuente de Barenton», «El Caballero Negro», «El Lago de Viviana»... La señora Cadiou parecía ajena a su breve inspección.

—¿Cómo se encuentra?

La señora Cadiou se dio la vuelta muy despacio y miró por primera vez a los ojos a Dupin. Este advirtió algunos mechones grisáceos en su cabello negro.

—Me las apaño, gracias. —Difícil de creer—. Estoy bien. De verdad. — Parecía haber adivinado el pensamiento de Dupin.

—Tiene que ser una pesadilla. —El comisario se detuvo frente a ella y la miró con atención.

—Así es —respondió ella tras un instante—. Así es. Es una pesadilla. Todavía no me hago a la idea, en absoluto. —Como esa mañana, hablaba sin mostrar la menor emoción.

—Disculpe que la moleste con preguntas en una situación como esta. Usted es una... —vaciló— fuente de información muy valiosa para mí. Tal vez la más importante.

—Creo que podré soportarlo.

—Bien. —Dupin cambió de tono al instante—. ¿Por qué ha venido aquí, a la oficina? ¿Tenía algún asunto urgente que atender?

—No soportaba estar en casa. No dejaba de pensar que él seguía allí. Arriba, en su despacho. O que iba a llegar de un momento a otro del trabajo.

Tenía la voz apagada; su dolor ahora resultaba patente.

—No debería estar sola. ¿Tiene familia, amigos?

—Quiero estar sola.

—Entiendo. —Dupin dio algunos pasos junto al ventanal, se dio la vuelta y regresó. Habló con voz suave—. Esta mañana ha dicho: «Encontraré al asesino». ¿Qué quería decir con eso? ¿Sospecha de alguien en concreto?

Aquello no se le iba de la cabeza.

Por unas décimas de segundo, atisbó asombro en su rostro. Parecía sorprendida de que Dupin hubiera oído esa frase. O ella estaba muy afectada entonces... o ahora se hacía la sorprendida. En ese caso, desde luego, lo hacía de un modo muy convincente.

Recobró la compostura al instante.

—No. Estaba muy alterada. De hecho, todavía lo estoy. No sé lo que he dicho. Apenas recuerdo nada de esta mañana. Todo resulta muy confuso. —No había dado la impresión de estar para nada confusa, pero a menudo eso no significaba nada; la primera impresión podía ser del todo engañosa.

—Supongo que en los últimos tiempos habrá pasado muchas horas en esta sala.

Dupin se había dirigido hacia los bocetos.

En esta ocasión, la señora Cadiou lo siguió.

—Muchas, muchísimas horas.

—Por lo tanto, ¿últimamente no veía a menudo a su marido?

Era evidente que la respuesta no era fácil para ella.

—No.

—En dos semanas se celebrará una votación decisiva sobre el proyecto.
¿Qué cree usted? ¿Va a obtener el permiso?

La respuesta llegó sin vacilación.

—Sí.

—Me han dicho que hay una gran oposición al proyecto.

—En realidad es muy pequeña. Ni siquiera la iniciativa de Guivorch repercutirá en nada. Tenemos a los políticos de nuestro...

—¿Guivorch? ¿Auffrai Guivorch? ¿El subdirector del Centro?

—Sí. La semana pasada fue nombrado líder de la iniciativa ciudadana contra el parque. —La señora Cadiou anunció aquello también sin emoción alguna, pero con una voz más firme—. Para la fase más delicada. Mañana, a última hora de la tarde, habrá una manifestación aquí, en Paimpont. Y también una fiesta popular. Él dará un discurso.

—¿El sustituto de su marido lidera la oposición contra su proyecto del parque? ¿Un proyecto por el que, si he entendido bien, su marido se manifestó a favor, aunque de forma discreta?

Como no podía ser de otro modo, Dupin estaba acostumbrado a que, en el transcurso de una investigación de asesinato, no todo el mundo le contara todo de buenas a primeras y se guardara algunas cosas para sí. Pero ese caso era extremo. Nadie decía nada. De hecho, incluso la información importante, cuando llegaba, la obtenía de forma casual, con retraso, de pasada. Y además, todos estaban relacionados entre sí de una manera intrincada y muy incómoda para él.

La señora Cadiou no respondió.

—¿Qué me dice del resto de los investigadores? ¿Algún otro se opone?

¿Por qué Guivorch no se lo había dicho antes? En rigor, él no había planteado la pregunta de un modo concreto, pero habían mencionado el proyecto y él se había interesado por si alguien del grupo estaba implicado en él.

—No.

—¿Y alguno ha participado en el proyecto del parque?

Por si acaso. A partir de ahora sus preguntas iban a ser más precisas.

—Paul Picard redactó un dictamen científico. Una valoración desde su punto de vista.

—¿Cómo dice? —Todo resultaba cada vez más descabellado—. ¿Y los demás lo sabían?

—No.

Eso al menos explicaba por qué no habían dicho nada.

—¿Sabe exactamente quiénes participan en la actual reunión en el Centro?

También preguntó aquello por prudencia.

—La pandilla de siempre. —No se percibía desprecio en su voz.

Dupin había sacado su libreta provisional de anotaciones.

—Así que Paul Picard escribió un informe para usted. ¿Y en él se manifestaba favorable al parque?

—Así es.

—¿Por qué él?

—Es un investigador de gran prestigio. Lo conozco desde hace muchos años. Es amigo de mi marido.

La señora Cadiou había adoptado el tono amable de una empresaria profesional.

—¿Y también amigo suyo?

—Creo que un poco también.

—¿El señor Picard recibió alguna remuneración por ello?

—Por supuesto.

—¿De qué importe?

—Diez mil euros.

Una cifra considerable.

—¿Cree que podría influir en el resultado?

—Por supuesto que sí. Igual que otros factores de importancia.

—¿Hay algún otro dictamen?

—Solo el de Picard.

—¿Y qué dice?

—Confirma el alto nivel técnico y de contenidos del proyecto, la fidelidad al tema, su excelencia en los aspectos didácticos y pedagógicos. Por el momento, hemos proyectado ocho estaciones.

—¿Picard se declaró a favor del parque sin ninguna reserva?

—En su informe avala el excelente diseño y la planificación del proyecto. Ni más, ni menos.

—¿Cuándo lo escribió?

—Lo recibimos a principios de enero.

—¿Quiénes son los demás?

—Mis dos colaboradoras y yo misma.

—¿Cuándo lo presentó usted?

—A principios de febrero, junto con el resto de la documentación.

—¿Es de dominio público? Es decir, ¿el profesor Picard se manifestó a favor del proyecto?

—Es posible que la prensa de la región mencionara el informe en alguna ocasión. Dentro de un artículo de más envergadura. Pero creo que no se citó su nombre. La gente de por aquí no lo conoce. En todo caso, no era objeto de interés.

—Tal vez sí. —Dupin hizo una anotación que marcó con un signo de exclamación—. Lo que está claro —añadió como de pasada— es que Paul Picard ha sido asesinado.

Un largo silencio. Dupin contempló el boceto de una estación llamada La Dama Blanca del Lago.

—Supongo que el proyecto tiene un plan de negocio. En su opinión, ¿qué beneficios tendrá esta empresa? En el mejor de los casos, ¿qué volumen de ventas?

—Veinte millones —respondió tranquila—. Con un beneficio anual de tres millones, de los cuales el ayuntamiento recibiría un millón.

—¿Y los otros dos?

—Al margen del parque, 1,3 millones se destinarían al cuidado y la protección del bosque; una cantidad bastante superior a la actual.

—¿Y el resto?

—Unos setecientos mil euros serían para mi empresa.

—¿Es suya por completo?

—Sí. El ayuntamiento no quiso correr riesgos siendo propietario.

—Al final, ¿cuánto se embolsaría usted?

Dupin ni siquiera intentó formular la pregunta de un modo más elegante.

—Tendría que contratar a más personal. —Ella se mantenía en un plano neutro; el tema del dinero no parecía incomodarla—. En función de varios factores, entre trescientos mil y cuatrocientos mil.

Era una cantidad considerable.

Dupin se concentró en los bocetos del proyecto. Si lo entendía bien, estaba previsto construir sobre un tramo del lago de Comper una pasarela de cristal desde la que se descendería a una pequeña sala acristalada situada a varios metros de profundidad, de modo que el visitante se sintiera dentro del agua. Muy impresionante. No pudo evitar preguntarse qué diría el hada Viviana al respecto. La opinión que eso le merecería a Inwynn, el cuentacuentos, era evidente. Dupin notó que consideraba a Inwynn y a Philippe

Goazou como dos personas distintas. Curioso.

Al rato, se apartó de los bocetos, no sin antes leer la nota escrita a mano que había a un lado y que decía: «¡Atención! ¡La espada de Arturo, *Excalibur*, también sale del lago!».

—¿Qué opinión tenía su marido del proyecto?

El comisario se volvió de nuevo hacia la señora Cadiou y la observó con atención.

—La idea le gustó desde el principio. Se manifestó a favor, en ocasiones incluso como director del Centro, pero muy de vez en cuando y de forma comedida. Así lo acordamos.

—¿Sabe si en algún momento alguien le recriminó haberse mostrado favorable al parque, aunque lo hiciera de forma discreta?

—En público, no. Pero seguro que algunos lo habrán hecho. Al principio, Guivorch exigió que mi marido se mantuviera neutral.

Guivorch no lo había mencionado. Dupin se dijo que debería tener unas palabras a solas con él y entrevistarle a fondo.

—¿Tuvieron ellos alguna disputa por este asunto? ¿Tiene noticias de algún conflicto?

—No. Se llevaban bien.

Una frase que un policía oía a menudo en una investigación de asesinato, y que al final no solía ser del todo cierta.

—¿Puede ser más concreta?

—No eran amigos, pero tenían una relación profesional cordial.

—¿Qué me dice de Gustave Laurent, el investigador que murió en mayo? ¿Tenía él alguna relación con el proyecto del parque?

—No.

Que Laurent también hubiera sido asesinado era pura especulación. De todos modos, si así fuera y el proyecto del parque se considerara un posible motivo, debería haber una relación con Gustave Laurent.

—¿Ningún dictamen, posicionamiento, nada?

—No.

—Por favor, señora Cadiou, piénselo bien. ¿El nombre de Paul Picard salía en la documentación de la solicitud?

—La verdad es que no lo sé.

Una tarea para Nolwenn.

—¿Y ninguno de los investigadores sabía nada de este dictamen?

Ya había hecho esa pregunta antes.

—Creo que no. No.

—¿Cómo...?

Sonó una suave música de sintetizador. Venía del escritorio. Dupin vio allí un teléfono.

La señora Cadiou se acercó al instante.

—Disculpe.

Miró la pantalla.

—Me lo imaginaba. Mi hermana. Vive en Montreal. Le he dejado un mensaje. Me gustaría contestar esta llamada.

—Por supuesto.

Dupin aún no había terminado, pero le dejaría un poco de tiempo.

—Regresaré en unos veinte minutos.

No sonó especialmente compasivo. Sin duda, aquella conversación iba a ser muy emotiva para la señora Cadiou. Pero también la beneficiaba a ella que la investigación avanzara.

La señora Cadiou asintió, descolgó y volvió la cara hacia el gran ventanal.

Dupin abandonó la oficina.

Al momento supo a qué dedicaría ese tiempo.

El comisario se sentó en la mesa más alejada, con vistas a la hermosa placita delante de la abadía. Le Brécilien tenía una ubicación perfecta. Tres mesas más allá había un matrimonio silencioso en plácida armonía; a su lado, dos amigas cuyas risas alegres marcaban la atmósfera de toda la calle. Justo al otro extremo de la hilera de mesas, sobre la acera estrecha, un anciano de pelo cano desgreñado permanecía sentado ahí sin más, sumido en sus propias cavilaciones. Al otro lado había otro bar agradable. La Terrasse de l'Abbaye. Entre ese bar y el final de la abadía asomaba una vista inesperada sobre el lago, transformado ahora en una superficie de color azul acero brillante. Sobre él, un cielo de un azul nítido, rotundo, mágico.

El lago estaba en calma. El sol aún le alcanzaba. Parecía más una superficie abstracta que una extensión natural de agua. Aquí y allá, destellos intensos de color rosado, como pinceladas de un pintor. El bosque espeso bordeaba la orilla y arrojaba sombras oscuras sobre la superficie. En sus límites, la foresta parecía haberse confinado en una fortaleza oscura e inmensa, con sus lindes convertidas en murallas. Dupin apartó la mirada. Era una tarde suave y perfecta de finales de verano. La luz de las calles se había

vuelto mortecina, y se aferraba generosamente al mundo. A las casas, a la piedra rojiza, conjurando calma y sosiego ahí, en ese peculiar lugar en medio del bosque.

—¡*Voilà*, caballero!

Una mujer simpática de pelo corto le sirvió una copa sobre la mesa. Una sonrisa amable.

—¡Su Sancerre!

Dupin miró la copa empañada.

—No he pedido vino. Yo...

—Oh, vaya. —Se echó a reír y cogió la copa—. Entonces era para Yambol. Disculpe, creo que me he liado con las comandas...

Dupin no pudo resistirse:

—Deje la copa aquí, tranquila. ¡Me la tomaré encantado!

La tentación era demasiado grande.

—¡Por supuesto, caballero!

Por un instante, ella se había sorprendido; ahora el mundo había recuperado el orden natural de las cosas.

Dejó de nuevo la copa ante él. En ocasiones, las cosas ocurren de modo inesperadamente afortunado.

—¡Y, por favor, tráigame también un café!

Así, habría superado de largo la cantidad mínima de cafeína necesaria para, según el estudio, mantenerse saludable.

—Ahora mismo. ¿Le apetece un bocadillo *au beurre salé*? ¡Todavía tenemos mantequilla! ¡Producción local! Deliciosa.

—No, gracias.

La agradable camarera se dio la vuelta y desapareció.

Dupin se reclinó en la silla y tomó el primer sorbo.

Tomar un vino blanco frío y magnífico en una suave tarde de verano era algo maravilloso. El sabor característico, un poco mineralizado, la nota de albaricoque.

Por desgracia, el vino no borraba la realidad así como así. Dupin sacó el móvil. Dos barras. Suficiente.

Al poco tiempo, el subdirector contestó.

—¿Dígame?

—Al habla el comisario Georges Dupin. Debo reunirme con usted, señor Guivorch.

El aludido reaccionó al momento.

—La invitación sigue en pie. Ya se lo ofrecí antes. Venga a visitarme. Cuando guste.

—Ha ocultado usted algunos datos importantes.

—¿Como cuáles? —Guivorch no parecía demasiado sorprendido, ni tampoco acobardado. De hecho, su actitud era más bien pícara.

—¿Dónde está usted ahora?

—En el coche. El interrogatorio sobre las coartadas de sus colegas ha sido bastante largo. Pero enseguida llegaré a casa. Lo espero ahí. ¿Tiene algo para escribir?

Debía de tener un coche muy silencioso. Dupin no oía el motor.

—Sí.

—Lo mejor es que indique «Painfaut» como localidad en el GPS. Y luego «Route de l'Île aux Pies». Al final del todo verá tres amarraderos alargados. El mío es el último.

Dupin lo anotó todo. Había vuelto a olvidar que la casa era un barco. No le gustaban nada los barcos. Sin embargo, se tranquilizó, solo era un río. Seguramente un río muy pequeño. Y el barco estaba amarrado a la orilla.

—¡Hasta luego, señor Guivorch!

Colgó.

—¡Aquí tiene!

Dupin dio un respingo. No había visto venir a la camarera. De pronto se la encontró de pie junto a él.

Ella dispuso con habilidad la taza junto a la copa vacía de vino.

—¿Le apetece otra? —Hizo un guiño de complicidad—. Era una copa muy pequeña.

—No, gracias. Yo... —Tampoco lo consiguió esta vez—. Bueno, sí, la verdad es que era una copa pequeña.

Todo era ya bastante estresante.

—¡La jornada ya ha terminado! ¡Es hora de relajarse!

Una observación feliz. Y, de nuevo, desapareció.

Dupin se tomó el café caliente a sorbos pequeños.

Había llegado el momento de poner un poco de orden. Abrió la última página del manual de instrucciones del Citroën. Arriba, al comienzo de la hoja en blanco, se leía «Notas». Cambió la orientación de la página y sacó la lista de personas de Le Ber. Dibujó dos triángulos en el centro y escribió en ellos los nombres de los fallecidos. A un lado, trazó un tercer triángulo, pero entre paréntesis. A continuación, unos óvalos pequeños en torno de los triángulos.

Los sospechosos hasta el momento. Los agrupó: Noiret junto a Terrier, el matrimonio; ella, casada tiempo atrás con una de las víctimas; Bothorel con Denvel, la madrastra y su hijastro; Guivorch solo; la señora Cadiou e Inwynn, el cuentacuentos, también. ¿Estaría el nombre del asesino en esa hoja?

Dupin hizo un segundo esquema: los proyectos de excavación y las personas implicadas en cada uno de ellos; más adelante haría otro del parque.

El teléfono le interrumpió.

Le Ber.

—Jefe, hemos tardado bastante. Ha sido...

—Ya me lo han dicho. ¿Qué puede decirme de las coartadas?

—Todo es poco consistente. Casi nada puede comprobarse. En ningún caso se demuestra que la persona no estuviera en el lugar del crimen en el momento en cuestión. Tampoco en el caso de Inwynn. Acabo de recibir el informe de los dos compañeros.

Dupin dejó oír un profundo suspiro. ¿Es que las cosas nunca podían ser fáciles?

—Lo repasaré —dijo Le Ber.

—De acuerdo.

—Les enviaré a usted y a Nolwenn una lista cuando termine. La he fotografiado.

Una idea excelente. Así Dupin no tendría que escribirlo.

—Veamos: Bastien Terrier. Llegó ayer a última hora. Venía de Lyon. TGV. Hasta Rennes. Llegada a las 19.22. Taxi. Tenía una mesa reservada con su mujer en el hotel para las ocho y cuarto. Tras la cena, él y la señora Noiret se retiraron. Trabajó en un «artículo importante». Dice que hasta la una. No vio a Picard ni a ningún otro colega. Esto, de hecho, puede decirse de todos los implicados; al parecer, se rehúyen siempre que pueden. Hoy por la mañana: desayuno sobre las ocho; a las nueve, sin interrupción, otra vez en el cuarto trabajando hasta la una y media. Almuerzo en la habitación para ahorrar tiempo. Ha llegado al castillo en el coche de su mujer y acompañado por ella.

—¿Ni un breve paseo? ¿Nada?

—Nada. Su esposa, la señora Noiret. Llegó sobre las cuatro de la tarde. En coche. Desde París. Estuvo haciendo una serie de llamadas hasta la cena. Según afirma, ha estado desayunando desde las nueve y cuarto hasta las diez. Luego ha dado un paseo por el estanque de Paimpont. Estaba agotada después de trabajar mucho en las últimas semanas. Dice que no se ha encontrado con nadie.

—Fabuloso: Terrier solo en el hotel. Noiret paseando sola.

Posiblemente ni la investigación más concienzuda permitiría más que una vaga reconstrucción de los hechos.

—Marc Denvel: llegada a Rennes a las once menos cuarto de la noche. Venía de Oxford. Taxi. Llegada al hotel. Se acostó poco antes de medianoche. Ha desayunado hoy a las siete y media; luego ha estado escribiendo en su habitación hasta la hora del almuerzo, que ha tomado a la una en el restaurante del hotel.

Por supuesto. Escribir, publicar, lo más importante en la vida de los investigadores. Una perspectiva atroz para Dupin: una vida junto al teclado.

—La señora Bothorel al principio se negó a darnos ningún dato. Solo ha cedido cuando hemos anunciado que los retendríamos a todos hasta que tuviésemos su coartada.

A Dupin no le costó imaginárselo.

—Tiene un chófer que la trajo desde París. Según cuenta, más o menos sobre las siete de la tarde ya estaba en el hotel. Cenó allí, pero no recordaba de cuándo a cuándo. Esta mañana ha ido en coche hasta Vannes. Según afirma, para hacer «recados y compras». Luego, almuerzo en La Gourmandière. Regreso a las dos. Ninguna prueba de nada. Por lo menos, hasta ahora.

—¿El hombre que la ha acompañado es su chófer habitual?

—Sí. Desde hace treinta años.

A Dupin, la señora Bothorel le recordaba a su madre. Alta burguesía parisina. Con personal de servicio. Un chófer. Y, sobre todo, su habitual arrogancia y su desprecio por todo aquello que no formase parte de su París, incluso por todas las personas y cosas que, aun siendo de París, no pertenecieran a su círculo. A veces, los clichés solo eran una mala copia de la realidad. Dicho de otro modo: la realidad parecía más un cliché que el propio cliché.

En cuanto al chófer, seguramente era de la vieja escuela y por su matriarca declararía lo que fuera necesario.

—Guivorch se ha pasado la mañana en su barco. Ha desayunado y luego ha trabajado hasta la una y media; a continuación, ha ido hasta el castillo. Quería llegar antes que los demás para preparar un par de cosas. La documentación para el encuentro. De hecho, tenía que hacerlo con Cadiou, que no ha aparecido.

Una manera cruda de decirlo.

—Philippe Goazou, alias Inwynn, ha pasado toda la mañana en casa con

su esposa, hasta aproximadamente las dos de la tarde. Vive en Tréhorenteuc. Dice que a eso de las dos y media estaba junto a la fuente, o mejor dicho, cerca de ella. Para «prepararse».

—¿Y Picard? ¿Qué sabemos hasta ahora sobre su breve estancia?

—El coronel Aballain ha hecho averiguaciones en el Relais. Picard estaba en el hotel sobre las ocho de la tarde. Llegó en tren. Esta mañana se ha tomado una taza grande de café con leche a las ocho. Nadie sabe a qué hora salió hacia la fuente.

Tampoco eso era de ayuda.

—Estamos comprobando lo que podemos. Labat y yo queremos ir ahora al hotel de Paimpont. Pero antes nos pasaremos un momento por el despacho del señor Cadiou.

—Háganlo. Yo luego hablaré con Guivorch.

—Olvidaba una cosa, jefe. Cadiou también tenía un ordenador en la oficina, conectado a la red del Centro. Los compañeros de la científica se lo han llevado y se lo han pasado a los expertos en informática de Rennes. Aparte de un par de documentos sin importancia, invitaciones, cartas oficiales y demás, no han encontrado nada. Al parecer, lo usaba poco.

—¿Ningún indicio tampoco de lo que investigaba Cadiou? ¿De sus trabajos actuales?

—No. Por cierto, el acceso a los portátiles de Cadiou y de Picard está resultando difícil. Seguramente llevará algo más de tiempo.

—Que los compañeros se den prisa. ¿Alguna cosa más, Le Ber?

De nuevo Dupin no había visto llegar a la camarera y, de pronto, tenía ante él la segunda copa de Sancerre. Igual de pequeña que la anterior pero más llena, casi hasta el borde.

—No. Eso es todo.

Dupin dejó el móvil a un lado y tomó la copa.

Ese Sancerre estaba realmente estupendo. Por desgracia, tenía que regresar con la señora Cadiou. Le habría gustado mucho quedarse ahí.

Se espabiló y se puso de pie.

Al cabo de un instante estaba en el interior del establecimiento, frente a la barra, con la cartera en la mano.

—Usted no es de aquí.

Esa no había sido una pregunta. Su intención no era hostil. La camarera estaba ocupada sirviendo cervezas. En el grifo del tirador se leía «Lancelot». Por supuesto, ¿qué otra cerveza podía beberse en un lugar como ese?

—No. —Dupin dudó—. Estoy de excursión. Con unos amigos —añadió.

—No se asuste, pero estos días hay policías por todo el bosque. Ha habido dos asesinatos.

Dupin enarcó las cejas con gesto de sorpresa.

—¿Y qué cree que ha ocurrido?

—Las víctimas son dos investigadores. Todo eso tiene que ver con Arturo. Al parecer, ambos pertenecían a una asociación. Se dice que es una especie de sociedad secreta. ¡Vaya usted a saber! —Hizo una pausa dramática mientras culminaba la Lancelot con una elaborada corona de espuma—. Podría ser cualquier cosa. En este bosque todo es posible.

—¿Por ejemplo?

—Aquí la imaginación no conoce límites.

En esa mujer se había perdido una poeta.

—¿Qué le parece el proyecto del parque de Arturo?

La mujer dibujó una mueca.

—Es espantoso. Pero saldrá adelante.

—¿Por qué está usted en contra?

—Ya tenemos suficientes visitantes. Los pueblos del bosque deberían conservar su encanto original, y no convertirse en una atracción de feria.

Una postura similar a la del cuentacuentos, solo que más mundana y formulada de un modo más prosaico.

—La señora Cadiou tiene su oficina justo al lado.

De repente, ella miró a Dupin de otra manera.

—Entonces... ¡sí es usted! Yo tenía razón. Mi marido me ha dicho que estaba loca.

—¿Cómo dice?

—¡Usted es ese investigador especial! En internet se dice que está al frente del caso. Pero no estaba segura. En la fotografía que corre por la red tiene un aspecto distinto. —Fabuloso. Aunque, de todos modos, era de esperar—. No sé, parecía más joven. —Una sonrisa de satisfacción. No lo había dicho de forma peyorativa—. Además, usted también es de París, como todos esos científicos. —Eso, en cambio, tenía un cierto tono recriminatorio.

Dupin había vuelto la mirada hacia las postales y los folletos de un expositor situado sobre la barra.

—¡Y acaba de salir en televisión!

—¿Cómo dice?

—En TV Rennes 35. Se le veía huyendo de los periodistas. En el castillo

de Comper. El reportero ha comentado que usted ha soltado algún taco.

Seguro que toda la Bretaña ya había visto la escena.

—¿Tienen algún sospechoso?

—No —dijo él con el tono más resuelto posible—. Por favor, discúlpeme. La señora Cadiou me espera. —Dupin había recuperado la compostura.

La camarera enarcó las cejas con un ademán elocuente.

—Entiendo... La dama de hierro. Ella impondrá el proyecto. Siempre se sale con la suya.

—¿Es clienta suya?

—No. Va siempre al otro lado. —Dupin supuso que quería decir el bar que había visto antes—. Pero no es eso.

—Ya entiendo. Si he interpretado bien sus palabras, ¿la gente la tiene por una persona muy segura de sí misma?

—¡Desde luego! Sí. Sabe lo que quiere y, además, lo consigue.

Su expresión grave se transformó de pronto en una sonrisa.

—Pero eso no tiene por qué ser malo. No crea que pienso que puede ser una asesina.

—No se preocupe. ¿Y qué me dice del nuevo líder de la iniciativa ciudadana contra el parque? ¿Lo conoce?

—¿A Guivorch? Por supuesto. Todo un señor catedrático, pero, aun así, uno de los nuestros. Un bretón de pura cepa.

Dupin miró la hora.

—¡Qué lástima, debo irme! ¡Muchas gracias por todo, señora!

—Encantada. ¡Y llévese algunos de estos! ¡Puede que le sean de ayuda!

Rebuscó en el expositor hasta sacar dos folletos estrechos. *Brocelianda. Pequeñas historias del bosque y El Grial, mito o realidad.*

—Uno de los folletos además un mapa de todo el bosque.

—Gracias.

En realidad, eso podía resultarle útil.

—Si necesita más información, o una copa de Sancerre, vuelva por aquí.

—Lo haré.

Dupin se metió los folletos en el bolsillo de los tejanos junto con su libreta provisional y se dirigió hacia la puerta.

Ese bar era un punto de coordinación perfecto. En todos los sentidos.

La señora Cadiou había dejado la puerta abierta y se encontraba sentada

junto a su escritorio. Cuando Dupin entró en la sala, levantó un instante la mirada.

Parecía estar igual. La emotiva llamada telefónica que se suponía que había tenido no había dejado ningún rastro perceptible en ella.

Dupin tenía que concentrarse y pasar a hablar de los puntos que seguían pendientes. Solo habían sido dos copas de vino, pero tenía el estómago vacío.

—Hábleme de la amistad entre su marido y Picard. ¿También se conocían de cuando estudiaban en la universidad, como su marido y Laurent?

Demasiadas preguntas de una vez, se recriminó Dupin.

—No. Por lo que sé, se conocieron en un congreso. Hace unos veinte años. En todo caso, hace mucho tiempo. En esa época hicieron varios viajes juntos.

Enfatizó la palabra «viajes» de un modo extraño.

—¿Era una amistad de tipo personal o más bien profesional, de colegas? —Había formulado la frase de forma torpe—: Lo que quiero decir es que si lo que les unía era su pasión por la investigación.

Le pareció una pregunta absurda. Dupin iba de un lado a otro delante del escritorio. No le apetecía sentarse. Por su parte, la señora Cadiou tampoco se lo había ofrecido.

—Es difícil de decir. En la vida de mi marido todo tenía relación de algún modo con su trabajo. Siempre fue su obsesión. El trabajo lo era todo para él. Nunca desconectaba por completo. —Eran explicaciones carentes de opinión; ella solo pretendía describir la situación—. Creo que él no habría tenido amistades ajenas al ámbito académico. Su trabajo era el punto de fuga de todas las cosas. Paul —ahora se refería a Picard por su nombre de pila—, ya nos visitaba a menudo por entonces.

—¿Y cómo se desarrolló la amistad? He oído decir que no carecía de competitividad.

Aquella observación no pareció inmutarla.

—Yo no sé nada de eso.

—¿Sabe algo de un puesto al que ambos aspiraban? ¿O de un proyecto que ambos quisieran dirigir?

—No. Fabien jamás habló de tensiones.

Algo difícil de comprobar.

—¿Cuándo fue la última vez que Picard estuvo en su casa?

—En marzo, por el proyecto de excavación junto a la fuente de Barenton. Por lo que habían descubierto con el escáner. Pasamos la velada aquí. Yo

cociné. Antes de eso, hacía tiempo que no venía por casa.

—¿Se quedó a dormir?

—No. Se alojaba en el Relais de Brocéliande. Como siempre.

—¿Usted estuvo presente en todas las conversaciones de esa velada?

—No. Tras la cena los dejé solos.

—¿Y antes? ¿De qué hablaron?

—De muchas cosas. Hablamos, por ejemplo, de la Costa Azul. Paul adoraba el sur. Solía viajar allí con frecuencia. Fue una velada muy agradable.

—¿Trataron sobre algún tema personal?

—Paul no hablaba mucho de sí mismo, pero me pareció que las cosas le iban bien.

—¿Se vio usted a solas con Paul Picard? ¿Durante ese encuentro de marzo, o en otra ocasión?

—No.

—¿Mantenia contacto con él? ¿Correos electrónicos, cartas, llamadas telefónicas?

—No. Solo por el dictamen.

—¿Por correo electrónico?

—No. Lo llamé por teléfono y se lo expliqué todo.

Dupin había sacado el manual de instrucciones del Citroën y tomaba notas.

—Muy bien. He sabido que hubo competencia abierta entre su esposo y Guivorch por el cargo de director del Centro. ¿Paul Picard intervino también en ese asunto?

—Paul se planteó durante un tiempo la posibilidad de presentarse, pero abandonó la idea en el último momento. No sé nada más al respecto.

También en esta ocasión Nolwenn había encontrado los indicios correctos.

—¿Y cómo lo sabe?

—Por mi marido. Al parecer, Paul y él hablaron con franqueza del asunto.

—¿No quería enfrentarse a su marido?

—No lo sé.

¿Y quién podría hablar de eso, y de tantas cosas, a estas alturas?

—¿Sabe si Picard tenía novia o alguna otra relación?

—Después de separarse pasó mucho tiempo hasta que volvió a tener una relación. Sin embargo, duró poco. Después no salía con nadie, pero, como ya

he dicho, era muy reservado.

—¿Conoce usted a otros amigos suyos?

—No. Me parece que era como mi marido. Investigador hasta la médula. Su vida giraba en torno a su trabajo.

—Volvamos al puesto de director. ¿Hasta cuándo hubo tiempo para presentarse?

—Hasta finales de febrero del año pasado. El proceso fue muy complejo y en agosto se tomó la decisión. La aceptación del cargo fue el 1 de noviembre.

Dupin se dijo que haría un mapa cronológico de los dos últimos años y lo ordenaría todo de modo que resultara fácil de abarcar.

—¿Qué hay de Laurent? —También él era miembro de la junta de la Sociedad Artúrica, y uno de los personajes en juego, independientemente de la causa de su muerte—. Hablemos sobre él. ¿Se presentó también para el puesto del Centro? ¿O lo consideró, al menos?

—No creo. A fin de cuentas, tenía una cátedra muy importante en Poitiers.

Dupin abrió una nueva página en su «libreta». Entretanto ya había llegado al final del amplio capítulo titulado «Descubrir su vehículo», al que seguían «Conducción», «Confort», «Mantenimiento», «Consejos prácticos» y «Características técnicas», además del índice alfabético, así que aún tenía espacio suficiente. De momento, el texto hablaba de los cuadrantes de a bordo, en concreto de los testigos de control. Unos símbolos que Dupin nunca había visto antes, y otros que al parecer siempre había interpretado mal. Por ejemplo, un círculo rojo presentado en un curioso paréntesis y con una señal de exclamación en el centro advertía sobre el nivel del líquido de frenos. En cambio, Dupin creía que cuando se encendía era porque el freno de mano estaba mal echado o mal bajado.

—¿Consideraba también a Laurent como un amigo de su marido?

—Puede que en algún momento lo fueran. Les unían varios años de estudio juntos. —De pronto, la señora Cadiou adoptó una actitud pensativa—. Pero es posible que en algún momento hubiera un problema entre ellos. Algo ocurrió. No sé el qué. A mi marido le parecía que se había vuelto demasiado ambicioso. Muy pagado de sí mismo. De vez en cuando renegaba de él. Sobre todo cuando recibía una revista especializada y Gustave había publicado algún artículo en ella.

—¿Por algún motivo en concreto?

—No creo.

—Así pues, solo había auténtica competencia entre su marido y Guivorch. Él se presentó también para el puesto.

—Esas cosas ocurren. Pienso que ambos podían afrontarlo sin problemas. Mi marido jamás dijo que eso le resultara incómodo.

—Hábleme del viaje de su marido en mayo para visitar a Gustave Laurent. —Dupin localizó ese punto en el manual de instrucciones—. Estaba en otras excavaciones relacionadas con esa lápida con un nombre semejante a Arturo. ¿Por qué fue allí?

—Me dijo que necesitaban de su conocimiento. No sé nada más al respecto.

—En las últimas semanas su marido se retiró a Córcega. ¿Por qué? —Esta sí que era una cuestión importante.

—Tenemos una casa allí. Junto a Sartène. En el sur. Estuvo allí más de tres semanas. Es algo que él suele... —Se interrumpió. De un instante a otro parecía agotada, hablaba arrastrando las palabras—, solía hacerlo con regularidad. Se dedicaba a trabajar en un artículo. O en un libro. Yo... —de nuevo, otra pausa—, no lo sé.

—¿Y en esta ocasión?

—Me parece que era un artículo sobre esa lápida que usted ha mencionado. No sé más.

Dupin hojeó otra vez el manual de instrucciones del Citroën.

—En el castillo de Cadbury.

—Sí. Esta tarde, sus colegas se han llevado el portátil de Fabien. Seguramente encontrarán algo ahí.

Un punto importante. Debía volver a preguntar al respecto a Le Ber o a Nolwenn. Aquello no podía ser tan complicado.

—Tengo entendido que no conoce las contraseñas de su marido. ¿Es así?

—No. —Por un instante, la señora Cadiou se mostró irritada—. Las cambiaba con frecuencia.

—Y el libro en el que tal vez estuvo trabajando en Córcega, ¿de qué iba?

—Llevaba dos años volcado en él, pero no había avanzado mucho. Trataba de posibles textos precursores sobre Arturo.

Parecía haber recuperado el dominio de sí misma.

—¿Sus colegas estaban al corriente de esos trabajos? ¿Sobre el libro y el artículo?

—Seguro que no. En la medida de lo posible, mi marido mantenía sus investigaciones en secreto hasta el momento de publicarlas. De siempre.

Desde que lo conocí. Lo hacen todos. Temen que otro les robe la idea.

—¿Picard tenía noticia del libro?

—No lo sé. Seguramente no.

—¿Había entre su marido y los demás miembros del Centro algún tipo de disputa?

Ella pareció considerarlo con detenimiento.

—No que yo sepa.

—¿Alguna acusación de plagio? ¿Alguna vez él acusó de ello a alguien del grupo?

—A Terrier. —La respuesta fue inmediata—. Hace unos años. Pero no tengo ni idea de lo que se trataba. De todos modos, al cabo de poco tiempo lo dejó correr.

—¿No sabe nada al respecto?

Reflexionó durante un buen rato.

—No. Por desgracia, no.

—¿Cree que su marido fue injusto en esa queja? —Le había parecido notar un leve matiz.

—Yo no debería opinar sobre eso. No puedo valorarlo. —La señora Cadiou miró directamente a Dupin—. Al parecer, todos pensaban lo mismo, no solo mi marido. La comunidad científica es un mundo peculiar. Es difícil de explicar.

Esa era también la impresión de Dupin.

—¿Alguna vez él fue acusado de plagio? En particular, por parte de alguien del grupo.

—No. Al menos nunca me comentó nada. Además, Picard era el único del grupo con el que yo tenía contacto. El único que me habría podido contar algo en ese sentido.

—¿No ha hablado nunca con el señor Guivorch, el sustituto de su marido?

—Como ya le he dicho, mi marido y él tenían una relación bastante distanciada. —A Dupin le pareció que ahora ella usaba un tono distinto al de hacía un instante—. Mi marido llevaba ejerciendo en el cargo solo desde noviembre. Antes, yo no me había fijado en el señor Guivorch. Después, solo lo vi dos o tres veces, en algún evento del Centro. Nos saludamos con educación.

—Volvamos a las posibles disputas con otros miembros de la junta. ¿Qué me puede decir del señor Denvel? ¿O de las dos mujeres, la señora Bothorel y

la señora Noiret?

—No sé nada de eso.

—¿Cree usted que su marido se lo habría contado?

Ella se sujetó el pelo detrás de las orejas.

—En general... —vaciló—, no hablaba mucho de sí mismo. No contaba gran cosa; era una persona introvertida. Desde siempre.

Dupin se preguntó si en aquellas palabras había algo de frustración o decepción. Era difícil de saber.

—¿Usted lo amaba?

No tenía la intención de ser tan directo. Aun así, llegado a ese punto, la pregunta le salió sin pensar.

La señora Cadiou abrió los ojos con sorpresa.

—Sí, en efecto. Lo amaba.

—¿Desde cuándo se conocían?

—Desde hace nueve años. —Hizo una pausa, pero su voz se mantuvo firme—. Yo tenía treinta y dos años. Llevábamos ocho años casados.

—¿Cómo se conocieron?

—Mi marido nació en París. —De nuevo vaciló un instante—. Su familia por parte de madre era originaria de Rennes, que es de donde provengo. Nuestras familias tienen relación entre ellas. Nosotros nos conocimos cuando su madre aún vivía. En una cena que dieron los Cadiou.

Así era la vida. Casualidades.

—¿Vivía usted en Rennes?

—Así es. Y Fabien aún estaba en París. Al principio íbamos de un lado a otro, entre París y Rennes. Esta casa pertenece a mi familia desde hace casi doscientos años. Fabien la adoraba. En algún momento él decidió mudarse aquí definitivamente. Mucho antes de trabajar en el Centro.

—¿A qué se dedicaba su marido hasta entonces?

—No tenía plaza fija. Era profesor universitario independiente, como Paul Picard. De vez en cuando recibía encargos para dar clases y cursos; el último, hasta finales del año pasado, en Poitiers.

—¿Donde Gustave Laurent tenía la cátedra?

Otra vez lo mismo: todos estaban relacionados de algún modo. Todos con todos, todo con todo.

—Mi marido era filólogo, experto en literatura. Eso es otro departamento. Una cosa no tenía nada que ver con la otra.

—Es posible que se vieran.

—Pero no con frecuencia. Mi marido solo estuvo ahí un año, e iba dos días a la semana. Vivía en un hotel.

—¿Y antes de ser profesor invitado en Poitiers?

—Escribía su libro. También durante el curso que estuvo en Poitiers.

—¿De qué trataba?

—Se publicó a principios del año pasado. *El rey Arturo: mito y realidad*.

—¿Un libro especializado?

—Para el gran público. Fue un éxito de ventas.

Dupin volvió a tomar nota.

—¿Quién decidió el puesto de director del Centro?

—Un comité. Un catedrático de Rennes y otro de Brest. Un representante político de la región, un comisionado de cultura del Consejo Regional. Y el delegado de turismo del Departamento de Ille-et-Vilaine. El Centro es mucho más que una institución científica.

—¿Nadie de la junta?

—Nadie.

—¿Cómo se le ocurrió el proyecto del parque?

—Estudié Turismo en Brest. Y trabajé en la oficina de turismo de Rennes. Allí me ocupé del bosque de Brocelianda. Me di cuenta del atractivo que podía tener la regeneración del bosque. Pero también vi que los ayuntamientos no podían hacerlo solos, a pesar de que se mostraron muy interesados desde el principio. Entonces, hace tres años, fundé la empresa.

—Ese delegado de turismo del comité. Supongo que usted lo conoce.

—Sí, desde luego. Patrick Lombard —respondió con naturalidad—. Lo conozco bien.

—¿Él también está implicado en su proyecto del parque?

—Por supuesto. Es una de las principales personas de contacto del departamento.

Otra vez: esas grandes coincidencias. El hombre del sector del turismo que se había posicionado claramente a favor del parque era el mismo que había decidido la concesión de un cargo al marido de la promotora del proyecto. Sin embargo, Blanche Cadiou no se sintió obligada a añadir que esas cosas no tenían nada que ver entre ellas.

—¿Y los otros dos? ¿El representante político y el comisionado de cultura? ¿También tienen un papel destacado en la ejecución del proyecto?

—No son decisivos, pero sí, claro.

—¿No le parece que esas relaciones podían haber sido decisivas para la concesión del puesto de director?

Resultaba casi cómico tener que hacer la pregunta.

—La verdad es que no. A menudo, en una situación así más bien es contraproducente para el solicitante. Por temor a dar la impresión de favoritismo, la comisión habría podido perjudicar a Fabien. —Las cosas también podían verse de ese modo—. Creo —concluyó— que decidieron tener en cuenta solo las mejores cualificaciones. Los mejores candidatos. Me parece que nadie tenía tanta repercusión como él más allá del círculo académico. Su libro causó sensación en decenas de miles de personas.

—¿Por qué el señor Guivorch no consiguió el puesto?

—Eso debería usted preguntárselo al comité. —Se dio la vuelta e inspiró con fuerza.

Era suficiente. No podía seguir atosigándola de ese modo.

Dupin se acercó a la ventana.

—Le ruego de nuevo que me disculpe por haberla incomodado con tantas preguntas después del asesinato de su marido. Y, además, con cuestiones muy personales. —La miró a los ojos. Ella guardó silencio—. Ha ayudado usted mucho a la policía. Solo otra cosa sin importancia. ¿Dónde estaba usted hoy entre las nueve de la mañana y la una de la tarde?

—He estado aquí, en la oficina. Trabajando en la presentación para dentro de quince días. Desde las nueve, más o menos. Hasta que... —cerró los ojos, un gesto incontrolado, por unos instantes—, me han llamado.

—¿No ha salido del despacho?

—Sí, a tomar un café. Poco antes de las once. Al Terrasse de l'Abbaye. Al otro lado.

—¿Cuánto rato?

—Tal vez un cuarto de hora.

—¿Y luego ha vuelto sin más a la oficina?

—Así es.

—¿Sus colaboradoras podrían corroborarlo?

—Estos días están en Le Mans, en la empresa que construirá e instalará las atracciones. Las últimas especificaciones antes de la reunión de dentro de dos semanas.

—¿Cómo ha sido esta mañana en casa? ¿A qué hora se han despertado usted y su marido?

—Yo sobre las ocho. —Hizo una pausa—. Mi marido, creo que antes.

—¿Se han visto?

—Sí, un momento. En la cocina. Él estaba tomando un café; yo me he preparado otro y he ido al baño. Luego él ha subido al despacho y yo — inspiró profundamente— al marcharme le he dicho: «¡Hasta la tarde!».

—¿Todo normal?

—Así era nuestra vida diaria. Siempre con prisas.

Dupin aguardó un instante.

—Por hoy me despido, señora Cadiou. ¿Hay algo que podamos hacer por usted? ¿Quiere que venga alguien para acompañarla a casa?

Ella cerró los ojos un instante. Su respuesta fue decidida y muy clara:

—Gracias, pero no. Ya le he dicho que, de momento, me apetece estar sola.

Dupin la comprendía.

—Puede llamarme cuando quiera. Tiene usted mi número. No tenga miedo de utilizarlo.

—Gracias, señor comisario.

Un aspecto remarcable: la señora Cadiou no había hecho ni una pregunta sobre el curso de la investigación. Ni una sola. En toda su carrera, nunca le había pasado algo así.

Dupin cerró la puerta del coche.

Había bajado hasta el río. Guivorch le había hablado de tres amarraderos y se encontró el primero ante él. No pudo evitar detenerse. El paisaje le dejó sin habla.

En los últimos años había admirado multitud de Bretañas. La frase favorita de Nolwenn, que se la había apropiado de un escritor bretón, decía: «¡La Bretaña no existe, hay muchas Bretañas!». Y Dupin sabía que era cierto. Había estado en la cima de los míticos montes de Arrée, una de las cadenas montañosas más antiguas del mundo; había deambulado por extravagantes paisajes de brezales y pantanos; había estado en las playas más bravas y salvajes a las que iban a parar las olas del Atlántico después de recorrer miles de kilómetros; había visto acantilados inmensos y escabrosos; había disfrutado del suave clima mediterráneo en unas calas de ensueño; había visitado playas idílicas de colores intensos, con arena de coral de cuando la Bretaña se encontraba en el Ecuador; y había admirado fantásticas formaciones rocosas de color rosa con aspecto marciano; y valles encantados, y campos y prados inhóspitos lejos del mundo habitado. La Bretaña rural, el *Argoat*... Y ahora

también aquel espeso y oscuro bosque mágico de Brocelianda.

Pese a ello, ninguno de esos paisajes era como aquel: un perfecto paisaje fluvial campestre. Un paisaje veraniego de río. Embriagador. Existían rincones tan perfectos que parecían creados por la mano de un pintor. En este caso, uno de los grandes impresionistas de finales del siglo XIX.

Un valle de fábula, muy arbolado, y colinas de lado a lado descendiendo hasta las aguas. El río Oust era caudaloso y ancho, casi como un lago alargado. En la orilla, sauces y arbustos exuberantes. Al otro lado se erguía una espectacular pared de piedra, solitaria y escarpada, de color gris claro, que interrumpía de forma abrupta la suavidad y recordaba las montañas de verdad. Romanticismo en estado puro. En lo alto —Dupin calculó unos setenta metros—, un abeto solitario y desgredado por el viento.

Armonía y tranquilidad profundas. Eso era lo que ese paisaje representaba en esencia. Solo se oía el incesable y rotundo canto de los grillos, un sonido que le encantaba, por cuanto representaban las noches tranquilas del verano; aquí y allá, los trinos alegres de los pájaros. De vez en cuando, un murmullo o un chapoteo; posiblemente un pez que se había hecho con un mosquito.

Una armonía absoluta, no solo en el aire, sino en todo el entorno. Allí, la velocidad del mundo la definía el río, que fluía de forma sosegada. Del agua emanaba una frescura magnífica. Dupin la conocía de su infancia, de sus vacaciones de verano, que se le antojaban eternas, en el Jura, cuna de su padre, en los paisajes idílicos del Doubs. Un perfume a plantas y tierra, nada denso, ni lodoso, sino al contrario, limpio y ligero. La frescura del agua se podía oler.

Los paisajes fluviales eran un mundo aparte; Francia tenía muchos de renombre: el del Loira, el del Sena, el del Marne... Dupin los conocía bien. Pero no contaba con encontrar ninguno así en la Bretaña. Los que había visto hasta entonces eran ríos uniéndose al mar: el Aven, el Bélon... Espacios entre la tierra y el mar, el cual, al subir la marea, penetraba hasta bien adentro.

El sol acababa de ponerse. En el cielo, los colores permanecían suspendidos en bandas sueltas y vaporosas, como telas finísimas. Rosa, naranja, violeta... De vez en cuando se perdían las unas en las otras; en otros casos, en cambio, sus contornos estaban muy bien definidos. Las bandas se reflejaban en la superficie del río de un modo casi etéreo, con apenas unos suaves destellos en tonos pastel.

Dupin se dijo que en cuanto el caso hubiera terminado, regresaría alguna

vez allí con Claire. Aquello le gustaría.

De pronto salió de su ensimismamiento.

Guivorch había dicho el último amarradero. Anduvo por el camino que transcurría junto a la orilla. En todos los amarraderos había barcos muy separados entre sí.

En el trayecto hasta allí había hablado por teléfono con Nolwenn. Le contó que había alquilado sin más una suite en el hotel, como correspondía a una «investigación especial por encargo del ministro del Interior», y había pedido que instalaran un ordenador. Ahora la suite se había convertido en la «central» del caso; habían utilizado antes lugares menos convencionales para ello. «Una hermosa vista sobre un tranquilo paisaje rural», le había anunciado Nolwenn con alegría. De hecho, en dos ocasiones oyó a lo lejos el canto de un gallo.

No podía dejar de pensar en si el dictamen de Paul Picard había sido mencionado en algún informe público sobre el proyecto del parque. Las pesquisas de Nolwenn no habían arrojado ninguna luz al respecto, pero ella le aseguró que continuaría buscando. Ella, por su parte, tenía novedades: ya disponían de las listas de llamadas de Cadiou y de Picard. En general, eran muy insulsas, excepto por una: esa misma mañana, Picard había hablado dos veces por teléfono con Cadiou. A las ocho y veinte y a las diez. La primera llamada duró tres minutos y la otra, doce. ¿Habrían querido reunirse? Picard también había llamado a Cadiou la noche del día anterior, a las 21.32. En cuanto llegó. Fue una llamada breve. Igual que en las semanas anteriores. Cuatro veces en total. Tal vez se tratase de asuntos académicos. También se habían intercambiado algunos SMS. Picard no había tenido ningún contacto con los otros miembros de la junta artúrica; no, al menos, desde su móvil, ni desde su teléfono fijo de París.

En cuanto a Fabien Cadiou, en mayo había intercambiado muchas llamadas con Gustave Laurent. Cinco antes de su partida a Cadbury; tres durante su estancia y cuatro más después, hasta la muerte de Laurent. Además, Cadiou había llamado un par de veces a Guivorch, siempre de forma breve. Seguramente por cuestiones referidas al Centro y a su cargo. No había llamado a nadie del grupo ayer, ni tampoco ese mismo día.

No se podían extraer más conclusiones de las listas de llamadas.

Para terminar, Dupin intentó contactar con Le Ber. Y luego con Labat. Fue en vano.

En cambio, a quien sí encontró fue a Jean Odinot en París. Este, por desgracia, no le pudo facilitar ninguna novedad. Dupin puso al día a su amigo con un breve informe. Entonces atisbó el último amarradero; una espesa capa vegetal ocultaba las vistas al río durante un tramo. Justo delante asomó un moderno yate de cabina en cuya cubierta se veía a un grupo de hombres cenando en torno a una mesa. Uno tenía el pelo cano, llevaba gorra de capitán y sostenía una copa grande de vino rosado en la mano. El ambiente parecía muy agradable.

Casi al final del amarradero había otro yate, grande y de color blanco, con una superestructura de madera marrón claro, antiguo, lujoso y bien cuidado. Un auténtico salón con enormes ventanales panorámicos a su alrededor. Una puerta de madera, casi como de bistró parisino. Frente a la superestructura, la terraza. Debajo de ella, algo por encima de la línea de flotación, dos ojos de buey. La embarcación tenía un aspecto estupendo.

Guivorch estaba en la terraza, ante una mesita de bar. Sobre ella, un ordenador portátil y una botella de vino tinto. Estaba sentado para poder disfrutar de la vista de los imponentes peñascos. Parecía absorto.

Dupin, a apenas unos metros de él, fue a saludarlo con un *bonsoir* pero se contuvo. Una pasarela ancha de madera llevaba hasta la embarcación.

Subió al barco.

Guivorch aún no se había percatado de su presencia. Movía los dedos sobre la alfombrilla del ratón.

—*Bonsoir*, señor Guivorch.

Dupin, que estaba de pie, un poco ladeado detrás de él, le saludó. Mientras lo hacía, fijó los ojos en la pantalla sin disimulo. Guivorch dio un respingo y se giró rápidamente hacia él.

Si el comisario había interpretado bien el escaso fragmento que había visto en apenas una milésima de segundo, el subdirector estaba sumido en la contemplación de un plano arquitectónico. Un dibujo de planta, tal vez.

—¡Pero si es usted! ¡Qué sigilo! ¡Parece un gato!

Tras la confusión inicial, Guivorch había recuperado el dominio de la situación. Volvía a ser el mismo que Dupin había conocido en el castillo, con esa sonrisa irónica dibujada en los labios.

—Es...

—¿Qué estaba usted mirando? —espetó Dupin como si no se hubiera dado cuenta de que Guivorch estaba hablando—. ¿Planos de una casa? ¿Está usted considerando la posibilidad de un nuevo hogar?

El académico permaneció inmóvil entre Dupin y la mesita con el portátil. Seguía sonriendo. Luego se dio la vuelta tranquilamente, cerró el portátil y volvió a sentarse. Señaló con un gesto una de las dos sillas que había junto a la suya.

—Vivo en el barco de mayo a octubre. El resto del tiempo resido en una casa que tengo en el bosque. La casa de mis padres. Pero, créame —dijo sonriendo—, no hay lugar más bello que este. Mire —Guivorch señaló a lo largo del río—, ahí delante el río vuelve a ensancharse mucho. Es la Île-aux-Pies, un auténtico paraíso natural con pinos, ginestas y helechos. Aquí empieza todo el paisaje fluvial: el Aff, el Vilaine y el canal de Nantes a Brest. Todos confluyen aquí. Se juntan y forman lagos y meandros. Luego se vuelven a separar. Es un enredo inmenso de vías fluviales. Con esclusas mecánicas como hace cien años. Poca gente lo sabe, pero el interior de la Bretaña es, en gran parte, un paisaje acuático.

Como para enfatizar la afirmación, un pez de dimensiones considerables saltó del agua ante ellos.

—Más de cien ríos y canales cruzan la Bretaña, señor comisario. — Guivorch era el típico bretón orgulloso, pero tenía también un aspecto pícaro —. Más de treinta mil kilómetros, la práctica totalidad navegables. De hecho, es posible llegar casi a cualquier zona de la Bretaña por río. Y no olvidemos los grandes lagos.

Dupin señaló los asientos vacíos.

—¿Tiene visitas a menudo?

—Ayer por la noche vinieron unos amigos. Una velada tan magnífica como la de hoy.

En el interrogatorio realizado por Le Ber y Labat nadie había dicho nada al respecto. Pero eso no significaba nada.

Dupin decidió sentarse. Arrastró una de las dos sillas para poder observar a Guivorch de soslayo.

—Volvamos al plano de su portátil.

—Aprovecho los meses de verano para hacer reformas en casa.

Dupin sacó el manual de instrucciones del Citroën. Tomó algunas notas con gran parsimonia.

—¿Qué clase de reforma va a llevar a cabo?

—Tengo previsto tirar una pared. —La respuesta fue inmediata—. Entre la cocina y la sala de estar.

—Ya es un poco tarde, el verano está terminando.

—No se preocupe, hay tiempo suficiente.

—¿Existe una señora Guivorch?

En el rostro del subdirector asomó una amplia sonrisa.

—Ahora mismo no, señor comisario, pero sí de vez en cuando.

—¿Por casualidad no habrá estado usted también casado con la señora Noiret? O tal vez guarda alguna relación familiar con algún miembro del grupo...

Por su tono de voz, Dupin dejó muy claro que aquella pregunta no era una broma.

—Es cierto, todos están relacionados entre sí, pero no es mi caso.

Dupin pasó la vista alrededor dibujando un gran círculo y luego volvió a clavar la mirada en Guivorch.

—¿Por qué no mencionó sus actividades como líder de las protestas contra el parque?

Guivorch enarcó las cejas con un gesto elocuente.

—¡Así que es eso! Eso es lo que ha provocado en usted este interés por mí.

—Las dos personas asesinadas estaban relacionadas con el proyecto del parque. Ambas estaban a favor. —Dupin seguía mirándolo fijamente a los ojos. Guivorch apartó la mirada y la dirigió al río—. El hecho de que usted quiera impedir el proyecto y que no haya mencionado su activismo le convierten a la fuerza en sospechoso. Además de carecer de coartada para primera hora de esta mañana.

El hombre permaneció en silencio un rato.

—¿Paul Picard estaba a favor del parque?

Esa pregunta era muy inteligente por parte de Guivorch. Tanto si él hubiera tenido noticia del dictamen y quisiera fingir que no sabía nada, como si de verdad no lo supiera y lo quisiera dejar claro.

—Insisto, señor Guivorch. ¿Por qué no dijo nada sobre su actividad en contra del parque? —El subdirector siguió en silencio—. ¿Por qué se opone con tanta vehemencia?

—El bosque no necesita un Disneyland.

—¿Qué es lo que teme usted?

—Más gente significa más destrucción. El bosque se verá muy afectado por los visitantes. Y es hermoso como es. Eso, por no mencionar las largas colas que se formarían en las casetas de entrada en medio del bosque para asistir al combate de Yvain contra el Caballero Negro, o la gente sentada en

una pista, atiborrándose de palomitas y refrescos de cola. ¡Es algo ridículo e indigno!

—¿Ha estado siempre en contra del proyecto?

—Desde el primer momento que oí hablar de él.

—¿En los últimos meses ha coincidido con la señora Cadiou a menudo?

—No. Muy de vez en cuando. En un par de actos.

—¿Dónde?

—En el Centro.

En eso coincidía con lo que había declarado ella.

—¿Hablaron mucho rato?

Dos gaviotas se habían posado sobre la barandilla.

—No, no. No pasamos del saludo.

—Aparte de la manifestación de mañana por la tarde, ¿qué otras acciones de protesta se han organizado?

—Una recogida de firmas en todos los municipios afectados por el parque. Queremos dejar claro que, en este asunto, los políticos y los representantes de turismo no hablan en nuestro nombre.

—¿Qué más?

—Reuniones con los políticos. Y con la prensa.

—¿Cree que podrán impedir la construcción del parque?

—No lo creo. No. —Suspiró—. Es una causa perdida.

—¿Cómo describiría usted su relación con el señor Cadiou?

—Amigable. Respetuosa. Profesional.

Eso podía significar cualquier cosa.

—¿Se conocían ustedes bien? ¿Era una relación amistosa?

—No muy bien, no. Teníamos una buena relación profesional, pero no personal.

En una situación como esa, otros habrían hablado de una «relación excelente» o algo parecido. Demostraba cautela.

—¿Se veían a diario?

—No. Solo los martes y los jueves. Siempre por la mañana.

—Pero se conocían de antes, del círculo académico, ¿no?

—Desde hacía unas dos décadas.

—¿Y no se hicieron amigos?

Guivorch levantó un instante la vista al cielo. Luego miró a Dupin.

—Usted, comisario, nos tiene por raros, ¿verdad? Quiero decir a los investigadores, a todo nuestro grupo.

—A mí todas las personas me parecen raras, señor Guivorch. Incluso yo. Todo el mundo lo es a su modo. Pero, por otra parte, eso no es malo. — Dupin adoptó un tono cortante—. Lo malo es cuando alguien cree que su rareza particular tiene más valor que la de los demás y que eso le da derecho a desposeerlos de algo. Como su vida, por ejemplo.

—Usted no comprende bien lo que ocurre entre nosotros dentro del grupo. —Guivorch volvió a contemplar aquel paisaje impresionante.

Dupin no dijo nada. Aguardó.

De todos los colores ya solo quedaba el rosa pálido. Sin embargo, ahora era el único tono del cielo. Y lo inundaba todo: la orilla, las piedras, los árboles, la hierba. Era como si alguien lo hubiera teñido todo de ese color. Las bandas de bruma de antes se habían desvanecido en la nada.

—Solo es un juego —prosiguió Guivorch—. No es más que un tira y afloja muy pueril.

—Eso me trae sin cuidado. Solo me interesa cuando el desenlace es mortal.

Un nuevo silencio.

Si alguien desde la orilla hubiera visto a Dupin y Guivorch sentados allí, habría pensado que eran dos amigos disfrutando de la atmósfera del lugar.

—¿Conoce usted a Inwynn?

—Por supuesto. Todo el mundo lo conoce. Es el mejor cuentacuentos que hay.

—¿Lo conoce bien?

—Entre otras cosas, me encargo del programa de cuentacuentos del Centro. Lo contraté yo. —Eso era nuevo. Y muy interesante—. Antes de que lo pregunte —siguió con ese tono irónico característico—, de vez en cuando Philippe y yo salimos a tomar una cerveza. No de forma regular. También tenemos vida privada.

—Para Inwynn el proyecto no solo es un error, sino un sacrilegio, una profanación. ¿Lo ve usted igual?

—Un poco sí. En efecto.

Dupin cambió bruscamente de tema; era una especie de método propio, pero sobre todo el reflejo de sus saltos de ideas cuando llevaba a cabo una investigación.

—¿Hasta qué punto se sintió contrariado cuando Cadiou obtuvo el puesto de director en lugar de usted?

—Fue una gran decepción. Pero... —Guivorch soltó una carcajada que

hizo que las dos gaviotas de la barandilla alzaran el vuelo—. Eso no es motivo para matarlo.

—Supongo que ahora las perspectivas de que usted sea el próximo director son buenas.

—Así es.

—He oído decir que Paul Picard también se había interesado por el puesto.

En realidad, solo era una suposición.

—No sé nada de eso.

—Me sorprende. —Guivorch no respondió—. ¿Qué le parece que la señora Cadiou conociera bien por lo menos a una de las personas que formaban parte del comité de designación del director? —prosiguió—. Me refiero a ese delegado de turismo, que resulta que es su contacto con el departamento. Y otra cosa, ¿qué le parece que ambos tuvieran el mismo interés en cuanto al parque?

Un encogimiento de hombros.

—Señor comisario, así es como va el mundo. A cualquier nivel.

—¿Qué diferencia de salario hay entre el puesto de director y el de subdirector?

—Yo gano más o menos la mitad.

—¿Usted se habría visto obligado a renunciar a su cátedra de Rennes para ejercer el cargo de director?

—No.

—¿La plaza de Rennes es fija?

Guivorch se quedó petrificado. Aunque fue una milésima de segundo, Dupin se dio cuenta.

—Acaba a principios del año próximo. —Intentó hablar de forma espontánea y disimular su repentina irritación, pero fue en vano.

—Eso sin duda convierte en urgente su motivación para obtener la plaza de director.

—A mí el futuro no me preocupa gran cosa.

Guivorch ya volvía a ser dueño de sí mismo.

—¿Qué planes tiene para el futuro?

—No lo sé todavía. Es posible que la plaza se prorrogue. Esas cosas suelen decidirse a última hora.

Aquello no parecía muy probable.

Dupin hizo una anotación y la marcó con un signo de exclamación.

Se oyó otro chapoteo; de nuevo, sin duda, un pez había saltado cerca de ellos. Y, como si aquello fuera una señal, las dos gaviotas regresaron. Esta vez se atrevieron a acercarse un poco más.

Dupin las contempló un instante; luego se levantó y se dirigió hacia la construcción anexa. Miró con atención por el cristal.

—Es magnífico, ¿verdad? —Guivorch lo siguió y se colocó al lado de comisario—. Tiene todo lo necesario. Lo que no está aquí, no hace falta.

A la derecha se veía una pequeña cocina. Delante, una mesa cuadrada y cuatro sillas. Un sofá pequeño. Sobre la mesa, libros y algunos montones de papeles. La puerta de la cubierta que daba al interior estaba abierta de par en par.

—Pase si quiere.

Dupin bajó la cabeza y se acercó a la mesa.

Antes incluso de que llegara a ella, Guivorch apareció a su lado.

—¿Le interesa algo en particular, señor comisario?

Ahora su voz no era tranquila.

Dupin contempló la mesa. Su mirada se posó en un libro grande con muchas notas: *Armas y armaduras históricas de la Alta Edad Media*. Al lado, varios libros en español. Y en inglés también. Unos pocos en francés. Dupin no conocía la mayoría de los títulos. Uno, en cambio, sí: *Castillo de Cadbury. Primera gran fase de la excavación. 1966-1970*.

Desde el comienzo de la investigación no dejaba de encontrarse con el castillo de Cadbury.

—¿En qué trabaja ahora?

Dupin señaló el montón de libros.

—En temas de lo más diverso. —Como por azar, Guivorch tomó un volumen. Su gesto pareció burlón—. Aquí, por ejemplo, tengo una antología de una conferencia sobre nuevas tecnologías en la práctica arqueológica.

—¿Y este?

Dupin había cogido un libro grande que estaba repleto de pósitos amarillos.

—*The Chronicle of San Juan de la Peña* —leyó Dupin—. *A Fourteenth-Century Official Story of the Crown of Aragón*.

—Ha ido usted muy lejos, señor comisario.

De pronto, la voz de Guivorch adoptó un tono muy distinto. En absoluto irónico, pero arrogante y a todas luces agresivo.

—¿Qué quiere decir?

Dupin miró a Guivorch a los ojos con actitud desafiante. Aquella frase inesperada daba otro matiz a la conversación. Y también a la persona que tenía delante.

—La traducción al inglés de un importante libro medieval español. —Era evidente que Guivorch intentaba reprimirse y mantenerse tranquilo—. La crónica del Reino de Aragón, escrita en 1342, cuando dominaba todo el Mediterráneo occidental y se encontraba en su máximo apogeo cultural, que dio lugar a los poetas, pintores, sabios y músicos más famosos de la época. Durante mucho tiempo esta obra se consideró una mera crónica; con el tiempo se ha demostrado que, en realidad, es una mezcla colorida de datos y, digamos, fantasías convenientemente encajadas para ensalzar el poder y la excelencia del monarca. Sin embargo, pese a toda esa propaganda, narra la historia de Aragón como ninguna otra obra. —La sonrisa pícaro había regresado, igual que la ironía en sus ojos—. ¿Quiere usted que entre en más detalles, o se contenta por el momento con estas explicaciones superficiales?

Dupin no respondió. En lugar de eso rodeó despacio la mesa. Luego sacó el móvil y tomó fotografías de todo.

Mientras lo hacía, no dijo palabra. Solo cuando hubo terminado comentó:

—Seguro que no tiene usted ningún inconveniente.

Sin esperar respuesta, levantó uno de los montones de folios. Era una impresión en papel.

—«Paimpont/P 27/Valle sin Retorno: Casa de Viviana. Diario I.» Es la excavación que usted empezó a principios de este año, ¿verdad? Es una especie de cuaderno de campo. En ella...

—En ella —Guivorch le quitó los papeles a Dupin—, por desgracia, no hemos encontrado nada hasta el momento.

—Como sabe, últimamente siento un tremendo interés por las empresas arqueológicas. ¿Qué le parece? ¿Podría quedarme con esta copia?

Para Dupin eso era una pregunta retórica.

—Creo que no.

Guivorch sabía mantener la calma.

—Los investigadores tenemos la manía de guardarnos las cosas para nosotros.

—Así pues, ¿este cuaderno sí contiene algún hallazgo?

—Indirectos y muy específicos sobre el tema. Podrá leerlo en mi próxima publicación.

—¿Qué ha encontrado en esa excavación?

—Como ya he dicho, nada de importancia. Existe un informe provisional que se ha presentado al ayuntamiento. Y a Rennes también. Puede consultarlo allí.

Seguro que sería muy poco interesante. Aun así, le encargaría a Nolwenn que buscara el informe. Y, dado el caso, luego solicitaría una orden de registro del barco. Atendiendo a hechos objetivos, sin considerar la opinión que le merecía ese hombre.

Dupin tomó otro montón de folios, como si la conversación anterior nunca hubiera tenido lugar. «Inventario de obras medievales en Cornwall y Gales», se leía en la primera página. También era una copia impresa.

—¿Qué es esto?

—Me parece que ahora regresaremos a cubierta.

Guivorch dio unos pasos en dirección a la puerta y adoptó una manifiesta postura de espera. Dupin se apartó de la mesa muy despacio. Ya en el exterior, volvió a tomar asiento sin haber sido invitado y se colocó de forma que pudiera contemplar el río. El brillo rosado, sobre las aguas y en todo el mundo, había perdido intensidad. Eran esos momentos de las últimas tardes de verano en que los contrastes resultaban asombrosos. Apenas duraban unos minutos. El cielo al oeste aún estaba iluminado con la luz del día, mientras al este, en cambio, la noche ya había llegado. El día seguía avanzando conforme giraba la Tierra; en aquel momento eso resultaba bien patente. Ahí, en ese paisaje acuático, los árboles en las orillas se desvanecían en una masa oscura.

Guivorch, muy disgustado, se sentó junto a Dupin.

—Ha sido muy revelador, señor Guivorch.

Dupin no apartó la vista del río. Oyó entonces un resoplido profunda y claramente artificioso a su lado.

—Me parece muy probable que usted asesinara a sus dos colegas. —El comisario aguardó un momento antes de seguir hablando en tono pausado—: es importante que usted lo sepa. Y ahora me despido.

Dicho eso, Dupin se levantó.

Guivorch se quedó sentado.

—Puede estar tranquilo, señor comisario. Soy consciente de ello. Yo...

El teléfono de Dupin lo interrumpió.

Nolwenn.

—En fin, *bonsoir*, señor Guivorch.

Bajó del barco con rapidez y respondió a la llamada al llegar a la orilla.

—La llamo en un minuto. Yo...

—Adeline Noiret. Una agresión. En el hotel. La han encontrado inconsciente. Cortes de arma blanca, como en el caso de Paul Picard. —El estilo *staccato* de Nolwenn—. Una fuerte hemorragia.

—¡No puede ser!

¿Cómo acababa de llamar Guivorch a lo que estaba ocurriendo? ¿Un juego? Era un juego letal. Y, al parecer, habían entrado ya en el siguiente nivel.

Dupin caminaba a paso ligero.

—¿Dónde la han ingresado?

—Va de camino hacia el hospital de Ploërmel.

—¿Le Ber está en el hotel?

—No consigo contactar con él. Y tampoco con Labat.

—Le Ber y Labat querían ir al Relais de Paimpont.

—Ya lo sé —replicó Nolwenn, irritada.

—¿Cómo ha sido?

—La han atacado en el pasillo, delante de su habitación.

—¿Los demás investigadores estaban en el hotel?

—Todos menos Guivorch.

—Que Aballain los reúna. Quiero ver a todo el grupo. ¡Maldita sea! ¿Dónde se han metido Le Ber y Labat? Los necesito. Encuéntrelos, Nolwenn. Iré al hotel lo más rápido que pueda.

Había estado a punto de cometerse otro asesinato. El tercero en doce horas.

Dupin recordó entonces el ultimátum de Claire. Aquello era una catástrofe.

El aparcamiento se encontraba en la parte izquierda del hotel, formada por cuatro casas antiguas. Detrás, en la esquina derecha, había un anexo moderno. El edificio era pintoresco, con tejado de pizarra gris y ventanas altas de piedra roja y clara en saledizo. Los marcos de las ventanas y las puertas estaban pintados de rojo oscuro. La fachada de edificio estaba iluminada desde el exterior con una luz acogedora. En el bosque, incluso ahí, en Paimpont, esa diminuta isla de la civilización, ya había oscurecido.

Dupin se orientó. En línea recta apenas había quinientos metros hasta la oficina de la señora Cadiou y el café donde él había estado. Luego se encaminó al edificio principal del hotel. En la calle, justo delante de la entrada, había tres coches patrulla; en el aparcamiento ya había visto dos.

Desde el coche, Dupin había llamado al hospital de Ploërmel. El médico

había descartado «con una probabilidad elevada» heridas que hicieran temer por su vida, pero también dijo que la mujer había tenido mucha suerte. Tres navajazos, según el facultativo: dos en la parte externa del antebrazo y otra en la parte interior que habría podido desgarrarle la arteria. La señora Noiret había perdido mucha sangre pero, en general, su situación era estable. No había visto al agresor y ni siquiera podía decir si se trataba de un hombre o una mujer. Al parecer, el atacante se le acercó por detrás. Ella cayó al suelo y perdió el conocimiento. Todo había ocurrido muy deprisa. Bastien Terrier había llevado a su esposa al hospital en coche.

Después de hablar por teléfono con el médico, Dupin llamó a Nolwenn. Le dio nuevas instrucciones, entre ellas, averiguar la situación de la plaza de Guivorch en la Universidad de Rennes y las posibilidades de que se prorrogara. Le pidió también que examinara el informe provisional de Guivorch sobre su proyecto de excavación en la Casa de Viviana. Y que comprobara el permiso de renovación de su cocina. Nolwenn le informó de que el prefecto había intentado ponerse en contacto con él. Brillante como ella sola, su asistente no solo le había dejado claro que, por desgracia, el comisario no podía atenderle en ese momento, sino que, en principio, durante la actual «fase de alta virulencia», París había prohibido al comisario cualquier comunicación que no estuviera directamente relacionada con el caso. Información clasificada de alto secreto. Pura invención, sí, pero eficaz. Aunque eso a Guenneugues no le había gustado, se lo había creído.

Dupin se acercó a los dos gendarmes que custodiaban la entrada del hotel.

—Ningún acceso a la prensa, señor. Órdenes estrictas de París. Del ministro de Interior.

Una denegación de acceso muy estricta. Y una justificación curiosa.

—Comprende todo el hotel, señor. Este lugar es objeto de una investigación especial de la policía de París.

—Yo... —empezó a decir Dupin.

—Lo siento. Sin excepciones. Queda usted avisado.

Dupin sabía por qué daba la impresión de ser un reportero. De hecho, le complacía que se mantuviera a la prensa a raya de manera efectiva. Seguramente, la noticia del ataque ya estaba en boca de todo el mundo y los periodistas andarían al acecho.

—Caballero —prosiguió el gendarme—, si hace el favor de...

El carraspeo de su compañero lo interrumpió.

—Ejem, Pierre. Creo que este señor es el comisario. El de París. El jefe. Dupin quiso protestar. Él no era de París. Sin embargo, en ese momento había asuntos más importantes.

—Oh, ¿es usted el comisario, señor? —El gendarme se sonrojó.

—Sí, lo soy. ¿Dónde está el grupo de investigadores?

—En una de las salas de reuniones. Aunque ahora mismo solo hay dos. Marc Denvel y Sébille Bothorel.

En efecto, no quedaban ya muchos del grupo.

—¿Dónde está el coronel Aballain?

—También en la sala de reuniones.

—¿Dónde se ha producido la agresión?

—Se lo mostraré. Los edificios están unidos entre sí por dentro y cada uno tiene su propia entrada. Desde la calle, el aparcamiento o el jardín. Es un poco intrincado. Un pequeño laberinto.

El agente, de pronto muy simpático, algo corpulento, con el pelo muy corto y poco favorecedor, se puso en marcha.

—Justo aquí arriba.

Estaban en recepción. Una pesada escalera de madera situada al fondo de la sala conducía a los pisos superiores. Al lado, una puerta en la que colgaba un letrero de color rojo oscuro: «Restaurant Bistro».

—Se alojan en casas distintas. La señora Noiret está aquí, en el edificio principal. —El gendarme subió la escalera con asombrosa agilidad—. Existen cinco accesos a la primera planta, que es donde se encuentra su habitación. Y donde ha ocurrido todo. Por cierto, su marido, Bastien Terrier, tiene la habitación en el anexo. Se trata...

—¿No comparten habitación?

Dupin se detuvo. Él había dado por supuesto que compartían dormitorio. Que aquel detalle se le hubiera pasado por alto se ajustaba al caso a la perfección. De hecho, era acorde con la conducta de todos los implicados en él, con el «patrón comunicativo». Lo que se decía, y cómo, y sobre todo lo que se callaba. Solo respondían a las preguntas más precisas e insistentes. Y además, de mala gana.

—No.

—¿Por qué?

—Lo siento, pero no lo sé. —Se sonrojó de nuevo.

Dupin se volvió a poner en marcha.

—¿Por qué todos los investigadores artúricos se alojan en distintas

partes del edificio?

—Eso tampoco se lo sé decir.

Habían llegado la primera planta. La escalera seguía hacia la segunda.

El gendarme abrió una pesada puerta. Se detuvo sin previo aviso. Dupin estuvo a punto de chocar con él.

—Ya hemos llegado.

El gendarme señaló a la izquierda, a un pasillo estrecho y mal iluminado en cuyo extremo había una ventana pequeña que daba a la calle.

Cuatro habitaciones en cada piso: dos interiores y dos exteriores; entre ellas, de forma más o menos simétrica, el pasillo enmoquetado de color rojo burdeos.

—Aquí es donde ocurrió, comisario. —El policía se encontraba en el pasillo—. Justo delante de su habitación.

Una gendarme, con aspecto de tener a lo sumo dieciocho años, lo saludó con timidez. El lugar donde había caído la agredida estaba marcado con tiza.

—En este suelo resulta difícil ver la sangre. —El agente señaló un punto en diagonal respecto a la puerta.

Dupin se puso de cuclillas. Era cierto que apenas se podía ver algo. Solo forzando mucho la vista. Multitud de manchas. Y una mayor, de unos cuarenta centímetros de diámetro.

—El atacante le salió al paso aquí. La señora Noiret volvía del restaurante. El agresor pudo venir de cualquier lado. De abajo, de arriba o de aquí mismo.

Dupin se incorporó.

—¿El marido de la señora Noiret ya estaba en su habitación?

—Sí. Dice que tenía que trabajar, escribir, en un artículo importante. No quiso tomar queso y se fue antes. Sobre las nueve y media. La señora Noiret ha estado un buen rato sola en el restaurante.

—¿Y nadie en el hotel ha visto nada raro? ¿Alguien que les llamara la atención?

Dupin sacó su libreta de notas provisional. El gendarme clavó la mirada en el logotipo de Citroën. Respondió vacilante.

—No. Ya hemos hablado con casi todo el mundo, con el personal y con los huéspedes del hotel. Y hasta ahora nadie ha informado de nada.

—¿Qué ocupación tiene el hotel?

Dupin iba de un lado a otro, se detenía una y otra vez para ponerse de cuclillas y observar el suelo y las paredes, y luego volvía a incorporarse. La

joven agente se esforzaba para no mirarlo con asombro.

—Aparte de las habitaciones de los investigadores, hay otras siete ocupadas. En cualquier caso, ninguna en este pasillo. La temporada alta ya ha pasado.

—¿Y el restaurante que ha mencionado, el bistró? También desde ahí es posible acceder a las habitaciones.

El gendarme volvió a dirigir la mirada al manual de instrucciones del Citroën.

—Hemos pedido a todos los huéspedes que se queden.

—¿Quién ha encontrado a Adeline Noiret?

Hasta entonces Dupin había supuesto que había sido el marido, pero eso era porque daba por hecho que el matrimonio compartía la habitación.

—Una empleada de recepción. Ha oído gritos y ha subido rápidamente. Al ver a la señora Noiret en el suelo ha pedido ayuda de inmediato.

—Supongo que, aparte de la víctima, ella no ha visto a nadie más aquí, ¿verdad?

Dupin se dirigió hacia la pequeña ventana y luego regresó. Los pasillos que conducían a los demás edificios carecían de puertas. El autor lo había tenido fácil.

—En efecto. —El gendarme se había acercado a Dupin.

—¿A qué hora han recibido ustedes el aviso?

—La llamada ha entrado a las 22.02. Eso significa que la recepcionista, que no recuerda la hora, la encontró dos o tres minutos antes. Lo más seguro es que ocurriera a las 21.59.

Dupin lo anotó todo. En cualquier caso, Guivorch no había sido. A esa hora, Dupin estaba sentado con él en la embarcación en la que vivía.

—¿Todos los investigadores estaban en el hotel a esa hora?

—Aballain dice que sí.

—¿Qué hay de la científica?

—Está al llegar. A fin de cuentas, es una investigación especial.

Por el modo en que lo dijo parecía que, de no ser así, habría que contar con que, como pronto, aparecerían a primera hora de la mañana.

—Supongo que no hay rastro del arma del crimen.

Una pregunta superficial.

—No.

—¿La señora Noiret estaba inconsciente cuando la ha encontrado la empleada del hotel?

—Sí. Pero se ha recuperado al momento.

—¿Cómo se va a la sala de reuniones?

Allí ya no había nada que hacer. De haber alguna pista, la encontraría la policía científica.

—Le acompaño.

El gendarme se dirigió hacia la puerta que llevaba a la escalera.

—¿Se sabe algo de mis colegas, los inspectores Le Ber y Labat?

—No.

¿Qué estaba pasando? ¿Dónde se habían metido?

—Quiero que nadie tenga acceso al hotel.

—¿Qué hay de los huéspedes que están alojados aquí pero que han salido a cenar fuera?

—Lleven un registro de las entradas y pídanles que vayan directamente a sus habitaciones.

El gendarme sostuvo la puerta para dejar pasar a Dupin.

—Por la escalera, arriba.

—Una cosa más: encárguese de inmediato de que esta noche dos agentes monten guardia en un coche patrulla a la entrada de la residencia de los Cadiou.

El gendarme asintió.

—¿Por protección o por vigilancia?

—No lo sé. En cualquier caso, que permanezcan atentos. A cualquier cosa.

En el piso superior, la distribución era idéntica al inferior.

Había algo que parecía incomodar un poco a ese gendarme algo metido en carnes.

—Me temo que no he sido lo bastante preciso en un aspecto. El profesor Denvel se hospeda también en el edificio principal, aunque en el segundo piso.

—¿Dónde?

—Su habitación también da a la calle. —Señaló una puerta—. Se encuentra justo encima de la de la señora Noiret.

Se encaminó hacia uno de los pasillos que conectaban los distintos edificios.

—Las salas de reuniones están en la buhardilla del edificio anexo, sobre el bistró. Cuidado con la cabeza.

Dupin se inclinó y entró en un pasillo estrecho que, al cabo de dos metros, desembocó en otra puerta.

El gendarme la abrió.

Entraron en una sala pintada de blanco con las paredes muy inclinadas y una estructura de madera a la vista. Las vigas del techo. Mesas de madera antiguas de diversas alturas dispuestas formando un rectángulo, modernas sillas de madera blancas y con reposabrazos altos. Sin cuadros en las paredes, y con focos integrados en el techo. La sala estaba iluminada como si fuera de día. Funcional. En un extremo, un rotafolio, uno de los elementos obligatorios en cualquier sala de reunión.

Aballain les salió al encuentro. Dupin lo saludó amigablemente. Sébille Bothorel y Marc Denvel estaban sentados formando un ángulo entre ellos. Ahora eran los principales sospechosos. Guardaban bastante distancia entre sí. Era casi ostentoso.

Dupin hizo un gesto con la cabeza.

—De nuevo me parece vergonzoso el modo en que usted me...

No estaba de humor. Interrumpió a Sébille Bothorel con brusquedad y abordó la cuestión directamente:

—¿Dónde estaba usted a las diez de la noche?

Se quedó parado justo delante de ella, que respondió de inmediato.

—He tomado una cena, digamos que, pasable. Aquí no se puede esperar gran cosa. Luego me he ido a la habitación. Suite Merlín. A leer, como cada noche.

—¿En qué parte del edificio se encuentra la suite?

Dupin sacó el manual de instrucciones y abrió el capítulo «Confort». De hecho, era práctico: le permitía tener una visión distinta de su coche, ese que tenía todas las papeletas para acabar pronto en el desguace. Quería dibujar el croquis del hotel. El apartado «Portaobjetos, cenicero, encendedor de cigarrillos» ofrecía espacio suficiente para ello.

—En un lateral. Pero mis ventanas dan al jardín, no al aparcamiento.

Dijo «aparcamiento» con un profundo desdén.

Marc Denvel contemplaba la sala con indiferencia. Llevaba el cabello algo más desgredado que por la tarde.

—¿Cuándo ha estado usted en el restaurante?

La señora Bothorel seguía indignada cuando contestó.

—Yo diría que desde las nueve menos cuarto hasta las diez menos cuarto. Solo he tomado cangrejos de río bañados en *lambig*.

Dupin hacía cálculos.

—¿A qué hora ha salido del castillo? Supongo que su chófer la trajo hasta

aquí.

—Ha sido eterno. Un suplicio.

—¿A qué hora?

—Pasadas las ocho. He ido a cenar directamente. Descanso mal si me acuesto demasiado tarde.

—Así pues, usted estaba en su habitación cuando la señora Noiret ha sido agredida.

—Eso ya se lo he dicho antes.

—¿Y no ha oído nada? ¿Ningún grito?

—Oh, por favor, no.

En ese momento a Dupin le habría gustado inspeccionar todo el hotel. Comprobar la ubicación de todas las habitaciones.

—¿Cómo se encuentra la señora Noiret? ¿Qué dicen los médicos?

Fue Denvel quien formuló la pregunta, aunque sin demostrar una gran emoción. Dejó ver un mínimo de preocupación, aunque era imposible saber si era real o simulada.

—Se recuperará. —La mirada de Dupin iba de uno a otro—. Pero ha estado a punto de morir. Volvamos a usted, señora Bothorel. Esta noche ¿ha visto a la señora Noiret o a alguno de sus colegas aquí, en el hotel?

—No.

—¿Y luego, en el restaurante?

—A la señora Noiret y a Bastien Terrier. El señor Terrier se ha marchado pronto. La señora Noiret seguía en la mesa cuando me he ido.

Eso era lo que había dicho el gendarme.

—¿La señora Noiret parecía distinta en algo? ¿Nerviosa, tal vez?

—Apenas la conozco. Pero no me ha dado esa impresión.

—Ustedes se tratan desde hace muchos años.

—Por favor, los años carecen de importancia. Eso no significa que uno se conozca de verdad.

—¿Ella ha hablado con alguien? Quiero decir, cuando estaba sola. O tal vez antes, cuando su marido todavía estaba ahí.

—No.

—¿Y usted? —Dupin se dirigió hacia el joven investigador—. ¿Dónde ha cenado? En el hotel no, ¿verdad?

Denvel estaba serio. Esa noche llevaba camisa, no un polo. Azul claro otra vez. Parecía su color favorito. Llevaba las mangas arremangadas de manera informal.

—Me apetecía moverme. He salido a pasear por el pueblo y me he sentado en el bistró La Terrasse de l'Abbaye. Allí he comido una excelente *tête de veau*, un plato difícil de encontrar en restaurantes. —Dobló las manos muy despacio; era un gesto que no casaba con su edad, ni tampoco con su cara. Dupin no conocía a nadie que aún comiera cabeza de ternera—. Supongo que querrá saber las horas.

—Así es.

—Déjeme pensar... Tras el encuentro, fui un momento a la habitación. Luego salí. Creo que he tardado una hora y media en cenar. Después... —Se interrumpió y, de repente, se puso de pie—. Se me acaba de ocurrir algo. Eso le facilitará las cosas. Y a mí también.

Hurgó en el bolsillo trasero del pantalón y sacó la cartera.

—Aquí tiene. La cuenta del bistró.

Se la tendió a Dupin y volvió a sentarse. El comisario estaba impresionado. Él perdía facturas continuamente y, además, en cuanto se las daban. Incluso las de importes elevados, que él podía cargar como dieta o deducirlas en los impuestos.

Dupin buscó la hora anotada en el papel.

—«21.37» —leyó en voz alta—. La factura se emitió a esa hora. Y desde el bistró hasta el hotel hay unos cinco minutos. Así pues, hubo tiempo suficiente.

—Así que, al final, la factura me perjudica. —Mostró una sonrisa falsamente compungida.

Dupin sintió el impulso de hablar claro.

—Usted carece de coartada para esta noche, y también para esta mañana.

—Lo siento de veras. Le he dicho la verdad sobre dónde estaba y a qué hora. Creo que es lo que usted quería.

Se encogió levemente de hombros.

Dupin conocía a la perfección ese tipo de frases y no se dejó arrastrar por ellas.

—Al volver del castillo, ¿ha visto a algún colega en el hotel, o luego, al regresar de la cena?

—Ni una cosa ni la otra. He ido derecho a mi habitación.

—Que se encuentra justo encima de la de la señora Noiret.

—Eso es.

—¿Ha visto algo que le resultara sospechoso? ¿Aunque sea un detalle?

—Créame, ya se lo habría dicho. A fin de cuentas, nosotros somos los

más interesados en aclarar este asunto.

El joven investigador se expresaba con frases que a menudo resultaban arrogantes sin que tal cosa fuera perceptible por el tono de voz o cómo lo decía. Tal vez era su porte aristocrático.

Dupin rodeó la mesa para poder mirarlos a los dos.

—¿Por qué no me dijeron nada acerca de sus, digamos, estrechas relaciones familiares?

—Porque no es un asunto de su incumbencia —espetó la señora Bothorel con enfado.

—En un caso de asesinato, todo es de mi incumbencia, señora. —Dupin habló con tono tranquilo—. ¿Qué relación tienen entre sí? ¿Con qué frecuencia se ven?

—Como ya le he dicho, eso no es asunto suyo. —Al hablar, Sébille Bothorel apartó la mirada del comisario con gesto ostentoso.

Entonces llamaron a la puerta con un vigor poco común.

Entró un gendarme muy alto. Dupin aún no lo conocía; la «investigación especial» estaba impresionantemente bien dotada en cuanto a personal.

—Disculpen. —El gendarme se dirigió hacia Aballain, que se encontraba junto al rotafolio—. Tenemos todos los nombres de los comensales y hemos hablado con cada uno de ellos. Nadie ha visto nada que le llamase la atención. Algunos se están impacientando y quieren marcharse. Nosotros...

—Que se queden donde están —ordenó Dupin con tono decidido—. Bajaré en un instante. Mientras tanto, que tengan paciencia.

El agente interrogó a Aballain con la mirada; este respondió con un breve asentimiento de cabeza.

—Así se lo haré saber. —El agente desapareció.

—Mi madrastra y yo no tenemos contacto de índole personal. —Marc Denvel había agachado la cabeza; de pronto, parecía algo inseguro—. Pero coincidimos de vez en cuando en actos académicos.

Pronunció todas y cada una de esas palabras en un tono absolutamente neutro.

—Así es.

Por algún motivo, la señora Bothorel se sintió obligada a confirmarlo.

—¿Nunca se ven fuera del entorno académico?

De nuevo, fue Denvel quien respondió. La expresión de la señora Bothorel era relajada; no parecía preocuparle que él hablara de su relación.

—Hace años que no. Tal vez cuatro.

—Cinco. —Le corrigió ella con tono suave. Era difícil saber qué dinámica estaba teniendo lugar ahí en segundo plano.

—Y supongo que no me van a decir el motivo, ¿verdad?

—Así es —corroboró la señora Bothorel.

—Cuando ustedes coinciden en un encuentro, siempre están en grupo, ¿nunca se ven aparte? ¿Para tomar un café o comer juntos?

La señora Bothorel respondió con una expresión impasible.

—No.

Dupin le clavó la mirada y cambió de tema con brusquedad.

—La señora Noiret hizo unas graves acusaciones en su contra y puso en duda su reputación como investigadora.

La expresión de Sébille Bothorel se endureció, aunque solo fue durante un momento. Dupin la había sorprendido.

—¡Eran unas acusaciones absurdas! Yo llevaba defendiendo mis tesis muchos años antes que ella. Y públicamente. Todo el mundo lo sabía. ¡Si alguien robó algo, fue ella!

—¿La señora Noiret ha repetido esas acusaciones? ¿En los últimos tiempos, tal vez?

—Es una investigadora de segundo nivel. Las cosas como son. Ni siquiera obtuvo la cátedra por méritos académicos.

—¿Y de qué otro modo lo consiguió? ¿Podría ser más concreta, señora Bothorel?

—Es una mujer joven, atractiva y muy ambiciosa entre hombres mayores y de éxito. Los cuales, además, deciden sobre las plazas. ¿Qué quiere que le diga? Así son las cosas.

En ese grupo la crudeza campaba a sus anchas. A Dupin le vinieron a la cabeza las palabras de Guivorch: «Solo es un juego». Pero eso no era un juego. Era algo muy serio. Todo.

—¿Le atribuye aventuras? ¿De qué tipo?

—Yo no le atribuyo nada en absoluto. Interpretelo usted como le plazca. No pienso decir nada más.

Dupin tomó nota.

—¿Ella ha repetido las denuncias?

—No me consta, pero es capaz de cualquier cosa.

—Señor Denvel —Dupin volvió a cambiar la estrategia del interrogatorio—, ¿cómo es su relación con la señora Noiret?

—La veo en las reuniones de la junta de la Sociedad Artúrica. Eso es

todo.

—¿Ha tenido algún conflicto con ella?

—De vez en cuando defendemos posiciones conceptualmente muy diferentes. Pero no hemos tenido conflictos de tipo personal. No.

Dupin conocía lo bastante bien el mundo académico como para saber que ese primer aspecto podía ser decisivo.

—Usted es historiador. Su madrastra es experta en literatura. —Dupin sacó del cuaderno la nota con los datos—. Ninguno de ustedes es arqueólogo. Lo mismo ocurre con la señora Noiret. —Ni siquiera él sabía adónde quería llegar—. Pero los tres han participado en excavaciones en calidad de expertos. Es así, ¿verdad?

—Conocemos el trasfondo histórico y cultural. Eso es de gran ayuda.

—¿Participaron en alguno de los proyectos en los que intervenían sus colegas?

—¿En qué sentido?

En realidad, esa pregunta era evidente.

—Quiero saber si se recabó su ayuda en alguno de los proyectos de excavación en los que participaron los señores Picard, Guivorch o Terrier. O el señor Laurent, a quien se ha calificado de «arqueólogo aficionado».

—No. —Denvel fue el primero en responder—. No directamente. No en el sentido de estar disponible para ellos o su proyecto. Ni por encargo de ellos o de sus equipos. Pero sí estuve en sitios donde también estaban ellos en otro contexto y con otros equipos.

Eso parecía complicado. Y vago.

—Por ejemplo, ¿en el castillo de Cadbury?

—Exacto. Buen ejemplo. Yo formaba parte de un grupo compuesto por dos expertos en historia antigua y dos en filología clásica. Examinamos la lápida escrita en mayúsculas romanas de la Antigüedad tardía de la que hemos hablado esta tarde en el castillo.

Había que sonsacárselo todo. Era para volverse loco.

—Se refiere usted a la lápida descubierta por el señor Terrier y su equipo.

—Que no tenía nada que ver con nuestra empresa... Y viceversa.

—Pero era la misma ubicación.

—Sí.

—Y todos examinaron el mismo objeto.

—Sí.

—¿Hay algún otro proyecto en el que participara usted y alguno de los otros? ¿En este sentido indirecto?

—No sé qué decirle. Lo más probable es que sí, todos hemos visitado los lugares importantes.

—¿Y aquí no, en las excavaciones del bosque, junto a la fuente?

—¿No ha preguntado eso antes?

—Quiero decir en sentido indirecto.

—No.

—¿Y usted, señora Bothorel?

Ella negó con la cabeza.

—El señor Guivorch, el subdirector del Centro, hoy ha mostrado interés por un dibujo concreto, el plano de un edificio. —Otro cambio de tema calculado por parte de Dupin—. ¿Qué pueden decirme de ello?

—No le entiendo. —Denvel habló con tono despectivo.

—¿Qué podría interesarle? ¿Qué edificio? ¿Por qué? —Dupin no se quitaba aquello de la cabeza, y decidió intentarlo sin más—. ¿Hay algún motivo para suponer que Guivorch se interesa por un edificio concreto del bosque? ¿O por algo específico de ese edificio? La pregunta es para los dos, también para usted, señora Bothorel —añadió el comisario en voz alta y clara.

—Todo esto me resulta muy confuso. ¿Cómo puedo saber las cosas que le interesan al profesor Guivorch?

Dupin retrocedió un par de pasos y se pasó la mano por el pelo.

—Yo lo veo de la siguiente manera: no hay nada que indique que esta historia, sea la que sea, ha terminado. Cualquiera de ustedes podría ser la próxima víctima. Y cualquiera de ustedes podría ser también el asesino. Tal vez —Dupin dibujó una sonrisa torcida— incluso los dos. A fin de cuentas, no quedan muchos. Bueno, pronto lo sabremos.

Se dio la vuelta con un ademán brusco y se acercó a la puerta con parsimonia:

—No abandonarán el hotel hasta mañana a primera hora. Ni un minuto. Ni un paso. Hasta que yo se lo autorice.

Instantes después, desapareció de la sala de reuniones.

—Este es el señor Herbé, el propietario del hotel. —El coronel Aballain hizo las presentaciones.

Un hombre de mediana edad y de aspecto muy amable, completamente calvo y con expresión de honda preocupación estaba de pie al otro lado del

mostrador de recepción. Aunque Aballain había propuesto ocuparse primero de los clientes que aguardaban impacientes en el bistró, Dupin había insistido en tener antes esa conversación.

—*Bonsoir*, señor. —Dupin le saludó con un ademán de cabeza.

—Es terrible.

El hombre estaba descompuesto. Dupin lo comprendía. Eso era lo último que quería el propietario de un hotel. Pero no había tiempo que perder.

—¿Por qué los investigadores se alojan en distintos edificios?

—Por deseo expreso.

—¿Por parte de quién?

—Del profesor Guivorch. Él se encargó de las reservas hará dos o tres meses.

—¿Sabe cómo formuló ese deseo exactamente?

—Yo mismo hablé con él. Dijo que todos preferían tener un ambiente privado. Lo dijo más o menos así. Son académicos, ya se sabe.

Aunque sonaba raro, parecía muy propio de ellos. Encajaba con ese grupo tan curioso.

—¿El señor Guivorch también decidió qué habitación se asignaba a cada uno?

—No. Eso fue cosa nuestra. Además, claro está, lo hicimos en función de la disponibilidad.

—Entonces, según usted, nadie podía saber de antemano quién se alojaría en cada habitación.

—En efecto. Cuando se trata de clientes importantes, me encargo personalmente. Lo decidí yo. El día anterior.

—¿Y se lo comunicó a alguien?

—Por la noche estaba indicado en el plan de habitaciones.

—Que, supongo, sus empleados podían consultar.

—Sí, es su obligación, claro.

—En cuanto al matrimonio Noiret y Terrier, que estaban en habitaciones separadas, ¿eso era parte de las instrucciones del señor Guivorch?

El propietario del hotel arqueó las cejas. Aquella pregunta parecía incomodarle.

—No. No fue el profesor Guivorch.

—¿Quién fue entonces?

—La propia señora Noiret. El señor Guivorch había reservado una habitación doble. Pero hace una semana la señora Noiret llamó y pidió dos

habitaciones. Dijo que ambos estaban muy ocupados y que necesitaban tranquilidad. Querían dos habitaciones para poder trabajar. Esas fueron sus palabras.

En cualquier otro caso, se habría podido inferir algo acerca de la situación del matrimonio. Sin embargo, por la imagen que Dupin se estaba formando de los académicos, algo así era propio de ellos. A los ojos de esos investigadores no era más que una decisión «sensata».

—Entiendo. ¿Hay algo que le haya llamado la atención a usted o a sus empleados entre ayer y hoy? ¿Ha habido algún incidente?

—No.

—¿Habló usted ayer o esta mañana con el señor Picard?

El propietario del hotel parecía intimidado.

—Sus compañeros ya me lo han preguntado antes. Ayer por la tarde yo estaba aquí, en recepción, cuando los señores fueron registrándose en el hotel. Intercambiamos algunas palabras de bienvenida. Una conversación superficial. El señor Picard parecía completamente normal.

—¿Como todos los demás?

—Así es. ¿Cree usted que el atacante podría alojarse aquí, en el hotel?

Sus palabras evidenciaban el temor que sentía.

—No lo sé.

Era cierto.

—¿Cree que pudiera tratarse de una disputa entre las señoras y los señores académicos?

—Tampoco lo sé.

—Muchas gracias, señor.

Dupin se sintió obligado a decir algo para calmarlo.

—Esté tranquilo. Resolveremos el caso. Y su hermoso hotel no se verá afectado.

Una frase poco propia del comisario.

Dicho eso, hizo ademán de marcharse.

—¡Por aquí! —Aballain se le adelantó—. Por esta puerta.

Dupin estaba a punto de salir de la recepción cuando, de pronto, se dio otra vez la vuelta.

—Señor Herbé, ¿cree que podría tomar un café? ¿O tal vez dos?

—Por supuesto —afirmó el propietario del hotel, visiblemente confundido. Y añadió en tono solícito—: Enseguida se lo sirven.

Dupin soltó un «¡Fantástico!» que resonó dentro del restaurante, en el que

se encontró al instante siguiente. Era una estancia luminosa, amplia, diseñada con gusto, con grandes lámparas de techo que emitían una luz muy agradable. Mesas ovaladas, redondas y cuadradas con manteles rojos; sillas de reposabrazos altos; un único armario antiguo. Pero, sobre todo, mucha gente sentada en silencio y con la mirada clavada en Dupin y Aballain. El comisario se detuvo de golpe. No contaba con encontrarse directamente en medio de la acción. De todos modos, así había conseguido que le prestaran atención.

—*Bonsoir*, señoras y señores. Soy el comisario Georges Dupin, de la comisaría de Concarneau. —Dio un par de pasos hacia el interior de la sala y miró a su alrededor. Pensó que allí, en el bosque, esa presentación resultaba poco apropiada—. En este hotel se ha producido un delito grave, un intento de asesinato. Mientras ustedes estaban aquí sentados. Tengo que saber si alguien ha salido del restaurante en torno a las diez de la noche. Aunque fuera por poco tiempo. Para fumar un cigarrillo. O, en el caso de que se hospeden en el hotel, para ir a buscar algo a la habitación.

El policía corpulento se acercó a Dupin con varias notas en la mano.

—Aquí tiene. Está todo apuntado. Tenga, por favor. —Entregó la lista a Dupin. Sin querer, la acción adquirió un aire ceremonioso. Las palabras resonaron en toda la estancia—. Hemos identificado a cuatro personas que han abandonado el restaurante en el período de tiempo indicado, todas por poco tiempo. Dos han salido a fumar y otras dos, al baño.

De ese modo, la pregunta de Dupin había quedado respondida. Tal vez, se dijo, debería haber hablado antes con el gendarme.

Todas las mesas del restaurante estaban ocupadas. Gran parte de los comensales eran de la zona; la temporada alta ya había pasado.

—¿Quiénes son esas cuatro personas?

Dupin se volvió hacia la sala.

Se alzaron varias manos vacilantes. Dos de unos jóvenes que se encontraban al lado de la puerta. Los fumadores, supuso Dupin. Luego la de una señora algo entrada en años de una de las mesas grandes, y la de una pelirroja que estaba sentada al final del comedor.

El gendarme se acercó a Dupin y habló en voz baja. Fue en vano; el silencio era tal que se habría podido oír la caída de un alfiler.

—Hemos interrogado a estas cuatro personas. Están las primeras de la lista. —Señaló la nota—. No hemos encontrado motivo alguno de sospecha.

Dupin tenía la réplica en la punta de la lengua, pero se contuvo. Seguramente el gendarme tenía razón. Se volvió de nuevo hacia todos los

presentes.

—Me gustaría que...

Se interrumpió.

Su mirada se había quedado clavada en una cara. La de un hombre que ocupaba una mesa junto a la puerta.

Necesitó un instante. Luego lo reconoció. Ahora llevaba el cabello recogido en una coleta y tenía un aspecto de lo más normal. Iba vestido con camiseta y pantalones negros. Inwynn. Philippe Goazou. El cuentacuentos.

Todos esperaban con interés que Dupin acabara la frase.

—Yo, bueno... Muchas gracias por su atención.

Sin más explicaciones, Dupin se dirigió hacia la mesa del cuentacuentos. Como si no hubiera pasado nada. Nadie se atrevía a hablar, todos tenían la vista clavada en la escena, como si estuvieran asistiendo a una obra de teatro. Las caras de Aballain y del agente corpulento reflejaban su perplejidad.

—Pueden continuar con sus conversaciones —les animó Dupin, y volvió a darse la vuelta.

La sala permaneció en completo silencio.

Se acercó a la mesa. Todas las miradas seguían posadas en Dupin. El comisario no se daba cuenta de lo extraño de la situación.

—Qué casualidad, señor Goazou. Usted aquí. Esta noche.

Dupin estaba a menos de medio metro del cuentacuentos.

Sacó el manual de instrucciones del Citroën ante la mirada curiosa, y ahora también asombrada, del público de la sala.

Dupin hojeó la libreta.

Philippe Goazou miraba desconcertado al comisario.

—¿Y bien?

—Y bien, ¿qué?

El cuentacuentos parecía confuso.

Las charlas en las mesas todavía no se habían reanudado.

—¿Sabe qué? Usted y yo vamos a salir fuera. —Dupin dirigió la vista al acompañante de Goazou—. Usted, yo y su amigo.

Un instante después, Dupin se dirigió hacia la salida, abrió la puerta y esperó a que los dos hombres lo siguieran.

Al poco, los tres estaban de pie en la terraza en esa noche apacible.

—¿Qué quiere de mí?

Era extraño. Esa noche, Philippe Goazou no tenía nada de Inwynn. Parecía una persona sencilla, seca. Introvertida. Y, de algún modo, anodino.

Costaba creer que a primera hora de esa tarde hubiera estado narrando fantasías descabelladas.

—Esta es la segunda vez en un día, señor Goazou, que se encuentra usted en el lugar de un delito a la hora en que se ha cometido.

—Y de nuevo es pura casualidad, señor comisario.

—Una extraña casualidad.

—Mi amigo Didier Boyard y yo venimos aquí de vez en cuando. La comida es excelente.

—¿De quién ha sido la idea?

—¿De venir aquí?

—Sí.

—Mía.

—¿Cuándo le ha preguntado a su amigo si quería acompañarlo?

—Hoy por la tarde.

—De forma espontánea.

—Así es.

Dupin se dirigió hacia el otro hombre.

—¿Usted también es cuentacuentos?

—Sí. Aunque mi ocupación principal es obrero forestal.

Dupin había adivinado que era cuentacuentos. Reparó entonces en los hombros anchos y atléticos del hombre.

—Así pues, ¿usted también conoce al señor Guivorch?

—Sí.

Era incluso más parco en palabras que Goazou.

Dupin se dirigió a los dos.

—¿A qué hora han llegado aquí?

—Sobre las ocho y media —respondió Philippe Goazou.

—¿Fuman?

Una breve vacilación por parte de ambos.

—Sí.

—Sí.

—Entonces, lo más probable es que los dos hayan salido del restaurante en algún momento.

—No. —Philippe Goazou siguió hablando—. No lo hemos hecho.

—¿Cuál fue la última vez que habló usted con el señor Guivorch?

—Mmm... —Goazou se pasó la mano por la cabeza—. Lo vi ayer en el Centro, a primera hora de la tarde. Luego acompañé a un grupo por el bosque.

—¿Adónde fueron exactamente?

—La mayor parte del tiempo la pasamos junto al lago.

—¿Habló con él por teléfono?

—Pocas veces lo hacemos.

—¿Y usted? —Dupin se volvió al segundo cuentacuentos.

—Quizá la semana pasada.

—¿El qué? ¿Que habló por teléfono con él?

—Exacto.

—¿Y verlo?

—A principios de la semana pasada. Es temporada baja y no hay mucho trabajo.

—¿Usted también está en contra del proyecto del parque?

—Eso creo.

—¿Participa usted en las acciones de protesta que organiza el señor Guivorch?

El obrero forestal dibujó una mueca de desconcierto.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Si participa, por ejemplo, en la recogida de firmas. ¿Está en la organización, tal vez? ¿Irá mañana a la manifestación? ¿Participa en alguna otra acción de protesta?

—No.

Era inútil.

Dupin tenía que cambiar de estrategia. Regresó al restaurante. Los cuentacuentos, estupefactos, lo siguieron al cabo de un momento.

—Me gustaría reclamar de nuevo la atención de todos ustedes. —Dupin habló con voz fuerte y decidida; poco a poco se habían reanudado las conversaciones en las mesas—. Es una información de extrema importancia para la policía. ¿Alguno de ustedes ha visto esta noche a uno de estos dos hombres salir de aquí? —Señaló con la cabeza a los cuentacuentos, que permanecían atónitos de pie junto a su mesa—. ¿A uno solo o, tal vez, a los dos? ¡Por favor, piénsenlo bien!

Dupin miró a su alrededor.

Nada. Miró detenidamente a todas las personas de todas las mesas. Su actitud era casi implorante.

Dupin se dirigió hacia la mesa de cuatro que estaba junto a la de los dos cuentacuentos:

—¿No ha habido nada que les haya llamado la atención? —inquirió,

dirigiéndose al grupo. Dos hombres y dos mujeres.

—No —replicó una de las mujeres con voz nerviosa.

—Pero ¿se habrían dado cuenta si sus vecinos hubieran abandonado la mesa?

—No lo sé —añadió la misma mujer—. Nosotros estábamos enfrascados en nuestra conversación.

—¡Ya lo ven! —Dupin volvió a dirigirse a todo el comedor; era consciente de que su actitud tenía algo de desesperada—. Tal vez se les ha escapado algo. —Silencio. Aún más agobiante que antes—. Yo...

Dupin se interrumpió. Se pasó la mano por el cabello. Tenía que avanzar de algún modo.

—Disculpe, señor comisario.

El propietario del hotel.

—Una tal señora Nolwenn desea hablar con usted. Dice que no consigue contactar por el móvil. Lo cual es normal porque aquí...

—Voy ahora mismo.

Salvado en el último momento. Salió del restaurante a toda prisa.

El propietario del hotel le señaló el mostrador de la recepción sobre el que había un teléfono inalámbrico.

—¿Diga?

—Empiezo a estar muy preocupada, señor comisario. Realmente preocupada.

Dupin nunca le había oído una frase así a Nolwenn en todos los años que llevaban trabajando juntos.

—¿Por qué?

—¿Por qué va a ser? ¡Nuestros inspectores! Le Ber y Labat. No consigo contactar con ellos. O están todo el rato en una zona sin cobertura, o hay algo que no va bien. —El tono de su voz dejaba entrever qué se inclinaba a creer—. A las 20.35 aún estaban en el castillo. Le Ber primero ha hablado por teléfono con usted y luego conmigo. Él y Labat tenían previsto ir al Relais de Brocéliande, pero no han llegado.

El propietario del hotel había desaparecido en el restaurante. Dupin estaba a solas. Con todo, habló en voz baja.

—¿Ha preguntado a los últimos gendarmes que estuvieron en el castillo?

—Sí, lo he hecho. Aún había cuatro agentes allí. En dos coches patrulla. El gendarme que los vio por última vez estuvo con ellos arriba, en el salón de los caballeros, pero no recuerda a qué hora se marchó.

—Querían echar un vistazo al despacho de Cadiou.

—Ninguno de los cuatro gendarmes sabe nada de eso. Ellos acabaron su trabajo en el castillo sobre las 20.20; ya no tenían nada más que hacer.

—Por lo tanto, ¿se fueron del castillo sin los inspectores?

—Sí. El gendarme que estuvo hablando con ellos arriba, en la sala, ofreció uno de los vehículos a Labat, pero él lo rechazó. El gendarme no vio ningún motivo para insistir. Supuso que usted los recogería. Esta tarde les he propuesto a Le Ber y Labat que pidieran dos coches a Rennes. O, simplemente, que alquilaran uno aquí. Por cierto, el hotel ha puesto a mi disposición un coche por si lo necesito.

—Tiene que haber una explicación lógica.

Dupin pronunció esas palabras sin estar del todo convencido. Era extraño. Por otra parte, también cabía la posibilidad de que anduvieran detrás de alguna pista: ambos eran de ideas fijas. Ideas descabelladas, manías, tics, extravagancias... Puede que incluso estuvieran actuando de incógnito —la actividad favorita de Labat—, vigilaran a alguien o hubieran descubierto alguna cosa que luego presentarían de forma triunfal.

—Acabo de enviar un coche patrulla al castillo para que echen un vistazo. Y le he preguntado a Guivorch cuál de sus empleados ha sido el último en abandonar el lugar. Cree que son esos dos jóvenes que ayudan en la cafetería y en la caseta de las entradas.

—¿Tenemos sus números de teléfono?

—Los tengo.

—¿Es posible que Le Ber y Labat se marcharan en el coche de alguno de los investigadores?

—Es muy poco probable. Diría que imposible.

Nolwenn tenía razón.

—De ser así, ya deberían estar en el Relais. Y alguien tendría que haberlos visto.

Ni siquiera Dupin creía en esa posibilidad.

—¿Le Ber ha dicho alguna otra cosa? ¿Quería pasar por algún sitio en concreto? ¿Hablar con alguien? —Dupin sabía que aquello era dar palos de ciego.

—A mí no me ha dicho nada. Pero puede que se le ocurriera alguna idea de manera espontánea.

—Eso será —respondió Dupin poco convencido.

De todos modos, tampoco podía excluirse. Le Ber era cabezota. En

realidad, eso era altamente probable.

—Señor comisario, tengo algunas novedades importantes.

Parecía como si Nolwenn se alegrara de poder distraerse con algo.

—Dispare.

—La primera: han llamado del hospital de Ploërmel. El médico ha autorizado un interrogatorio breve, de un máximo de diez minutos. La señora Noiret está de acuerdo.

—¡Perfecto! —Lo estaba esperando. Esa era su prioridad—. Iré ahora mismo.

—Y luego, ha ocurrido algo muy curioso. —Era evidente que Nolwenn estaba poco concentrada—. Los expertos han examinado el portátil de Cadiou.

Pausa.

—¿Y?

—Y nada. No han encontrado nada. —Nolwenn intentaba sobreponerse—. Me refiero a datos. No han encontrado ningún dato. Ni correos electrónicos, ni documentos, ni fotografías. Y, en el caso de Picard, está todo encriptado con un programa profesional. Hasta ahora no han conseguido acceder a nada.

—¿Cómo se explica eso? Los artículos y los libros los escribiría en el portátil.

—Es posible que no los guardara en el ordenador. Ni siquiera, según los expertos, en la nube. Puede que utilizara medios de almacenamiento externo. Memorias USB, discos duros portátiles. Cosas así.

—¿Por qué?

—¿Tal vez por miedo al robo de datos?

—En ese caso, alguien debía de estar muy preocupado por sus datos. —Dupin hablaba más para sí que para su asistente—. Dicho de otro modo: para que alguien proteja así la información, esta tiene que ser muy importante.

—Yo también protejo mis datos, señor comisario. Todo el mundo debería hacerlo.

Con eso, Nolwenn aludía a las discusiones que tenían continuamente en la comisaría. Como, por ejemplo, la negativa por parte de Dupin de acatar la obligación estricta de cambiar las contraseñas cada cuatro semanas. La seguridad de los datos era uno de los temas favoritos de Nolwenn. Al final, Dupin tenía que admitir que estaba siendo muy negligente.

—¿Y Picard encriptaba sus datos de forma profesional?

—Sí. Con un programa muy eficaz. Un software para especialistas. Los

expertos siguen trabajando en ambos equipos.

—Entiendo. Yo también tengo un par de cosas. —Dupin sacó sus notas—. Averigüe si la señora Noiret tiene, o ha tenido, alguna aventura. Sébille Bothorel lo ha insinuado. Dice que no consiguió la cátedra solo por sus logros científicos, y que eso es algo que todo el mundo sabe.

—Esa es una acusación muy grave. Y posiblemente, como todo lo demás, lo sabremos mañana a primera hora. Hoy ya es tarde.

En efecto.

—Para terminar —concluyó Dupin—, mire a ver si encuentra algo sobre un tal Didier Boyard, un obrero forestal de la zona, que también es cuentacuentos profesional.

—De acuerdo. Por cierto, no he encontrado gran cosa sobre Inwynn. Al menos por el momento. Tiene muy buen nombre. Está más solicitado que los demás. De vez en cuando le han hecho entrevistas. Sigo en ello.

—Bien. Y llámeme de inmediato en cuanto sepa algo de Labat y Le Ber. Ahora mismo me voy al hospital para hablar con la señora Noiret.

Cruzar el bosque de noche era viajar a la más profunda de las oscuridades. Penetrar una negrura sin forma. Los árboles no se distinguían y solo las luces oscilantes de los faros del Citroën permitían ver, de forma repentina e inquietante, partes de un tronco, una rama, hojas.

Era asombroso. El bosque estaba ahí mismo, muy cerca, envolviendo a Dupin y, en cambio, no lo veía. Durante quince minutos tuvo la impresión estar en una nave espacial avanzando veloz por el cosmos. Una impresión reforzada porque además sobre él refulgían miríadas de estrellas, que estaban particularmente próximas esa noche, sobre todo al subir a toda velocidad por las colinas. Aunque las copas de los árboles apenas permitían distinguir un pedazo de cielo a derecha e izquierda de la carretera, era suficiente para entrever un verdadero mar de estrellas titilantes, de brillo intermitente. Eso reforzaba la sensación a ras de suelo de estar circulando por una carretera estrecha, tenebrosa y carente de luz. Dentro del coche, tuvo un extraño sentimiento de soledad, casi de angustia, desconocido para él.

El centro hospitalario se encontraba en la zona norte del núcleo urbano. Era fácil de encontrar.

Aparcó justo delante de la entrada y, un minuto más tarde, entró en la sala de urgencias. Como siempre en los hospitales, la despiadada luz de neón era insoportable, como el hedor a productos de limpieza y desinfectantes. Dupin

lo odiaba.

La señora Noiret estaba sentada en la camilla de una pequeña sala de curas sin ventana. En aquella zona predominaba la maquinaria médica. Junto a la camilla había un gran aparato portátil.

La mujer tenía un aspecto lastimoso. Que se mantuviera sentada solo se podía explicar por su gran fuerza de voluntad. Tenía el brazo izquierdo completamente vendado. Estaba pálida. Con las mejillas hundidas.

—*Bonsoir*, señora Noiret —la saludó Dupin con tacto.

El médico de guardia, un joven que había estado trasteando en uno de los aparatos, se acercó decidido hacia él; la enfermera, que en ese momento estaba controlando la presión arterial de la señora Noiret, levantó con espanto la vista hacia Dupin.

—No tiene usted aquí ningún...

—Comisario Dupin. Estoy al frente de la investigación.

El joven médico se quedó de pie frente a él. Parecía cansado.

—Como ya le he dicho a su jefa, tiene como máximo diez minutos.

Dupin no le corrigió. De hecho, en el fondo, Nolwenn era su jefa.

—No pasa nada —respondió la señora Noiret con tono decidido—. Ya le he dicho que me encuentro bien. Y que no tengo intención de pasar la noche en el hospital.

Hablaba aún más despacio que por la tarde. Su voz era más débil.

—Acaba de sufrir una situación traumática, ha perdido bastante sangre y se encuentra bajo el efecto de varios medicamentos. Puede hablar un poco con el comisario, pero esta noche no le daremos el alta.

El médico había hablado de forma escueta, pero rotunda.

—Eso lo decidiremos nosotros, no usted.

Dupin dio un respingo. Bastien Terrier estaba detrás de él. Esa noche vestía camisa verde y pantalones chinos de color beis.

El médico abandonó la sala sin replicar a Terrier. La enfermera lo vio marcharse y se concentró en acabar de medir la tensión. Por fin retiró a toda prisa el manguito del antebrazo de la señora Noiret y también se marchó.

—Le agradezco mucho que me reciba en estas circunstancias. —Tras saludar con un ademán de cabeza al señor Terrier, Dupin se había vuelto hacia la señora Noiret. Se quedó al pie de la camilla y la contempló. El marido se recostó en la pared. No tenía tiempo que perder—. ¿Quién ha sido? ¿Quién la ha agredido?

La mujer abrió los ojos de par en par.

—Ya les he dicho a sus compañeros que no he visto al atacante.

—¿No ha visto nada de nada?

Dupin la observó detenidamente. En realidad, la escrutó sin disimulo.

Ella le sostuvo la mirada.

—El pasillo de mi habitación estaba muy oscuro. Yo venía de la escalera iluminada y estaba buscando la llave en mi bolso. Entonces me empujaron y me clavaron un cuchillo. O al revés, primero me clavaron el cuchillo y luego me caí al suelo. No lo sé. —Hizo una pausa—. Vino por detrás. Grité tan fuerte como pude. Y me defendí con uñas y dientes. —Era probable que eso le hubiera salvado la vida—. Todo ha sido muy rápido. Llevaba capucha.

—¿Cómo dice? ¿Capucha?

Eso era nuevo. Nadie lo había mencionado hasta ahora.

—Sí, le tapaba la cara. No he podido ver quién era.

—¿Era un hombre?

—No lo sé. Eso también lo he dicho.

—¿Y qué le dice la intuición?

Ella alzó la voz:

—Fue todo muy rápido. De golpe me vi en el suelo y me desmayé.

—¿Cuántas cuchilladas ha recibido? —preguntó, aunque ya lo sabía.

—Tres. El médico dice que seguro que ese hombre quería apuñalarme en el torso. En el corazón.

La señora Noiret hablaba sin un ápice de emoción.

—¿Ese hombre?

—Bueno, el atacante o la atacante.

—Ha tenido mucha suerte, señora Noiret.

A diferencia de Picard. Pero en ese caso, el asesino había tenido tiempo. En el hotel, en cambio, era consciente de que alguien aparecería muy pronto. Que no hubiera logrado cumplir su propósito era señal de que no se enfrentaban a un asesino a sangre fría. Con todo, ese detalle tan vago no permitía excluir a ninguno de los sospechosos.

—¿Qué altura tenía esa persona?

—No sabría decirle. Una altura normal.

—Intente recordar. ¿Le ha llamado la atención alguna cosa? Cualquier detalle puede ser importante.

—Creo que iba vestida de oscuro. Y...

—¿Y...?

—Puede que no llevara capucha, sino que tan solo se hubiera tapado la

cara con un gorro. Yo...

Se interrumpió. Por primera vez dejó entrever la impresión que había sufrido.

Dupin notó que no estaba concentrado. No dejaba de pensar una y otra vez en Le Ber y Labat. Nolwenn no era la única que estaba preocupada.

—Creo que es suficiente, señor comisario. Mi esposa ya ha sufrido bastante.

Terrier se había apartado de la pared.

—Póngase en su lugar: viene usted de cenar, se encuentra frente a la puerta de la habitación, busca la llave en el bolso y de pronto alguien le tira al suelo y se encuentra con un cuchillo en el brazo.

—Señor, queremos atrapar cuanto antes a la persona que ha intentado matar a su esposa. Para ello necesitamos toda la información que podamos reunir.

—No pasa nada, Bastien. —La señora Noiret se había repuesto—. Es importante.

—Antes del ataque, ¿ha sucedido algo poco habitual que le haya llamado la atención? ¿Se ha sentido vigilada? ¿En el restaurante, por ejemplo?

Dupin reparó entonces en que había olvidado preguntar en qué mesa habían cenado la señora Noiret y el señor Terrier. Desde luego, su entrada en el restaurante había sido poco gloriosa. Debían de estar cerca de los cuentacientos.

—No. Nada. Ya le he estado dando vueltas.

—¿Y usted, señor Terrier?

—Tampoco. Ha sido una cena de lo más normal. De todos modos, yo me he retirado un poco antes a mi habitación y mi esposa se ha quedado un rato a solas abajo.

—¿Dónde estaban sentados? Desde fuera y viniendo de la terraza.

La señora Noiret pareció reflexionar:

—En la parte posterior derecha, en el rincón.

Por lo tanto, a cierta distancia de los cuentacientos. Sin embargo, por supuesto, los hombres habrían podido observar sin problemas en qué momento el señor Terrier y la señora Noiret abandonaban el comedor. A Dupin todo aquello no dejaba de parecerle una casualidad demasiado asombrosa. Que justo esa noche Inwynn estuviera cenando en ese restaurante. Pero, claro, ese tipo de casualidades se podían dar.

—¿Les llamaron la atención dos hombres sentados justo al lado de la

puerta? ¿Uno de ellos con coleta?

—A mí no. —La señora Noiret negó con la cabeza—. Pero yo estaba bastante distraída. Los terribles acontecimientos de hoy me han afectado. —Titubeó de forma vaga.

Era increíble el modo en que lo había formulado. Y era además la ocasión perfecta para abordar un punto importante que Dupin había querido tratar ya antes del ataque.

—La comprendo. A fin de cuentas, su exmarido es una de las víctimas.

De pronto, la señora Noiret adoptó una mirada inexpresiva. Inspiró profundamente.

—Así es.

Dijo aquello sin apenas emoción. Era como si hubiera perdido todas sus fuerzas.

—¿Tenía una relación estrecha con su exmarido?

—No.

—¿Manténían el contacto?

—No de tipo privado. Coincidíamos en las reuniones de la junta y, a veces, en alguna conferencia, pero poco.

Picard no podría confirmar ya esas afirmaciones.

—Señor comisario, ¿qué importancia tiene eso en este asunto? ¿Qué tiene que ver con la agresión a mi esposa? —preguntó Terrier con los labios fruncidos.

—¿Por qué antes, en el castillo, no mencionó esas circunstancias personales?

Dupin se arrepintió de su pregunta en cuanto la formuló. No estaba en forma. Por supuesto, siguió la respuesta que era de esperar.

—No nos sentimos obligados a proporcionarle a usted información sobre nuestra vida privada. Estas cosas no tienen nada que ver con su caso de asesinato.

—¿Se refiere a ese en el que su esposa ha estado a punto de ser la siguiente víctima? ¿Realmente piensa que es mi caso?

Esa discusión era inútil.

—En fin, volvamos a esta noche. —Dupin adoptó de pronto una actitud conciliadora—. Señor Terrier, ¿reparó usted en los dos hombres que se encontraban cerca de la puerta?

—En absoluto.

—¿Oyó los gritos de su esposa desde su habitación?

—No. Estaba absorto en mis pensamientos.

Siguió una pequeña pausa.

—Señora Noiret, señor Terrier, necesito hacerles una pregunta personal.

—Dupin hablaba como si el breve rifirrafe anterior no se hubiera producido. No aguardó la respuesta—. ¿Qué tal va su relación? ¿Cómo va su matrimonio?

Dupin observó primero a una y luego al otro, y fue testigo de su intercambio de miradas. La señora Noiret tomó la palabra:

—Aunque soy incapaz de comprender de qué modo esta pregunta puede tener alguna relevancia en la actual situación, y ya que es tan importante para usted saberlo, le diré que el nuestro es un matrimonio feliz.

Terrier lo corroboró con un asentimiento de cabeza que no cesó hasta que tuvo la certeza de que Dupin lo había visto.

—Cuando viajan juntos, ¿reservan siempre habitaciones separadas?

Los dos miraron al comisario con perplejidad. Esta vez fue el señor Terrier quien contestó:

—Ambos nos encontramos en una fase de escritura muy intensa. —Terrier fingió estar molesto—. Tenemos que terminar unos artículos muy importantes que exigen toda nuestra concentración. Y, sobre todo, seguir el ritmo propio de cada uno.

Dupin ya conocía esa situación: mucho de lo que esos académicos contaban era difícil de imaginar y sonaba raro o, por lo menos, curioso. Pero, por supuesto, era posible. No tenía por qué significar algo. Tal vez la señora Noiret y el señor Terrier llevaran su matrimonio del modo más conveniente para ellos y para su profesión. Quizá fueran realmente felices. Dupin debía tener cuidado y no juzgarlos de antemano. Sabía bien cómo funcionaban las relaciones. Todo era posible. No había normas sobre el transcurrir correcto de las cosas.

—¿Y no habría sido una buena solución pedir habitaciones contiguas con una puerta entre ellas?

Con todo, no pudo dejar de lado ese punto. La expresión de ambos reflejaba cierta estupefacción.

—No en nuestro caso —replicó Terrier al momento—. Creo que ya basta con este tema tan ridículo.

Dupin miró la hora.

Era casi medianoche. ¿Dónde estarían Le Ber y Labat? Aquello lo tenía muy intranquilo.

—Bien, pues muchas gracias, señora. Gracias, señor. Si les viene a la

cabeza alguna otra cosa, por favor, háganmelo saber lo antes posible. Que se mejore, señora Noiret. Cuídese mucho.

—Muchas gracias. Buenas noches, señor comisario.

Dupin ya se iba, pero entonces se detuvo y se dio la vuelta.

—Una pregunta más, señor Terrier. Después de marcharse del restaurante, ¿volvió a salir de su habitación? Antes del ataque a su mujer. Quiero decir, entre esos dos momentos.

—¿Yo?

Terrier se molestó. A Dupin le pareció un poco exagerado.

—Eso es.

—No. Por supuesto que no. Estuve trabajando todo el rato.

—¿Y ha podido? ¿Después de un día como este? ¿Con dos colegas brutalmente asesinados a los que usted conocía desde hacía tiempo?

Dupin planteó esas preguntas con mucha calma.

—En quince días tengo una entrega. Como ya le he dicho, y sin querer parecer vanidoso, se trata de un artículo importante para la *International Journal of Historical Archaeology*. Una revista especializada de arqueología con gran prestigio internacional.

—Entiendo.

No podría sacarlo de ahí.

Se volvió de nuevo para marcharse.

—Buenas noches. ¡Vayan con cuidado!

Al poco rato se encontraba en la calle, delante de la gran puerta corredera automática del hospital.

Regresó a su coche.

Las luces amarillentas y cálidas de la pequeña ciudad iluminaban el cielo como una campana de luz brillante.

Un instante después tenía el móvil pegado a la oreja.

—¿Alguna novedad?

Nolwenn comprendió enseguida a qué se refería Dupin.

—Hay dos gendarmes en el castillo. Seguimos sin saber nada. Ninguna señal de Le Ber ni de Labat. He hablado con la estudiante de Rennes. Ha sido la última en abandonar el castillo. Dice que poco antes de las nueve de la noche. Unos cuarenta minutos después que los gendarmes. Ha cruzado la entrada que da a la librería y luego ha cerrado. Antes, ella y su compañero recogieron las cosas de la sala, las bajaron a la cafetería y ordenaron un poco. No ha visto a nadie, ni en el castillo ni en la planta de abajo.

—¿Y el despacho de Cadiou?

—Los gendarmes todavía no han podido entrar en el castillo. Hay tres llaves maestras; una la tenía Cadiou, otra Guivorch y la otra estaba en el castillo y es la que Guivorch le ha entregado a Le Ber, que quería examinar el despacho de Cadiou. En este instante, un colega de Paimpont se dirige a casa de Guivorch para recoger su llave y llevársela a los dos policías.

Nolwenn había decidido volcarse de lleno en el asunto. No era buena señal.

—¿Dónde habrán ido? —Dupin se pasó la mano izquierda por el pelo.

—¿Sin coche?

Buena réplica.

—Puede que alguien los haya llevado en su vehículo.

—¿Y quién podría ser?

Nolwenn, por supuesto, tenía razón.

—¿Y qué hay del joven, del estudiante? ¿A qué hora se ha marchado?

—La chica dice que sobre las nueve menos cuarto.

—¿Con su coche?

—Sí.

—Por la hora encaja. ¿Y si le han pedido que los llevara y los dejase en algún sitio?

—Es poco probable. —Nolwenn dudaba, pero por fin admitió—: No se puede descartar. Por desgracia, no consigo contactar con él. Tengo su número de móvil, pero no contesta.

—¿Dónde vive?

—Cerca de Rennes.

—¿Tenemos su dirección?

—La conseguiré. Y enviaré alguien allí.

Por su tono de voz, aquella suposición no convencía mucho a Nolwenn.

La mente de Dupin iba a toda velocidad.

—¿Qué lugares tienen interés para nosotros? ¿Adónde podrían haber ido?

Dupin, entretanto, había dado la décima vuelta alrededor de su coche. Tras la segunda, cuando llegaba al lateral izquierdo levantaba la mirada para no tener que ver la abolladura.

—Paimpont, el hotel, la oficina de la señora Cadiou. La residencia de los Cadiou, Tréhorenteuc, la fuente de Barenton. Pero no creo que vagaran de noche por el bosque ni que regresaran a la fuente. En cualquier caso, aunque así fuera, ya tendrían que haber regresado.

—¿Qué otros edificios son de interés?

—¿Edificios? ¿Qué quiere decir?

—¿Qué edificios son importantes en las historias artúricas?

—En realidad, se trata más bien de lugares. Dejando de lado los que ya conoce, están la Casa de Viviana, situada por encima del Valle sin Retorno, un monumento megalítico, una tumba, con piedras dispuestas de forma elíptica. Ahí...

—... es donde excava Guivorch, ¿verdad?

—Así es. Y luego está la Tumba de Merlín, que es donde...

—... está excavando Terrier.

—Exacto. Actualmente solo quedan dos piedras de pizarra roja. De hecho, no se trata de una tumba, sino del lugar donde Viviana encarceló a Merlín en un castillo en el aire para que viviera por siempre a su lado en Brocelianda.

—¿Eso es todo?

—Sí. Otra cosa, he hablado con el director de la Universidad de Rennes.

—¿A medianoche? —Dupin no pudo evitar esa pregunta.

—Tenemos que avanzar. He tirado de algunos contactos. En fin: la plaza de Guivorch es de duración limitada, en efecto, pero es pura formalidad. Se prorrogará. Es posible incluso que pase a ser permanente.

—¿Y por qué Guivorch no me lo ha dicho?

Suspiró.

—Por cierto, en las noches de luna llena, y hoy lo es, Merlín sale de su palacio de aire y escucha los deseos de quienes se sienten en esas piedras —añadió Nolwenn como si nada.

—Entiendo. —Dupin estaba sumido en sus pensamientos—. ¿La abadía de Paimpont tiene algo que ver con Arturo?

Se le acababa de ocurrir.

—No.

—¿En ningún sentido?

—No.

No dijo nada. Tampoco él sabía qué hacer. Hasta que tomó una decisión espontánea.

—Nolwenn, voy a acercarme ahora mismo en coche al castillo. Informe a los gendarmes para que me esperen.

En efecto, había luna llena. Durante el camino de ida, Nolwenn y Le Ber

habían hablado largo y tendido al respecto; para ellos, era una coincidencia reveladora que Dupin y Cadiou hubieran acordado justo esa fecha para su encuentro. La luna llena, como no podía ser de otro modo, tenía una importancia especial en la Bretaña de las leyendas y los mitos, y aparecía en innumerables historias como un astro espectacular. Para Nolwenn y Le Ber, la fase de la luna nueva era el mejor momento para «aproximarse» al bosque. Además, tal y como Le Ber había detallado prolijamente en la comisaría durante la pausa del almuerzo del día anterior, mientras Dupin saboreaba unas cigalas que había comprado para todos en el mercado cercano, aquella no era una luna llena cualquiera. No. La de ese día era «un 22 por ciento más luminosa que las otras». Si Dupin lo había entendido bien, el fenómeno estaba relacionado con la órbita elíptica del astro y con su «punto más próximo a la Tierra». Había noches en que la luna no solo era más luminosa, sino también más grande, más redonda y, sobre todo, más poderosa. Y, además, más cercana. Sin duda, esa era una de esas noches.

La luz peculiar de la luna era la del otro mundo. Era la luz que invertía las cosas. Permitía ver, pero a la vez oscurecía la Tierra. Solo mostraba la superficie y engullía todo lo demás. Era una luz que trascendía los colores. En sí, carecía de color y, además, se lo arrebatava a todas las cosas. El mundo se volvía pálido, mortecino. En las historias de fantasía se la conocía como la «otra luz». El mundo era entonces irreconocible, o todavía más desconcertante: era otro mundo. Tal y como Nolwenn solía decir, «quien no ha visto la Bretaña con luna llena, no la ha visto de verdad». En opinión de Dupin, una conclusión lúcida.

Levantó la vista hacia ese castillo de cuento, que no tenía ya nada que ver con el castillo que había conocido a plena luz de día, aunque entonces ya parecía encantado. Esa noche, el contorno de todo el conjunto tenía algo extrañamente orgánico. Ya no era una construcción, sino un ser vivo dispuesto para la defensa.

En esa noche clara, el fulgor de las estrellas incluso era mayor, convirtiéndose en un titileo incesante. Una auténtica pulsación. De hecho, si intentabas fijar la vista en una estrella o en una parte concreta del cielo, te mareabas. Aquello era un aviso de cambio de tiempo, por lo general de un giro considerable de la climatología. Las noticias no lo anunciaban; al contrario, predecían la prolongación de esos últimos e impecables días de verano.

El comisario se encaminó hacia la puerta de hierro forjado tras la que

estaba la caseta de las entradas. La luna ahora se encontraba justo sobre el tejado puntiagudo del castillo. Detrás se veía el lago.

Le vinieron a la memoria las aventuras de su infancia como *boy scout*. Su madre lo había apuntado sin preguntarle, pero en algún momento él llegó a tomarle gusto. Tiendas de campaña, hogueras de campamento, pesca, cabañas con ramas. Dupin tuvo la sensación de estar en una de esas «pruebas de valor», los rituales de los exploradores. Caminar de noche solo por un bosque misterioso hasta llegar a un castillo también misterioso en el que había algo, una bandera, por ejemplo, que se tenía que llevar de vuelta. La versión avanzada de eso consistía en que los demás ideaban «sorpresas» para asustar. Era aterrador, pero la voluntad absoluta de no demostrar miedo había ayudado a Dupin a superarlo de verdad.

Desde entonces, paseaba tranquilo por cualquier bosque de noche, lo cual le había creado la fama de ser un valiente, aunque nadie tenía ni la menor idea de cómo había llegado a eso. Sin embargo, ese bosque no era un bosque cualquiera.

A primera hora de la tarde no había reparado en el crujido de la grava al pisar. Era tremendo. Lo mismo podía decirse del canto de los grillos, que sonaba muy diferente a como se oía en el suave paisaje fluvial. Resultaba disonante, caótico. Sin el menor atisbo de armonía completa. De vez en cuando se oía un mochuelo.

Dupin ya había llegado al puente que cruzaba el foso del castillo cuando se detuvo bruscamente. Cayó en la cuenta de que la puerta estaría cerrada. No había pensado en eso. Estaba inquieto, demasiado sumido en sus cavilaciones. Desde ahí no podría acceder al castillo. Tenía que haber otro acceso. El de los trabajadores.

Regresó a toda prisa al coche por el camino por el que ya había pasado.

Entonces dio con un sendero de tierra en el que antes no había reparado y que llevaba al flanco derecho del castillo. Distinguió unas roderas. Atravesó un campo segado e hirsuto. Matorrales, arbustos, árboles solitarios que parecían figuras extrañas. A la izquierda, un muro de piedra elevado, un antemuro de la fortificación.

Al cabo de un instante distinguió, como esperaba, un aparcamiento. Había un coche patrulla. Suspiró aliviado.

Cruzó el aparcamiento y siguió el camino que llevaba al otro lado.

Al cabo de un momento vislumbró a la luz de la luna el foso del castillo detrás de unos árboles y, a la derecha, ese lago espléndido. Un brillo

increíble, un color que Dupin no había visto nunca. Una especie de gris azulado con tonos plateados que se extendía como una superficie metálica perfecta, recién alisada. Sin poder evitarlo, recordó la descabellada historia que le había contado Le Ber. La que decía que aquel lago solo era una ilusión. Esa noche eso saltaba a la vista.

Pensó que por ahí debía de haber otro puente que atravesara el foso. En efecto, lo encontró enseguida. Cuando casi había llegado, se sobresaltó. Un ruido. En los matorrales, justo delante del foso, a la izquierda. De forma instintiva tensó los músculos y, en un gesto reflejo, se llevó la mano al costado derecho. En vano. No llevaba arma. Apretó los puños. Se quedó quieto, con la vista clavada en el matorral. No se veía nada. Ni tampoco se oía nada. Entonces se produjo un movimiento repentino y asomó algo blanco, que se detuvo durante un instante y luego salió corriendo a toda velocidad hacia el foso y desapareció. No se oyó ningún otro ruido. Ni siquiera el chapoteo del agua.

¿Qué había sido eso?

¿Un animal? Era blanco, sin duda; sus sentidos no le iban a jugar de nuevo la misma mala pasada. La cuestión era: ¿de qué animal se trataba? ¿Era siempre el mismo? ¿En lugares un tanto alejados entre sí? ¿Había varios ejemplares iguales?

Dupin se obligó a regresar a la realidad. Atravesó el puente y encontró la entrada situada a un lado del castillo.

La puerta estaba cerrada. Y no se veía luz. Todo parecía abandonado. No había ni rastro de los dos gendarmes.

Dupin sacó el móvil. Pulsó el número de Nolwenn. En vano. Ni una barra de cobertura.

—¡Maldita sea! —gruñó malhumorado.

¿Dónde diablos se habían metido sus dos inspectores? De hecho, tanto él como todos los demás tenían cosas mejores que hacer que andar buscándolos. O que pasear en plena noche por un castillo encantado solitario en medio de un bosque mágico.

Sin embargo, su preocupación iba en aumento.

Disgustado, rodeó el edificio a grandes zancadas. Tenía que haber otra entrada. Lo intentó por la parte posterior.

Por fin, casi al final de aquel edificio alargado, vio una ventana iluminada. Y, poco después, también una puerta abierta de par en par. Entró y distinguió un fulgor débil al final de un pasillo oscuro. Una escalera de

caracol estrecha, idéntica a la del otro lado y poco iluminada, conducía al piso superior.

Un pasillo sofocante, puertas cerradas a derecha e izquierda, posiblemente el área de administración. Las tablas del suelo crujían con estrépito.

En la última habitación había luz. Habían dejado la puerta entreabierta.

Entró.

Una estancia inesperadamente espaciosa. Frente a la entrada, una ventana; a la derecha, un escritorio de madera grande y moderno; al otro lado de la habitación, un tresillo, un sofá y dos butacas de piel negra y una mesa baja en el centro. A la izquierda de la puerta, unas estanterías que llegaban hasta el techo repletas de libros hasta el último centímetro. Paredes encaladas, toscamente pintadas de blanco. En esa elegancia minimalista no se percibía ni un átomo del ambiente de una oficina.

—Hemos dejado la luz encendida a propósito, y además hemos abierto la puerta para que le fuera más fácil orientarse. De todos modos, con esta luna llena casi parece que fuera de día.

Uno de los gendarmes que por la tarde ya habían estado en el castillo salió al encuentro de Dupin. Era pálido de piel, llevaba un corte de pelo atrevido, y tenía las cejas espesas y prominentes. Estaba apoyado en la ventana; su compañero, moreno, de complexión atlética, con un peinado cuidado, permanecía sentado en la butaca del escritorio de Cadiou. Dupin no lo recordaba.

Daba la impresión de que estaban charlando. El gendarme pálido siguió hablando:

—Nuestro colega Bruno nos ha traído la llave. Su jefa ha dicho que nos encontraríamos aquí, en la oficina del director.

Al parecer, Nolwenn se imponía haciéndose pasar por la jefa.

—¿Aquí hay cobertura? —preguntó Dupin con asombro.

—Desde luego.

Seguro que tenían unos teléfonos especiales, diseñados en exclusiva para el bosque. Unos móviles mágicos.

—Hemos traído las linternas —explicó el policía pálido mientras señalaba dos modelos enormes que había sobre el escritorio de Cadiou— y hemos rodeado todo del castillo. Además, hemos inspeccionado el edificio. Incluso la gran sala de arriba. No hay nada que llame la atención. —Hizo una pequeña pausa para exponer una conclusión evidente—. No hemos encontrado

a sus inspectores.

—¿No han visto nada fuera de lo normal?

Una pregunta del todo innecesaria.

—La luz de la cafetería estaba encendida. En la biblioteca se ha caído una pila de libros. En el aparcamiento delantero para los visitantes hay un coche. Cuando hemos llegado, hemos visto un zorro.

Un resumen de cosas dentro de lo normal.

—¿En esta zona hay zorros de pelaje blanco?

—¿Zorros?

—Sí. ¿O quizá —Dupin vaciló— otros animales blancos de tamaño parecido?

—¿Zorros polares?

Pensó en cómo formular la pregunta.

—Soy consciente de que por aquí no hay zorros polares. —Aunque en realidad confiaba en que se diera esa rareza—. Pero ¿existen animales de ese tamaño y de pelaje blanco?

—Mmm. —El policía se rascó la barbilla—. ¿Ha visto usted un animal blanco?

Eso era demasiado para Dupin. Dicho así, parecía como si hubiera reconocido haber visto ratones blancos.

—¿Y ese coche del aparcamiento de los visitantes?

—Un Citroën DS5, muy nuevo. —El agente de piel morena. En su voz había un deje de sorpresa.

—¿Qué hace ahí?

—No se sabe. Lo hemos mirado. Es un coche elegante, pero no hay nada raro.

—¿Por qué alguien dejaría aquí su coche?

—Tal vez haya bebido una copa de más. Esas cosas pasan.

—¿Quieren decir aquí, en la cafetería? ¿La que cierra a las seis?

Un encogimiento de hombros de los dos policías.

—¿Qué quiere hacer ahora, señor comisario? —El gendarme pálido situado junto a la ventana adoptó de pronto un tono grave—. Es casi la una de la madrugada.

Lo cierto es que Dupin no tenía ningún plan, ni siquiera un principio de plan. Ir en persona al castillo había sido un acto impulsivo.

En vez de responder, empezó a deambular de un lado a otro de la estancia. La examinó con detenimiento. Dejando de lado las linternas, el

escritorio estaba casi vacío. Un par de libros. No daba la impresión de que Cadiou hubiera trabajado mucho ahí. Al menos, no en ese escritorio.

—¿El señor Cadiou tenía una secretaria o una ayudante?

Aquella pregunta, como tantas otras en este caso tan agitado, se le debería haber ocurrido mucho antes.

—Solo por las mañanas —respondió el gendarme de piel morena—. Para cuestiones relacionadas con el Centro. Ahora está de vacaciones.

—¿Alguien ha podido hablar con ella?

—Hasta el momento no ha sido posible. —A modo de explicación añadió—: Lleva dos semanas en el extranjero y aún le queda otra. Tailandia. Un viaje organizado con muchas paradas intermedias.

Dupin sacó su libreta provisional. Eso le valió unas miradas de estupefacción. No hizo caso. Apuntó algo. Tal vez debería hablar en persona con la secretaria en cuanto esta estuviera localizable. La lista de puntos urgentes era cada vez más extensa.

—Y arriba, en la sala, ¿tampoco hay nada que ver?

—Lo dicho —intervino ahora el agente pálido—. Todo estaba correcto, puede creernos. Y, por desgracia, no hay ningún indicio del paradero de sus compañeros.

Dupin dio otra vuelta observando la oficina. Se paró frente al escritorio. Tomó un libro y luego otro. Tres volúmenes de Chrétien de Troyes. Novelas artúricas. Que él también tenía en su escritorio de Concarneau. Se quedó pensando.

—¡Muy bien! ¡Pues que así sea!

Dicho esto, Dupin se giró con un gesto casi alegre hacia los dos gendarmes. Había llegado el momento de pasar a la acción. Sus inspectores llevaban demasiado tiempo desaparecidos.

—Quiero un coche patrulla en cada uno de los lugares artúricos de la zona. Dos agentes en cada vehículo. De inmediato. Den aviso de que mis dos inspectores se consideran oficialmente desaparecidos. Que los gendarmes lo escruten todo al milímetro. Cuando digo lugares artúricos —hojeó la libreta— quiero decir: la iglesia del Grial, el Valle sin Retorno, la fuente mágica y el lugar en el que se encontró el cadáver de Picard, donde estaba prevista una excavación. —Dupin consultó otra página—. La Casa de Viviana y la Tumba de Merlín también. —Vaciló un instante—. Y la oficina de la señora Cadiou en Paimpont. En su residencia ya hay alguien. Quiero una actuación rápida. Esto es una investigación especial.

Lo que estaba ordenando en ese momento era nada menos que una gran acción policial. En plena noche, cruzarían el bosque a toda velocidad como mínimo una docena de coches patrulla. De todos los ayuntamientos posibles. Se trataba de Le Ber y Labat. Y, a estas alturas, Dupin estaba muy alarmado.

Nadie se movió.

—¡En marcha! ¿A qué esperan? Llamen al coronel Aballain. Que lo disponga todo de inmediato. Yo iré a la residencia de los Cadiou. Debo hablar con la señora.

Así mataría dos pájaros de un tiro. Y la investigación seguiría activa.

—¿Se acuerdan de todo?

Un asentimiento sobrecogido de los dos gendarmes.

—Muy bien. En ese caso, me voy.

Dupin se apresuró hacia la puerta.

Cuando todavía estaba en la escalera, se sacó el móvil del pantalón. Cinco barras. Cobertura máxima.

Marcó el número de Nolwenn.

La puso al corriente con unas pocas palabras. Ella se mostró de acuerdo; a Dupin incluso le pareció percibir cierto alivio en su voz. Todavía no había logrado dar con el estudiante de Rennes. Dos agentes se habían presentado en su domicilio, pero no lo habían encontrado allí, y tampoco habían podido hablar con él por el móvil.

En el puente que cruzaba el foso la conexión se interrumpió bruscamente en medio de una frase. De todos modos, ya habían tratado lo más importante.

Tras recorrer unos metros, Dupin vio el Citroën solitario. Parecía abandonado y ofrecía una impresión extraña. En cualquier caso, esa noche todo parecía extraño. Se trataba, en efecto, de un modelo nuevo. Una versión deportiva. Justo el que Nolwenn intentaba «conseguirle» desde hacía un tiempo.

Dupin lo rodeó una vez; luego activó la linterna de su móvil y echó un vistazo dentro. En el asiento de atrás distinguió unas prendas de ropa: una chaqueta, un jersey y, aparte de eso, no había nada más. Todo era normal. Tal como habían dicho los gendarmes.

Poco después, Dupin ya estaba sentado en su coche y arrancó el motor. De pronto se sintió muy cansado. Agotado. Era tarde, en efecto, y se había pasado el día yendo de un lado a otro sin parar. Sin un momento para reflexionar de verdad sobre aquel caso tan peculiar. Tan singular como el extraño mundo en el que había ocurrido todo. Lo único que quería era

encontrar pronto sanos y salvos a Labat y Le Ber.

Pisó el acelerador con determinación.

Sin pretenderlo, al llegar a la entrada a Tréhorenteuc Dupin tomó la curva y pasó junto a la iglesia del Grial.

Redujo la marcha, reflexionó y decidió detenerse. Paró más o menos donde había aparcado ese mismo día por la mañana. Cuando todo era aún una inocente y entretenida excursión de equipo. Era como si hubieran pasado varios días desde entonces. Decidió echar un vistazo. Aprovechar que estaba allí.

Algunas piedras de pizarra roja brillaban bajo la luz de la luna, casi refulgían, como si en su interior ardiera una peculiar luz cristalina. Las otras parecían pálidas. Daban la impresión de dibujar signos. Unos signos misteriosos e indescifrables.

La iglesia era un edificio de planta simple y alargada con una nave transversal corta. Del tejado con reflejos plateados y oscuros se elevaba la torre, que era de un tamaño sorprendentemente pequeño, como si le faltara un trozo. A la derecha se veía un edificio anexo, como si una casa diminuta con una única ventana redonda hubiera brotado de la iglesia.

—¿Hola? ¿Hay alguien ahí? —gritó. Se aproximó a la entrada, que supuso cerrada—. ¿Hola? —Sabía lo extraña que le parecería esa escena a alguien que la viera por casualidad—. Soy el comisario Dupin, de la policía de...

Se detuvo.

Todo estaba en calma.

No habría podido decir, ni siquiera por aproximación, qué esperaba conseguir con eso. Lo único que quería era encontrar a Le Ber y Labat. Aunque no sabía por qué iban a estar justo ahí.

Decidió dar una vuelta alrededor de la iglesia. Luego iría a casa de la señora Cadiou.

Examinó el edificio y el entorno con atención. Lo único destacable era que varios vecinos habían encendido algunas luces y abierto las ventanas. Asomaron las cabezas de dos personas adormiladas. Dupin supuso que alguien estaría llamado a la policía.

Siguiendo una vaga intuición, tras rodear la iglesia se dirigió de nuevo a la entrada. Sobre la puerta vio la frase que alguien le había citado aquel mismo día. ¿Había sido Le Ber? *La porte est en dedans*. «La puerta está en el

interior.» Tan misterioso como todo lo demás en esa zona. ¿Debía entenderse que solo desde dentro era posible entrar? Eso era más o menos lo que el cuentacuentos había venido a decir sobre el bosque. Dupin tenía la misma impresión sobre este caso. Solo cuando se metiera en él, encontraría la salida. Sin embargo, era evidente que seguía fuera.

La puerta era de madera pintada de un rojo que a la luz de la luna resultaba algo deslucido. El sencillo picaporte metálico también era rojo. Dupin lo apretó. La puerta se abrió y, un instante después, el comisario se encontró dentro de la iglesia.

—¿Hola? ¿Hay alguien ahí? —¿Por qué la iglesia no estaba cerrada? Buscó el interruptor de la luz. Junto a la puerta no había ninguno—. ¡Aquí la policía!

La luz de la luna se colaba con una intensidad asombrosa por dos ventanas situadas a derecha e izquierda de la puerta, así como por otra ubicada en el otro extremo de la nave.

Dupin se quedó plantado en el suelo, con la mirada atrapada por dos enormes representaciones. A la izquierda, en la parte superior de la pared lateral y hasta el techo abovedado, un resplandor dorado que, a pesar de la escasa luz, era casi cegador. Sobre un fondo áureo se representaba una escena desconcertante: mostraba un enorme ciervo blanco, con un collar dorado al cuello del que pendía una cruz, rodeado por cuatro expresivos seres amorfos rojos que lo acosaban. Lobos, tal vez. La luz de la luna reflejada en el fondo dorado daba al conjunto un aire casi sobrenatural. Como si se tratara de una especie de holograma.

En el otro extremo de la iglesia, una vidriera enorme y recargada. Figuras, plantas, pájaros, escudos caballerescos. Las paredes en torno a la ventana estaban retraídas, lo que convertía la imagen en una especie de visión. Desde donde se encontraba, no se distinguían bien las numerosas imágenes representadas excepto una, muy nítida, situada en el centro, en torno a la cual giraba toda la composición: un cáliz de color verde esmeralda.

Ahí estaba. No cabía duda. El Grial.

Dupin reaccionó. No estaba ahí para sumirse en contemplaciones. Pasó junto a los bancos de la iglesia. En las paredes laterales, cuadros de gran formato en marcos macizos. Se limitó a mirarlos de pasada: escenas artúricas. La Mesa Redonda. Vio varias estatuas de gran tamaño a lo largo del templo. Reconoció a la Virgen María y el Niño y a los santos locales, santa Onenne y san Judicael. Bajo la luz de la luna tenían una apariencia impresionante;

algunas se erguían en unos zócalos de piedra que sobresalían de las paredes, y otras sobre armaritos de madera. La puerta del que sostenía la estatua de santa Onenne estaba entreabierta. Dupin la abrió por completo. Libros. Muchos, muchísimos. Por su forma, misales.

Casi debajo del poyete de la ventana había otra puerta. Dupin pensó que conduciría al edificio anexo que había visto fuera. Intentó abrirla. Pero estaba cerrada.

Era preciso que los gendarmes, que no tardarían en llegar, se hicieran con la llave y examinaran la estancia. Daría instrucciones al respecto a Aballain.

—¿Hola?

Llamó a la puerta. Esperó.

Nada.

Soltó un suspiro fuerte y profundo.

¿Qué estaba haciendo ahí? ¿No estaría perdiendo un tiempo precioso en una acción descabellada? No tenía el menor indicio de que Le Ber y Labat pudieran estar en ese lugar.

Regresó hacia la salida. Al hacerlo, volvió a dirigir la mirada a aquel imponente ciervo blanco. Entonces, en una señal clara de que no estaba del todo bien, se descubrió preguntándose si acaso lo que había visto antes no habría sido un ciervo pequeño y blanco. Era ridículo. Una idea absurda. Al instante le vinieron a la cabeza las historias de locura asociadas al bosque. Como la de Yvain, que perdió la cordura durante su abstrusa empresa mientras vagaba por el bosque, pero ¿acaso esa investigación no lo era?

Se alegró cuando se encontró de nuevo en su coche, totalmente real, y el motor arrancó con su sonido habitual.

El comisario condujo hasta el patio de la residencia de los Cadiou. Delante, donde el camino se separaba de la carretera, el acceso estaba custodiado por un coche patrulla.

Dupin se detuvo un momento para hablar con los dos agentes. Llevaban allí desde las diez y media. La señora Cadiou ya estaba en casa a esa hora. No sabían desde cuándo. Llamaron al timbre cuando llegaron. Solo para informar de su presencia. Desde entonces, la señora Cadiou no había salido. Habían visto luz hasta la medianoche más o menos.

Por el camino, Dupin había intentado hablar por teléfono con la señora Cadiou, pero ella no había respondido a sus llamadas. Tal vez, se dijo, había tomado algún somnífero y dormía profundamente. Era tarde.

El Volvo estaba aparcado justo detrás del coche de su marido; los parachoques se tocaban. El señor Cadiou lo había dejado ahí el día anterior, sin saber que aquella sería la última vez que lo hacía. Luego había entrado a su casa por el patio, también por última vez, y ya no la había abandonado vivo. Una imagen triste, la de los dos vehículos.

Dupin cerró a propósito la puerta de su coche con fuerza, para hacer ruido. Ya era la una y media.

En el primer piso, todas las ventanas estaban abiertas. Inspeccionó de forma rápida pero concienzuda el patio. Echó un vistazo al cobertizo de madera.

A continuación, se dirigió a la entrada por el camino de grava.

—Señora Cadiou, soy el comisario Dupin.

Se detuvo. Levantó la vista.

Todo estaba oscuro. Ninguna respuesta. Llamó al timbre. Al igual que por la tarde, no se oía en el exterior.

Llamó una segunda vez, y una tercera. Durante un buen rato. Nada. Regresó al patio.

—¿Señora Cadiou? —gritó, con tono decidido—. Señora Cadiou, disculpe que la moleste a estas horas, pero tengo que hablar con usted.

Nada.

Dupin sintió que un gran nerviosismo se apoderaba de él. Aquel *déjà-vu* era terrible. Ese mismo día, él ya había esperado ahí en vano. Ya había llamado a la puerta sin obtener respuesta.

—¡Señora Cadiou!

Sus gritos resonaron en el patio.

Dupin se encaminó a toda prisa hacia la puerta situada a un lado de la casa, que tampoco esta vez estaba cerrada con llave. El pasillo estrecho. La cocina. Una parte de esta, donde había yacido el cuerpo de Fabien Cadiou, seguía acordonada.

—¿Hola?

En un abrir y cerrar de ojos se encontró en el primer piso. No vio a nadie.

—¿Señora Cadiou? ¡No se asuste!

En el segundo piso, las dos puertas de las habitaciones estaban cerradas. Recordó que, a la derecha, estaba el dormitorio.

Aunque le resultó difícil, porque estaba decidido a entrar, llamó a la puerta. Aguardó un momento y entró.

—¿Señora Cadiou?

Recorrió con la vista la habitación, que solo estaba iluminada por la luz de la luna. Tanteó al lado de la puerta para buscar el interruptor.

De pronto, todo se iluminó con una luz cegadora.

Vio a la señora Cadiou. Estaba en su cama, con el brazo derecho tendido hacia delante. La colcha había resbalado hasta el suelo. Llevaba pantalón corto y una camiseta negra sin mangas.

No se movió.

Dupin se acercó a ella lo más rápido que pudo.

—¡Señora Cadiou!

La agarró por el hombro. Ella se movió. Muy despacio, sí, pero se movió.

Se detuvo. Entonces ella volvió la vista hacia él; en su rostro se reflejaba una profunda consternación.

—¿Qué? ¿Qué hace usted aquí?

No aparentaba ningún temor, solo un asombro mayúsculo.

Dupin la había despertado de un sueño profundo. Eso era todo lo que había pasado. Solo eso. No se había cometido ningún otro crimen.

—Yo... —Dupin retrocedió—. Le ruego que me disculpe, creía que usted estaba... —Se interrumpió—. Me he asustado —intentó explicarse de nuevo—. Por usted. Pero en realidad estoy aquí para... —De nuevo se calló. Esta vez durante algo más de tiempo. La señora Cadiou hizo un gesto rápido para taparse con la sábana. Se dijo que debía darse la vuelta con discreción—. Sin duda, querrá usted vestirse. Yo, bueno, la espero abajo, en la cocina. —No. La cocina no era un buen sitio—. O mejor aquí al lado. Sí, mejor, eso es. En el despacho.

El estupor en la mirada de la señora Cadiou iba en aumento con cada frase de Dupin.

—Me parece una buena idea.

Su voz había cambiado, por fin parecía haber despertado del todo.

Dupin se apresuró a abandonar la habitación.

Pasó un buen rato hasta que la señora Cadiou apareció. Vestía pantalón de tela negro y una camisa fina de color gris antracita, abotonada hasta arriba. Se cubría los hombros con un jersey de color verde oscuro con las mangas atadas como si fuera un chal. El cabello, que antes llevaba muy desgreñado, ahora estaba recogido en una coleta severa. Se había maquillado un poco, de forma discreta pero visible. Llevaba unas zapatillas de piel negras.

—Me gustaría mucho saber —dijo con una voz muy controlada— por qué ha aparecido usted de pronto en mi dormitorio en mitad de la noche.

De algún modo, Dupin había albergado la esperanza de que ella omitiría aquel momento tan embarazoso.

—Señora Cadiou, se ha producido otro incidente, un intento de asesinato. —Era una buena estrategia, se dijo, hablaría con seriedad, tal y como exigían las circunstancias—. Esta tarde, una colega de su marido, la señora Noiret, ha sufrido una agresión. Con arma blanca, igual que en el caso de Paul Picard. No está herida de muerte, pero le ha faltado poco.

Se interrumpió. El mensaje hizo su efecto.

La señora Cadiou abrió los ojos con sorpresa; el terror se reflejó en su rostro.

—Eso, bueno, eso es algo terrible. —Aun así, igual que había hecho por la tarde, no preguntó nada más.

—Han surgido otros asuntos de los que debo hablar con usted. Por desgracia, con urgencia. Pero antes, otra cosa: ¿esta tarde han pasado por aquí mis dos inspectores? ¿O tal vez uno de ellos? ¿El inspector Le Ber? ¿El inspector Labat, quizá? ¿O por su oficina?

—No. —Ella arrugó la frente.

—¿Han hablado con usted por teléfono?

—Tampoco.

—¿No ha tenido noticia de ellos?

—No. ¿Por qué debería?

Parecía recelosa.

Dupin no pensaba decir nada más al respecto. Ni en la casa ni en el patio habían encontrado ningún indicio que indicara que ellos habían estado ahí. Ni tampoco que estuvieran retenidos ahí. A estas alturas, debían tener en cuenta todas las posibilidades, absolutamente todas, por improbables que parecieran.

—¿A qué hora ha salido de la oficina hoy?

—Creo que sobre las diez de la noche.

—¿Dónde tenía aparcado el coche?

—En el aparcamiento que hay junto a la abadía, no lejos de la oficina.

Desde allí apenas la separaban cien metros del Relais de Brocéliande. La escena del crimen.

—¿Ha ido usted sin detenerse de la oficina al aparcamiento y de ahí, directa a casa?

—Así es.

Respondería lo mismo si los hechos hubieran sido otros y ella hubiera dado un pequeño rodeo hasta el hotel.

—¿Ha visto a alguien al salir de la oficina? ¿Tal vez en el aparcamiento?

Los gendarmes habían dicho que la señora Cadiou llevaba en casa desde las diez y media. Sobre el papel, los tiempos cuadraban.

—No lo sé. De todos modos, no recuerdo haberme encontrado con nadie. Tampoco habría tenido ánimos.

Dupin sacó su cuaderno de notas.

—Muy bien, sigamos. Ese cuentacuentos profesional, Inwynn, Philippe Goazou cuando no trabaja, ¿lo conoce?

—Sí, claro.

—¿Sabe si tiene alguna relación con Guivorch?

—Por supuesto. Auffrai Guivorch se encarga de los cuentacuentos del Centro, las visitas guiadas y toda la organización.

—¿Son amigos?

—No lo sé.

En ese asunto, las explicaciones de Guivorch habían sido más detalladas.

—Su marido habló a menudo con el señor Laurent antes de su viaje al castillo de Cadbury. Y después también. —Ese era otro motivo por el que quería volver a hablar con la señora Cadiou—. ¿Sabe de qué asunto se trataba?

—Creo que del viaje, del proyecto.

—¿No recuerda ninguna otra cosa?

—No.

—¿Conoce a... —Dupin hojeó las notas— Didier Boyard, un amigo de Goazou, también cuentacuentos?

—No en persona. Pero, claro, en nuestro parque los cuentacuentos tienen su importancia y queremos involucrarlos. De hecho, nos gustaría reforzar la narración de historias. Sería beneficioso para ellos.

—¿Tiene intención de contratar a más cuentacuentos?

—Sí. Y conseguir más encargos para ellos.

—Más cuentacuentos significa más competencia entre ellos, ¿verdad?

—Sobre todo significa puestos de trabajo para más personas.

—Didier Boyard, igual que Philippe Goazou y el señor Guivorch, son contrarios al parque.

—Eso parece —respondió impasible—. De hecho, yo quería... —Se interrumpió. Hasta entonces había permanecido de pie, pero ahora se sentó en

la silla de su escritorio—. Antes de acostarme me he tomado un sedante, y me sigue haciendo efecto. —Además de explicar por qué se había sentado, para Dupin eso aclaraba por qué no había respondido al timbre, ni a sus gritos y llamadas a la puerta—. Yo quería... llamarle. Esta tarde me he acordado de una cosa. Un compañero suyo me ha preguntado si yo tenía un arma. No es el caso. Pero mi marido tenía una pistola. Él...

—¿Su marido tenía una pistola?

—Sí, lo había olvidado por completo. La tenía ya antes de conocernos. Solo la vi una vez. Cuando nos mudamos aquí, dijo que la guardaría en la cómoda de su abuela. Nunca volvió a mencionar el arma, pero creo que todavía está.

Era increíble. ¿Por qué diablos no lo había dicho antes? ¿Porque lo había olvidado? ¿A pesar de que su marido había muerto de un disparo?

—Yo...

«... no me creo nada de lo que dice», quiso decir Dupin. Sin embargo, se calló.

La señora Cadiou era un misterio para él. Por desgracia, igual que todas las personas implicadas en el caso. Era incapaz de hacerse una idea definitiva de ninguna de ellas. Ni mucho menos, qué era lo que ellos, o ellas, tramaban.

—Me gustaría ver esa pistola —pidió Dupin con tono enérgico.

Ella se levantó.

—Por supuesto.

—¿Está registrada?

Pasó delante con paso lento. Dupin la siguió.

—No lo sé. Supongo que sí.

—¿Por qué su marido tenía un arma?

Si fuera arqueólogo, en cierto modo sería comprensible; a fin de cuentas, acampaban en lugares muy remotos y peligrosos, y forzosamente los objetos de su interés también eran, por su inmenso valor, objetos de interés para los delincuentes. Pero ¿un experto en literatura?

—La heredó de su padre. Creo que no le interesaba.

Eso explicaría por qué, al comprobar quién tenía licencia de armas, Cadiou no había aparecido. Posiblemente no estaba registrada a su nombre.

—¿Alguien más conocía la existencia del arma y el lugar donde la guardaba?

—Me extrañaría mucho.

—¿Ni siquiera Paul Picard, su amigo?

—Creo que no.

Habían llegado ya al tercer piso.

La señora Cadiou se dirigió decidida hacia una cómoda antigua de madera, bastante deteriorada, situada en un rincón de la sala.

—Ni siquiera sé en qué cajón puede estar.

Rozó el tirador.

—¡No, no! ¡Espere! —exclamó Dupin. La señora Cadiou dio un respingo—. En los tiradores podría haber huellas dactilares. —Miró a su alrededor. Sobre la mesita auxiliar había un pequeño tapete—. ¿Me permite? —preguntó señalándolo.

—Por supuesto.

No parecía del todo conforme. Dupin agarró el tirador con una esquina de la tela. Abrió el primer cajón. Estaba repleto de álbumes de fotos. En el segundo cajón había lo mismo: más álbumes. En el cajón más grande encontró cajas con diapositivas. Dupin las sacó para ver si ocultaban alguna cosa detrás.

Nada.

En los cajones inferiores había unas cajas de cartón planas para negativos de diapositivas. Bien ordenadas. Rotuladas.

En el último vio una vieja caja de puros. Dupin la sacó con cuidado y la colocó sobre la cómoda. Por el tamaño, encajaba.

—¿Cree usted que podría estar ahí? —preguntó la señora Cadiou, curiosa.

Dupin la abrió en lugar de responder.

Vacía.

Dejó la caja de puros y miró el resto del contenido del cajón. Había carpetas con papeles. Dupin extrajo una. Apuntes que parecían ser de la época de estudiante. *Oralidad y escritura en la Alta Edad Media*.

La volvió a colocar en su sitio.

—Me parece que estaba aquí dentro. —Levantó las cejas y señaló la caja de puros con la cabeza—. Es interesante.

—¿Qué quiere decir con eso?

—¿Usted vio el arma?

—Una vez.

—¿Le dijo su marido qué tipo de pistola era? ¿Mencionó alguna marca?

—Si lo hizo, lamento decir que no me acuerdo.

—Beretta, Glock, SIG Sauer, Walther, Smith & Wesson, Heckler &

Koch... ¿le suena alguno de estos nombres?

—Yo... —balbuceó.

—¿Lo recuerda?

—No estoy segura, pero podría ser... Sí. Tal vez, Glock.

—Esa marca fabrica armas para balas de 9 milímetros. —Dupin habló despacio—. Su marido recibió un disparo con una bala de ese calibre.

—¿Qué está diciendo? —preguntó ella, alarmada.

—Quiero decir que es posible que su marido fuera asesinado con su propia arma. Por alguien que sabía que la tenía y dónde la guardaba.

Se hizo un silencio afligido. La señora Cadiou tenía la vista clavada en la caja de puros. Su expresión reflejaba un vacío inquietante.

—Entiendo —respondió con tono apagado.

Era una mujer muy inteligente. Prácticamente había descartado la posibilidad de que un tercero conociera la existencia del arma, poniéndose así en una situación muy incómoda. Por otra parte, de haber sido ella, ¿por qué se lo iba a contar a Dupin? Si el arma no estaba registrada a nombre de Cadiou y nadie, excepto su marido y ella, sabía que existía, el comisario nunca se habría enterado. Se acababa de incriminar a sí misma. Aquello, combinado con su falta de coartada para las horas de los delitos, la convertía en una sospechosa importante. Pero ¿era tan torpe como para autoinculparse? Dupin no la creía capaz de un error como ese. O tal vez buscara justo eso, lo cual sería un acto muy inteligente. Una maniobra táctica muy sofisticada. Era un caso endemoniado.

—Vamos a dejarlo todo tal como está. Llamaré a la policía científica. Por desgracia, no hay otra opción. —La señora Cadiou seguía con la mirada extraviada—. Le pediré a uno de los gendarmes que aguarde aquí. Yo, por mi parte, debo seguir.

—Claro, claro. Yo...

El móvil de Dupin sonó.

Nolwenn.

—Es una llamada importante, señora Cadiou. Si me permite...

—Por supuesto.

Lo entendió. Ella salió de la estancia.

Dupin respondió.

—Como me temía —empezó Nolwenn en tono de reproche—, el estudiante de Rennes no llevó en coche ni a Le Ber ni a Labat. Además, no tiene ni la menor idea de dónde pueden estar.

—¡Mierda!

—Después del trabajo fue a la fiesta de cumpleaños de un amigo. Acaba de llegar a casa.

Dupin era consciente de que se había agarrado a un clavo ardiendo. Pero también sabía por experiencia que algunos clavos eran muy resistentes. Aquella era la última posibilidad de encontrar una explicación lógica sobre el modo en que Le Ber y Labat habían abandonado el castillo.

—En unos minutos los coches patrulla llegarán a su destino. Creo que pronto tendremos noticias de los primeros agentes. —Una pausa breve. Nolwenn le leyó el pensamiento—. No tema, llamarán a un número fijo. He reservado la comunicación a través del móvil para nosotros cuatro.

Todo perfectamente organizado. Como siempre.

—Maldita sea, esto no puede estar pasando. —Desde luego, ahora tenía la impresión de que allí ocurría algo que no iba nada bien. Pese a todo, debía mantener la cabeza fría. Tomó aire y luego lo soltó—. Nolwenn, necesito un equipo de la científica. Aquí, en la residencia de los Cadiou.

—Enseguida me encargo de ello. —Dupin le informó sobre su conversación con la señora Cadiou—. Es increíble. Me parece que esa mujer no es trigo limpio. —Esa fue la conclusión somera de Nolwenn. La expresó con una rabia manifiesta—. De todos modos, ninguno de ellos me parece sospechoso. ¡Ninguno! Es como si todos estuvieran conchabados.

Estalló un ruido infernal.

—Disculpe un momento, señor comisario... ¿Dígame?

Él oía todas y cada una de las palabras.

—¡Muy bien! ¡Informe! —Una orden.

Durante un rato se hizo el silencio. Nolwenn escuchaba.

—Entendido. Así pues, en la Tumba de Merlín no se ha encontrado nada sospechoso. De todos modos, me gustaría que inspeccionaran el terreno a fondo. Palmo a palmo. —Un breve silencio y luego—: Exacto. Sí. Todo. Una zona extensa del bosque alrededor del lugar. ¡Por muy normal que parezca a primera vista! Luego vuelva a llamar.

Nolwenn colgó. Al instante volvía a atender a Dupin.

—Yo...

De nuevo ese ruido estridente. Esta vez Nolwenn respondió sin decir nada. Dupin solo oyó el conocido «¿Hola? ¡Dígame!».

Tardó un buen rato. A continuación:

—Entiendo. Así pues, un vecino afirma que ha visto a una persona

sospechosa entrando en la iglesia del Grial. En plena noche. ¿De verdad? ¿Primero ha dado una vuelta en torno a la iglesia y luego ha entrado? Y que él llevaba un... —Nolwenn se interrumpió.

Dupin sabía muy bien qué coche conducía ese sospechoso. Sabía lo que aquel vecino inquieto había contado a los gendarmes que habían ido a la iglesia del Grial. Y Nolwenn también había caído en la cuenta. Dupin se había olvidado de comentárselo. En ese instante reparó en que también se le había pasado decirle otra cosa. Algo importante.

—¡Nolwenn! —gritó Dupin por el teléfono.

—Un momento. Alguien me llama por la otra línea —oyó que decía ella—. ¿Señor comisario? —El tono era severo.

—Que los gendarmes consigan la llave que abre el pequeño edificio anexo. La oficina parroquial.

—¿Puedo seguir atendiendo la otra línea?

Acto seguido, sin esperar respuesta, volvió al otro teléfono.

—Esa persona sospechosa era el comisario Dupin en persona. Lo acabo de saber. No, él tampoco me había informado. Pide que inspeccionen el anexo, que está cerrado.

Una respuesta del otro lado.

—Sé la hora que es. Sí, exacto, de todos modos van a tener que sacar de la cama a alguien. Nosotros tampoco dormimos... Bien, entonces hasta luego.

Al cabo de un instante volvió con Dupin.

—A partir de ahora, esto va a ir así, señor comisario. Le llamaré en cuanto surja alguna novedad.

Lo que significaba: «Ahora tengo que trabajar tranquila».

—Una cosa más. En la entrada de la residencia de los Cadiou hay un coche patrulla con dos gendarmes. Que uno venga a la casa a hablar conmigo.

—De acuerdo.

—Y haga venir a la policía científica.

—Ya está anotado.

Nolwenn colgó.

En un gesto muy poco habitual en él, Dupin se sentó durante unos minutos en el borde de uno de los dos sofás. Tela de lana. Desgastada. Se sentía agotado. Luego se levantó pesadamente y fue a buscar a la señora Cadiou.

Llamó a la puerta de su despacho.

—Un momento —se oyó.

Pasó un rato antes de que ella saliera al pasillo.

—Vengo a despedirme de usted, señora Cadiou. Me parece que, de momento, ya no tengo más preguntas. —Sus palabras sonaron un poco bruscas y se apresuró a añadir—: Enseguida vendrá un agente, y la policía científica no tardará mucho.

—Supongo que ninguno me necesita, ¿verdad? Me gustaría volver a acostarme.

—Como desee. ¿No preferiría cerrar la puerta lateral de la planta baja? —Debería haber preguntado eso mucho antes—. Después de todo lo ocurrido...

Era muy posible que el asesino hubiera entrado por ahí.

—Yo... —Aquella pregunta parecía haberla confundido—. Nunca la cerramos. Ni se me ha ocurrido. Pero tiene usted razón. Voy a...

Se oyó entonces un zumbido grave y discreto.

No era de extrañar que Dupin no oyera desde fuera el timbre de la puerta.

Reparó en la mirada interrogante de la señora Cadiou.

—Debe de ser el gendarme. Le daré un par de instrucciones. —Se dio la vuelta para marcharse, pero se volvió por completo hacia ella—. Una cosa más: supongo que su marido nunca le habló de la munición del arma, ¿verdad?

Ella se estiró el jersey verde que llevaba sobre los hombros.

—No. Él siempre...

—¡Pues claro! —exclamó de pronto Dupin. Dio un respingo. No menor que el de la señora Cadiou.

¡Eso era! Seguro. Le acababa de venir a la cabeza.

¡La chaqueta verde! Acababa de reconocer la chaqueta que había en el asiento posterior del Citroën aparcado en el castillo.

—Nos vemos luego, señora Cadiou.

Bajó la escalera a toda prisa mientras sacaba el móvil con la mano derecha.

¡Maldita sea! ¿Por qué no se le había ocurrido antes?

Jamás en la vida el comisario había bajado una escalera tan rápido.

—Todos los coches patrulla al castillo. ¡De inmediato!

—¿Qué?

Cuando Nolwenn respondió la llamada, Dupin estaba abriendo la puerta de su coche.

—Quiero que todos los coches patrulla se dirijan de inmediato al castillo de Comper.

—¿Cómo dice?

Estaba totalmente despierta.

—Le Ber y Labat tienen que estar allí. Estoy seguro.

Entretanto, había arrancado el motor y pisaba con fuerza el acelerador.

—¿Y cómo está tan seguro?

—¡Por la chaqueta de Labat!

—¿La chaqueta de Labat?

A Dupin la mente le iba a toda velocidad, imaginando distintas posibilidades.

—La vi en el asiento trasero de un Citroën nuevo que está aparcado en el castillo.

Era eso. Dupin había echado un vistazo al Citroën y había visto la chaqueta. Por desgracia, no la había reconocido. Una chaqueta corta de color verde militar. No tenía ninguna duda. Le había venido a la cabeza gracias al jersey de la señora Cadiou.

—¿Y qué hace en...? —Ella se interrumpió—. ¿Dice usted que es un modelo nuevo?

—Sí.

—¡Es un coche de alquiler! Al final lo han alquilado. Labat... Yo se lo aconsejé, pero luego no me dijeron qué habían hecho. Y por eso... Además, es posible pedir que te traigan el coche. ¡Pues claro! ¡Eso es!

—Es urgente comprobar la matrícula. —Dupin había llegado a la carretera asfaltada. Eso significaba poder pisar un poco más el acelerador. Los neumáticos chirriaron.

Era una posibilidad muy plausible. Y si había sido Labat el que se había encargado de pedirlo, aún resultaba más probable. Se imaginó con claridad la llamada a la empresa de alquiler de vehículos: «El coche más rápido que tengan con el motor más potente». Y sobre todo: «Investigación especial de la policía de París por encargo del ministro del Interior. Lleve el vehículo de inmediato al castillo de Comper».

Nolwenn planteó entonces la pregunta más importante:

—Pero, ¿dónde están? Los dos gendarmes ya han examinado el castillo.

—En ese caso, se les ha pasado algo por alto.

Dupin tomó una curva muy pronunciada y tuvo problemas para controlar el vehículo.

—¡Llame a Guivorch! ¡Que venga enseguida!

Dupin recordó los planos que había visto de pasada en el portátil de

Guivorch. No se le iban de la cabeza, aunque era incapaz de decir por qué. Y había un segundo motivo, mucho más objetivo:

—Guivorch tiene que tener un plano del castillo. O, al menos, debe saber dónde hay uno. Y también los planos de todo el complejo. Tal vez incluso los alrededores. Es posible incluso que haya edificios en el boque que pertenezcan al castillo: cabañas de caza, cobertizos... esas cosas.

—Le llamaré y me encargaré de que vaya allí ahora mismo. ¿Quiere que vaya yo también?

—Quédese donde está, Nolwenn. Necesitamos una central de operaciones.

No era fácil para ella. Sin embargo, accedió compungida.

—Tiene razón. Llamaré a los dos gendarmes que tienen la llave maestra.

—Perfecto. —La iban a necesitar—. Hasta luego, Nolwenn.

—¡Que vaya muy bien! —Al instante había colgado.

No habían pasado ni diez minutos y el coche de Dupin entraba de nuevo a toda velocidad en el aparcamiento para visitantes del Centro y se detenía junto al elegante Citroën. Minutos después de la primera llamada, Nolwenn le había confirmado que todo estaba en marcha: Guivorch iba de camino.

Dupin saltó del coche con el móvil en la mano.

—¿Sí?

Empezaba a recuperar la cobertura.

Se arrodilló frente al coche. A la luz de la luna, le costaba ver los números de la matrícula. Aunque estaba más alta que antes, por algún motivo la luz era menor.

—La matrícula es EJ-364-AS.

—Un momento. En Rennes esperan mi llamada.

Incluso en plena noche, Nolwenn era capaz de hacer posible lo imposible.

Dupin aguardó. Incluso oyó a Nolwenn decir por la otra línea:

—Ya estoy aquí. Tengo la matrícula: EJ-364-AS.

Dupin rodeó inquieto el Citroën. La chaqueta y el jersey seguían en el asiento trasero.

Al cabo de un rato volvió a oír voces en el teléfono:

—Sí, entendido. —Oyó que ella anotaba algo—. Repito. Matrícula a nombre de Europcar Ploërmel, avenue du Maréchal de Lattre de Tassigny, número 22. Modelo DS5 Performance Line, color gris platino metalizado, 180

caballos, fecha de puesta en circulación en mayo de este año. Muy bien. Muchísimas gracias. —Colgó. Ya solo con la expresión «Performance Line» aquello era propio de Labat—. Lo que pensábamos —Nolwenn volvió a dirigirse a Dupin—: tenían coche. Podían haber ido al Relais de Brocéliande, tal y como Le Ber había dicho. Pero no lo han hecho. Esto hace que el asunto aún sea más apremiante. —Dupin sacó una linterna del maletero de su coche mientras Nolwenn seguía hablando—: Tal vez han sido amenazados y obligados a ir a algún sitio. Puede que a mano armada. A fin de cuentas, hay una pistola en juego. Y luego los han encerrado en algún lugar. —Nolwenn dijo en voz alta lo que a Dupin ya se le había pasado por la cabeza—. Naturalmente, hay una posibilidad mucho peor.

El silencio se impuso. Dupin se acercó al coche de alquiler sosteniendo la linterna con la mano derecha.

Dos vehículos se aproximaban por la carretera. Sus faros alcanzaban distancias asombrosas. Refuerzos. Entonces se empezaron a escuchar las sirenas a lo lejos.

Nolwenn también las oyó.

—Por fin. Se lo han tomado con calma. Les dije que...

—Veo la chaqueta —interrumpió Dupin—. Es de color verde militar.

—¿Puede ver el logo de la marca?

—¡Sí! Es un poco difícil de distinguir, pero es una «S» grande. Salomon.

—¡Esa es!

Los dos coches patrulla llegaron al aparcamiento.

—Bien, Nolwenn. Vamos a peinar este sitio hasta el último rincón.

—Desde luego. Y manténgame al corriente. Aballain va en uno de los coches.

—¡Bien! —Le vino una última pregunta a la cabeza—: ¿Sabe usted si la junta artúrica se ha reunido otras veces aquí, en el castillo?

—Cinco veces en una década, en años alternos. De las reuniones anteriores no sé nada. Todos conocen bien los edificios y el entorno.

Nolwenn había captado lo que él quería saber.

Y, sin duda, Inwynn y la señora Cadiou también conocían bien la zona.

—Hasta luego.

Entretanto llegaron los demás coches. Todos los que habían estado de servicio en el bosque. Nueve en total.

La visión era espectacular: estaban todos en torno al coche de Dupin, con

las luces intermitentes y los faros encendidos. Todo ello con el telón de fondo de ese castillo de cuento junto al lago mágico. Bajo la luz de la pálida luna llena, que aquella noche era especialmente grande.

En ese instante, Guivorch llegó con un todoterreno Peugeot azul oscuro.

Dupin había reunido a los gendarmes, dieciocho hombres equipados con pesadas linternas, armas y aparatos de radio, que formaban un semicírculo en torno a su coche. Estaban también los dos agentes con los que se había encontrado en la oficina de Cadiou y que habían traído la llave maestra de Guivorch. Apoyado en la puerta del conductor, resumió la situación. Dio instrucciones. Explicó la misión. Dupin se encontró con rostros serios. Cosas así no se daban a diario en esa zona.

—Un momento. Ahora vuelvo.

Dupin se acercó con paso decidido a Guivorch, que acababa de bajar de su coche.

El comisario no estaba para charlas, ni tampoco para saludos.

—¿Sabe dónde podrían estar retenidos mis dos inspectores?

Se detuvo más o menos a un metro de él y lo miró con los ojos entrecerrados.

Evidentemente, involucrar al subdirector en la acción de búsqueda no estaba exento de problemas. Ese hombre podía ser un asesino, aunque no hubiera agredido a la señora Noiret. En ese caso, podía tener cómplices. Como el cuentacuentos, por ejemplo. Y Guivorch también podía ser el responsable de la desaparición de Le Ber y Labat. La situación era grotesca. Por una parte, necesitaban los planos del edificio y del entorno. Por otra, Dupin disfrutaba con ese tipo de complicaciones, que le permitían observar a Guivorch muy de cerca y, si el académico estaba implicado, esperar a que cometiera un error. No se le escaparía ningún detalle.

—¿Cree usted que estaría dispuesto a levantarme en plena noche para ayudarme en su búsqueda, señor comisario? —Una réplica rotunda.

—¿Dónde están los planos del castillo y los alrededores?

—En mi oficina. Será mejor que hablemos allí.

Guivorch mostró una actitud cooperativa.

Dupin reflexionó. Les retrasaría un poco, pero no había más opción. Lo primero era hacerse una idea general lo más completa posible.

Se dio la vuelta.

—Al despacho del señor Guivorch. Todo el mundo.

El grupo se puso en marcha de inmediato.

Accedieron al edificio por la entrada de visitantes que había junto a la librería y tres minutos después estaban todos en torno a una mesa grande en el despacho de Guivorch, situado en la misma planta que el de Cadiou. A diferencia de aquel, esta oficina tenía todas las paredes cubiertas de estanterías. Y, en lugar del tresillo, había una mesa grande con ocho sillas. A la derecha, un escritorio del mismo modelo que el de Cadiou.

Los planos eran antiguos y grandes. Había dos. Uno del castillo, que mostraba a la vez la planta baja y los tres pisos, y otro del entorno. Había, en efecto, una serie de edificios alrededor del castillo. Y en este había también algunas salas, rincones y esquinas que los gendarmes no habían visto durante la inspección previa.

—¿Qué puede haber interesado a sus inspectores? ¿Adónde pueden haber ido? Eso es lo que tenemos que preguntarnos. Ateniéndonos estrictamente a la perspectiva de ellos. —El enfoque del coronel Aballain era muy acertado—. La otra posibilidad —añadió con el rostro ensombrecido— es que alguien los haya amenazado y encerrado en algún lugar. Es decir, que estén en algún sitio del que no pueden salir. En ese caso, hay que pensar desde el punto de vista de esa persona. ¿Cuál sería el modo más discreto de actuar?

Durante la explicación, Dupin no apartó la vista de Guivorch.

—En el segundo caso —intervino el gendarme pálido— deberíamos tomar como punto de partida el sitio donde han sido vistos por última vez, es decir, el salón de los caballeros de arriba. Si alguien los ha retenido ahí, seguramente estén en una sala del castillo.

—Profesor Guivorch —intervino uno de los otros gendarmes con voz despierta—, ¿cuáles son las primeras salas que se le ocurren? ¿Cuáles serían las más adecuadas para retener a dos personas?

Guivorch parecía concentrado.

—Creo que el desván. Incluso nosotros, en el Centro, nos olvidamos a menudo de él. Está encima del salón de los caballeros.

Dupin se inclinó sobre el plano.

—Parece que a la derecha y a la izquierda de la sala hay unas estancias. ¿Qué son? —Señaló el plano.

—Se accede a ellas por unas puertas disimuladas que están en las respectivas cajas de escalera.

—Que dos agentes se ocupen primero de la sala de un lado —dispuso Dupin sin vacilar—, y luego de la otra. Al terminar, el lugar de encuentro será este.

El grupo se coordinó con rapidez.

—En la planta baja solo hay unas salas en el ala este que no forman parte de la zona dedicada a la exposición. Se usan como almacén. Aquí. —Guivorch señaló el plano—. ¡Ah, sí! —Se le había ocurrido algo más—. Detrás de la librería también hay dos salas. Una es una especie de oficina. La otra, un trastero.

Dupin reaccionó al instante.

—Que dos agentes se encarguen de esas salas de la planta baja. Vamos. Y que vuelvan a inspeccionar por completo la planta baja.

Dispuestos para recibir órdenes, los agentes ya se habían organizado en parejas; todo funcionaba de un modo asombrosamente rápido y sin complicaciones. Dupin estaba admirado.

—En la primera planta —prosiguió Guivorch— tenemos otras zonas de exposición, situadas en el ala oeste y en el centro. En el ala este están las dependencias de administración y las salas de reuniones.

—¡Lo inspeccionaremos todo! —El comisario miró a su alrededor y otros dos agentes se pusieron en marcha.

—¿Qué hay de las otras salas secretas? ¿Y los pasillos?

Guivorch lo miró desconcertado.

—Como arriba, en el desván.

—Solo hay esas.

No podía ser. Dupin se volvió a inclinar sobre el plano. Examinó con atención todas las plantas.

En efecto, daba la impresión de que cada piso tenía claramente asignada una estancia. Pero ¿acaso no formaba parte de la esencia y el sentido de las habitaciones secretas el no aparecer en los planos?

—¿De verdad? ¿Solo esas?

—Sí.

—Vamos a ver ahora los edificios del entorno del castillo. —Aballain tomó el segundo plano y lo colocó junto al primero. Tampoco él parecía fiarse mucho de Guivorch—. Están los edificios situados dentro de las murallas. Aquí —señaló en el plano—. Los establos y las antiguas dependencias del servicio. —Dupin los había visto esa misma tarde—. Y luego están los situados fuera de las murallas. Aquí, la antigua casa del guardabosque, que se encuentra junto a la carretera que lleva al aparcamiento para visitantes, y un edificio más pequeño en el aparcamiento para empleados.

—Sirve de almacén general —apuntó Guivorch, adelantándose a la

pregunta de Dupin.

—Que dos agentes se ocupen del recinto del castillo. —Contó que le quedaban aún doce gendarmes, divididos en seis equipos—. Otros dos, a la antigua casa del guardabosques y al almacén.

—Además —prosiguió Guivorch—, hay también un cobertizo para las herramientas, no muy lejos de la entrada de los visitantes; resulta difícil de ver.

Lo señaló en el plano. Los gendarmes observaron detenidamente.

—Y fuera de la muralla hay dos cobertizos y una casita en el bosque; de hecho, está junto al lago. Aquí. —También señaló con el dedo en el plano—. Aquí y aquí.

Todos los gendarmes que quedaban se agruparon en torno a Aballain y Guivorch.

—¿Qué tipo de casita? —Dupin no iba a permitir ninguna imprecisión.

—Alberga una exposición sobre la flora y la fauna del bosque.

—¿Esos son todos los edificios? —Quería saberlo con exactitud—. ¿No hay ningún otro cobertizo, cabaña, ni nada similar?

—No. —Guivorch pareció vacilar.

Dupin intervino de inmediato.

—¿Qué nos está ocultando?

De pronto, la situación se volvió muy tensa.

—Hay otra cabaña situada junto al lago. Con un sótano. La usamos en las visitas guiadas. Cuando llueve.

—Que dos hombres vayan allí. —Dupin dio la orden con una calma casi provocadora—. Y otra patrulla irá al cobertizo de herramientas cerca del acceso del público, así como a los dos cobertizos y la casita de la flora y la fauna.

—Y luego está, por supuesto —remarcó Guivorch con actitud colaborativa—, la cripta, aquí, en el castillo. Un poco laberíntica. Debería echar un vistazo.

—¿Hay una cripta? ¿Por qué no lo ha dicho antes?

—Lo iba a hacer. Pero el coronel —señaló a Aballain con la cabeza— se ha puesto a hablar sobre los edificios del entorno y de pronto eso parecía más importante.

—¿La superficie de la cripta abarca toda la planta del edificio? —preguntó Dupin en tono cortante—. ¿Hay algún plano de esas salas?

—No. En realidad son bóvedas, ni siquiera son salas de verdad. En parte

las usamos como archivo, y en parte como trastero, como zona de almacén. La superficie de la cripta se extiende más allá del edificio del castillo. Existe un acceso que se encuentra detrás de la librería y...

—¿El castillo es más grande bajo tierra que por encima?

—Exacto.

—¿Y no hay ningún plano?

Guivorch se apresuró hacia su ordenador.

—Solo de la parte delantera. Me acabo de acordar.

Dupin frunció el ceño.

—Lo hizo una vez un becario.

Se colocaron a derecha e izquierda del ordenador.

—¡Aquí!

Guivorch abrió un archivo. Mostraba el plano de la planta baja, es decir, lo que sería el plano base. Encima, en tinta negra, unos contornos que, en efecto, sobresalían bastante de la superficie del castillo y que pretendían mostrar los límites de la cripta. Había puntos que estaban sin dibujar. Y varios interrogantes.

—Esta de aquí delante es la zona que usamos.

—¿Qué hay en este almacén?

—Todos los hallazgos obtenidos en las excavaciones. Una vez registrados, pasan a formar parte del archivo.

—¿Hallazgos de las excavaciones del bosque o de la zona? ¿Guardan aquí lo que encuentran en las excavaciones?

—Es uno de los cometidos científicos del Centro.

Una información muy prosaica.

—Echaré un vistazo a esas salas, señor Guivorch. Y usted me acompañará.

Guivorch asintió y se dispuso para salir.

—¿Y qué hay del resto de la cripta? —Dupin señaló la pantalla. En concreto, dos zonas contiguas. Unas líneas marcadas con trazo débil que señalaban la extensión de la cripta hacia el este y hasta el lago. Había dos puntos en los que incluso daba la impresión de que seguía por debajo del lago. Allí faltaban los límites—. ¿Qué son estas zonas con interrogantes?

—La verdad es que no lo sé con exactitud. La cripta era territorio de Cadiou. A mí no me gustan los espacios bajo tierra.

Por primera vez, Dupin sintió simpatía por Guivorch. Tampoco a él le gustaban nada los lugares subterráneos.

—Los antiguos propietarios llegaron a tener una bodega en algún punto de la parte posterior; Cadiou encontró allí un par de botellas antiguas.

—¿La cripta era territorio de Cadiou?

—Sí.

—¿Sus inspectores tenían conocimiento de la existencia de la cripta? —
Aballain se volvió hacia el comisario.

—No lo sé. Pero...

Guivorch interrumpió a Dupin.

—Antes, en el salón de los caballeros, la hemos mencionado. Hemos hablado de las salas y de los objetos encontrados.

—¿Cuándo?

—Después de que sus inspectores nos tomaran declaración sobre nuestras coartadas, nos han hecho algunas preguntas más.

—¿De qué tipo?

Dupin se subía por las paredes. Guivorch tenía que saber que esa información era importante para él.

—Hemos vuelto a hablar sobre los proyectos de excavación en el bosque. En particular, el más agradable de los dos se ha interesado mucho por este aspecto. Aunque también por otros más allá del bosque. Estaba asombrosamente bien informado. —Dupin estuvo a punto de sonreír. Le Ber habría estado orgulloso: un prestigioso catedrático de Arqueología alabando sus conocimientos...

—¿Qué quiere decir con lo de «más allá del bosque»?

—Ha vuelto a preguntarnos quiénes de nosotros en los últimos años han participado en excavaciones, y cuándo, dónde y cómo. Las preguntas que también ha hecho usted.

—¿El inspector Le Ber se ha interesado por algo en concreto?

—Como he dicho, hemos hablado de los proyectos que ya conoce: el castillo de Cadbury. Glastonbury. Y de los tres proyectos que actualmente hay en curso en el bosque.

—Coronel Aballain —Dupin habló con tono tranquilo, pero decidido—, me gustaría que preguntara a los otros académicos de qué hablaron con ellos Le Ber y Labat cuando terminaron de tomarles declaración.

Tal vez se equivocaba, pero le pareció ver un amago de sonrisa en Guivorch.

—¿Ahora? —Aballain miró el reloj.

—Ahora.

El coronel sacó el móvil y salió al pasillo.

Dupin se volvió hacia el subdirector.

—¿Los demás conocen la cripta?

—Sí. La última vez que celebramos el encuentro aquí, el programa incluyó una visita guiada. La organizó el antiguo jefe del departamento de Arqueología de la Universidad de Rennes 2, que en otros tiempos fue el director del Centro, cuando era una entidad mucho más humilde. Ya murió, pero durante toda su vida dedicó mucha energía a las excavaciones. Era su especialidad. El archivo se remonta a su etapa.

—¿Puede ser que allí estén también los primeros hallazgos del proyecto de excavación de Picard?

—Como digo, la excavación ni siquiera ha empezado de verdad. Solo se han realizado unos trabajos preliminares.

Los últimos hombres se pusieron manos a la obra de inmediato. Dupin se quedó con Guivorch. Aballain seguía hablando por teléfono en el pasillo.

—Si esto es un juego —el comisario habló en voz baja, pero articulando muy bien las palabras; no le importaba estar a punto de perder los nervios—, y si usted es la persona que estamos buscando, cuando termine con usted no quedará nada.

Guivorch se giró hacia Dupin, que lo miró fijamente a los ojos.

Al cabo de un segundo, el comisario se volvió con brusquedad y se acercó a la ventana. Contempló el lago bajo la luz de la luna. El lago que no era tal, sino la mera ilusión de un lago. La verdad se ocultaba ahí abajo. Cuando resolviera el caso —y la rabia que sentía le decía que lo lograría—, la verdad que saldría a la luz no sería un objeto majestuoso de cristal puro. Recordó la misteriosa frase del párroco de la iglesia del Grial: «Sabed que cuanto veis no está... y que no veis lo que sí está».

—Yo no... —balbuceó Guivorch.

Dupin lo interrumpió.

—Sé que me oculta algo. Usted y todos los demás. —La mirada de Dupin seguía clavada en el lago—. Saben mucho más de lo que cuentan. ¡Todos ustedes!

De eso no le cabía ya ninguna duda.

Siguió un silencio incómodo pero Dupin no aflojó.

Se acercó de nuevo a Guivorch. Señaló unas líneas de trazo débil en el boceto de la cripta en dirección al lago.

—Esta parte un poco imprecisa de aquí, ¿ha estado alguna vez?

—No. Como le he dicho antes, la cripta era territorio de Cadiou. Siempre dijo que quería acondicionarlo.

—¿Y?

—Creo que habríamos...

El coronel Aballain entró con paso decidido en el despacho de Guivorch e interrumpió al subdirector:

—Acabo de hablar con Denvel. De momento aún no he podido contactar con Bothorel ni con Terrier.

—Cuente. —Dupin hizo como si Guivorch no estuviera ahí.

—Después de recabar información detallada sobre las coartadas, los dos inspectores han hecho preguntas de carácter general. El profesor Denvel recuerda algunos temas: el inspector Labat ha querido saber quién se había presentado para el puesto de Cadiou. Según parece, le daba mucha importancia a este punto. Y ha anunciado que comprobaría todas las coartadas. —Muy propio de Labat—. El inspector Le Ber se ha interesado de nuevo por las excavaciones, en particular por las tres de aquí, las del bosque. Y por otra de España. —También Aballain hablaba como si Guivorch no estuviera allí—. Luego han hablado de la cripta. Del archivo y el almacén. Según parece, de esto ha hablado sobre todo con el señor Guivorch. Y también, entre otras cosas, de galerías y pasillos subterráneos. —Aballain hizo una breve pausa y añadió—: Denvel recuerda además otra cosa: el inspector Le Ber ha preguntado hasta qué punto todos conocían la zona y el castillo, y cuándo fue la última vez que habían estado aquí. Se ha interesado por los tres últimos meses. Y eso es todo —concluyó Aballain.

Era absolutamente coherente. Y muy revelador. Todo encajaba a la perfección.

—¡Qué interesante, señor Guivorch! —exclamó Dupin con tono frío—. Hay unas discrepancias muy curiosas respecto a lo que usted nos ha contado hasta ahora.

—Comisario, ya sabe que cada uno le contará algo distinto. Eso es normal. Supongo que nadie ha tomado notas.

—Y cualquiera podría tener un buen motivo para no contar esto o aquello. —Dupin se centró de nuevo en las preguntas de Le Ber—. ¿Qué excavación es esa de España?

—El inspector ha sacado ese tema de repente. Quería saber si alguno de nosotros participó en ella. Todos lo hemos negado. Ninguno lo hizo.

—¿En qué consistía ese proyecto?

—Usted ha visto en mi casa ese libro de un sacerdote español. El convento de...

—Es esa historia del Grial —le interrumpió Dupin. Se acordaba.

—Exacto.

—¿Y qué pasillos subterráneos son esos de los que hablaron?

—En la Edad Media —explicó Guivorch, encantado—, se construyeron unas galerías debajo del lago. Algunas partían del castillo, pero no eran las únicas. También las había procedentes de otros lugares. Se dice que había docenas. Sin embargo, solo se conocen unas pocas que, por otra parte, no llevan muy lejos. Con el tiempo se han venido abajo, o las entradas han quedado cubiertas por la vegetación y se han obstruido. Se dice que algunas atraviesan el lago por debajo y forman un verdadero entramado. Se pretendía llegar literalmente al fondo de la leyenda. —Guivorch dibujó esa sonrisa de superioridad que Dupin conocía tan bien—. Durante siglos, algunos aventureros afirmaron haber dado con el palacio de Viviana, pero juraron no revelar jamás su entrada. Un secreto eterno. La señora Cadiou pretende convertir una de esas galerías en una atracción del parque. El Castillo del Hada Viviana en el fondo del lago.

No ocultó la ironía en su voz.

—¿Para el parque?

—Sí.

Dupin recordó la mesa de la oficina de la señora Cadiou. Había una estación llamada el Lago de Viviana, pero solo consistía en una pasarela y una sala panorámica debajo del agua.

—¿De qué galería se trata exactamente?

—Ni idea.

—¿Qué miembros de la junta han estado aquí en los últimos tres meses?

—Dupin no podía olvidar esa pregunta de Le Ber.

—He apuntado lo que Denvel recordaba —informó Aballain—. Picard y Terrier, por sus excavaciones. Terrier, una segunda vez con motivo de una conferencia. Y el mismo Denvel, también por una conferencia.

Lo que faltaba.

—¿Denvel también? ¿Cuándo?

—Hace seis semanas. —Para su sorpresa, fue Guivorch quien contestó—. Lo invité a venir a Rennes. Celebramos un pequeño encuentro y luego él se pasó por el Centro. Tomamos un café juntos.

—¿Lo invitó? ¿Acaso usted y el señor Denvel tienen una relación más estrecha?

—No. Pero yo sé quién trabaja en cuestiones académicas dignas de mención.

—¿La respuesta de Denvel es completa en lo que a los últimos tres meses se refiere?

—Ha olvidado una mesa redonda de su madrastra en Nantes hace algunas semanas. A fin de cuentas, tampoco está tan lejos.

Dupin había regresado junto a la ventana. Contemplaba el lago.

—¿Dónde están las entradas conocidas a las galerías? ¿Fuera del castillo?

¿Qué interés podían tener para Le Ber?

—En internet hay algunos mapas sobre ellas, con las galerías que se conocen y las que se suponen. Se lo mostraré.

Guivorch abrió en el ordenador unos archivos que contenían mapas.

—Aquí, en estos tres lugares. —Guivorch señaló en la pantalla—. Y luego hay dos accesos más aquí, en la cripta.

Se oyó un fuerte chirrido procedente del aparato de radio.

—Dubois al habla —se oyó a continuación.

—Le escucho —respondió Aballain.

—Hemos terminado en el desván y en las salas secretas. Negativo. Hace tiempo que aquí no ha entrado nadie.

—Bien. Regresen.

—Esas entradas a la cripta... ¿qué sabe de ellas, señor Guivorch?

—Nada. Solo que se bloquearon los accesos por precaución.

—¿Y las tres entradas exteriores? ¿Están intactas?

—Dos quedaron sepultadas. La tercera es más grande y está en la orilla noreste del lago.

Dupin regresó a la ventana sin más comentarios.

Durante un rato permaneció inmóvil. Luego se volvió bruscamente hacia Aballain.

—Vayan abajo, a la cripta. Quiero que los gendarmes examinen los dos accesos a las galerías. De inmediato. Y que el equipo del desván inspeccione los otros accesos situados junto al lago. Que...

Dupin se interrumpió y se restregó el pelo.

—No. Quiero ver en persona ese acceso del lago.

¿No había comentado Inwynn en el Relais de Brocéliande que

precisamente ayer había acompañado a un grupo por la orilla del lago?

—¿Quiere ir a esa galería? —Aballain parecía sorprendido.

La expresión de Guivorch, en cambio, era difícil de interpretar.

—Eso mismo.

Guivorch tomó la palabra:

—Pero desde el lago tampoco se puede acceder a las galerías. El acceso está bloqueado. Lo conozco.

—Ya estamos aquí. —Los dos gendarmes del desván—. Nosotros...

—Acompáñenme —le interrumpió Dupin—. Y Guivorch, usted también. —Dupin no quería perderlo de vista—. El inspector Le Ber se las sabe todas y si quiere entrar en algún sitio, entra.

Se detuvo un momento bajo el marco de la puerta.

—Coronel Aballain, envíe por si acaso a los equipos que vayan terminando a los dos accesos derruidos que se encuentran fuera del castillo. ¡Ahora usted es nuestro centro de operaciones!

—De acuerdo. ¡Tenga, tome esto!

Le entregó una radio.

—No funcionará a mucha profundidad bajo tierra. De todos modos, antes y después...

Dupin partió a toda prisa, seguido por Guivorch y los dos gendarmes.

En el cielo no se veía ni una sola estrella. Tampoco había nubes, solo una especie de bruma, una neblina.

De todos modos, en ese bosque espeso por el que caminaban, ya algo alejados del castillo, no habrían podido ver la luna ni las estrellas. La oscuridad que reinaba allí era de un intenso color negro. Un negro que había dejado de ser un color para devenir materia. Un negro que había que vadear. Más denso que el aire.

Los haces de luz de las linternas permitían vislumbrar aquí y allá pedazos de mundo antes de que la oscuridad los volviera a engullir. De hecho, los focos no alcanzaban muy lejos. La neblina había cambiado esa noche templada de verano y había refrescado de forma notable. Era algo normal; todos los bretones sabían que la temperatura podía desplomarse en apenas un cuarto de hora. El olor del aire era acre, a suelo denso de bosque, a monte bajo podrido.

Debían de estar ya cerca de la orilla del lago, a no más de veinte o treinta metros. Pero el lago tampoco se vislumbraba. Dupin lo había visto por la tarde, bajo la intensa luz del sol. El bosque llevaba justo hasta la orilla, como

queriendo dejar claro que el lago era suyo.

—Ya no falta mucho —anunció Guivorch.

Poco a poco, los otros equipos habían informado a Aballain de la finalización de sus tareas de búsqueda y este, a su vez, a Dupin. Hasta el momento, nadie había descubierto nada sospechoso. Aballain había dado nuevas órdenes a cada equipo.

Dupin estaba muy inquieto. Ese nerviosismo no solo lo impulsaba hacia delante, hacia la acción, sino que también le suscitaba dudas. ¿Estaba realmente en lo cierto? En sí, lo que hacían era pura especulación. Cabía la posibilidad de que todo resultara ser muy distinto. Tal vez Labat y Le Ber, sin saberlo, habían dado con una cuestión sensible para alguno de los implicados y el asesino les había tendido una trampa.

Se sentía culpable. Debería haber actuado antes. Sin embargo, durante un buen rato, la posibilidad de que los dos hubieran procedido por su cuenta había sido plausible; Dupin recordaba varias acciones individuales de sus inspectores en el curso de investigaciones conjuntas.

Por algún motivo, los cuatro —Dupin, Guivorch y los dos gendarmes— se sumieron en un silencio angustioso. Tal vez fuera la tensión creciente que hacía mella en todos.

—Bien, por aquí, a la derecha. Tengan cuidado. Ahora viene un sendero estrecho e irregular con raíces y piedras. Incluso de día es muy fácil tropezar.

Durante un rato, el camino fue hacia abajo.

Al cabo de un minuto de marcha rápida y silenciosa, en la que no dejaron de darse contra arbustos y ramas, Guivorch se detuvo.

—Aquí es.

Uno de los gendarmes iluminó un cobertizo bajo.

Dupin se apresuró a rodear la estructura, que se encontraba en un pequeño claro. Era de una madera áspera y cubierta de musgo, que en algunos puntos parecía podrida. Vislumbró una puerta en un estado igual de lamentable, aunque provista de un candado robusto. Apuntó ahí el haz de la linterna.

Parecía en buen estado. La golpeó con todas sus fuerzas. Las bisagras estaban intactas.

—Nadie ha pasado por esta puerta —constató uno de los gendarmes.

Volvió a ponerse en movimiento.

—¿Y si se han encaramado por el tejado?

—Deberíamos...

Dupin fue interrumpido por el estrépito ensordecedor de la radio.

—¡Hola! ¡Mandon al habla! ¿Alguien me escucha?

—Le escuchamos.

—Acabo de regresar de la cripta. —Estaba casi sin aliento—. Creo que allí abajo ha habido un accidente. —Se esforzaba por controlar la voz—. Parece como si se hubiera derrumbado un trozo. Y cae agua del techo. Es posible que los inspectores se hayan quedado atrapados en alguna galería.

—¿Hay alguna señal de ellos? —preguntó Dupin, alarmado.

Ruidos de fondo.

—No le entiendo.

—¿Han podido contactar con ellos?

—No. Hasta ahora no. Es solo una suposición. —Dupin se apretaba el aparato al oído con fuerza—. Pero se ven las huellas de dos personas por lo menos.

El gendarme ahora parecía más calmado.

—¿Podrían ser más de dos?

—De momento no lo sabemos. —De nuevo, apenas se le entendía.

—Yo... —Dupin se interrumpió. Era inútil—. Vamos para allá.

Dicho esto, partió a toda velocidad.

La primera parte parecía de un sótano normal. Luego atravesaron una sala que, aunque tenía muros de piedra —de hecho, unas piedras toscas—, carecía de suelo hormigonado. Avanzaron por un piso de tierra compactada para alcanzar, después de cruzar una puerta medio oxidada, una sala asombrosamente amplia cuyas paredes eran de piedra desnuda.

En muchos puntos se veían manchas de humedad, incluso en el suelo. Pero lo que más llamaba la atención eran unas vigas de madera en forma de U unidas entre sí por unos travesaños y que sostenían las paredes y los techos. Por su aspecto, bastante preocupante, esas vigas eran de otro siglo.

Toda la estructura parecía el esqueleto de un enorme animal. Era como estar en el vientre de una ballena.

Dupin calculó que hasta el otro extremo de la bóveda había unos treinta metros.

El hedor era intenso. Un fuerte olor acre, a tierra vieja y húmeda, a musgo, a moho, a alguna seta. A podredumbre.

En rigor, no estaban ni en una cripta, ni en una bóveda, sino en una cavidad subterránea provisional. Una cueva artificial y, a todas luces, frágil. A

Dupin no le gustaban los espacios bajo tierra. En los sótanos sentía siempre un intenso desasosiego, un agobio tremendo.

En cualquier momento llegarían los bomberos y dos ambulancias de Ploërmel. Y también un equipo de expertos en rescates de Rennes. Aballain había puesto al corriente de la situación a Nolwenn. Dupin sopesó por un instante la posibilidad de enviar a Guivorch de vuelta a su despacho, pero al final había preferido llevárselo consigo bajo tierra.

—La galería empieza ahí delante. —Aballain dirigió la linterna al extremo opuesto—. De todos modos, comisario —era evidente que lo que iba a decir era difícil para él—, debo advertirle que no tiene buena pinta.

Dupin echó a correr.

Un agujero en la pared de tierra, cuadrado, alto como la sala. Al otro lado, la misma estructura de vigas, aunque esta vez no habían sido hechas por profesionales, sino que consistían en troncos de árbol de tamaño medio toscamente labrados. Unos metros más adelante, una puerta con señales de haber sido abierta de golpe. Dos rótulos de advertencia grandes pero deslucidos: «Prohibido el paso» y «Peligro de muerte».

Dupin pasó junto a ellos a toda velocidad. Aballain y los dos gendarmes lo siguieron.

Entonces lo vio.

—Ahí delante había otra puerta. Está...

—Ya lo veo.

La estructura se había venido abajo; arriba, a la derecha, se veía un inmenso boquete en el techo. La tierra se había desplomado a través de él.

—¿Le Ber? ¿Labat?

—La tierra absorbe el sonido. —Aballain bajó la voz—. Y, aunque nos oigan, sus señales seguramente no nos alcanzarían. Podríamos oír golpes contra una piedra, pero no contra tierra suelta.

Dupin dirigió una mirada hostil al montón de tierra, como si así pudiera atravesarlo.

—Es reciente. Huele a tierra fresca —dijo Aballain.

Dupin también se había dado cuenta. Estaba aturdido.

—De hecho, ni siquiera deberíamos permanecer aquí. Los especialistas ya han dado instrucciones por teléfono de despejar la zona de inmediato. Los gendarmes que nos acompañan lo hacen de forma voluntaria. Actúan por su cuenta y riesgo.

Solo entonces fue consciente de la presencia de los agentes. Eran los dos

con los que había estado en la oficina de Cadiou. El pálido y el moreno.

—¡Es mejor que se vayan! —les dijo.

Ambos negaron con la cabeza.

—Deberíamos...

Dupin interrumpió a Aballain.

—¿Dónde estamos? Quiero decir... ¿dónde exactamente?

Aballain vaciló un poco:

—Lo más probable es que estemos bajo el lago.

Señaló con la cabeza hacia una pared lateral. Detrás de uno de los troncos, el agua se filtraba por el muro formando un charco a lo largo de toda la pared.

—¿Qué antigüedad tiene esta construcción? —Dupin se volvió hacia Guivorch.

—Eso no lo sabe nadie.

—¿Cuánto mide este pasillo? ¿Adónde lleva?

—No tengo ni idea. Supongo que hoy en día no hay nadie vivo que lo sepa.

—A la vista de la situación —Dupin se dirigió a Guivorch— y teniendo en cuenta sus conocimientos, ¿le parece que este derrumbamiento podría haber sido provocado?

Empleó un tono cortante.

—¿Quiere decir que podría tratarse de un acto intencionado?

En la expresión de Guivorch se reflejó una gran consternación.

—Eso mismo.

El subdirector contempló el montón de tierra.

—Ciertamente, no se puede excluir esa posibilidad. De todos modos, es mejor que se lo pregunte a los expertos.

Dupin se sumió en un silencio afligido. El aturdimiento que sentía en la cabeza fue en aumento.

—¿Cadiou guardaba hallazgos arqueológicos en la bóveda anterior a esta sala? ¿Unas piedras?

Dupin había reparado en ello mientras atravesaba la cripta a toda prisa.

—Eso parece.

—¿De qué tipo?

—No lo sé. Se lo repito, lo crea usted o no: la cripta era territorio del señor Cadiou. Y su predecesor en el cargo almacenó también muchas cosas ahí. Es posible incluso que eso fuera suyo.

—Me gustaría...

—¿Hola? —exclamó una voz grave—. ¿Están ustedes aquí?

Un bombero, más o menos de la estatura de Dupin, pelo gris y espeso, peinado hacia atrás, tupido bigote blanco. Piel curtida.

Tras él, otros dos bomberos uniformados y dos camilleros con aspecto de estar muy asustados.

—Soy el jefe de bomberos Bouvet. —dijo y saludó con la cabeza con un gesto amable y estudió el lugar—. Así que es esto.

Señaló el gran montón de tierra.

Sus compañeros se acercaron. Los camilleros guardaron cierta distancia.

El bombero contempló el derrumbamiento.

—Aquí nosotros no vamos a intervenir. Esperaremos a los especialistas. —El hombre, que tenía la apariencia de ser todo un experto, miró el reloj—. Los llamaré para informarles de mi valoración. Vuelvo enseguida.

Hizo una señal a sus compañeros.

—Vosotros quedaos aquí. Si ocurre algo... —Levantó el aparato de radio.

Los bomberos se unieron a Aballain y a los dos valientes gendarmes.

Guivorch se había apartado un poco.

Dupin se acercó a él.

—¿No le parece que ya va siendo hora de hablar? —Dupin volvía a sentir una ira tremenda. No solo contra Guivorch, sino contra todo aquel grupo de investigadores—. Aunque no tenga en su conciencia a Cadiou, ni a Picard, y que conste que eso es algo que sigo considerando posible, usted sabe algo. Creo incluso que sabe de qué va todo este horror. Conoce el motivo.

Dupin había estado y seguía estando convencido de una cosa: todos sabían y callaban algo.

De pronto, Guivorch pareció extenuado, incluso un poco inquieto; tenía los ojos empuñados y profundas arrugas en la frente. Dupin echó un vistazo a la hora. Las 4.05 de la madrugada.

—Cuando fui a su barco, usted estaba mirando los planos de un edificio. Lo vi perfectamente. ¿Eran los planos de esta cripta?

—Desde luego, señor comisario, su imaginación es portentosa.

—¿Sabe qué voy a hacer? —Dupin había perdido la paciencia—. Voy a ordenar a dos agentes que lo acompañen en coche a su casa en Saint-Péran. Quiero saber si de verdad se están haciendo allí unas reformas. Después, usted les mostrará a los dos el barco donde vive y su ordenador. Además del archivo que tenía abierto cuando yo llegué.

Se maldijo por no haber actuado antes así. Más directo. Más enérgico.

—Como ya sabe, para eso va a necesitar una orden de registro.

Dupin estaba a punto de perder los estribos.

—Pero si usted, comisario, me promete que así podré volver a la cama, me llevaré si quiere a toda la tropa.

De pronto, todo el cansancio pareció haberse desvanecido y volvió a asomar el carácter pícaro de Guivorch.

Dupin no hizo caso a la última frase del subdirector y, crispado, ordenó a los gendarmes que lo acompañaran a Saint-Péran, examinaran su ordenador y no lo perdieran de vista.

A continuación, Dupin regresó al lugar del desmoronamiento. El tamaño del pequeño caudal de agua que fluía por la pared había aumentado de forma considerable. El charco en el suelo era cada vez mayor. ¿Cómo estaría el otro lado?

Tenía los nervios a flor de piel. Temía por sus hombres. Todo el tiempo había tenido un mal presentimiento. Y ahora se había confirmado.

Dupin no habría podido decir cuánto tiempo llevaba frente al lugar del desmoronamiento. De vez en cuando, creyó que sus sentidos le abandonaban; de pronto tenía la impresión de que la entrada de la galería se ampliaba y se convertía en una cueva gigantesca; luego, en cambio, parecía encogerse de tal modo que las paredes se aproximaban de forma alarmante. En otra ocasión, se tambaleó creyendo que el suelo temblaba.

El comisario intentó repasar la jornada, revisar de forma sistemática todo lo relacionado con el caso. Fracasó estrepitosamente. Era incapaz de articular ningún pensamiento razonable.

—Por favor, apártense. Aquí hay demasiada gente. —Un hombre enfundado en un mono azul oscuro, con varios cinturones y un casco con linterna frontal bajo el brazo, se abrió paso. Pelo oscuro y muy corto, frente despejada, ojos oscuros, complexión delgada y musculosa.

—¡Di orden de despejar por completo la cripta!

Dupin se apartó. Debía tratarse del jefe de operaciones del SDIS, el *Service départemental d'incendie et de secours*, el servicio de rescate.

—Soy el comisario Georges Dupin, dirijo el...

—Muy bien —le interrumpió el hombre—, pero ahora nos toca a nosotros hacer nuestro trabajo.

El hombre se había detenido justo delante de la entrada desmoronada.

—Ahí dentro están mis inspectores. Yo me quedo.

El jefe de operaciones vaciló. Dirigió a Dupin una mirada de curiosidad y murmuró:

—Que sea bajo su responsabilidad.

—De acuerdo.

El hombre se quitó los guantes y se puso en cuclillas. Cogió un poco de tierra y la palpó. Repitió esa operación en algunos puntos.

—Al menos, abandone la entrada a la galería.

Siguió en cuclillas. Restregó un poco de tierra entre el pulgar y el índice. La olió con suma concentración.

Dupin vio que en la entrada se abrían paso otros tres hombres, con el mismo atuendo y unas maletas de aluminio de tamaño considerable. Aballain y los dos bomberos habían abandonado la entrada y aguardaban en la bóveda. Dos de los hombres se acercaron con un tubo telescópico largo y fino que desplegaron. Dupin calculó que medía siete u ocho metros. El tercero llevaba una lámpara portátil en la mano izquierda y, en la derecha, un impresionante dispositivo similar a un aparato de radio sobredimensionado. Colocó la linterna y luego pulsó un botón del aparato. Aguardó un instante.

—No es aire puro del mar, jefe —afirmó con tono seco—. Pero tampoco es letal.

Su superior asintió de forma casi imperceptible.

—Entonces, adelante.

Dupin se situó detrás de la entrada a la galería.

Todas las acciones parecían perfectamente estudiadas.

El tubo, que a Dupin le pareció que era de una fibra de vidrio característica, tenía una punta cilíndrica; lo colocaron muy abajo, a unos veinte centímetros del suelo. Los dos hombres, equipados con unos guantes amarillos especiales, lo introdujeron en el montón de tierra mientras lo hacían girar. El jefe de operaciones se colocó delante, junto al punto de entrada del tubo, sin apartar la vista de él. La lámpara portátil lo iluminaba todo sin deslumbrar.

En un par de ocasiones, Dupin estuvo a punto de hacer preguntas del tipo «Todo va bien, ¿verdad?». Pero sobre todo tenía una ristra de cuestiones producto del pánico, que no harían más que estorbar y hacer perder el tiempo. Además, nadie podría responderlas.

Pasó mucho rato. Era evidente que los hombres procedían con la mayor de las cautelas.

Los segundos se convirtieron en minutos. Eternos. En el aire reinaba una tremenda tensión. Dupin tenía los ojos clavados en el tubo, en el punto por donde penetraba en la tierra. De vez en cuando comprobaba la longitud que quedaba. Confió en que sería suficiente.

De repente, se produjo un leve tirón.

—¡Bien! —exclamó Dupin sin poder contenerse. Eso significaba que habían atravesado la tierra, ¿verdad?

Ninguno de los hombres dejó entrever la menor emoción. Los tres miraron a su jefe. Este se quitó los guantes amarillos sin decir nada y asió el tubo. Luego lo movió. Con mucho cuidado.

Un poco hacia atrás y luego, de nuevo, hacia delante. Y otra vez.

—Seguramente solo es una parte menos compacta. Sigamos.

Se produjo un silencio pesado. Esta vez no duró mucho.

El jefe dio la orden:

—Ahora. —Movié el tubo de un lado a otro—. Hemos pasado.

Dupin no había visto nada. Ni un tirón, nada.

—Voy a abrir la tapa. —Accionó un mecanismo situado a un lado del tubo—. Ahora.

Uno de sus hombres se tumbó en el suelo y se apoyó sobre los codos.

Miró al jefe de operaciones.

—Adelante.

—Les habla el equipo de salvamento del SDIS —dijo muy despacio—. ¿Me oyen?

Pegó la oreja al tubo. Esperó.

Repitió la frase.

Nada.

Otra vez.

Nada.

—Pasemos la sonda. —El jefe de operaciones era la calma en persona—. Así veremos algo. Y sabremos cómo está el aire al otro lado.

El hombre de la sonda que medía la calidad del aire tomó la palabra.

—Aquí, en la antesala, los niveles de oxígeno han disminuido.

El jefe de operaciones seguía impassible. Dupin no.

—Adelante, la sonda. Debemos...

—¿Hola?

Una voz con una extraña resonancia. No muy fuerte.

—Hola, jefe, ¿hola? —Una pausa—. Jefe, ¿es usted?

—¡Le Ber! ¡Es el inspector Le Ber!

Dupin se precipitó hacia el tubo y se arrojó al suelo.

—¿Le Ber?

La respuesta llegó al instante.

—Lo sabía. Sabía que nos encontraría.

—¿Está herido? ¿Labat está con usted?

—Sí. Tras el derrumbamiento se quedó inconsciente un momento —Le Ber se interrumpió un instante—, pero ya está bien.

—¿Cómo está la situación en ese lado? —quiso saber Dupin.

—Estable por el momento. Entra mucha agua, pero se reparte. Parece que esta galería es muy larga.

—¡Los sacaremos de ahí, Le Ber!

El jefe de operaciones se arrodilló en el suelo junto a Dupin.

—Ahora me encargo yo —dijo.

Dupin se hizo a un lado. Sentía un alivio inmenso. Le Ber y Labat estaban vivos.

—Al habla el jefe de operaciones. Van a hacer exactamente lo que yo les diga. —El hombre aguardó un instante—. Aléjense de la zona del derrumbamiento. Miren si en algún sitio hay un corredor de piedra y refúgiense allí. Luego esperen y mantengan la calma. Vamos a pasar un tubo a través de la tierra para que puedan subir por él. ¿Podrán hacerlo solos, o van a necesitar ayuda?

—No hará falta ayuda. Lo haremos.

El tono de voz era decidido.

Los otros hombres del equipo se dispusieron a preparar un tubo de mayor tamaño. Constaba de varias piezas muy finas que ellos iban ensamblando. Dupin calculó que medirían un metro cada una.

—Regresaré en un instante. Tengo que hacer algo urgente.

No tenía más opción. Debía llamar a Nolwenn. Calmarla.

El jefe de operaciones asintió y se volvió hacia sus compañeros.

Al pasar, Dupin dirigió un par de palabras rápidas al pequeño grupo que se encontraba en la bóveda, pero no aminoró la marcha. Se precipitó por los pasillos y luego subió por la escalera. Atravesó la librería y salió al exterior con el móvil ya en la mano.

Nolwenn descolgó de inmediato, como si ella también hubiera estado todo el rato sosteniendo el móvil.

—¡Los hemos encontrado! ¡Están bien!

Esas eran las dos frases más importantes.

—¿Dónde estaban? —Nolwenn parecía infinitamente aliviada.

—En una galería muy antigua que hay debajo del lago. —Dupin tenía que ser breve—. Un pilar cedió y se derrumbaron varios metros cúbicos de tierra. Quedaron atrapados. Siguen sin poder salir, pero hay contacto y el equipo de rescate ya está interviniendo.

—¡Qué suerte hemos tenido! —suspiró Nolwenn. Tras el profundo alivio siguió la típica reacción bretona en momentos decisivos, ese humor negro—: Ya sabe lo que se dice: *N'eus nemet un dra a bouez: Chom bev a-hede vuhez*. En esta vida lo importante es mantenerse con vida mientras uno está vivo.

Así era. Dupin sonrió para sí.

—Tengo que volver abajo. —Quería recibir a sus inspectores.

—Sí, hágalo.

—Déjenme, estoy bien.

Labat había insistido en ser el último en pasar por el tubo. La operación había sido un éxito. Y, aunque el jefe de operaciones no podía saberlo, aquel tono malhumorado era la mejor señal de ello. De todos modos, el inspector estaba pálido. Dupin vio que tenía una herida abierta que le sangraba en el pómulo derecho. Labat se tambaleaba un poco y en la cara se le veía que se estaba esforzando por aparentar normalidad. Llevaba la ropa empapada y manchada de tierra. Tenía el pelo de la nuca y las sienes muy sucio, igual que los brazos y el cuello. Su aspecto era terrible.

—Solo necesito una ducha y ropa limpia.

Un camillero se había acercado al inspector. El otro ya estaba con Le Ber.

—Vamos, vamos —ordenó el jefe de operaciones con un tono de voz ensordecedor y autoritario—. Que todo el mundo abandone la cripta. ¡De inmediato!

Al instante, todo el grupo se puso en marcha. El coronel Aballain iba en cabeza, guiando al grupo. Tras cierta resistencia inicial, Labat se apoyó en el camillero para andar.

Le Ber parecía estar perfectamente. Era asombroso.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué estaban haciendo aquí? ¿Alguien les ha obligado a bajar?

Eran las preguntas más importantes. Dupin no podía esperar más tiempo.

—Ha sido todo culpa mía. Nosotros, bueno, yo quería revisar una cosa,

jefe.

—¿Revisar?

—Quería examinar con detenimiento los hallazgos arqueológicos de la cripta; se guardan en distintas zonas aquí abajo. Desde siempre. Pero Cadiou había ampliado la zona. Él... —balbuceó—. Hemos bajado aquí por nuestra cuenta. Fue idea mía y...

Dupin comprendió.

—Ustedes se han limitado a seguir una pista. Y eso es justo lo que se espera de un policía. Han cumplido con su deber. Nada más. —Dupin intentó calmarlo.

Habían abandonado la bóveda. El comisario estaba muy contento.

—Ha sido una tontería por mi parte —murmuró Le Ber—, pensé que podría haber, bueno, algo escondido. Habíamos hablado con los investigadores de las excavaciones y en el despacho de Cadiou examinamos el catálogo de todas las piezas almacenadas. Entre ellas había algunas de este año, de las excavaciones de Terrier y de Guivorch. Y entonces me dije... —Hizo una pausa. Ahora parecía realmente abatido, pero prosiguió—: Vimos que los hallazgos estaban por todas partes. En todos los sitios, no solo en los marcados como parte del almacén o del archivo. Así que bajamos hasta allí. Hasta la entrada de la galería, que, de hecho, es un escondite perfecto si uno quiere...

Se interrumpió. Dupin se lo podía imaginar.

—¿Y luego? ¿Ha sido un accidente? ¿O había alguien ahí abajo?

—Atravesamos la primera puerta de madera. Y luego la segunda, la que cuesta más abrir. —Al recordarlo, el terror asomó en la cara de Le Ber—. Justo después de pasar, oímos unos ruidos extraños. Muy fuertes. Todo ocurrió muy rápido. Y echamos a correr.

—¿Así que no fue ningún ataque?

—No.

—¿Y Labat? ¿Cómo se ha herido?

—Se ha golpeado contra una de las vigas de madera. Con bastante fuerza.

—¿Ha estado inconsciente mucho rato?

—Un par de segundos como mucho. Ha tenido suerte de darse solo en la mejilla.

Habían alcanzado la escalera.

—Le Ber, ¿tenía usted alguna sospecha concreta que le llevara a buscar ahí abajo?

El inspector frunció el ceño.

—Pensé que ellos, tal vez durante los preparativos de las excavaciones de Picard, habían encontrado algo. —Se detuvo en uno de los escalones—. Algo valioso. Quizá Picard y su amigo Cadiou lo bajaron allí. Y como no querían que los demás lo vieran, no lo guardaron en el lugar habitual, sino en un sitio donde nadie pudiera encontrarlo.

Le Ber pronunció las últimas frases con voz apagada. Habían llegado arriba. Atravesaron la librería y salieron al aire libre.

Allí les aguardaba un comité impresionante: todos los policías que habían estado de servicio esa noche y los demás camilleros.

Se desató un aplauso de alivio, destinado tanto a los rescatados como a sus rescatadores. Por lo general, Dupin tenía cierta aprensión a las reacciones de este tipo, pero tuvo que admitir que esa vez le conmovió. Un poco de emoción era lo más apropiado.

—Las ambulancias esperan —les informó uno de los camilleros.

Se encontraban apenas a unos metros, con las puertas correderas abiertas. Detrás había varios coches de bomberos y uno del SDIS, todos equipados con unos reflectores enormes que iluminaban la entrada y toda la pared lateral del castillo. Una visión impresionante en un escenario espectacular.

—Bueno —dijo el jefe de operaciones—, ya está. Se acabó por hoy. Nos vamos.

Le tendió la mano a Dupin. El comisario se la apretó con firmeza durante un buen rato.

—Gracias. —Una palabra bastó para expresarlo todo.

—Solo es un rasguño. —Dupin oyó al fondo las protestas de Labat—. ¡No necesito ninguna ambulancia!

Le Ber, en cambio, ya se había encaramado al primer vehículo y estaba recostado en la camilla, donde le había recibido otro camillero con un aparato medidor de la tensión arterial.

Aballain, que al abandonar la librería ya tenía el móvil pegado a la oreja, se acercó a Dupin. Parecía un poco nervioso.

—Las ambulancias... irán directamente al hotel de La Gacilly y no...

—¿Al hotel?

—Órdenes de Nolwenn. Lo tiene todo dispuesto. De camino hacia allí serán examinados y atendidos. —Aballain reparó en la expresión de desconcierto de Dupin—. Además, debo informarle, por si le preocupa, que si desde el punto de vista médico resulta necesario serán conducidos al hospital

de inmediato. Como ya le he dicho, Nolwenn lo tiene todo dispuesto.

Dupin se pasó la mano por el pelo. Luego, resignado a su destino, se encogió de hombros.

Si desde el punto de vista médico ninguno de los dos necesitaba nada, tal vez era preferible no hacerles ir al hospital y llevarlos a la cómoda cama de un hotel agradable donde, además, Nolwenn se ocuparía de ellos.

—También debo informarle de que el cocinero ya se está ocupando de... —Aballain vaciló— prepararle alguna cosa. —Dupin le dirigió una mirada atónita—. Nolwenn —que, por supuesto, había previsto la reacción de Dupin—, insiste en que ninguno de los dos ha comido nada desde el mediodía, y que es preciso que lo hagan cuanto antes; y que, tras esta conmoción tan grande, una buena comida es la mejor terapia que existe. Es tanto una... —Se esforzó por recordar, y parecía satisfecho de decirlo todo a pie juntillas— indicación médica como psicológica. Lo ha dicho con esas mismas palabras.

—Yo...

El móvil de Dupin.

Miró la pantalla.

Nolwenn. Dupin apenas tenía fuerzas para echarse a un lado.

—¿Sí?

—Le espero, señor comisario. Todo está dispuesto.

—Lo sé.

—Es lo mejor. Para todos. Créame.

—Lo sé. —Un profundo suspiro—. Estamos de camino.

Pulsó el botón rojo.

En el rostro de Aballain se dibujó un alivio notable.

—Le vendrá muy bien a usted también —corroboró.

—Un par de cosas. —La realidad no atendía ni a su situación ni a sus necesidades; la acción de rescate de Le Ber y Labat había terminado, pero el caso no estaba resuelto—. Quiero que la entrada a la cripta se someta a vigilancia continua. Nadie puede entrar ahí sin mi autorización.

Dupin había decidido profundizar en la «intuición» de Le Ber.

—Me encargaré de ello.

—Envíe a un par de agentes que hayan dormido algo. Los que están por aquí —Dupin miró a su alrededor— se merecen un descanso. Tiene usted una tropa formidable.

Aballain no pudo reprimir una sonrisa.

—Y mañana por la mañana —Dupin se corrigió—, quiero decir, en

cuanto lleguen los empleados del Centro, quiero una lista completa de todos los hallazgos arqueológicos que alberga el castillo. En particular, los más recientes. Los de los últimos dos años. Es de particular importancia saber si en las últimas semanas se ha registrado alguna otra cosa. Y, en caso afirmativo, qué fue. Le Ber afirma que en el despacho de Cadiou hay una carpeta con una lista.

—De acuerdo. Por cierto, la prensa ya se ha enterado de que aquí ha ocurrido algo. He ordenado bloquear el acceso al castillo y los alrededores.

—Bien hecho. Y para terminar: la orden de descansar también es para usted. Dele las tareas en alguien de su confianza. Que me llame.

Aballain no protestó. Al contrario, en su rostro se dibujó una sonrisa de felicidad.

—Entonces, buenas noches.

Dupin se acercó a la ambulancia. Tenía que comunicar las buenas noticias a sus inspectores.

Cincuenta minutos después entraban en el restaurante Les Jardines Sauvages.

Los camilleros habían curado la herida abierta de Labat durante el trayecto, limpiándola y grapándola. Por lo demás, tanto Le Ber como él parecían estar en perfectas condiciones.

Los tres fueron un momento a su habitación para ducharse y cambiarse de ropa. Dupin había llegado en su coche minutos antes que la ambulancia; dos empleados del hotel le ayudaron con el equipaje de todos, que se había pasado el día en el maletero. Uno de los policías condujo el coche de alquiler de Labat y Le Ber hasta el hotel. A primera hora de la tarde, Nolwenn ya había apostado una patrulla de agentes en la entrada para mantener alejada a la prensa. Esa táctica no iba a funcionar mucho tiempo; en algún momento tendrían que informar sobre el estado de la investigación.

Esa iba a ser la cena más tardía —o quizá la más temprana— de su vida. Al este, el día clareaba. Con las primeras luces, se podían ver por la ventana los arriates de plantas que daban nombre al restaurante. Una docena, o más, de bancos de madera en los que crecían grandes matas de salvia, romero, tomillo, melisa y menta. Dupin distinguió también calabacines, tomates, zanahorias y pequeñas lechugas.

Estaban sentados en torno a una de las mesas de madera clara situadas en un rincón del restaurante. Todo el hotel era de madera natural; era un edificio

moderno, luminoso y bonito situado sobre una colina, en lo alto de la pintoresca localidad de La Gacilly. El resto de las mesas ya estaban preparadas para el desayuno. En la suya había cuatro platos grandes, pan, agua, vino... y whisky.

Un hombre alegre y vivaz con delantal blanco se acercó a su mesa. El cocinero.

—He preparado tres entrecots magníficos para ustedes, ¿les parece bien? —Tras aquel anuncio, añadió con tono algo apesadumbrado—: Y también verduras al vapor.

—Por supuesto, entrecot —exclamó Dupin—. Me muero de hambre. Por cierto, he dado orden de vigilar la entrada a la cripta. Y que se compruebe todo lo almacenado en los últimos dos años, sobre todo en las últimas semanas.

Le Ber sonrió con satisfacción y algo de orgullo. Eran sus pistas.

—Estoy seguro de que estamos sobre la buena pista —añadió Labat, solícito.

Menuda sorpresa. Labat dando la razón a Le Ber. Eso ocurría muy pocas veces.

—Cuando antes me explicaba de lo que habían hablado con los investigadores en el salón de los caballeros, ha mencionado algo sobre los temas tratados en las anteriores reuniones de la junta. ¿Qué quería saber exactamente? —preguntó Dupin.

—Yo había...

—Bueno. Por hoy es suficiente —intervino Nolwenn con tono enérgico—. Este caso va a descansar un ratito. Y ustedes también. Mientras comemos me gustaría saber cómo les ha ido en la galería. Luego, todos necesitaremos un poco de descanso. Ya seguiremos después.

Se reclinó en su asiento.

Tenía razón. Por ese día era suficiente.

Nolwenn tomó su copa de whisky.

—Pero antes de nada, *Yec'hed mad!* ¡Brindemos por la vida! —Eso era lo que los bretones celebraban. Siempre. La vida. En todas las historias que esta tejía—. Y, claro está, *Yec'hed deomp tout! Hemañ zo 'vont en e roud!* ¡A la salud de todos nosotros! ¡Que no quede ni una gota! —Levantaron las copas. Tomaron un gran sorbo. Y otro—. Va bien para los nervios. Y ahora —Nolwenn se volvió hacia Le Ber y Labat—, cuéntenmelo todo...

Lo que estaba haciendo parecía sacado de un manual de psicología para

superar traumas: dejar al paciente que contara lo peor y tranquilizarlo. Aquello, combinado con un entrecot, era la mejor medicina tras un día penoso. Nolwenn era única.

—El techo de la galería se nos vino encima —se afanó en contar Labat—. Varias docenas de metros cúbicos de tierra desplomándose. Es casi un milagro que hayamos sobrevivido. Ya solo...

Era evidente que, a partir de ese día, ese episodio entraría a formar parte de las historias legendarias de la comisaría de Concarneau. Y que incluso los bisnietos de Labat y Le Ber la contarían. Y no solo ellos. Toda la ciudad.

A Dupin no le importaba. Al contrario. Le invadió una sensación muy agradable y en su rostro se dibujó una sonrisa.

El segundo día

Pasaba un minuto de las siete cuando el teléfono de la habitación de Dupin sonó sin piedad. Jamás un teléfono había sonado con tanto estrépito. El comisario estaba convencido de ello.

Apenas hacía media hora que se había acostado. Para ser precisos: que se había desplomado sobre la cama como una piedra y había caído en una especie de desmayo profundo. El entrecot estaba perfecto. El tinto de Burdeos que se habían tomado para calmar los nervios, también. Aquello había sido bueno para todos. Al final les había costado un poco poner fin a la narración, cargada de adrenalina, de Le Ber y Labat.

—¿Sí? —gruñó Dupin en el auricular.

—Hola, Georges. ¿Qué? ¿Te has dormido? ¿Qué tal la noche?

Jean Odinot rebosaba energía y buen humor; siempre había sido así. Incluso a primera hora de la mañana estaba listo para la broma.

—¿Qué noche?

A Dupin le costó volver a la realidad. No solo porque apenas había dormido —esa media hora de descanso antes de que lo despertaran de un modo tan poco delicado había sido más bien una especie de aturdimiento—, sino también por el tremendo dolor de cabeza que sentía. Aunque el alcohol había tenido un excelente efecto terapéutico, tanto físico como psíquico, no había sido nada juicioso beber; a fin de cuentas, ya era por la mañana. Un nuevo día. Un día para el que iba a necesitar todas sus fuerzas. Con todo, el principal motivo de sus dificultades con la realidad era que ese caso en sí parecía del todo irreal.

—¿Nuestros amigos los investigadores siguen vivitos y coleando?

Dupin se incorporó.

Solo quedaban cinco. Tres meses antes eran ocho; resultaba asombrosa la velocidad con la que la junta artúrica perdía miembros.

—Supongo que ya estás informado de todo, también de la acción de rescate.

—Acabo de hablar con Nolwenn, que estaba de un humor excelente. Esa mujer es un fenómeno. Poco a poco voy dándome cuenta de por qué se la conoce como «la tigresa bretona». —Increíble. ¿Acaso Nolwenn no se había

acostado?—. Por cierto, aquí tenemos el mismo problema que vuestros especialistas con el ordenador de Laurent. Todos los datos, excepto el programa, están colgados en la nube, con doble o triple protección y encriptados de forma absolutamente profesional. —Dupin miró alrededor en busca de la cafetera que había descubierto cuando entró en la habitación mientras su amigo continuaba hablando—. Creo que es algo típico. Hemos preguntado a gente de la universidad. Todos tienen un pánico atroz a la pérdida de datos. En realidad, tanto a la pérdida como al robo. En este mundo no se andan con chiquitas. —Curiosamente, Jean esta vez no bromeaba—. Laurent tenía un programa especial incluso para borrar datos, y ni siquiera nuestros expertos logran entrar en él. Aunque ven las eliminaciones, no logran acceder al contenido. Por cierto, lo sacamos hace media hora.

—¿Cómo dices?

Dupin todavía estaba aturdido.

—Laurent ya está en el laboratorio. ¿No te parece que las investigaciones especiales son fantásticas? Por fin todo va tan rápido como uno quiere.

—Tras tanto tiempo bajo tierra, ¿es posible encontrar alguna cosa?

Aquella pregunta ya se le había pasado a Dupin por la cabeza el día anterior, y una docena más de cosas, pero no había tenido ocasión de sacarla a colación.

—En los tejidos, sí. Pero no en la sangre. Hemos pedido que nos entreguen todo lo que la señora Laurent recibió de Inglaterra. Lo de esa excursión científica. Todo lo que su marido tenía durante su estancia. Incluso lo que ella se trajo consigo cuando, justo después de la terrible noticia, se desplazó allí en avión. Y también hemos analizado la lista de llamadas. Y todo lo demás, movimientos bancarios, etc.

—¿Y bien?

Dupin había salido la cama. Puso agua en la cafetera, las cápsulas estaban a mano, y al lado había un par de tacitas.

—Todo normal. En el listado de movimientos no hay nada sospechoso.

Esa era una de las aficiones investigadoras de Odinet; estaba firmemente convencido de que casi siempre, de algún modo, un crimen tenía su reflejo en una cuenta bancaria. Y a menudo tenía razón. Pero su habilidad iba mucho más allá. Jean era capaz de conocer la vida de una persona mirando los movimientos de sus cuentas y los extractos de las tarjetas de crédito. Incluso si solo disponía de un par de datos de referencia, como compras o domiciliaciones, él sabía combinarlos con tanta maestría que poco a poco

surgía toda una persona, no solo su perfil. Y, sobre todo, también todas sus debilidades. Ya en otros tiempos, Dupin y él formaban parte de la vieja escuela, con sus ideas y métodos anticuados. Como sabuesos, hacían suyas las pistas para ponerse en el lugar del sospechoso, comprender a la persona, sus particularidades, motivos y miedos. Algo que en algún momento fue considerado como un método superado. Con todo: encontrar y detectar hechos relevantes era el arma más afilada que tenían. Dupin estaba convencido de ello.

—Sus últimas semanas de vida...

Un ruido, un zumbido grave, interrumpió la frase de Odinot. Dupin había puesto en marcha la cafetera.

—Necesito un café con urgencia, ¡sigue contándome!

—Al parecer, sus últimas semanas de vida transcurrieron de forma totalmente normal. Incluso durante su estancia en Cadbury. En South Cadbury se alojó en The Camelot, y casi todas las noches acudía al mismo restaurante; viajó en tren en un par de ocasiones: varias veces fue a Aberystwyth. Se desconoce el motivo: es lo único que no logramos explicar. Tal vez tuviera algún conocido allí, un o una colega. ¡Ah, sí! En South Cadbury se compró unos prismáticos muy caros. Nosotros...

De nuevo el zumbido grave. En la taza aún había más. Dupin había metido otra cápsula.

—¿Y las llamadas? ¿Qué me dices de las llamadas?

—Están las que ya conocíamos con Fabien Cadiou. Por lo demás, nada destacable. Ninguna en los últimos meses con otros miembros de la junta artúrica. Si estaban en contacto, lo hacían por correo electrónico.

La primera taza estaba a punto de rebosar. Dupin la cambió por la otra y, tras colocar una tercera cápsula, pulsó de nuevo el botón.

—¿Un café triple?

En vez de responder, la máquina se accionó de nuevo. También la segunda taza permitía doble carga.

Dupin ya tenía en la boca un expreso doble. Le sentó de maravilla desde el primer sorbo.

—Vale —añadió Jean con tono alegre—, que sea cuádruple. Lo que tú necesitas es una investigación especial. Por mi parte, eso es todo de momento. ¿Has...?

De nuevo fueron interrumpidos de forma brusca, esta vez no por la cafetera sino por unos golpes en la puerta. Y por la voz nerviosa de Le Ber.

—¡Jefe! ¡Jefe!

—Estoy al teléfono. ¿Qué ocurre?

Dupin dejó la taza a un lado y fue hacia la puerta.

—Es el profesor Terrier, jefe, el investigador. Ha muerto.

Al instante siguiente, Dupin abrió la puerta de par en par.

—¿Cómo?

—Bastien Terrier. Apuñalado.

Le Ber estaba muy alterado. Posiblemente la llamada lo había sacado de su sueño.

La puerta de la habitación contigua se abrió con energía. Labat salió a toda prisa, con expresión confusa.

—¿Qué ha ocurrido?

Le Ber se dispuso a contarle de nuevo, y Dupin se alegró de que en esta ocasión formulara frases completas.

—Bastien Terrier ha salido a correr esta mañana por el bosque que hay detrás del hotel. Es algo que solía hacer. Lo han apuñalado. Lo ha encontrado otro corredor. La ambulancia y la policía ya están en el lugar de los hechos.

Dupin se despertó por completo.

—¿Salió a correr? ¡Si la noche anterior su esposa estuvo a punto de ser asesinada!

—Puede que solo quisiera distraerse un poco. —A Le Ber eso no le pareció tan raro—. O tranquilizarse. Está científicamente comprobado que el deporte elimina el estrés. Tal vez fuera un ritual. Los rituales también eliminan el estrés.

Dupin no dijo nada. Intentaba concentrarse. Le Ber y Labat aguardaban. Volvió a acercarse el teléfono a la oreja.

—Jean, ¿lo has oído?

—Sí. ¡No me lo puedo creer!

—Te llamo luego. —Dupin cortó la llamada. Luego se dio la vuelta y entró a toda prisa en su habitación.

—En tres minutos, abajo —ordenó por encima de su hombro.

La puerta se cerró de golpe.

Un minuto y medio más tarde se abrió de nuevo.

Quince segundos después, Dupin llegó al restaurante.

Vio a Nolwenn, que parecía despierta y descansada, como si estuviera de vacaciones. En ese momento estaba poniendo fin a una llamada telefónica.

—Muy bien, sí. En un cuarto de hora llegarán al lugar del crimen.

Dejó el teléfono a un lado.

—Aballain. También él está de camino.

Nolwenn, por lo tanto, estaba al corriente de todo. De hecho, era una constatación innecesaria, porque ella siempre lo estaba, ya fuese de forma natural o, según sospechaba Dupin, si era preciso, sobrenatural.

—Vaya, el nuevo día empieza bien. Otra vez todo patas arriba. —Su voz dejaba entrever una rabia auténtica—. ¡Como nuestra bonita excursión de equipo! Vamos a tener que hacerla otro día. Pase lo que pase.

Dupin se quedó de pie delante de la silla que había ocupado un rato antes. En cada uno de los cuatro sitios ya había un café humeante. La fuente llena de cruasanes en el centro de la mesa resultaba muy tentadora.

Nolwenn seguía indignada.

—Esto está tomando unas dimensiones terribles. Tres asesinatos. Tal vez cuatro. Y una tentativa. ¡Son casi cinco asesinatos! ¿Cómo acabará todo esto? Pronto, todos nuestros académicos habrán desaparecido.

También esas frases resultaban menos macabras que coléricas. Además, Nolwenn tenía razón en todo. Lo que la tarde del día interior había empezado de un modo extraño e inocente, es decir, entrevistar a un investigador experto en el rey Arturo por encargo de un amigo de la policía de París, se había convertido en uno de los casos más violentos a los que había tenido que hacer frente a lo largo de su carrera.

—Debería haber ordenado que los vigilaran a todos —resopló Dupin, muy airado.

—¿Alguien que saliera con él a correr? ¿Hasta la habitación? ¿En la cama? ¡Sería absurdo! El asesino se las sabe todas. ¡Y es muy precavido! —Nolwenn adoptó un tono de voz más sereno—. De todos modos, no le servirá de nada. —Se reclinó en el asiento y tomó un sorbo de café—. Perderá. Seguro.

—Yo creo que todavía no ha acabado, que la historia sigue avanzando —afirmó Dupin con tono siniestro.

El asesino les estaba tomando el pelo. Había dos docenas de policías pendientes, que podían estar en cualquier momento en cualquier sitio. Y seguía actuando, sin más. Parecía mofarse de ellos.

—Todo esto no sirve de nada, señor comisario —señaló Nolwenn con una actitud práctica—. Una cosa antes de que se marche: sobre las cuatro y media, los de la científica han terminado con la cómoda de los Cadiou en su residencia. No han encontrado nada más que las huellas del señor y la señora

Cadiou. Y además recientes, limpias. En el tirador del último cajón. Donde está la caja de puros. Y en el centro del asa, como si alguien hubiera tirado con despreocupación. No han encontrado huellas, ni totales ni parciales, de nadie más. Y no hay nada borrado. Descartan que alguien intentara encubrir sus huellas. Pero, por supuesto, también es posible que alguien con guantes tirara por el borde del asa.

—¿Se puede saber de cuándo son las huellas?

Dupin entendía que eso era difícil.

—No pueden establecer una fecha exacta, claro, pero creen que son de las últimas dos o tres semanas.

Eso significaba, en todo caso, que Fabien Cadiou había estado revolviendo en su cómoda. ¿Y si él hubiera sacado el arma? ¿El arma con la que luego fue disparado? ¿Qué diablos significaba todo aquello?

—¿Qué hay de la esposa de Terrier? ¿Alguien la ha informado?

—Han intentado contactar con ella, pero hasta ahora ha sido en vano.

—¿No pueden localizarla en el hospital?

—Ya estamos aquí. Podemos marcharnos.

Labat y Le Ber habían entrado en el restaurante; los dos parecían estar asombrosamente en forma. Incluso Labat, que era el que más había sufrido y tenía la mejilla inflamada, parecía tener ganas de acción.

—Tómense un café —ordenó Nolwenn—. Y usted, coja un cruasán. — Los inspectores miraron a Dupin—. A fin de cuentas, Terrier ya está muerto — insistió Nolwenn.

Se tomaron el café con rapidez.

Nolwenn señaló el antepecho de la ventana. En ella había tres armas. Unas SIG Sauer.

—Es recomendable que las lleven en un día como hoy. —Se levantó—. Me ocuparé de algunas pesquisas. Los puntos que quedaron pendientes ayer a última hora.

Dupin recordaba que, en efecto, había cuestiones pendientes. Sin Nolwenn y sin el manual de instrucciones del Citroën estaría perdido.

La neblina que la noche anterior había engullido todas las estrellas se convirtió por la mañana en una niebla densa. Una bruma de una espesura arbitraria que permitía una visibilidad que a veces era de cincuenta metros y otras de dos. Daba la impresión de que el bosque la producía. Parecía emanar de aquel gigantesco mar de hojas. El aire olía a humedad, no de la tierra ni del

suelo, sino que era más bien limpia. Refrescante. Y el silencio era sepulcral. La niebla parecía absorber todos los sonidos.

El lugar donde se había hallado muerto a Bastien Terrier estaba en medio del bosque. Aunque no se veía gran cosa, era como si la foresta se extendiera por todas partes hasta el infinito. Era una sensación curiosa que sobrevinía a todo aquel que penetraba en su área de influencia, incluso si se atravesaba en coche a toda velocidad.

Era extraño, pero a Dupin le costaba volver a entrar en el bosque. Había algo en él que se resistía. Era absurdo, lo sabía. Ridículo. Pero, por otra parte, no podía apartar de él esa sensación.

Tras dejar el coche junto a la D 38 tuvieron que caminar diez minutos a paso firme por un camino forestal que serpenteaba entre los árboles. Sin cobertura. Cómo no. Y les urgía tenerla. Dupin quería saber si habían logrado dar con la señora Noiret. En este caso, cuando no era posible contactar con alguien tendía a inquietarse de inmediato. Tenía buenos motivos para ello.

—Está allí. —Aballain salió a su encuentro; él también parecía asombrosamente descansado y desprendía una nube de loción de afeitado. Hizo un gesto vago con la cabeza.

El cadáver de Terrier se encontraba al borde del camino, sobre la hierba. Su aspecto era lastimoso. Algo que, sin duda, se debía también a que llevaba una camiseta blanca. El blanco daba a la sangre un gran dramatismo. Bastien Terrier estaba tumbado sobre el costado derecho, con el cuerpo agarrotado, indicio de una agonía atroz. El asesino lo había apuñalado por encima del estómago. Un navajazo cerca del corazón. Igual que a Picard. De forma repetida. Tenía la camiseta empapada. Sangre fresca, de color rojo brillante. Lo peor eran sus ojos abiertos, que parecían contemplar el mundo con incredulidad. En busca de ayuda, de apoyo.

Lo que estaba ocurriendo ahí, fuera lo que fuese, era algo despiadado, implacable. Y Dupin, como los demás, no dejaba de correr sin aliento por detrás de los acontecimientos. Si no lo había hecho ya, ahora la prensa empezaría a hablar de un asesino en serie. Y todo hacía pensar que no se equivocaban.

—Mierda.

Dupin apartó la mirada.

Era muy probable que allí no encontrasen huellas.

El asesino había demostrado varias veces su inteligencia y actuaba siempre con la máxima cautela. Con la sequía de las últimas semanas, la grava

fina del suelo estaba seca como el asfalto. No había ni siquiera indicios de huellas.

Un poco más lejos había un grupo de policías y camilleros. Con ellos estaba un hombre mayor de mirada asustada, pelo ralo, piernas y brazos flacos y pálidos, embutido en una ropa de deporte de colores estridentes. Posiblemente sería el corredor que había encontrado a Terrier.

Le Ber, Labat y Aballain se acercaron a Dupin; en sus caras se reflejaba también una profunda consternación.

Dupin se volvió hacia Aballain.

—Quiero que a partir de ahora todos los investigadores sean sometidos a vigilancia. —Puntualizó la orden—: Denvel, Bothorel, Noiret, así como Guivorch, la señora Cadiou, el cuentacuentos y también su amigo el obrero forestal —añadió tras reflexionar un momento.

El motivo de esa vigilancia era doble: cualquiera de ellos podía ser la próxima víctima, pero también el asesino.

—Me encargaré ahora mismo. —Aballain se hizo a un lado y sacó el móvil.

Entonces sonó el de Dupin. Un número desconocido.

—¿Diga?

—Ya hemos localizado a la señora Noiret.

Se sobresaltó.

—¿Cómo dice?

—Estaba en el hotel, profundamente dormida.

Dupin se mostró confuso.

—¿Qué quiere decir?

—La señora Noiret, la esposa del profesor Terrier —explicó, exasperado, el gendarme que estaba al otro lado de la línea—, abandonó el hospital ayer por la noche por voluntad propia. Y luego se fue al hotel. Con su marido. —El hombre hablaba de forma pausada y lenta, como si tuviera que entenderse con alguien que no conocía bien su idioma—. Se tomó un somnífero y ha dormido hasta ahora. No respondía al móvil ni al teléfono de la habitación. Solo cuando he golpeado con fuerza a la puerta de...

—Entendido. ¿Ya se lo ha comunicado?

Una pesadilla.

—He tenido que hacerlo, no me ha quedado más remedio. A pesar de que el coronel ha dicho que él en persona...

—Ha actuado usted correctamente, no se preocupe.

—Ella, bueno... ella está muy alterada. Primero ha pensado que le estaba gastando una broma macabra. Ha tardado un buen rato en... —El gendarme se interrumpió. La voz se le había ido afinando hasta que por fin le falló.

Dupin lo comprendía. Aquel era uno de los peores momentos de su trabajo. Cada vez era como si fuera la primera. Y siempre era igual de atroz.

—¿La señora Noiret quiere venir al lugar del crimen?

—Sí. Desde luego. Me ha preguntado si puedo acompañarla.

—Hágalo. ¿Dónde está ahora?

—En el baño.

—Les espero aquí. Hasta ahora.

Dupin deambuló de un lado a otro mientras hablaba por teléfono. Regresó junto a Aballain, Le Ber y Labat.

—Está viva. Todo en orden. —Lo miraron estupefactos. Dupin parecía aliviado—. Quiero decir que ayer por la noche abandonó el hospital y estaba durmiendo en el hotel. Un gendarme la acompañará hasta aquí. Ya ha sido informada de lo ocurrido. Ella...

Se sobresaltó de nuevo.

Por el rabillo del ojo acababa de ver algo blanco. Otra vez. No podía ser. En la niebla. A menos de diez metros. Detrás de los primeros árboles, pero, aun así, muy cerca del camino. Le habría gustado pedir a uno de sus inspectores que le pellizcara. ¿Sufría alucinaciones? ¿Acaso seguía bajo los efectos del alcohol? ¿O era el primer indicio de la locura que le habían vaticinado? ¿Llevaba tiempo vagando perdido por el bosque, como el Caballero del León?

Se sacudió con fuerza. Con energía.

Varios rostros lo miraban desconcertados.

Dupin se aclaró la garganta y habló con un énfasis especial.

—¿Se sabe a qué hora ha salido Terrier a correr? ¿Cuándo ha abandonado el hotel?

—He preguntado por ahí. Poco antes de las seis y media —explicó Aballain.

Dupin tenía frío. Había refrescado de forma notable; le habría venido bien una chaqueta.

—El hombre que lo ha encontrado —señaló al grupo más nutrido—, ¿es ese corredor? —Aballain asintió—. ¿A qué hora ha hallado el cadáver?

—A las 6.57. Lo sé porque llamó de inmediato al número de emergencias con el móvil.

—Por lo tanto, no necesitaremos forense. Conocemos la causa de la muerte y la hora aproximada de la misma.

Aballain dirigió una mirada inquieta a Le Ber y Labat.

Le Ber lo tranquilizó:

—No lo anule.

—¿A qué hora salieron del hospital Noiret y Terrier?

Le seguía pareciendo raro que Terrier hubiera salido a correr ese día a primera hora. Pero Le Ber tenía razón: mucha gente corría para abstraerse, como una especie de meditación. Sobre todo en momentos difíciles.

—En el hospital dicen que se marcharon a la 1.25. En contra de la recomendación expresa del médico. Por voluntad propia. Tuvieron que firmar los formularios correspondientes —informó Aballain.

—Todo esto es de una osadía enorme. —Labat estaba indignado—. El asesino debe de sentirse muy seguro.

Dupin empezó a dar vueltas de un lado a otro. Se notaba susceptible, irritable. Y no conseguía concentrarse.

—Sea como sea —prosiguió Labat, que no quería calmarse— es de una vileza mayúscula. ¡Hay que cambiar de estrategia!

—¿En qué está usted pensando? —Aballain miró a Labat esperanzado. Hacía poco que conocía al inspector.

—Deberíamos meterlos a todos en prisión preventiva. Tiene que ser uno de ellos.

Aunque la propuesta era de lo más descabellada, Dupin compartía el sentimiento de su inspector. No había nada que le apeteciera más.

—Ante todo, debemos hacer una cosa —intervino Le Ber—: descubrir qué es lo que quiere el asesino. Solo entonces podremos detenerlo.

—Sí, pero ¿qué pretende? —Labat parecía hablar consigo mismo.

No lo sabían. Solo tenían indicios. De hecho, ese día por la mañana Dupin se había propuesto como primera tarea centrarse en la hipótesis de Le Ber, esto es, que se tratara, en efecto, de un hallazgo arqueológico. Sin embargo, ni siquiera habían podido analizar de forma sistemática la idea. Y esto se repetía. Apenas se ponían a ello, tenía lugar otro hecho dramático y todos se veían envueltos en la vorágine de los acontecimientos.

—Vamos...

El móvil de Aballain sonó con fuerza.

—¿Diga? —Escuchó atentamente—. Muy interesante. ¿Y qué hacía ahí? ¿Y durante cuánto tiempo más o menos? —preguntó. Recibió una respuesta

extensa desde el otro lado de la línea—. Esta es una información importante, sí. Gracias.

Colgó.

—Uno de mis gendarmes. Es muy interesante. —Arqueó las cejas con ademán de pensar—. O tal vez no. En fin: una pareja que ayer por la noche cenó en el Relais de Brocéliande se ha acordado de que Philippe Goazou sí abandonó la mesa en una ocasión. Acaban de informar de ello en la comisaría de Plélan-le-Grand.

—¿Cuánto rato? ¿Adónde fue?

¿Aquello podía ser un avance?

—Lo vieron en el bar. No saben el tiempo que permaneció allí. Según ellos, no estuvieron muy pendientes de él.

—¿Qué hacía allí?

Dupin daba vueltas en torno al pequeño grupo, que a cada momento se veía obligado a girarse hacia él.

—No lo saben. El gendarme ya ha llamado al hotel y le han dado el número de teléfono de una de las camareras que trabajó en el bistró en el turno de anoche. No recuerda haber visto a Philippe Goazou en el bar, a pesar de que lo conoce, pero dice que preguntará a sus compañeros.

Goazou y su amigo habían mentido de forma flagrante al afirmar que no habían abandonado la mesa ni un momento. ¿Por qué, si había sido algo inocente, no lo habían admitido?

—Labat, interroga a fondo a los dos cuentacuentos. —Era el encargo adecuado para el inspector, sobre todo con el humor que se gastaba en esos momentos—. Sobre ayer por la noche y todo lo demás. E investigue las coartadas de esta mañana. Sin piedad.

Una sonrisa torcida asomó en la cara de Labat.

—Será un placer. ¿Ahora mismo?

—Ahora mismo. Llévase consigo a un par de agentes.

Dupin se había prometido a sí mismo que en este caso solo permitiría investigar a sus inspectores si iban acompañados.

Labat se marchó muy satisfecho.

—Le Ber, ¿qué hay de los temas de los últimos encuentros de la junta de los que quería hablar anoche, bueno, en realidad, hace un rato?

—El año pasado trataron sobre el tema de la fuente, uno de los más controvertidos en el contexto artúrico. Es sobre la existencia de posibles textos originales. Wolfram von Eschenbach, el mayor poeta artúrico junto con

Chrétien, claro está, menciona siempre en sus libros a un autor llamado Kyot, en cuyas historias dice inspirarse. —Le Ber estaba en su elemento—. Y Chrétien habla expresamente de un libro muy antiguo sobre el Grial que le entregó el conde Felipe de Alsacia. Es seguro que Chrétien se sirvió sobre todo de leyendas celtas transmitidas de forma oral durante siglos, y no de las inglesas que...

—¡Le Ber! Ya lo hemos entendido. ¿De qué trató el encuentro anterior?

—De las ubicaciones del Grial. Los lugares literarios, históricos, arqueológicos... La fuente Chalice Well en Inglaterra, una casa señorial de Gales, una iglesia de Génova, otra de Valencia —Le Ber, la enciclopedia andante—, el monasterio de San Juan de la Peña y el castillo de Montségur, en el sur de Francia. La cuestión planteada eran las relaciones que podía haber.

Si el primer tema a Dupin ya le había parecido bastante abstracto, el segundo le pareció absolutamente fantástico.

Le Ber adivinó el pensamiento de su jefe.

—No se lo imagine como en las películas de Indiana Jones. Es un discurso académico interdisciplinario de enorme calado.

Aquel comentario de Le Ber no sirvió para concretar las figuraciones de Dupin.

—¿Existe entonces...?

El comisario se interrumpió. Con un gesto rápido sacó el manual de instrucciones. Se dio cuenta de que había tomado muchas notas. Le Ber y Aballain lo miraron con curiosidad mientras él lo hojeaba.

¿No lo había apuntado?

—Maldita sea, yo... —¡Ahí estaba!—. Lo tengo: San Juan de la Peña. El monasterio de España. Es considerado como uno de los emplazamientos más prometedores del Grial. —Le Ber asintió con vehemencia—. Guivorch tenía un libro al respecto sobre su escritorio en el barco.

Había bajado la voz. Resultaba disparatado, pero de todos modos...

A Le Ber le brillaban los ojos.

—¿Cree usted —intervino Aballain con expresión preocupada— que en realidad estamos buscando el Santo Grial? Quiero decir... —se interrumpió y, exasperado, lo intentó de nuevo—, ¿significa esto que usted cree que los investigadores andaban detrás del Santo Grial? ¿Y que por lo menos uno de ellos lo ha encontrado?

Esas frases quedaron suspendidas en el aire sin obtener una respuesta inmediata. En medio de aquella niebla, las palabras adquirían un tono

especial. Durante un rato ninguno de los tres reaccionó.

—Es absurdo —dijo Dupin al fin.

¿A qué reflexiones grotescas se había dejado llevar? Necesitaba más cafeína. Tener la cabeza despejada.

—Picard y Guivorch. —Le Ber se esforzó por adoptar el tono más objetivo posible—. Los dos participaron en unas excavaciones en España.

—¿De verdad?

—No eran proyectos suyos. En el caso de Picard fue hace siete años; en el de Guivorch, seis.

Se hizo un silencio confuso.

—Vale, sigamos. —Dupin quería cambiar de tema—. ¿Qué más hay?

—Yo puedo quedarme aquí y esperar a la policía científica y al forense. Y me encargaré de coordinar a los agentes —propuso Aballain.

—Nosotros —Le Ber miró a Dupin— deberíamos hacer al menos tres cosas urgentes: esperar a la señora Noiret, ocuparnos de la cripta y de los objetos guardados en ella y hablar de nuevo con todos los sospechosos.

—Quiero que...

Dupin no acabó la frase.

Le acababa de venir a la cabeza otro asunto que quería preguntar a Le Ber. Una cuestión derivada de la conversación que había mantenido con Jean Odinot cuando este le sacó del sueño y las neuronas de Dupin aún no estaban activas.

—Le Ber, ¿le dice algo un lugar llamado Averwitch, o algo así? —El nombre era muy complicado, tanto como si fuera bretón—. En Inglaterra. Seguramente al suroeste. Supongo que no muy lejos de South Cadbury, donde vivía Gustave Laurent. Algo así como... ¿Aver-wi?

—¿Aberystwyth?

—Eso es. Sabemos que Laurent viajó allí en un par de ocasiones durante su estancia en Cadbury.

—Es una zona turística de la costa. Y también es el centro de la cultura galesa, una de las mayores sociedades celtas de hoy en día.

Las seis naciones celtas del escabroso extremo noroccidental de Europa, el lugar donde, como Dupin sabía de memoria, se habían replegado los últimos sucesores de la cultura celta, otrora inmensa y que había dominado todo el continente, era otra de las especialidades de Le Ber.

—En Aberystwyth se encuentra además la universidad más importante de Gales. El príncipe Carlos estudió en ella. ¿Es posible que Laurent tuviera

contacto con la universidad? Seguro que tienen un gran departamento de Arqueología. Espere un momento, lo consultaré.

Le Ber ya tenía el móvil en la mano. Escribió con rapidez en la pequeña pantalla.

—¡Ya lo tengo! Historia, Genealogía y Arqueología. Universidad de Aberystwyth.

Era una buena explicación. Una lástima. De nuevo, una pista menos.

—¿Le parece que intente averiguar si mantenía contacto con alguien de allí?

Una misión que tuviera que ver con una de las seis naciones celtas hermanas era absolutamente del gusto de Le Ber. En uno de sus casos tuvo que viajar hasta Escocia, y todavía hoy esa era una de sus historias favoritas.

—Hágalo. Aunque no creo que sea necesario ir hasta allí. Bien, en cuanto a la cuestión anterior... —Tenían que avanzar—. Los quiero ver a todos. No solo a los académicos, sino también a la señora Cadiou y al cuentacuentos. Y al amigo de este.

Y esta vez, en ese encuentro, las cosas irían de forma muy distinta al día anterior. A Dupin se le acababa de ocurrir la idea, pero le gustaba. Se limitaba a seguir una intuición, aunque creía que podría obtener algo tomando esa medida. Además, por una vez podría dejar salir toda su rabia. Delante de todos.

—¿Con las dos... —Aballain vaciló—, las dos viudas? ¿De verdad quiere ponerlas en esa situación?

—Con las dos, sí.

Había mucho en juego. Necesitaban indicios concretos. Resultados.

Le Ber no parecía en absoluto asombrado por la idea de Dupin. Conocía bien a su jefe.

—¿Y dónde quiere que los reunamos?

Lo más lógico sería el hotel, pero, por algún motivo, esa idea no le agradaba a Dupin.

—Podríamos hacerlo en nuestra comisaría, aquí, en Paimpont —propuso Aballain con buena intención. No conocía la tremenda aversión de Dupin a los edificios públicos.

—¿Y esa cafetería de la calle principal? —propuso el comisario. Tenía que admitir que también había considerado que así se aseguraba el suministro de café—. ¿Le Brécilien? ¿Ahí?

Aballain tenía el asombro escrito en la cara. Se recuperó con rapidez.

—A esta hora suele estar bastante concurrida.

Una objeción importante. Dupin consultó su reloj.

—En tal caso, iremos a la oficina de la señora Cadiou. Allí están colgados todos los planos del parque artúrico.

Sí. Eso podía ser interesante.

—Inform...

Aballain fue interrumpido por un «Caballeros, buenos días» expresado en un tono alegre, del todo inadecuado. El forense se abrió paso hacia ellos a través de la niebla seguido por el equipo de la científica, que parecía no haber dormido mucho.

Para Dupin, eso significaba que había llegado la hora de marcharse. Pero en ese momento surgieron de la niebla dos figuras más.

La señora Noiret y un gendarme.

—Aballain —le dijo al coronel—, convoque a todos a las nueve y cuarto.

Era poco tiempo, pero era preciso avanzar a cualquier precio.

Dupin se separó del grupo y se dirigió hacia la señora Noiret.

—Así pues, ¿salió del hospital a la 1.25 y llegó al hotel sobre la 1.45?

Los primeros diez minutos fueron terribles. La señora Noiret se derrumbó al ver el cadáver. Le Ber tuvo que sostenerla durante un rato. Y eso que ella intentó evitar con todas sus fuerzas que ocurriera tal cosa. En un esfuerzo casi sobrehumano, procuró mantener la compostura. Había sido horrible presenciar todo aquello. Y aún le seguían rodando las lágrimas por las mejillas. La señora Noiret llevaba una camiseta ancha de manga corta que no parecía ser de su estilo, pero en la que cabía el vendaje que le envolvía el hombro. Encima se había puesto una chaqueta de punto.

Dupin se alejó con ella un poco del lugar del hallazgo. Para entonces se había levantado un vientecillo ligero; los impenetrables velos de niebla se deslizaban justo por encima del suelo y se les acercaban. Le Ber y Aballain ya estaban ocupados en sus cometidos.

—Sí. A las dos menos cuarto.

Hablaba con voz fina y rota. Casi era un susurro.

—¿Y se acostó directamente? ¿Se tomó un somnífero?

—Valium. Me acosté enseguida.

—¿Vio a alguien al llegar al hotel?

—El portero de noche, en recepción. Fue muy amable y nos acompañó

hasta arriba.

—¿Nadie más?

—No.

—¿Y luego su marido se fue a su habitación?

A la vista de las circunstancias, aquella era una pregunta muy dolorosa para la señora Noiret. Pero Dupin tenía que hacerla.

—Yo... —Parecía que quería añadir algo, pero por fin lo resumió todo con un «sí».

—¿Dónde se despidieron?

—Él me acompañó a la habitación. Después el portero se fue y nos... — hizo una pausa más larga— dimos las buenas noches.

—Y en su estado, ¿su marido no quiso quedarse con usted?

Aquello resultaba incomprensible para Dupin.

—Yo tenía que dormir. Estaba agotada. No tenía sentido que se quedara conmigo. De hecho, no habría podido hacer nada. Solo habría conseguido dormir mal.

Pero tal vez no hubiera salido a correr. Ni hubiera sido asesinado, quiso añadir Dupin.

—Esperó a que yo estuviera acostada y apagó la luz al marcharse.

—¿Le habló de sus planes de salir a correr a primera hora de la mañana?

—No, pero es algo que hace siempre que puede. Al menos tres veces a la semana. Su médico se lo ha recomendado. Además, le ayuda a estar concentrado. Él... —Su voz y su mirada se quedaron sin fuerzas. Dupin temió que fuera a derrumbarse de nuevo. Por precaución la sostuvo.

—Tranquilícese.

Ella se recobró.

—Y los demás, quiero decir, los miembros de la junta, ¿sabían que su marido salía a correr?

—Sí. —Lo pensó de nuevo—. Sí, seguro que sí.

—¿Siempre salía por la mañana, a la misma hora?

—No siempre. Pero sí la mayoría de las veces.

—En su opinión, ¿le parece que alguien podría contar con que él saldría esta mañana?

De hecho, ya había respondido a esa pregunta. De todos modos, la señora Noiret parecía algo insegura.

—Sí, creo que sí.

—¿Sabe si alguien más del grupo corre?

La señora Noiret lo miró desconcertada. Luego respondió:

—En estos encuentros, Cadiou y mi marido a veces salían a correr juntos.

Sí.

—¿Usted también corre?

—Una o dos veces a la semana.

—Señora Noiret... —Dupin se calló de pronto y la miró fijamente—.

¿Por qué usted ha sido agredida y su marido asesinado? ¿Por qué motivo?

—¿Cómo dice?

También la señora Noiret se calló.

—Todo esto es una tragedia. ¿Querría decirme de una vez lo que está ocurriendo?

Dupin tenía la certeza de que ella le estaba ocultando algo, que conocía el fondo del asunto, o por lo menos tenía una idea.

La señora Noiret no se mostró sorprendida ni enojada.

Tan solo esa profunda y triste desesperación empezó a dar signos de ir en aumento de nuevo. Con gran esfuerzo logró impedir el desvanecimiento que por un instante parecía anunciarse. Inspiró profundamente.

—No lo sé. De verdad que no.

—¿Qué es lo que le impide contarme toda la historia, señora Noiret? — Dupin se esforzaba mucho por mantener la calma, aunque no lo estaba consiguiendo. Tal vez debería ser más incisivo—. ¿Por qué lo hace? Usted misma acaba de sufrir un intento de asesinato, y cabe la posibilidad de que lo intenten de nuevo. ¿Lo entiende? ¡Su vida corre un grave peligro! Se lo digo de verdad, señora Noiret. De verdad.

Todo lo que había dicho era cierto.

La señora Noiret tragó saliva. Dupin reparó en el gesto a pesar de que ella intentó ocultarlo. De nuevo tuvo la impresión de que estaba a punto de hablar. Decirle lo que sabía. Parecía debatirse consigo misma. Pero tal vez él lo estuviera interpretando erróneamente.

Le dio tiempo. Seguían quietos en el mismo sitio. Rodeados por unas nubes de niebla en las que se perdía la mirada fija de la señora Noiret. A Dupin le pareció que la niebla se desvanecía un poco. Era más luminosa y las grandes brumas, algo más blancas.

De pronto, la señora Noiret empezó a andar. Él la siguió de mala gana. Luego ella se dio la vuelta y desanduvo lo andado. Seguía sin decir nada.

Tal vez, se dijo Dupin, solo necesitaba un poco más de tiempo. Estaba muy alterada. Y eso considerando que su hipótesis fuera cierta, es decir, que

ella realmente supiera algo. Que todos, el grupo entero, sabían algo. No solo el asesino. Dupin lo habría jurado, sí, pero también se había equivocado otras veces.

—Yo —empezó ella. Dupin casi contuvo la respiración—. Yo... —Se calló—. No puedo más.

Fue lo único que dijo.

El comisario apenas pudo entender la frase, que ella prácticamente había susurrado. Siguió otra:

—Me gustaría estar sola.

Dupin la miró de soslayo, examinó su expresión con todo el detenimiento que le fue posible. Se resistía a dejarla tranquila; tenía la sensación de que estaba muy cerca de lograr un avance significativo.

Entonces sonó su móvil. En el momento más inoportuno.

—Disculpe, señora Noiret, tengo que responder.

Era Aballain. No podía estar muy lejos.

La señora Noiret asintió y siguió caminando. Dupin se dio la vuelta.

—¿Sí?

—La estudiante que trabaja en el castillo ha recordado que ayer por la noche, a las nueve menos diez, vio al señor Denvel saliendo de la habitación de detrás de la librería. De la sala donde...

—¿... donde se encuentra el acceso a la cripta? ¿Y ahora se acuerda?

Dupin habría gritado con todas fuerzas.

—Así es.

—¿A qué hora terminaron Le Ber y Labat los interrogatorios arriba, en el salón de los caballeros?

Lo tenía apuntado. Sacó la libreta.

—A las ocho y media. —Aballain se le adelantó.

—Eso significa que Denvel bajó a la cripta justo después de que hablaran con él.

—Exacto. Y Le Ber y Labat no lo vieron porque seguían en el despacho de Cadiou.

—Dígale a la estudiante que es fabulosa. Un poco lenta, pero fabulosa.

Por fin. Era lo que necesitaban.

Denvel había ocultado aquel detalle decisivo. Y podían demostrarlo. Además, esa maniobra era de lo más sospechosa. Les diera la explicación que les diese, eso le incriminaba de forma clara.

—¿Cree usted que Denvel manipuló algo ahí abajo? ¿En la segunda

puerta y en la viga?

Dupin notó un estremecimiento en la espalda.

—Yo... —No dijo nada más.

No podía descartarse. Denvel no era arqueólogo, pero podía saber cómo manipular una estructura de ese tipo. Además, ya había otro arqueólogo en el grupo: ¡Guivorch!

—Quiero verlo. —Dupin se restregó las sienes—. Quiero hablar con Denvel. De momento, a solas: él y yo.

Dupin avanzó por la niebla sumido en sus cavilaciones.

—Entonces ¿aplazamos la gran reunión?

—Eso es. Media hora. Que sea a las diez menos cuarto.

—De acuerdo. Hay otras noticias interesantes. El coche de Guivorch ha sido visto esta mañana sobre las seis y media en la entrada de Paimpont.

—¿Cómo?

Otro detalle de considerable importancia.

—¿Quién lo ha visto?

—Uno de los dos agentes que estuvo haciendo guardia durante la noche en la entrada de la residencia de los Cadiou. Acababa de terminar el turno y se iba a su casa. Él conoce a Guivorch. Y cuando se ha enterado del asesinato de Terrier, ha informado.

Fabuloso. Las coincidencias felices, necesarias incluso para el mejor detective.

—¿Qué hacía Guivorch a esa hora en Paimpont? Seguro que no se acostó antes de las cinco.

—Eso si es que llegó a hacerlo.

—Por cierto, ¿se sabe algo de su cocina y de los planos del edificio de su portátil?

Aquello se le había ido por completo de la cabeza: aún no le habían dicho nada sobre la inspección de los gendarmes a la casa y al barco donde vivía Guivorch.

—Ah, sí. Han informado esta mañana a primera hora. Guivorch, en efecto, está ampliando la cocina y el parterre de su casa. Ha mostrado a los agentes los planos de la renovación, los bocetos. Además, en el barco se ha mostrado cooperativo y les ha entregado el portátil para que se compruebe su... —Aballain vaciló— tesis. No hemos encontrado ningún plano en él. Esto, claro está, no significa nada —se apresuró a añadir—. Solo un experto podría ver, dado el caso, lo que Guivorch hubiera borrado. Y si Guivorch sabe lo que

se hace, ni siquiera un experto.

Dupin esperaba otras noticias. Datos incriminatorios.

—Tengo que hablar con él.

—¿Antes o después de la gran reunión?

—Antes.

—Así pues, la reunión —Aballain se lo tomó bien— será a las diez y cuarto. Por prudencia, diré a las diez y media.

—De acuerdo.

—¿Dónde quiere encontrarse con Denvel y Guivorch?

—En un sitio que les incomode.

—¿Perdón?

Ese era uno de los métodos especiales de Dupin. Lugares poco habituales para conversaciones e interrogatorios serios. Y a ser posible, que se ajustaran a sus propios intereses.

—Tal vez en el café Le Brécilien haya un rincón tranquilo, por lo menos para dos personas.

—¿En serio?

—En un cuarto de hora. Primero Denvel; luego, treinta minutos después, Guivorch.

—Vale. Y después quizá la señora Bothorel, que...

—¿Por qué...?

A Dupin le cayó una gran gota de agua en la cara. ¿Acaso la niebla se había convertido en lluvia?

—¿Comisario? ¿Ha pasado algo?

—Es solo que está empezando a llover —dijo Dupin tranquilizándolo—. ¿Qué pasa con la señora Bothorel? ¿Por qué debería hablar con ella aparte?

—Sabemos que esta mañana temprano ya estaba despierta. Una de las empleadas del hotel que preparaba el desayuno la ha visto descorrer las cortinas de la habitación en torno a las seis y cuarto.

Era el tipo de observaciones que aparecían siempre después de acontecimientos trágicos. Por lo general, no solían ser relevantes. Eso, por un lado. Pero claro, en ese caso podía no ser así. Dupin, defensor acérrimo de una atención obsesiva a todo aquello de apariencia intrascendente, también lo había experimentado.

—De todos modos, sabemos que esta mañana a la hora en cuestión ella ya estaba despierta.

Aballain no cedía con facilidad.

—En cualquier caso, creo que será suficiente con verla durante la reunión. ¿Alguna otra novedad?

Dupin quería hacer muchas cosas. Debía darse prisa.

—Eso es todo de momento. Pronto volveré a hablar con usted.

El comisario se despidió y regresó a grandes zancadas a la escena del crimen.

Le cayó encima otra gruesa gota de agua. Y una tercera.

Dupin tenía la esperanza de que la niebla, al retirarse, daría paso a un intenso cielo azul.

Aceleró el paso y buscó con la mirada a la señora Noiret. Tal vez consiguiera alcanzarla.

Al cabo de un rato, asomaron en la niebla las siluetas de varias personas. Los expertos de la científica y el forense seguían trabajando.

¿Dónde estaba la señora Noiret?

Se acercó a uno de los gendarmes.

—¿La señora Noiret ha pasado por aquí?

—Solo la he visto cuando estaba con usted, hará unos diez minutos...

Eso no servía de nada. Dupin siguió andando a toda prisa hacia la carretera, donde estaban los coches.

—Por cierto, han venido cuatro periodistas —oyó decir a sus espaldas—. Los hemos echado y hemos acordonado todo el camino de peatones, que ahora es zona policial.

—¡Bien hecho! —le gritó Dupin al gendarme sin darse la vuelta. Se preguntó dónde estaban todos.

—¿Le Ber? ¿Coronel Aballain?

—¡Aquí, aquí, señor comisario!

Aballain asomó por detrás de una curva.

—Estoy organizando... —empezó a decir.

—La señora Noiret. ¿Ha pasado por aquí? ¿La ha visto?

—No, pero tampoco he prestado atención a la gente.

Aquello era terrible. Dupin se estaba poniendo muy nervioso. Se había prometido que no iba a perder a nadie más. Para él, el asesino era capaz de cualquier cosa, incluso ahí mismo, muy cerca de su última víctima, en un lugar repleto de policías.

—¿Señora Noiret? —Gritó varias veces a pleno pulmón—. ¿Me oye? —No obtuvo respuesta—. ¡Venga conmigo!

Recorrió el camino a paso rápido seguido de Aballain.

—Señora Noiret...

El teléfono de Dupin empezó a sonar. Se quedó mirando el número.

Jean Odinot. No podía ser más inoportuno.

—¿Sí?

Dupin siguió sin aflojar el paso, con Aballain detrás.

—No parece que fuera un asesinato. Acaban de terminar los primeros análisis y pruebas.

Gustave Laurent. La exhumación.

—No se han hallado ni las sustancias ni los venenos habituales capaces de provocar un fallo cardíaco. Por supuesto, podrían haberle suministrado sustancias menos comunes, pero eso exigiría tener acceso a compuestos y métodos especiales... No me parece que ninguna de las personas en cuestión disponga de conocimientos farmacológicos ni toxicológicos especiales, ¿verdad?

—No, por lo que sabemos.

—Esto significa que posiblemente fue una muerte natural.

Jean parecía casi decepcionado.

—¿Se realizarán más pruebas?

También Dupin, por instinto, había dado por hecho que se trataba de un asesinato. Pero de momento, para la investigación que estaba haciendo allí sobre el terreno, no importaba cómo había muerto Laurent.

—Por supuesto. Los he presionado muchísimo. Y quiero excluirlo todo, al mil por ciento. Te llamo en cuanto tenga novedades.

—Hazlo.

Dupin se metió el móvil a toda prisa en el bolsillo del pantalón. Al instante empezó a gritar a pleno pulmón:

—¡Hola! ¡Señora Noiret!

No la encontraron.

Y encima, el viento arreció y empezó a llover con fuerza. En ese momento estaban junto al coche de Dupin.

—¿Dónde puede haberse metido? —Le costaba mucho conservar la calma—. Es increíble.

Aballain parecía tan nervioso como él.

—Daré aviso a un par de agentes.

Ya tenía el móvil pegado a la oreja, y un momento después estaba dando órdenes escuetas y concretas.

Tal vez exageraban. Era posible que con la niebla, la señora Noiret hubiera pasado por la escena del crimen sin darse cuenta. Tal vez había decidido regresar al hotel a pie. De todos modos, aunque realista, esa posibilidad no lograba tranquilizar a Dupin. En cualquier caso, no podían ponerse histéricos.

—Tengo que ir a la cafetería —dijo Dupin con esfuerzo—. A hablar con Denvel.

—Es posible que él se retrase un poco, comisario.

Tanto mejor. Necesitaba con urgencia hablar con Nolwenn.

—Infórmeme si surge algo, Aballain.

Dupin abrió la puerta del Citroën y se dejó caer en el asiento del conductor. Eso ya era motivo suficiente para no deshacerse del coche; ningún modelo nuevo tenía un asiento tan cómodo, por elegante que fuera. Arrancó el motor.

Cinco minutos más tarde volvía a girar la llave en sentido opuesto y apagaba el vehículo.

Se encontraba en el aparcamiento que había justo al lado de la abadía. Bastaba con doblar la esquina para llegar a la cafetería. No muy lejos de allí estaba la oficina de la señora Cadiou. Sin duda, ella habría sido informada de que en sus instalaciones se iba a celebrar una reunión de varias personas.

La lluvia se había convertido en un chaparrón. Un auténtico aguacero. Uno de los distintos tipos de lluvia existentes en la Bretaña, en total una docena. Era como si se hubiera desatado un diluvio. En pocos metros, Dupin estaría empapado hasta los huesos.

Tras apearse a toda prisa del coche, mientras hurgaba con la llave en la diminuta cerradura, su móvil comenzó a sonar. Era Aballain.

—¿Sí?

—¡La hemos encontrado! ¡La señora Noiret! Está en el hotel.

Dupin se sintió aliviado. Profundamente aliviado.

—¿Adónde ha ido?

—Se ha marchado a pie. Al parecer, ha pasado delante de todos sin que nos diéramos cuenta a causa de la niebla.

Justo lo que él había supuesto.

—En ese caso, hasta luego. —Salió corriendo.

Cuando abrió la puerta de Le Brécilien, llevaba mojados hasta los calcetines. En la cafetería reinaba un ambiente cálido y una atmósfera agradable; cerró la puerta tras de sí.

La hora punta de la mañana estaba tocando a su fin. La mayoría de los clientes tomaban café apostados junto a la barra. Al fondo del local, todas las mesas estaban libres.

Como era de esperar, Denvel todavía no había llegado.

Aquello le daba tiempo para tomar un primer café. Y para llamar a Nolwenn.

—*Bonjour*, señor! ¡Ha vuelto usted! Parece que le gusta el sitio.

Era la simpática mujer con quien había estado charlando el día anterior. La que le sirvió vino por error.

—¡La que se ha liado! ¡Creo que en el bosque no se había derramado tanta sangre desde la Revolución! —prosiguió—. ¡Un tercer asesinato! Y antes, a punto estuvo de haber otro. Y apenas a unos metros de nosotros.

También ella estaba al corriente de todo.

—¿Se ha enterado por la radio?

La pregunta le salió sin pensar.

—¡Por la televisión! —Señaló con la cabeza la pantalla que colgaba sobre la barra. Tenía sintonizado el canal de TV Rennes 35. Unas imágenes borrosas del bosque en la bruma comentadas de forma escueta por una voz aguda y nerviosa. Filmadas con cámara de mano. Parecía una película de terror. En ese instante mostraban el sendero en el que yacía el cadáver de Terrier.

—También han enseñado una imagen de su esposa. Y de los otros académicos. Catedráticos de toda Francia.

Dupin no estaba con ánimos para dar más conversación. Ni tenía tiempo para eso.

—Dos cafés, por favor.

—Enseguida.

—Me sentaré ahí atrás...

De nuevo sonó el móvil.

Ahora era Nolwenn. Contestó al instante.

—¿Sí?

—He encontrado algo, señor comisario. —Hizo una breve pausa y siguió —: Todos se han presentado para ocupar la plaza, recién creada, de director del Instituto de Investigación Artúrica de París, una institución de prestigio internacional. Todos menos la señora Bothorel. Se trata de la cátedra del mítico profesor Victor Denvel, una eminencia de los estudios artúricos. El marido fallecido de la señora Bothorel. Al parecer, obtener esa cátedra viene

a ser como alcanzar el Santo Grial de la investigación artúrica.

Dupin no daba crédito a sus oídos. Intentó ordenar sus ideas.

—Victor Denvel era el padre de Marc Denvel. Murió hace algo más de dos años, que prácticamente es el tiempo que ha tardado en salir la convocatoria para ocupar su vacante. Todo indica que ese es el período de tiempo normal; al parecer, en la universidad las cosas de palacio van despacio. —Al igual que Dupin, Nolwenn, por naturaleza, no soportaba la lentitud—. El plazo de inscripción se abrió en abril y se prolongará hasta septiembre; luego, en noviembre se celebrará la primera «audición». En ella se invita a una selección de los solicitantes para que den una conferencia. Como es natural, el registro de las solicitudes se tramita de un modo confidencial, por eso me ha llevado algo más de tiempo.

—¿Y cómo ha...?

Daba igual. Nolwenn tenía sus métodos. Siempre tenía sus propios métodos. Y, por regla general, era preferible que Dupin no supiera nada al respecto.

—Obviamente, el director no puede asegurar que no haya alguna filtración del comité de nombramiento. —Cómo no, ya se había anticipado a la siguiente pregunta de Dupin—. Ni tampoco si ellos sabían de la solicitud de los otros.

—¿Y Picard y el señor Cadiou? ¿Ellos también se presentaron?

—Sí, también.

—¿Y Gustave Laurent?

—No. Pero murió muy poco después de que se abriera el plazo de inscripción.

—Por cierto, en su caso todo apunta a una muerte natural. —Dupin casi se olvida de darle esa información, y eso que era importante—. Se están practicando algunas pruebas adicionales, pero la probabilidad de que se tratara de un ataque cardíaco es muy alta.

—Tanto mejor. De asesinatos ya vamos servidos.

Un breve silencio. El volumen de la televisión estaba alto.

—«En mi opinión —afirmaba un reportero—, desde luego es posible hablar ya de un asesino en serie. Sí.»

—Así que nuestros ilustres investigadores se presentaron todos a la misma plaza. —Dupin estaba pensando en voz alta—. Compiten entre sí por el puesto más importante de su especialidad.

—Exacto. Y por la máxima reputación. Además de un sueldo que no está

nada mal. Hablamos de unos quince mil euros al mes. Con varios ayudantes y, además, dos profesores adjuntos. Por otra parte, el director de este instituto tiene a su disposición unos fondos considerables para la investigación que puede asignar y distribuir a voluntad. Es un sueño, no para mí, pero sin duda lo es para otros.

—Ya veo.

La situación mejoraba por momentos. Y, de nuevo, nadie había mencionado nada de todo aquello.

—Hay quien mataría por algo así.

Un modo muy coloquial de decir las cosas.

—¿Usted cree?

Era evidente que se trataba de un puesto importante, mucho, pero ¿podía ser también motivo de asesinato?

—De hecho, hemos pillado a asesinos con motivos más fútiles. Es el motivo más poderoso que hay: el reconocimiento. En realidad, la falta de reconocimiento, lo que conlleva desprestigio social, humillación y ofensa.

Eso era cierto.

—Se están matando entre ellos. Uno empezó ayer por la mañana y desencadenó una escalada sangrienta. —Nolwenn se había puesto dramática—. También es posible que uno de ellos se haya propuesto eliminar a sus competidores. Tal vez esta sea la versión más plausible.

Dupin permaneció un rato en silencio.

¿Era esa la solución? Parecía lógica. Sin embargo, seguía sin resolverse la pregunta decisiva: ¿quién era el asesino? ¿Eran varios o uno solo? ¿Quién?

—Ahora tengo otro fantástico tema que tratar en nuestra gran reunión. Los veré a todos juntos. Primero a Denvel y a Guivorch por separado, y luego a todos a la vez.

Llegaron los cafés. Dupin se tomó el primero de inmediato.

—He conseguido acabar la mayoría de las tareas. Ese informe provisional que Guivorch presentó en el ayuntamiento y en Rennes sobre sus excavaciones en realidad no contiene nada interesante. Como hasta el momento las excavaciones no han arrojado ningún resultado, el informe tampoco.

—¿Habla de alguna pieza, piedras históricas, lápidas o cosas así?

Igual que el día anterior, el café era extraordinario. Dupin se tomó el segundo. Llevaba siete y el día acababa de empezar. Estaba en vías de batir un récord.

—Menciona una losa de setenta centímetros de largo de la que incluso él mismo alberga dudas de si está labrada y es pertinente. Está descrita como «irrelevante». Por lo demás, nada. De todos modos, fue llevada al castillo y debe de estar en esa cripta.

—¿Está en la cripta del castillo?

—Sí. En un ratito podrá verla allí. —Era evidente que Nolwenn no parecía muy impresionada por esa plancha de piedra. Dupin, en cambio, tenía curiosidad. De todos modos, Guivorch no la había mencionado—. Hay más. Sobre ese obrero forestal, el otro cuentacuentos. Tiene otros empleos. Hace sus pinitos como apicultor y a veces trabaja de mecánico. Alguna vez en el taller ha robado herramientas caras; en una ocasión, se llevó una motocicleta. He hablado con la comisaría de Plélan-le-Grand. Allí lo conocen. Pero hasta ahora en su ficha no consta ningún delito grave. Diría que es un delincuente de medio pelo.

—En todo caso, es el cómplice perfecto —resumió Dupin—. Y es posible que sea capaz de cometer otros delitos.

—Respecto a Goazou no tengo más. No tiene ficha abierta en la policía. Y aunque no hace falta decirlo, debo comunicarle también que la noche pasada los gendarmes que examinaron el pequeño edificio anexo de la iglesia del Grial no encontraron nada que llamara su atención.

Nolwenn, magnífica como siempre, seguía un procedimiento sistemático.

—Y, por último, solo para completar la información: en el Relais de Brocéliande la policía científica no encontró nada digno de mención.

—Gracias, Nolwenn.

—Por cierto, la prensa ha enloquecido por completo, pero seguro que usted mismo se dará cuenta. Creo que ya hay casi dos docenas de periodistas por la zona. Apostados, por si acaso, en los distintos lugares. Hoy la noticia saldrá en el telediario nacional de la noche. Yo...

—Denvel acaba de llegar. Tengo que colgar.

Dupin tenía la vista puesta en la puerta y vio entrar a la joven promesa de la investigación.

—¡Qué lástima! Le habría podido ofrecer un informe exhaustivo sobre las continuas llamadas del prefecto. Quiere saber si «al final» se celebrará en París una rueda de prensa como es debido. Y quién hablará además de él —añadió entre risas.

—Hasta luego, Nolwenn.

Marc Denvel localizó a Dupin enseguida. La expresión de su cara era

agradable: cortés, elegante, amable, sí, pero nada afectuosa. Ni cálida. «Aristocrática», esa era la palabra que le venía a la cabeza cuando lo observaba. Altivo, arrogante de manera natural e innata; todo un señor que no necesitaba ser desagradable.

—Buenos días. —Un amago de sonrisa; al instante, Denvel adoptó una expresión grave—. Soy consciente de que este no es el saludo adecuado para una mañana como la de hoy. Después de todo lo ocurrido. Va más allá de lo imaginable.

Se sentó delante de Dupin.

El comisario fue al grano.

—Ayer por la noche, tras hablar con mis dos inspectores, usted fue a la cripta del castillo y permaneció allí más o menos un cuarto de hora. Precisamente en la cripta donde luego mis hombres sufrieron un accidente que casi les cuesta la vida.

Habló de un modo especialmente provocador.

Denvel no esquivó la mirada penetrante de Dupin. Al contrario: la sostuvo sin dificultad.

—Había estado una vez en la cripta, hace dos años, con motivo de una visita guiada que se organizó. Tras la charla de ayer, me sentí tentado de volver a mirar algunas de las piezas recogidas. Por supuesto, eso es algo que no se puede hacer en un cuarto de hora. Imposible. Decidí hacerlo con más calma en otra ocasión. Con todo, esos quince minutos fueron fascinantes.

—Así pues, entiendo que usted tuvo ganas de examinar con detenimiento algunas de las piezas halladas y empleó quince minutos pero decidió volver en otro momento para examinarlas con tiempo y calma.

Denvel ni se inmutó ese incisivo resumen de Dupin.

—Fue un impulso del momento. La charla con sus inspectores me dio la idea. Casi había olvidado la colección de la cripta. Y eso que es realmente notoria. Hay, por ejemplo, una serie de inscripciones muy interesantes del período comprendido entre los siglos VII y IX.

—¿Como cuáles?

—Sobre los primeros reyes de la Bretaña. Unos monarcas poderosos y magníficos.

Si hablaba de forma tan abierta de todo eso, no debía de ser importante para el caso.

—¿Desea usted alguna cosa, caballero?

La camarera observó al nuevo cliente. Primero con escepticismo, pero de

pronto su rostro se iluminó:

—¡Pero si es uno de los investigadores!

Lo dijo como si Denvel fuera una estrella del rock.

Él sonrió con amabilidad.

—Un café también para mí, gracias.

—Ahora mismo. —Al cabo de un instante, había desaparecido.

—¿Qué es lo que le impulsó a bajar a la cripta del castillo?

Intentó utilizar sus mismas palabras.

—Nada en especial. Pero como historiador, y, en particular, como historiador profundamente interesado en la arqueología, es siempre un sueño poder admirar objetos originales de la época que uno estudia. Ya solo por el aura que proyectan. De hecho, la época sobre la que trabajo me resulta bastante abstracta. Muerta, en cierto modo. Todo se remonta a mucho tiempo atrás. Solo se conocen las crónicas, que a su vez suelen basarse en otras. Y entonces, de pronto, aquel mundo del pasado se manifiesta ante uno. En piezas sueltas, claro. Pero, con un poco de imaginación, se muestran como un todo.

Incluso su pasión era comedida.

—Señor Denvel... —Dupin acercó la silla un poco hacia delante y por un instante, se quedó sentado en el borde. Adoptó un tono informal—. ¡Cuénteme de qué va todo esto! ¿Qué pretende el asesino? ¿Qué pretenden todos ustedes? ¡Usted lo sabe! ¡Todos lo saben!

Dupin volvió a reclinarsse en su asiento.

—¿Es esa su hipótesis, señor comisario? ¿Que todos conocemos la historia en torno a la cual giran estos terribles sucesos?

Habló sin emplear un tono provocador, de forma mesurada, como si él mismo hubiera empezado a considerar interesante aquella tesis.

Denvel prosiguió:

—Solo puedo hablar por mí: no conozco esa historia. Creo que todo lo que está ocurriendo es una pesadilla confusa y siniestra.

Aquella era una descripción precisa del caso. Pero dicho por él resultaba increíble. Estaba resultando un hueso duro de roer. Nada de lo que decía tenía algo que en rigor pudiera sacarle de sus casillas; sin embargo, para Dupin cada frase era casi una provocación por su cinismo.

—Conozco, sin duda, un posible motivo. —Dupin clavó la mirada en Denvel; no se le iba a escapar ninguna emoción—. Un motivo que también tiene que ver con usted. Le gustaría dirigir el instituto del que su padre fue catedrático. El puesto más importante que existe en el mundo artúrico. —

Dupin retrasó el momento culminante—. Y todos los demás también la quieren. Todos han solicitado esa plaza.

Lo había logrado. Denvel había bajado la guardia. Por un instante se mostró perplejo. Por un instante minúsculo dejó de ser el dueño de la situación, y pasó a serlo Dupin.

De todos modos, Denvel no tardó en recuperar el control.

—Admito que estoy desconcertado. Por lo general, los procesos de solicitud de plazas universitarias están sometidos a la más estricta confidencialidad.

—Por lo general, los procesos de solicitud de plaza no están ligados a varios asesinatos. De algún modo, esto convierte la situación en algo extraordinario.

—Tiene razón. Por supuesto. No me malinterprete, me he quedado pasmado. En mi fuero interno me niego a aceptar que pueda haber una relación entre la ocupación de ese puesto y los asesinatos. ¿Lo cree de verdad? ¿Es posible que alguien mate, es decir, que alguien mate a tres personas, casi cuatro, y que además son colegas y que conoce desde hace tiempo, con el único objetivo de desbancar a sus contrincantes? Me parece una medida extrema.

—Si lo he entendido bien, esta plaza es la máxima confirmación de los méritos propios —añadió Dupin con la mirada clavada en Denvel—, o la máxima humillación, ante el mundo. Se trata de ver quién es nombrado caballero y quién no. Si me pregunta si eso es suficiente para cometer varios crímenes, le diría que desde luego que sí. —Denvel fingió que reflexionaba. Dupin no se lo creyó—. Además, para usted este asunto tiene una dimensión especial, ya que ocuparía la plaza de su padre, seguiría con la obra de su vida. Incluso podría superarlo.

Denvel seguía impasible.

—*Voilà!* El café para nuestro investigador. —La camarera dejó la taza al pasar.

Dupin insistió:

—¿No tenía ni idea de que los demás también se habían presentado al puesto, señor Denvel?

No mencionó a Sébille Bothorel. Así era más interesante.

—¿Mi madrastra también?

Lo preguntó en voz alta y firme. Por desgracia, eso no permitía una interpretación clara.

—¿Tenía usted noticia de las solicitudes o no?

—Por supuesto que no. En estos casos, en principio no me preocupo sobre quién se presenta a qué. En un proceso de selección siempre hay un imponderable, un elemento arbitrario. Las cosas son así. Si alguien hace depender su salvación de algo como esto, está perdido.

Dupin no se creía nada de lo que Denvel decía. Estaba seguro de que el investigador veía ese puesto como algo que le correspondía por derecho propio.

—Así que todos conocían todas las solicitudes.

Denvel enarcó las cejas.

—Entiendo que ponga en entredicho mis afirmaciones. No se lo reprocho. Realmente lo llevaba lejos.

—Es usted muy amable. Pero, créame, no me importa en absoluto.

Dupin sonrió.

Denvel pareció aburrido.

—Claro, lo entiendo. Soy uno de sus sospechosos. Creerme no es su trabajo.

—Así es, señor Denvel. Mi trabajo consiste en averiguar a quién creer y a quién no.

Dupin estaba harto de la disputa, aunque esta se desarrollara a alto nivel y fuera importante para hacerse una idea de la personalidad de Denvel.

—Veamos, ¿dónde estaba usted esta mañana, entre las seis y media y las siete?

—Estaba...

Dupin completó en su cabeza la frase: «durmiendo», pero Denvel le proporcionó otro final:

—... dando un paseo.

—¿Que estaba haciendo qué?

—No necesito dormir mucho. Siempre me levanto pronto. Desde niño. Me despierto a las seis menos cuarto. Todos los días. Luego, o me pongo a trabajar o doy un paseo. Da igual si estoy en casa o fuera, siempre sigo la misma rutina. Hoy he salido a pasear; creo que entre las seis y las siete. He tomado un café en la habitación y he salido. Y...

—¿Por dónde ha ido a pasear?

¿Se estaba burlando de Dupin? Estaba admitiendo sin ambages que se encontraba despierto a la hora en cuestión y que había abandonado el hotel. ¿Era esa una estrategia doblemente inteligente?

—Junto al lago.

—¿Por la zona donde la señora Noiret salió a pasear ayer?

—Supongo que sí. Aunque yo no sé por dónde paseó ella, y...

—¿Se ha encontrado con alguien?

Esta vez Dupin adivinó la respuesta correcta.

—No.

—Hay gente que a esas horas saca a pasear al perro; los madrugadores salen a correr... ¿Y usted no ha visto a nadie?

—Cuando he sabido lo del nuevo asesinato me he dado cuenta de que carezco de explicación para esto. Me figuro que usted sospechará de mí por culpa de un paseo del que no hay testigos. Lo he pensado a fondo, señor comisario, pero es inevitable. —Durante sus años como policía, Dupin se había acostumbrado a muchas cosas. Pero aquello era excepcional—. Mi intención era decírselo, desde el principio. De hecho, se lo había pedido a su colega, Aballain.

—¿Qué le ha pedido?

—Hablar con usted. Se lo he dicho cuando él me...

—Pero usted no ha intentado ponerse en contacto conmigo.

—No quería darme importancia. He pensado que después de lo ocurrido, sin duda tendría cosas más importantes que hacer. Y entonces su compañero me ha llamado.

—Yo... —Dupin se levantó de pronto—. Gracias, señor Denvel. Eso es todo. Estoy esperando a otro... invitado.

Denvel se levantó también, sin demostrar el menor asombro por aquel final tan brusco de la conversación.

—Su tiempo es valioso. —De nuevo, ese tono tan marcadamente comprensivo—. Es en interés de todos, y espero que logre desenmascarar cuanto antes al asesino. Me ha parecido entender que volveremos a vernos. Con más gente.

Dupin casi lo había olvidado. Por primera vez le había parecido captar en sus palabras cierta ironía.

Denvel giró sobre sus talones y se acercó a la barra.

Dupin vio al joven investigador pagar su consumición. No había tocado el café.

—¡Pues claro que soy yo, Labat! ¡Adelante, diga lo que tenga que decir!

Dupin estaba buscando una anotación en el manual de instrucciones del

Citroën cuando su teléfono volvió a sonar. El inspector Labat. Como de costumbre, empezó la conversación con la absurda pregunta de «¿Es usted, señor comisario?». Con todo, Dupin sonrió complacido para sus adentros: se sentía muy contento de que no les hubiera pasado nada a ninguno de los dos.

—De los cuentacuentos no hay mucho que rascar. Primero he hablado con Philippe Goazou y luego con Didier Boyard. Goazou asegura que en el bar solo estuvo echando un vistazo al periódico. Quería ver si ya se había anunciado el acto de protesta contra el parque.

—¿Y se le ocurrió a última hora de la noche, durante la cena? ¿A qué venía ese interés repentino?

—También se lo he preguntado. Y ha respondido que no había tenido ocasión en todo el día. Por culpa de, y cito sus palabras, todos los «incidentes». He hablado con otras dos camareras del turno de ayer por la noche. No recuerdan que Goazou se hubiera levantado y estuviera en bar. Así pues, solo lo vio la pareja.

—¿Por qué anoche no nos dijo que había salido? Si era algo tan inocente...

—Dice que no se le ocurrió que aquello fuera «salir», y además afirma que usted en realidad preguntó...

—Lo que yo pregunté... —Dupin zanjó el asunto. Eso no llevaba a ningún sitio.

—¿Y el otro?

—Sigue afirmando que no se levantó para nada, que permaneció todo el tiempo sentado a la mesa.

Dupin dejó oír un suspiro sonoro.

—Olvidémoslo, Labat. Vaya con Le Ber.

—Enseguida —respondió el inspector con su habitual tono resuelto.

Dupin dejó el móvil sobre la mesa y fue a coger su libreta de notas.

De pronto, la camarera apareció junto a él.

—¿Otro café?

—Tráigame, por favor... —Dupin empezó a preocuparse un poco por su consumo de café—. Tráigame un café con leche, con mucha leche caliente.

—Ahora mismo.

Y desapareció de nuevo.

Un momento después tenía al señor Guivorch junto a su mesa. Dupin no tenía ni la menor idea de cómo había logrado entrar en la cafetería sin que él se diera cuenta.

En sus labios se dibujaba su típica sonrisita pícaro. Con todo, unas considerables ojeras indicaban su falta de sueño. Incluso su rostro moreno parecía más pálido que el día anterior.

Guivorch hizo ademán de saludar, pero Dupin se le adelantó:

—Eso es lo que ocurre cuando uno se acuesta a las cinco de la madrugada y a las seis y media vuelve a estar al pie del cañón. Se acaba teniendo un lamentable aspecto cansado.

La sonrisa se amplió. Así era imposible echarle el guante.

—Al parecer alguien me vigila, o me protege. Sea lo que sea, me siento muy halagado.

Guivorch se sentó sin ser invitado. En el mismo asiento donde antes había estado Denvel. Aún debía de estar caliente.

—Al grano. ¿Qué hacía usted esta mañana en la entrada de Paimpont, a la hora en que su colega Terrier era asesinado?

—Iba a la oficina. Paso con el coche por Plélan-le-Grand y Paimpont. Cada vez que...

—¿Ha ido al castillo? ¿A su oficina? Entonces usted... —Dupin calculó — ha salido más o menos a las seis, lo que significa que se ha despertado a las cinco y media, pero ¿para qué? ¿Para estar en la oficina a las siete menos cuarto?

—Eso mismo.

Eso era una burla descarada.

—¿Qué tenía usted que hacer tan pronto en la oficina después de una noche como esta? ¡Señor Guivorch, me está usted tomando el pelo!

Dupin levantó la voz más de lo que quería. Notó que las miradas de los demás clientes se volvían hacia él con curiosidad. No le importó.

—Ni siquiera me he acostado. Tras noches tan largas como esta, dormir solo empeora las cosas. Llevo bien el dormir poco, o incluso nada, si es necesario. Además, le debo esta noche en vela a usted y...

—¿Por qué ha ido a esas horas a su oficina?

Dupin estaba enfadado: debería haber bloqueado el acceso a todo el castillo. No solo a la cripta. No se le había ocurrido. De todos modos, aquella noche había sido un caos absoluto.

—Con el lío de ayer por la noche, me dejé las llaves del barco en la oficina. —Una mentira no podía ser tan poco convincente—. Dicen que esta tarde hará buen tiempo. He pensado en cambiar de aires. La ventaja de...

—¿Por qué lleva las llaves del barco encima cuando va a la oficina?

—Las tenía en el bolsillo del pantalón. Al sacar algo, no sé qué, las dejé un momento sobre el escritorio. Y me las olvidé allí.

Entonces a Dupin se le ocurrió la pregunta más lógica de todas:

—¿Y no le hicieron falta cuando los gendarmes lo acompañaron al barco?

Lo había pillado.

—Es la llave del motor. Me refiero a la llave del motor. Es la que se necesita para poner en marcha el motor del barco. Solo para eso.

Era para volverse loco. Todo aquello era para volverse loco. Pero Guivorch sabía que Dupin no tenía por dónde pillarlo. Y, por desgracia, a pesar de todos los puntos que le incriminaban, no podía meterle en prisión preventiva.

—Usted no va a irse con el barco a ninguna parte —ordenó Dupin sin opción a réplica—. De momento se quedará donde está.

—No pensaba escaparme. Solo quería acercarme a Île-aux-Pies, que está a unos cientos de metros. Allí la pesca es mejor.

—Al llegar esta mañana al castillo, ¿no ha visto a ninguno de los gendarmes?

La pregunta relacionada, y mucho más importante para Dupin, era, por supuesto, si ninguno de los gendarmes había visto a Guivorch. Eso además confirmaría que Guivorch estaba a las siete en el castillo.

—He visto de lejos dos coches patrulla en el aparcamiento de visitantes, nada más. Yo, por mi parte, he aparcado como siempre, en el aparcamiento para empleados, y he usado la entrada posterior. Usted ya la conoce.

—Terrier ha muerto. —Dupin dejó de intentar contener su rabia—. Sin duda usted ha...

El teléfono. Justo delante, sobre la mesa.

Nolwenn.

Dupin se levantó de un salto.

—Espere aquí.

Salió a la calle.

—¿Sí?

—Tengo otra cosa interesante.

Aquello era un no parar. Nolwenn seguía repleta de energía.

—Paul Picard y el informe. Su nombre sí apareció en uno de los artículos sobre el parque, justo después de que la señora Cadiou enviara el informe al ayuntamiento. Se publicó una nota, aunque solo en las páginas de la edición

regional del *Ouest-France*. Pequeña, pero estaba. Si me lo pregunta, para mí es imposible que la señora Cadiou no lo supiera. O que se le pasara por alto.

Nolwenn tenía razón. Era muy poco probable. Por lo tanto, la señora Cadiou lo había ocultado a propósito por algún motivo. A su vez, eso significaba que, en teoría, cualquiera podía saber que Picard apoyaba el parque.

—¿Señor comisario?

Dupin estaba sumido en sus cavilaciones.

—Esto es algo muy interesante.

Sin embargo, no acababa de entender de qué modo el parque estaba relacionado con el caso. ¿Cómo tenía que ser la historia para que explicara todo lo ocurrido en las últimas horas? Muchas cosas encajaban a la perfección, pero otras no. Quizá solo faltara alguna pieza de aquel rompecabezas.

—No tengo nada más, señor comisario.

Nolwenn puso fin a la conversación.

Dupin aún tenía el teléfono pegado a la oreja cuando volvió a sonar. Contempló la hermosa plaza frente a la abadía. El saledizo de una de las grandes ventanas del café le protegía de la lluvia, pero el aguacero seguía cayendo. El viento había amainado.

—¿Diga?

—Al habla Aballain. Tengo unas noticias fabulosas. —Casi le temblaba la voz—. ¿Está preparado?

—¡Hable!

Como antes con Nolwenn, Dupin tuvo que pegarse el móvil a la oreja y hablar casi a gritos a causa del estrépito de la lluvia.

—Se registraron varias losas. Me refiero a la excavación de Picard. En las últimas dos semanas. No muchas. Cinco, al parecer.

—¿Qué?

—Tal y como usted nos pidió, hemos examinado el catálogo de depósitos arqueológicos. Y nos hemos centrado en las novedades. La secretaria del Centro, que de hecho es la del director y está de vacaciones, suele ocuparse de ello y lo documenta en la carpeta que vieron Le Ber y Labat la noche anterior. Sin embargo, eso solo son copias impresas de una base de datos que ella administra en su ordenador. Cuando los agentes han podido hablar con la secretaria, les ha dicho que la semana pasada llegaron un par de losas de gran tamaño que todavía no ha podido catalogar, pero que le dijeron que no eran

muy importantes.

—¿Quién dijo eso? ¿Picard?

—Los dos ayudantes de la excavación al cargo de los trabajos preliminares. Ellos fueron quienes las llevaron allí.

Sin darse cuenta, Dupin dio un paso hacia delante y la lluvia lo mojó. Retrocedió de nuevo.

—Aún hay otra cosa, comisario. Una nadería, pero que podría encajar.

—¿Y bien?

Aballain lo tenía en vilo. El coronel ahondó en lo que Dupin estaba pensando, aunque hablaba de forma desapasionada.

—El profesor Picard asistió al inicio de los trabajos preliminares de la excavación. Hace dos semanas. —¿Sería eso la clave? ¿Se trataba de las excavaciones?— Sospecho que encontraron algo. De forma casual. Un objeto de gran valor, aunque tal vez solo tenga un valor académico e intelectual. Pero tan significativo, que alguien mataría por él.

—Y tan significativo —Dupin se limitó a expresar lo que intuía; los dos acontecimientos estaban relacionados de un modo fabuloso— que su descubrimiento aseguraría la cátedra más importante de la investigación artúrica.

—De forma que asesinar tendría premio doble.

En efecto.

—Es de locos. —Dupin tomó y soltó aire—. De locos.

De ser cierto, sería descabellado. Aunque eso, en aquellas circunstancias, era lo de menos.

—Esto también explicaría —Dupin siguió con su reflexión— lo que Denvel andaba buscando en la cripta.

—Y los planos que miraba Guivorch. Es decir, que todos los investigadores tenían conocimiento del hallazgo. Eso confirmaría su sospecha de que todos conocen la historia y que nadie la quiere contar.

—Exacto.

Dupin se acordó entonces de que Guivorch seguía en la cafetería y lo estaba esperando.

—Bien, Aballain, muy bien. Informe a Nolwenn, Le Ber y Labat. Tal vez a ellos se les ocurran más cosas.

—Ahora mismo.

—¿Dónde están esas cinco losas?

—Siguen en la cripta. He dado órdenes a la policía científica para que

las examine. Ya están en ello.

—¿Qué son exactamente?

—Unas piedras labradas de tamaños distintos. Aún no las he visto.

—Deberíamos verlas pronto. Y también la que tiene forma alargada de la excavación de Guivorch. —No tenía más información sobre ella—. Nos vemos en la oficina de la señora Cadiou.

—Solo una cosa. He hablado con el responsable del equipo de rescate de ayer por la noche. Le he preguntado si cabía pensar en una manipulación de la cavidad.

¡Qué bueno era! Dupin sintió una gran simpatía por el coronel.

—¿Y bien?

—Según él, sería posible si se tratara de alguien experto y con mucha experiencia. Cree que en determinadas circunstancias, un arqueólogo competente también podría hacerlo. Pero, de todos modos, no deja de ser una intervención muy compleja y muy peligrosa. Nadie es capaz de valorar con exactitud el estado de unas construcciones tan antiguas. En cualquier momento uno puede convertirse en víctima de la propia manipulación.

Otra de las características de este extraño caso: todo lo que en algún momento parecía haber concluido, volvía a asomar. Y de forma más apremiante.

—¿Se podría demostrar?

—Solo si en las tareas de desescombro se encontrase una viga recién aserrada o algo parecido. Si no es así, no.

La lluvia parecía arreciar. Eso era algo que también se aprendía en la Bretaña: siempre podía llover con más fuerza, aunque pareciera imposible. Era una lluvia muy similar a una ducha fuerte, o como si el agua se desplomara de unos cubos gigantes.

Dupin se metió el móvil en el bolsillo del pantalón y regresó a la cafetería.

Guivorch se esforzó mucho por aparentar que la espera no le incomodaba. Había pedido una taza grande de café con leche y una napolitana de chocolate, sin duda una excelente combinación, de la que solo le quedaba un trocito. Esbozó una sonrisa irónica cuando Dupin volvió a la mesa.

El comisario acababa de sentarse, pero volvió a levantarse bruscamente. Incluso Guivorch lo miró con sorpresa.

—Ahora vuelvo.

Sin más explicación, Dupin se dirigió de nuevo hacia la salida y sacó el móvil.

—Aballain, un pequeño cambio de planes. —Al comisario se le acababa de ocurrir la idea y le gustaba—. En cuanto la policía científica haya terminado, saquen esas losas de la cripta. Celebraremos la gran reunión allí. ¡Con las losas! Quiero verlas con todos los demás.

Un momento de silencio.

—Entendido. ¿Adónde las llevamos? ¿Arriba, al salón de los caballeros?

—Está demasiado oscuro.

Dupin se quedó pensando. Si el tiempo fuera bueno e hiciera sol, habría dicho que al patio.

—¿Dónde hay la mejor luz?

Le gustaría poder examinarlas antes que los demás. Con Le Ber, Labat y Aballain.

—Sin duda, abajo, en las salas de exposición.

—Bien, pues entonces allí. —El entorno era ideal.

—Pero en un par de minutos quedarán abiertas al público.

—Quiero que todo permanezca cerrado hasta nueva orden.

—Me ocuparé de eso. Creo que la resolución de tres asesinatos y medio es motivo suficiente.

—Yo también.

—¿Para qué hora debo posponer la reunión?

Dupin echó un vistazo al reloj.

—A las once. —Así tendría tiempo para hablar con Guivorch y examinar las piedras.

—De acuerdo.

—¿Nuestros amiguitos siguen bajo vigilancia?

—Con toda la discreción posible.

—Entonces, hasta luego.

Dupin regresó junto a Guivorch.

Instantes después se volvió a reclinar en su asiento.

—Ahora ya conocemos la historia, señor Guivorch. —Dupin pronunció la frase con fruición y dejó de lado todas las dudas y complicaciones que todavía existían—. Sabemos de qué va todo esto.

De hecho, su plan era acorrallar al sospechoso con el asunto de las losas. Pero en ese instante le pareció que era mejor reservar ese punto para la reunión con todos y anunciar así la gran partida final. Además, si de verdad

varios, o todos, estaban conchabados, Guivorch podría alertarlos antes, prevenirles.

Guivorch abrió los ojos con sorpresa, aunque se esforzó en aparentar tranquilidad.

—Me alegra muchísimo oír eso.

Esa frase tenía un tono demasiado convincente.

—Pero ya hablaremos de ello de aquí un rato, en la gran reunión. Ahora no.

—¿Y de qué vamos a hablar ahora?

—De por qué nos ocultó que se había presentado para la cátedra de Estudios Artúricos de la Sorbona. De eso vamos a hablar.

Tenía la vista clavada en Guivorch.

Este dejó oír una mezcla de burla y suspiro.

—Pues es simple: habría sido catastrófico para mí si la Universidad de Rennes se hubiera enterado. Como sabe, está la cuestión de la posible prolongación de la plaza. Además, entiendo esa solicitud como un asunto del todo privado. Creo que esta explicación es más que suficiente. Y aunque usted ahora lo sepa, está obligado a mantener silencio al respecto, bajo cualquier circunstancia.

En esta última frase percibió por primera vez cierta dureza, sí, un tono agresivo. Guivorch no había intentado disimularlo.

—En una investigación especial de asesinato triple, nada es privado.

—La ley ve estas cosas de otra manera. —El tono violento había desaparecido de la voz de Guivorch, aunque seguía oponiendo mucha resistencia—. Usted está obligado a tratar con absoluta confidencialidad cualquier información privada. Incluso en el curso de una investigación por asesinato.

Dupin no quiso entrar a debatir ese punto.

—Respecto a la prórroga de su puesto actual, me han dicho que es una mera formalidad.

—Bueno, pues si eso es lo que le han dicho, ya no tengo que preocuparme por nada —respondió él con sarcasmo.

—El director de la universidad dice que no tiene por qué.

—En el mundo universitario, sometido casi a diario a nuevos recortes, solo es seguro lo que ya es un hecho.

Una buena réplica.

Dupin adoptó una actitud relajada y se inclinó hacia Guivorch.

—¿Sabía usted que el resto de sus colegas de la junta también se han presentado?

Guivorch parecía controlar todos y cada uno de los músculos de su cara, una auténtica heroicidad. No demostraba ninguna emoción.

—En principio, estas cosas no me interesan lo más mínimo.

—¿Ah, no? —preguntó Dupin con tono provocador.

—No.

—En tal caso, nos vemos en un ratito, señor Guivorch. Tal vez en esa ocasión nos cuente más cosas. —Dicho eso, Dupin se levantó. Sacó un billete del bolsillo del pantalón y lo dejó sobre la mesa—. ¡Hasta luego! —Antes de que Guivorch pudiera reaccionar, él ya se había dado la vuelta—. ¡Ah, sí! —exclamó mientras se marchaba—. Hemos cambiado el lugar y la hora del encuentro: a las once en el castillo.

Dupin se detuvo en cuanto salió a la calle. Sin saber por qué, justo en ese momento le vino a la cabeza el ultimátum que Claire le había dado. Tenía que estar de vuelta al final del día. Eso significaba que solo le quedaban unas ocho horas para solucionar el caso. Recordó la triste historia del Caballero del León y se imaginó una escena temible y atroz: si él no cumplía el plazo, seguiría vagando por el bosque encantado y, como Yvain, perdería el juicio y terminaría como un eremita escarmentado, vigilando solo, sin nadie y para siempre, un tesoro absurdo. Ese animal, o cosa, blanco, que al parecer solo él veía, era sin duda una señal. Un presagio. En un extraño ataque de pánico, Dupin se restregó el pelo con energía.

—¡Maldita sea! —Se sacudió.

Ya no llovía. Entre los nubarrones espesos y oscuros se habían abierto unos cuantos huecos por los que se colaban unos intensos haces de sol que hacían que aquel mundo empapado brillase en tonos plateados. Sobre todo, el asfalto de la calle. Dupin notó que aún tenía la ropa húmeda. Era muy incómodo. Se le pegaba al cuerpo.

No tardó mucho en llegar a su coche.

—¡Jefe, jefe!

Dupin se dio la vuelta con rapidez.

Le Ber y Labat se le acercaban corriendo.

—¡Jefe!

Apenas los separaban unos pocos metros.

—Estoy aquí.

—Lo hemos buscado en Le Brécilien. Acababa de marcharse. Nosotros...

—Labat se expresaba siempre de forma prolija cuando menos convenía.

—¿Qué ocurre?

—Tenemos la solución del caso. —Le Ber se había detenido delante del comisario y, tras decir esa frase, inspiró profundamente—. He hecho averiguaciones sobre Aberystwyth —añadió.

—¿Y?

Le Ber tuvo que volver a inspirar.

—Esa zona turística de Gales —se apresuró a apuntar Labat.

—Verá —Le Ber hizo el ademán de iniciar una de sus largas explicaciones—, Aberystwyth tiene una biblioteca. Pero no es una biblioteca cualquiera, no. Se trata de la Biblioteca Nacional de Gales, una de las más importantes de toda Gran Bretaña. —Una pausa. Esta vez no era para tomar aire, sino para aumentar el efecto dramático—. Alberga un inmenso fondo de manuscritos medievales.

—¿Y?

—La Llyfrgell Genedlaethol Cymru, la Biblioteca Nacional de Gales, posee más de cuatro millones de libros, entre los cuales se encuentran algunos libros raros, como el primer libro impreso en galés, de 1546, o la primera traducción completa al galés de la Biblia, de 1588, y documentos y manuscritos medievales, sobre todo de la Alta Edad Media. Estos...

—¡Le Ber!

Dupin había empezado a andar. Al otro lado de la calle, a unos pocos metros, empezaban las superficies de césped del parque de la abadía. Al estar algo alejadas del barullo, eran un lugar más adecuado para esa conversación, que prometía ser importante. El césped, primorosamente cuidado, se extendía por el largo brazo de mar. Unos frondosos arbustos bordeaban la orilla.

—Es tal la cantidad de manuscritos que muchos dormitan en el archivo desde hace siglos, bueno, desde más de mil años; algunos están mal descritos o de manera incompleta; los hay incluso que no están catalogados, o su ficha es incorrecta. Constan bajo un nombre de autor falso o sin nombre, con la acotación «Anónimo».

—¿Y?

Dupin seguía sin comprender nada. Avanzaron un trecho hacia el césped.

—Durante su estancia en la isla —intervino Labat—, el señor Laurent viajó en varias ocasiones desde South Cadbury a Aberystwyth.

Parecía como si ambos se hubieran puesto de acuerdo en hacer una especie de juego de adivinanzas con Dupin.

—¿Están diciendo que Laurent iba a esa biblioteca?

—Desde el inicio de su estancia y hasta su muerte —Le Ber parecía muy emocionado—, estuvo allí exactamente en ocho ocasiones. A veces incluso dos días seguidos.

—¿Cómo lo sabemos?

Dupin tuvo que cambiar de posición porque el sol le estaba deslumbrando. Los pequeños agujeros de las nubes iban aumentando de tamaño, de forma que la proporción de cielo descubierto y nubes empezaba a invertirse. La lucha del sol y las nubes por el dominio del cielo creaba unos fantásticos juegos de luz.

—He llamado a la biblioteca, he hablado con administración y con la sala de lectura. Él tenía una identificación. Así es como se consignaron todas las visitas. Estuvo por lo menos dos horas cada vez; en dos ocasiones pasó medio día.

—¿Por qué? ¿Qué quería?

Le Ber volvió a tomar aire.

—Eso es lo interesante: siempre que iba, solo quería ver una cosa. —De nuevo una pausa dramática—. Un manuscrito concreto.

—¿Qué manuscrito? ¡Siga! —Dupin no tenía ganas de sonsacárselo todo.

—Un manuscrito, supuestamente firmado por un tal Graddilis, del siglo IX. Ciento cuarenta páginas. Pergamino, tapas de madera. 27 por 18,5 centímetros. Es lo que dice la ficha. El hecho de que sea un pergamino indica su importancia.

—¿Y de qué trata?

—Supuestamente son los Anales del señor de Homnia. Sin embargo, nadie ha oído hablar de esta familia noble.

—¿Por qué usa todo el rato la palabra «supuestamente»?

—Porque —respondió Labat con tono alegre— hay otra cosa que tendría mucho más sentido. ¡Algo muy distinto!

Pareció considerar la posibilidad de presentar él mismo la solución, pero prefirió cedérsela a Le Ber.

—Creo... —Le Ber se interrumpió e inspiró y espiró tan profundamente como fue capaz— que se trata... —Dupin tenía que admitir que el dramatismo de Le Ber empezaba a hacer efecto— de la fuente.

—¿La fuente?

—El texto original del que derivan todos los demás textos artúricos conocidos. En el que, de algún modo, se basan todos. El que tal vez podría

contar más cosas de las que sabemos sobre el personaje real de Arturo y, sobre todo —levantó las cejas—, del Grial. Un texto que mencionan muchos de los primeros autores de las historias de Arturo y que luego los académicos consideraron ficticio.

Labat se unió a la emoción de su compañero:

—Un texto que explicaría el misterio del Grial. Qué es. Quién lo tiene. Dónde se encontraba entonces. Y tal vez también dónde sigue estando.

Dupin había empezado a girar en torno a los dos inspectores, sin dejar de pasarse la mano por el pelo. Intentaba mantener la calma. Sin embargo, se le había contagiado la emoción de Le Ber. Tenía la piel de gallina.

Esa nueva posibilidad, la de la fuente original, no era muy distinta a la de las losas: se había producido el hallazgo de algo espectacular. Todos los investigadores del grupo lo sabían y todos querían tenerlo. Eso procuraría a uno de ellos con seguridad la cátedra anhelada. Sin embargo, según entendía Dupin, a diferencia de las piedras, su importancia era evidente y superaba con mucho a cualquier otro hallazgo imaginable en el mundo de los estudios artúricos.

Le Ber parecía leerle el pensamiento.

—Este descubrimiento podría ser uno de los hallazgos más extraordinarios de los últimos siglos.

Eso parecía algo exagerado. Pero, incluso sin darle tanta importancia, era desde luego un asunto importante. En todo caso, bastaba como motivo de asesinato.

Dupin intentó resumirlo manteniendo la cabeza fría y concentrándose solo en los hechos.

—¿Ustedes suponen que el manuscrito de esa biblioteca galesa no fue escrito por el autor indicado y que no contiene lo que dice la ficha de registro de la biblioteca, sino que es la legendaria fuente textual? ¿Creen que Laurent se dio cuenta de algún modo y que encontró el libro? —Aún no conocían esta parte de la historia—. ¿Y que todo lo ocurrido gira en torno a eso? ¿A la búsqueda de este libro o manuscrito?

—Yo creo que sí, me ...

Una llamada interrumpió a Le Ber. El inspector echó una mirada al número y contestó al instante.

—*Hello?*

Le Ber permaneció quieto junto a Dupin y Labat, con el móvil apretado contra la oreja. Escuchó un buen rato.

—*I understand. Yes* —dijo por fin. Había ocurrido algo; se advertía claramente en la voz de Le Ber—. *Terrible. A huge loss.*

De nuevo una explicación desde el otro lado.

Y de nuevo el inspector:

—*Yes, please call me if you have any news.* —Una respuesta, y de nuevo Le Ber—: *I have another question: A certain mister Fabien Cadiou, was he also visiting in may? Yes, sir. C-A-D-I-O-U. Yes.*

Al cabo de un rato:

—*Oh, well. I see. This is a very important information. Yes, absolutely.*

De nuevo un rato.

—*Really? Are you sure?*

Una respuesta.

—*Thank you very much. Bye.*

Le Ber puso fin a la conversación.

—¿Qué ha...?

—El manuscrito —interrumpió Le Ber. Estaba pálido y tembloroso—. Ha desaparecido. El manuscrito ya no está. Le había pedido a un empleado de la biblioteca que lo apartara del resto. Afirman que ha tenido que ser robado. Según ellos, es imposible que se les haya perdido.

Los tres permanecieron en silencio un rato. Empezaron a andar de forma casi mecánica, ensimismados en sus cavilaciones, en dirección a la orilla del lago.

—¡Ay, sí! Otra cosa —exclamó Le Ber de repente—. ¡Cadiou! Él también fue allí. En dos ocasiones. En los dos días que estuvo con Laurent. Fue con él, con Laurent. Por lo tanto —Le Ber intentaba calmarse, pero no lo conseguía—, la visita a Cadbury de Cadiou solo era para eso. Y, según el registro de visitantes, regresó el día 26 de julio para examinar el manuscrito. Desde entonces, nadie más ha preguntado por él. El siguiente fui yo.

—¡Es de locos! —exclamó Dupin.

—¡Pero esto completa nuestra historia! —concluyó Labat—. ¡Todos los detalles encajan! Tras la muerte de Laurent, Cadiou se llevó el manuscrito de la biblioteca. Fue allí para eso. Así de fácil. Y de eficaz.

—A finales de julio —Dupin habló ensimismado—, Cadiou estaba en Córcega.

—No es problema: seguro que en verano hay vuelos directos de Bastia a Londres. Y de ahí, en dos o tres horas, es posible llegar a Aberystwyth en coche. Si es preciso, incluso se puede hacer ese viaje en un solo día.

Labat estaba en plena forma. En efecto, esa era una posibilidad perfectamente imaginable.

—¡Y Cadiou aprovechó la oportunidad! Con ese manuscrito se habría convertido en una leyenda. Además, como era un documento distinto al consignado en la biblioteca, habría sido difícil acusarle de robo. Incluso es posible que quisiera devolverlo. El hecho es que él sería, por siempre jamás, el descubridor de la legendaria fuente. ¡Solo él! —A Le Ber le brillaban los ojos; se dejaba llevar por su entusiasmo, aunque hubiera un triple asesinato de por medio—. Casi habría sido como descubrir el mismísimo Grial.

Para entonces ya habían llegado a la orilla de lago. Se detuvieron y dejaron que sus miradas se perdieran en las aguas de un intenso color verdoso.

Dupin intentó desarrollar esa nueva teoría en una dirección distinta:

—En ese caso, la señora Cadiou también podría saber de la existencia del manuscrito.

—Seguro que podría venderlo y obtener una suma inmensa por él. — Labat aportó una reflexión de lo más prosaica—. A un coleccionista. De estos los hay en todo el mundo. Siempre se puede encontrar alguno. Y en este caso, la legalidad es lo de menos. Podríamos estar hablando de muchos, muchísimos millones.

—¿Es posible que Cadiou hubiera puesto al corriente a Picard? Puede que Picard incluso formara parte del equipo. Como amigo y compañero de fatigas de Cadiou —reflexionó Le Ber.

—Todo esto es pura especulación.

Dupin volvió a ponerse en marcha; intentaba, como todos, llegar al fondo de los hechos constatados. Caminó despacio junto a la orilla mientras los inspectores le seguían. Diez minutos atrás habían considerado otra hipótesis, que además resultaba plausible.

Le Ber defendió su teoría:

—¡Es mucho más que eso! Laurent y Cadiou viajaron a Aberystwyth. Eso es un hecho. Ambos examinaron allí un manuscrito. Es un hecho. Ese texto ha desaparecido. Es un hecho. Cadiou fue la última persona en preguntar por él. Otro hecho. Y otro más que no debemos olvidar es que el tema del encuentro del año anterior fue la fuente textual. El manuscrito legendario.

—No está mal, ¿verdad? —Labat casi sonreía.

Era cierto: esa historia era más que pura especulación. Eran demasiados hechos, y encajaban bien. Le Ber había tenido buen olfato.

Durante un rato se impuso un silencio profundo. La cabeza de Dupin iba a

toda velocidad. Una y otra vez revisaba esa posibilidad. Retiraba tal o cual pieza del rompecabezas de acontecimientos del día anterior para comprobar la solidez de la historia.

—Además, esto significaría —Le Ber era incapaz de reprimir su emoción — que es posible que el manuscrito se encuentre aquí. Cadiou lo tenía. Puede que incluso en su casa. Su asesino pudo llevárselo.

—Si está por aquí, entonces todos conocen su existencia. Todos. Sin excepción.

—Tal vez ahora no sepan quién lo tiene o dónde se encuentra, porque las personas asesinadas lo tuvieron durante poco tiempo. Pero por lo menos sabían dónde se hallaba.

Dupin estaba seguro de eso.

—Otra posibilidad —volvió a intervenir Labat— es que el señor Cadiou lo hubiera escondido, y que ahora todos estén especulando sobre dónde está. Creen tener pistas. Se observan entre ellos. Todos están buscando.

Eso explicaría, se dijo Dupin entonces, por qué desde ayer por la tarde todos parecían ir de un lado a otro todo el tiempo. Ese podría ser el motivo por el que Denvel había ido a la cripta, Guivorch estaba a primera hora de la mañana en el castillo sin haber dormido, Terrier había salido a correr a las seis y media de la mañana y la señora Bothorel ya estaba despierta...

—Si Picard mató a Cadiou —Le Ber volvió a su idea—, eso explicaría por qué él fue el siguiente en ser asesinado.

De hecho, habían sido amigos. Pero a saber qué había ocurrido entre ellos. ¿Qué habría hecho un hallazgo así con su amistad?

La reflexión en grupo no solía ser muy del gusto de Dupin. Sin embargo, en ese caso resultó ser realmente fructífera. Por otra parte, tras lo ocurrido la noche pasada se sentía contento de tener a sus inspectores con él.

—O bien Picard sabía lo del hallazgo, e incluso tal vez conocía dónde se encontraba el manuscrito. —Le Ber consideró otra posibilidad de desarrollo de los acontecimientos—. A fin de cuentas, era amigo de Cadiou. En consecuencia, el asesino, que se había hecho con el documento después de asesinar a Cadiou, tuvo que eliminarlo.

Todas las posibilidades parecían plausibles.

Dupin se frotó la sien.

—¿Y qué hay de Noiret y Terrier? ¿De qué modo encajan en la historia? ¿Guivorch? ¿El cuentacuentos? ¿Cómo podían conocer la existencia del manuscrito?

¿Sabían algo en concreto? ¿O solo eran indicios?

—¿Y si Terrier lo averiguó de algún modo y mató a Picard? —Labat intentó seguir tirando del hilo.

El problema era que, en algún momento, todo se volvía discrecional y se perdía en combinaciones infinitas. Todavía había muchas posibilidades distintas, demasiados imaginables y posibles.

—Si el manuscrito es el objeto en torno al cual gira esta historia —Dupin dirigió una mirada de asentimiento hacia Le Ber—, y por el momento vamos a partir de esta premisa, tal vez deberíamos tratar de forma independiente las dos cuestiones principales. Por un lado, dónde está el manuscrito y, por otro, quién es el asesino. —Consultó su reloj—. Tenemos que irnos ya.

Al instante, Dupin dio la vuelta y caminó a buen paso por uno de los magníficos paseos que llevaban hacia la abadía. Pronto girarían a la izquierda, que era donde estaba el aparcamiento.

La panorámica era magnífica, gracias sobre todo a la intensa luz del sol y al cielo, que ahora estaba casi despejado y volvía a ser de un intenso color azul.

Era acorde con sus ánimos. Acababan de hacer un gran avance. Tal vez al final del día estaría con Claire, tal y como le había prometido.

Su avance se vio frenado en la estrecha carretera durante un buen rato por un tractor que, a pesar de los bocinazos, cada vez más insistentes, se negó a dejar pasar a ninguno de los dos coches. La terquedad era una de las mayores virtudes bretonas y se demostraba en cualquier ocasión. De entrada, Dupin la veía con buenos ojos, porque era señal de firmeza, pero a veces no era fácil sentir simpatía por ella. Por otra parte, esa circunstancia permitió que el comisario y sus dos inspectores pusieran al corriente a Nolwenn, a Jean Odinot y al coronel Aballain sobre los últimos acontecimientos. Este último no pudo ocultar su decepción al enterarse de que, de pronto, las losas parecían haber dejado de ser una pista.

Entretanto, habían colocado las planchas de piedra en el espacio dedicado a exposiciones. Eran seis. Todo el mundo había sido citado ahí. Siete personas. El día anterior habrían sido diez. Entre esas siete personas estaría, muy posiblemente, el asesino. Tal vez incluso había más de uno. De momento no podían excluir esa posibilidad.

Todos tenían la mente ocupada con ocurrencias febriles, absortos por ideas de todo tipo. En la cabeza de Dupin, los pensamientos cada vez

avanzaban a más velocidad, y una y otra vez se incorporaban otros nuevos. Al final, en resumen, nada, ni un solo detalle, iba en contra de la tesis del manuscrito.

La pregunta era: ¿dónde podía estar y a quién le seguían la pista tan de cerca?

Con gesto decidido, condujo el coche hasta el aparcamiento para empleados del castillo. El lago brillaba bajo la intensa luz de agosto en un tono verde esmeralda. Ahora, el cielo ya estaba despejado y presentaba un immaculado azul veraniego. Pocas cosas eran más bretonas que los veloces y drásticos cambios de tiempo. Siempre que Dupin mostraba su asombro al respecto, y además reparaba en ello —algo que, la verdad, seguía haciendo—, Nolwenn le criticaba por no haberse convertido aún en un auténtico bretón. Un criterio estricto. Pero cierto.

El comisario y sus dos inspectores se apearon de sus coches de un impetuoso salto.

De forma intuitiva, y ridícula también, al cruzar el puente que atravesaba el foso, Dupin clavó la vista en el matorral donde antes había visto a ese animal —esa «cosa»— de color blanco. Por supuesto, ahora no lo vio.

Aballain, que aguardaba junto a la entrada de la librería, se les acercó. Dupin lo saludó con la cabeza.

—Ya están todos. También las losas... Pesan bastante; dos de ellas son realmente grandes. Por aquí.

Aballain pasó por delante del comisario y los condujo a todos por un pasillo estrecho. Al atravesar la librería, Dupin no pudo evitar echar un vistazo a través de la puerta abierta a la habitación que quedaba atrás. La sala que llevaba a la cripta. Tuvo una sensación extraña.

Entraron en la zona de la exposición.

Ahí estaban: las seis piedras, custodiadas por dos gendarmes. Las dos más grandes medían casi un metro de largo. Estaban repartidas por el centro de la sala, como si fueran objetos de una exposición. Y, en cierto modo, así era. Sobre ellas se habían orientado dos de los focos centrales del techo, reforzando aún más la impresión.

También estaban repartidos por la sala los protagonistas del caso. Marc Denvel, Sébille Bothorel y Adeline Noiret, que primero había disculpado su asistencia pero que al final había accedido a venir, apoyada contra la pared; Auffrai Guivorch estaba enfrascado en una conversación con Goazou y su amigo; al fondo de la sala, algo apartada, estaba Blanche Cadiou. Toda la

escena parecía muy teatral.

La verdadera atracción de la sala, una representación hecha con figuras de cera de tamaño real del joven Arturo sacando a *Excalibur* de la piedra y demostrando así que era el nuevo rey de Inglaterra, era apenas un telón de fondo.

—*Bonjour*.

Dupin se dirigió a ellos como un profesor a sus alumnos. Había escogido el mejor sitio desde el que hablar y observar, justo al lado de la escena de *Excalibur*. Los tenía a todos a la vista. Le Ber, Labat y Aballain, cuya inquietud era evidente, se habían quedado junto a la entrada.

—Iré al grano. —Iba a hacerlo. Iba a poner toda la carne en el asador. Vio una gran curiosidad en los rostros; imperaba un silencio repleto de impaciencia. Pero Dupin se tomó su tiempo. Habló con parsimonia, marcando todas las sílabas—. Hemos descubierto el motivo por el que se han cometido los tres asesinatos y el intento de homicidio. Conocemos el móvil. La historia en torno a la que todo gira. —Dejó que la frase calara en los presentes. Esperó para contemplar a su alrededor. Escrutó la expresión de cada uno. El silencio era sobrecogedor—. Faltan algunos detalles, pero pronto lo sabremos todo.

Una nueva pausa, esta vez más larga. Después, sus palabras resonaron por la sala, ante las caras petrificadas de los presentes:

—Gustave Laurent y Fabien Cadiou encontraron la fuente textual, el manuscrito legendario sobre el que trataron el año pasado en su encuentro. Es posible que Paul Picard también estuviera involucrado. En cualquier caso, nosotros partimos de la suposición de que él lo sabía. Igual que también suponemos que ustedes lo sabían. —Y repitió—: Todos ustedes tenían noticia del hallazgo del manuscrito.

No tenía la certeza absoluta de todo cuanto había afirmado, pero en ese momento solo se trataba una cosa: incitar. Provocar una y otra vez. Así que prosiguió:

—Todos sabían que el manuscrito se encuentra por aquí, en algún lugar. En el bosque. Y es posible, además, que algunos de ustedes sepa o crea saber dónde se halla.

En el bosque artúrico. En ese instante se dio cuenta de la paradoja que tal cosa implicaba. Tal y como él veía el asunto, era muy posible que ese bosque incluso se mencionara en el manuscrito.

Hizo una pausa larga, que aprovechó para escrutar a los presentes sin disimulo. Uno tras otro.

—Además —continuó—, sabemos otra cosa: que todos ustedes están ansiosos por hacerse con él.

Entonces surgió la primera negativa rotunda.

—¡Menuda tontería! Ese manuscrito no existe. ¡Igual que el Grial! —La señora Bothorel volvía a estar indignada—. Es una infamia acus...

Dupin lo lamentaba, pero estaba harto. Así no iban a avanzar.

—Existe, señora Bothorel. Y Laurent y Cadiou lo encontraron.

El propio Dupin se impresionó por la contundencia con que presentó la hipótesis como un hecho.

Todos los demás seguían inmóviles, paralizados.

—¿Acaso usted lo ha visto y lo ha sostenido en la mano? —Esa mujer mayor y severa no se parecía acobardarse.

—Volvamos a esas tremendas ganas tuyas por conseguir el manuscrito. Hemos tenido conocimiento de sus solicitudes para la plaza de director del Instituto Artúrico de la Sorbona. Todos los miembros de la junta de la Sociedad Artúrica, exceptuando a Gustave Laurent y a la señora Bothorel, se han presentado. Doy por hecho que el descubridor de la fuente textual tendría asegurado el puesto. Aunque —en ese punto Dupin procuró no exagerar— no creo que necesitara un motivo adicional.

—¿Es usted consciente del impacto que tendría algo así? —intervino Guivorch, esforzándose por adoptar un tono de voz tranquilo y sereno—. Usted no se imagina...

Dupin le interrumpió con brusquedad.

—No pienso volver a mantener este tipo de conversaciones. Se ha terminado. —Adoptó un tono de voz cortante—. Esta comedia ha llegado a su fin.

Dupin empezó deambular de un lado a otro de la sala. Todas las miradas lo seguían.

De pronto, se detuvo ante Marc Denvel y le lanzó una mirada agresiva.

—¡Cuéntemela, profesor Denvel! ¡Cuénteme la historia!

—¿Qué quiere que le diga, comisario? —repuso Denvel—. Sigo sin entender lo que quiere usted de mí. ¿Debería...

—Quiero... —Dupin lo interrumpió, pero no pudo continuar.

—... la verdad.

La señora Cadiou.

Había abandonado su sitio y se dirigía hacia Dupin.

—Me parece que el comisario tendría que haberla sabido hace mucho

tiempo, señor Denvel.

Denvel la miró con irritación, desconcertado, incrédulo; por un momento perdió su compostura aristocrática. Quiso decir algo, pero ella se le adelantó.

Se quedó de pie justo delante de Dupin y habló sin alzar la voz, pero de forma clara, sin excitación.

—La verdad es que tiene usted razón, señor comisario. Todo es exactamente como usted dice. Se trata del manuscrito. De la fuente textual, un escrito de principios del siglo IX.

Dupin estaba demasiado asombrado para observar las expresiones de los demás. Tenía la vista clavada en la señora Cadiou. No podía creérselo; por un momento, ahora que todo ocurría, le parecía irreal. Por supuesto, había contado con una situación como esa, pero en el fondo no esperaba que se diera.

—En octubre del año pasado, Gustave Laurent y mi marido dieron con la pista para hallar el manuscrito. Al parecer, gracias a algunas ideas surgidas en el encuentro, no lo sé con exactitud. Era un indicio que apuntaba vagamente a esa biblioteca de Gales, algo que se comentó en el grupo.

Ella miró alrededor. Nadie dijo nada.

—El caso es que, en julio, mi marido lo sacó de allí.

Dupin quiso intervenir, apuntar que no lo había «sacado» sino robado, pero se dijo que era mejor no interrumpirla. Era demasiado insólito. La señora Cadiou estaba confirmando sus hipótesis más arriesgadas. El manuscrito existía. Todo giraba, en efecto, en torno a la fuente textual.

—Teníamos el manuscrito en casa —prosiguió ella—. Mi marido lo fotografió. —Seguía sin oírse ni una palabra de nadie—. Estaba arriba. —La señora Cadiou miró directamente a los ojos de Dupin—. En la cómoda. En el cajón superior. Todo el tiempo. —Se encogió de hombros. Parecía abatida—. Mi marido nos habló del manuscrito a mí y a Paul Picard. Paul le había proporcionado un indicio importante que le había permitido localizarlo. También él había fotografiado algunas páginas del manuscrito.

Entonces se dio la vuelta y escrutó a todos los demás, uno por uno.

—Y sí, en efecto, toda esta gente de aquí, toda la junta, sospechaba... No —se corrigió—, es más: toda la junta estaba convencida de que Laurent y mi marido lo habían encontrado. No se creyeron lo de la salida a Cadbury. Mi marido recibió algunas preguntas extrañas por correo electrónico. Incluso Guivorch llegó a decírselo en persona en un par de ocasiones. Que estaba convencido de que lo habían encontrado y que aquel era un logro de todo el

grupo. Mi marido me dijo que Denvel también lo sabía. Y Terrier. Por lo tanto, seguramente también la señora Noiret. Da igual lo que digan: todos estaban convencidos. Y sí, todos se esforzaron por hacerse con él.

Al pronunciar las últimas frases bajó el tono de voz. Como para marcar el final de su explicación.

Se volvió hacia Dupin, esperó un poco y volvió a hablar.

—Paul Picard mató a mi marido. Fue él.

—¿Cómo dice? —Dupin se quedó anonado.

—Él era el asesino de mi marido.

Se mantenía fría y serena; incluso al afirmar algo tan grave, no perdió el control de la voz.

—¿Picard mató a su marido?

—Sí.

Antes, en los jardines de césped de la abadía, habían explorado esa posibilidad, pero Dupin no la había considerado creíble.

—Eso es lo que usted dice —objetó sin más.

La señora Cadiou no reaccionó y, sin inmutarse, prosiguió:

—Mi marido y Paul Picard discutieron acaloradamente varias veces sobre cómo abordar el descubrimiento. Eran amigos, pero aquello los separó. Paul quería devolverlo a la biblioteca y avisarles de lo que tenían desde hacía tanto tiempo en su poder sin saberlo. Mi marido era de otra opinión. Perdió la confianza en Paul. Creía que quería enredar las cosas para luego erigirse como el descubridor de noble carácter. —Imposible saber cuál de esas dos posiciones compartía la señora Cadiou—. Se vieron de nuevo en la cocina. Paul quería llevárselo. Mi marido no se lo quiso dar. En todo caso, Paul lo amenazó con acudir a la prensa. Eso habría convertido a mi marido en un ladrón miserable.

Lo cual, en rigor, eran ambos.

—¿Qué pasó? ¿Cómo lo mató?

—Paul me dijo que había sido un accidente.

Aquello era cada vez más increíble.

—¿Picard se lo contó a usted en persona? ¿Hablaron de ello?

—Sí. Ayer, sobre las diez y media, visitó a mi marido. Discutieron, mucho más que las otras veces, y la situación se agravó. Aunque él no lo admitió ante mí, estoy segura de que Paul amenazó a mi marido. —Al menos, en este aspecto ella sí adoptó una posición—. Es posible que mi marido sacara el arma para defenderse, tal vez incluso antes del encuentro. Porque

temía que pudiera ocurrir algo. Sea como fuere, Paul sostenía que de repente mi marido lo amenazó con el arma. Entonces se produjo un forcejeo que desembocó en los disparos fatales. Yo llegué a casa poco antes de las doce; ayer fui muy temprano a la oficina. Y entonces...

—¿Por qué? —Dupin tuvo que intervenir sobre este punto.

—Para comer algo y hacer una pequeña pausa. Lo hago de vez en cuando. Encontré a mi marido muerto de un disparo en el suelo. Supe de inmediato lo que había ocurrido. Al instante me dirigí en coche a la excavación de Paul en el bosque. Él estaba fuera de sí. Me lo contó todo. En un momento dado, él empezó a gritarme, diciéndome que me marchara, que lo dejara solo, que tenía que pensar. Entonces volví al despacho. También necesitaba pensar. El resto —añadió mirando a Dupin— ya lo sabe usted.

Al comisario se le agolpaban las preguntas en la cabeza, pero por desgracia solo podría formularlas de una en una. Empezó por la más delicada.

—¿Por qué no me contó todo esto ayer por la tarde?

—Estaba demasiado afectada. No sabía qué hacer.

Cuando Dupin habló con ella, no le pareció confusa en absoluto. Sin embargo, en alguien así eso no significaba nada. Por otra parte, habían pasado más de dos horas; tiempo suficiente para idear una estrategia.

—O tal vez usted pensó que el manuscrito podía ser suyo. Incluso que, en realidad, le pertenecía.

—Tras el asesinato de mi marido y luego el de Picard —respondió con voz cortante y la mirada extraviada—, para todos los miembros de la junta estaba claro cuál había sido el motivo. Y lo único que les interesó fue el manuscrito. Nada más.

—Eso no responde a mi pregunta. ¿A usted no le ocurrió lo mismo? ¿No pasó de pronto a ser otra buscadora del manuscrito?

Asintió de forma imperceptible.

—Tiene usted razón. En efecto. Y creo que he obrado de acuerdo con la voluntad de mi marido.

—Sin duda —objetó Dupin—, habría sido un hallazgo fabuloso para el parque. Tanto desde el punto de vista académico como material. —La señora Cadiou no dijo nada—. ¿Qué hizo Picard con el arma?

Para la investigación, esa pregunta era fundamental. Iban a necesitar el arma del crimen con las huellas. Y un examen inmediato de los dedos de Picard para analizar la presencia de rastros de pólvora.

—No lo sé.

—¿No la vio cuando regresó a casa al mediodía y encontró a su marido muerto en el suelo de la cocina?

Por supuesto, era muy improbable que Picard hubiera cometido aquel error fatal, pero si era cierto lo que decía la señora Cadiou, él estaba fuera de sí.

—No.

—¿Picard se llevó el manuscrito?

—Eso dijo.

—¿Y dónde lo guardó?

—No me lo reveló, pero, por lo que vi, no lo llevaba encima.

—Lo habría podido esconder con facilidad.

—Tenía una cartera de piel vieja, de esas de colgar al hombro. Ahí dentro no estaba.

Dupin no había oído a nadie hablar de ella. Eso significaba que el asesino se la había llevado.

—¿Examinó usted la cartera?

Parecían ser las únicas personas en la sala. Solo la señora Cadiou y él.

—Sí, lo hice.

A Dupin eso le pareció incluso lógico.

—¿Y él se fue directamente de su casa al bosque?

—Al menos es lo que me dijo.

—Así pues —concluyó el comisario—, usted no vio que tuviera el arma, ni el manuscrito.

—En efecto.

Dupin se restregó el pelo.

—Aunque no fuera así, tampoco creo que usted me dijera otra cosa.

Aquella era una situación complicada. ¿Debía creerla? ¿Crearle todo? ¿Solo partes de la historia? Y de esas, ¿cuáles? A fin de cuentas, desde ayer ella no había dejado de mentir. Y los únicos testigos posibles de la historia que contaba habían desaparecido para siempre.

—¿Duda usted de mis palabras? —La señora Cadiou no parecía ofendida.

—Podría ser una mentira bien urdida. O una mezcla inteligente de verdades y mentiras.

—No puedo obligarle a creerme.

—¡Labat! —Tal vez había una cosa que se podía comprobar con rapidez. Dupin siguió hablando en voz alta, para que todos le oyeran—. Llame al

forense. Que examine los dedos de Picard en busca de rastros de pólvora. Es urgente

—Ahora mismo, comisario.

—Cuando digo urgente, quiero decir urgente.

—Lo hará, no se preocupe. Es una investigación especial. —Labat dibujó una expresión de satisfacción y se dirigió hacia la salida.

Dupin se volvió hacia la señora Cadiou.

—¿Qué hizo usted cuando no encontró el manuscrito? ¿Mató a Picard?

Aún no habían terminado con la historia.

—Tal vez se produjo un forcejeo entre usted y Picard, igual que con su marido. Puede que él quisiera impedirle que mirara su cartera.

Dupin hablaba de forma tranquila y controlada, como si se tratara de la posible solución a un problema matemático. Y sería la suposición, de largo, más plausible si, y solo si, la primera parte de la historia fuera cierta. Ella tenía un doble motivo y lo había admitido abiertamente. Tal vez, a diferencia de lo que ella afirmaba, Picard sí llevaba consigo el manuscrito. Puede que incluso él hubiera ido tan lejos como para querer matarla.

—Soy consciente de que usted podría pensar así, comisario. Por eso al principio decidí callar. Pero entonces morirá más gente, créame.

Dupin se volvió a pasar la mano por el pelo.

—La señora Noiret y su marido, Bastien Terrier, descubrieron de algún modo que usted estaba en posesión del manuscrito. —El comisario seguía hablando como si no hubiera nadie más—. Por eso también tuvo que matarlos. Debe admitir que eso suena posible. ¿Quién, si no, mataría a Terrier y agrediría a la señora Noiret?

—Auffrai Guivorch.

La respuesta llegó sin vacilar.

Todas las miradas se volvieron de pronto hacia Guivorch, que tenía una expresión desconcertada, y al instante se dirigieron de nuevo con interés hacia la señora Cadiou. Había formulado esa afirmación con la misma determinación que todo lo demás. Como si fuera lo más lógico.

—Cuando regresaba, me lo encontré de frente en su coche. Fue poco antes de llegar al aparcamiento cerca de la fuente de Barenton. No hay ningún motivo para aparcar en él a menos que se quiera ir allí.

La historia era cada vez más delirante.

—¿Está usted segura de que era él?

—Lo estoy. Era su coche y lo vi al volante. Él también me vio.

—¿Y por qué, al menos esto, no nos lo contó antes?

—Porque entonces habría tenido que contarlo todo.

—Y habría puesto punto final a su intención de hacerse con el manuscrito.
Una breve vacilación.

—Sí, eso también. Sí.

Dupin se volvió hacia Guivorch. El resto de los presentes le traían sin cuidado.

—Todo esto es muy entretenido. —Guivorch negó con la cabeza—. Yo tenía previsto...

De pronto se interrumpió. Algo que también era muy poco habitual en él. Parecía desconcertado.

—¿Y bien? ¡Le estoy escuchando! ¡Hable de una vez! ¡Si no lo hace, lo arresto de inmediato!

No era una amenaza vana.

—Bueno, vale. —Una capitulación a desgana—. Fui en coche hasta allí. Quería hablar con Paul.

Volvió a callar. Era como si lamentara incluso haber empezado a hablar de ello.

—¿Qué significa todo esto? —gritó Dupin. No le importaba lo que pensarán—. ¿De qué quería tratar con Picard? ¿Habló con él?

En su respuesta, Guivorch había excluido todo lo importante.

—Fui a ofrecerle mi ayuda. Para examinar el manuscrito. La mía... y la de la junta.

Aquello no podía ser más absurdo.

—Habíamos hablado al respecto en la junta, sin estar presentes Fabien Cadiou y Paul Picard. Teníamos la certeza de que lo habían encontrado. Había demasiados indicios. Pero sin el trabajo en común de todos nosotros, ellos nunca habrían obtenido la pista adecuada. La teoría respecto al nombre del autor...

—...es mía! ¡A cada uno lo suyo! —exclamó la señora Bothorel. Excepto por su queja inicial, se había mantenido callada. Siguió con tono decidido—: La presenté el año pasado a la junta. La teoría es mía. ¡Hay que decirlo alto y claro!

—Y todos nosotros —objetó Guivorch— apuntamos a dos bibliotecas como posibles emplazamientos. La idea de Aberystwyth fue mía. Y me di cuenta de inmediato de que el viaje a Cadbury solo era una excusa para buscar el manuscrito.

—Entiendo que por eso todos ustedes se encontraban casualmente en Inglaterra el año pasado.

No era el momento para regocijarse, pero Dupin desde el principio había estado en lo cierto con su intuición. Todos conocían la historia. Y le habían ocultado todos los aspectos decisivos.

Denvel tomó la palabra.

—Creemos que el descubrimiento debería presentarse como un logro de toda la junta.

Era terrible. Saltaba a la vista que eso era lo que más les interesaba. El egocentrismo y el narcisismo de la élite de académicos allí congregada había adoptado unos tintes grotescos.

—Nosotros intentamos que...

Dupin le interrumpió en seco.

—Tres personas han sido asesinadas brutalmente, casi cuatro. ¡Ha habido tres personas que han perdido la vida por el descubrimiento de ese maldito manuscrito! ¿Acaso no se dan cuenta? ¿Acaso todo cuanto les importa es su propia reputación? —Jamás había visto nada parecido. Continuó con un tono autoritario, muy severo—: Señor Guivorch, siga hablando. Usted va al aparcamiento y se acerca a la fuente de Barenton. ¿Qué ocurrió entonces?

Luego ya averiguarían si realmente eso se ajustaba a la verdad.

—Paul Picard estaba en el suelo, muerto.

Había recobrado por completo su aire de superioridad.

—¿Dice que ya estaba muerto?

La indiferencia era casi asombrosa. ¿A qué venía ese extraño giro en la historia?

—Sí, ya estaba muerto.

—¿Por qué debería creerle?

Y todavía más decisivo: ¿cómo podría demostrarlo?

—Solo cuenta con mi palabra. No tengo ningún testigo para esta afirmación.

—¿Cómo se lo explica? La señora Cadiou deja a Picard vivo; al poco, usted va usted a verlo y él está muerto. —Dupin se volvió de repente hacia Le Ber, que asistía a todo aquello con expresión de asombro—. ¿Cuánto tiempo se tarda en ir a pie del aparcamiento a la fuente?

—Unos quince minutos a paso ligero.

—Así pues, señor Guivorch, todo esto es absurdo.

—Es posible que el asesino ya estuviera en el lugar cuando llegó la

señora Cadiou, que observara la escena escondido y que luego atacara con rapidez —se defendió Guivorch.

Hizo una pausa.

—¿O qué?

—O bien la señora Cadiou —la miró tranquilamente— mató a Picard. Así de fácil.

—Paul estaba vivo cuando lo dejé ahí —repitió ella, impasible—. Y luego llegó usted. Señor comisario, juzgue usted mismo. —Se volvió hacia Dupin después de dirigir una mirada asesina a Guivorch—. Yo solo digo lo que ocurrió.

Dupin había vuelto a deambular de un lado a otro delante de las coloridas figuras de cera de la escena de *Excalibur*. Durante un rato, fue como si no reparara en la presencia de nadie. Un silencio inquietante se apoderó del lugar.

Aquella situación complicada se iba enrevesando más a cada minuto. Todo era posible. No podía descartarse nada: que la señora Cadiou dijera la verdad y que Guivorch mintiera, y al revés. Pero, claro está, tampoco podía dejar de lado la tercera posibilidad: que no hubiera sido ninguno de los dos. Que ambos, al menos en este punto, dijeran la verdad.

—Voy a acusarles a todos de falso testimonio, fraude y ocultación de información en el curso de la investigación de un triple asesinato —espetó Dupin de pronto—. Inspector Le Ber, encárguese de ello después de la reunión.

—¡Ridículo! —siseó la señora Bothorel muy indignada—. No se atreverá a tal cosa.

—Por supuesto que sí, señora.

En efecto.

Goazou intervino entonces por primera vez.

—Pero yo... yo no sabía nada de todo esto. Y no he ocultado ninguna información.

—Ni yo —apostilló el obrero forestal, que ese día parecía asustado.

—Eso ya lo veremos —constató Dupin sin inmutarse. Solo conocían una parte de la historia—. Vuelvo con usted, señor Guivorch. Dice que encontró a Picard muerto. ¿Cómo supo que lo estaba? Según su declaración, el asesinato debía de haberse producido hacía muy poco. Picard aún podría seguir vivo.

—Le busqué el pulso.

—¿Y es tan experto que habría notado un pulso débil, difícilmente

detectable incluso para un médico? A la acusación de falso testimonio ahora se le podría añadir la de denegación de ayuda. Un delito muy grave. Eso, siempre y cuando usted no sea el asesino.

Dupin volvió a adoptar una actitud relajada.

—Ya estaba muerto. Créame.

Dupin no quiso insistir al respecto.

—¿Qué hizo a continuación? ¿Buscar el manuscrito?

—Sí, lo busqué un rato, sí. Pero estaba seguro de que el asesino se lo había llevado. —Guivorch se tocó la barbilla con una mano y levantó las cejas espesas—. Suponiendo que hubiera estado ahí, es decir, que Paul Picard realmente lo llevaba consigo en la fuente de Barenton.

—Algo que usted no cree. —Dupin se dio cuenta entonces. Solo así la actitud de Guivorch tendría sentido—. Pienso que se figura que está aquí, en el castillo. Igual que todos los demás.

Guivorch se encogió de hombros con indiferencia.

Dupin habría apostado por ello. Aunque, de hecho, cada uno perseguía sus propios intereses, todos estaban dispuestos a establecer alianzas tácticas. Por lo menos de forma provisional. Unas alianzas que desaparecerían en el mismo instante en que les resultara más beneficioso ir solos. En concreto: si alguien tenía la oportunidad de hacerse con el manuscrito sin los demás, la aprovecharía sin ningún reparo. Parecía ser incluso una norma no escrita de esa alianza. No podía haber nada más cínico, brutal y frío.

—Tal vez —Dupin hablaba más para sí que con Guivorch— usted supuso que Picard lo había escondido. O incluso el propio Fabien Cadiou. —Notó ese estremecimiento que sentía cuando su mente estaba cerca de llegar a una conclusión importante—. Pensó que lo había ocultado en el castillo. Por ejemplo, en la cripta. Por eso ayer volvió a estudiar los planos. —Siempre había tenido la certeza de que lo que había visto en el barco no eran los planos de una reforma—. Y por eso esta mañana vino a primera hora a la oficina. Quería buscar sin que nadie le importunara. La lástima es que la policía bloqueaba el acceso a las estancias de la cripta. Pero, claro, había otros muchos lugares posibles. —Dupin no se molestó en ocultar la sonrisa burlona que apareció en su rostro—. Pero volvamos a la historia tal y como usted la cuenta, señor Guivorch. Así pues, según usted, echó un vistazo a la excavación. ¿Y luego?

—Volví al coche y fui hasta el castillo.

—Supongo que entonces informó a los demás... También de que había

habido otro asesinato. Tuvo que hacerlo para no parecer sospechoso. Los otros, al fin y al cabo, sabían que usted había ido a ver a Picard. Usted...

La señora Bothorel intervino en ese momento, muy enojada.

—Yo no me creí que no fuera el asesino. Al contrario.

—Sin embargo, tampoco le pareció necesario avisar a la policía. ¿Ni siquiera llegados a este punto? —La señora Bothorel no contestó. Dupin intentó tranquilizarse. Él mismo respondió a su pregunta—. Por supuesto que no, porque usted aún tenía posibilidades de hallar el manuscrito. A fin de cuentas, se lo merecía, porque había proporcionado una pista importante. Aunque no le interesaba la cátedra, sí la reputación.

—¡Eso es absurdo! —La señora Bothorel estaba furiosa—. Yo esas cosas ya no las necesito. No lo hice por...

De pronto se calló.

—No lo hizo por usted. —Dupin completó la frase.

Aquel era uno de los extraños momentos en los que el comisario creyó por completo a alguien de ese grupo.

—Fue por su hijastro, ¿me equivoco? Usted le habría cedido todos los méritos. Eso, por lo menos, es lo que se había imaginado. Y así él conseguiría la cátedra de su difunto marido. Su relación no es tan mala como afirmó, ¿verdad?

Era una intuición. Y, claro está, muy especulativa. Hasta el momento, Dupin no había tenido ningún indicio de ello.

La señora Bothorel lo atravesó con la mirada, demostrando que Dupin había dado en el blanco.

—Esto significaría también que usted tenía un motivo lo suficientemente sólido como para asesinar a Picard y Terrier.

Todos tenían un buen motivo. Todos. Sin excepción. Los que menos, en realidad, eran los cuentacuentos. Pero cabía la posibilidad de que hubieran recibido el encargo de Guivorch de asesinar por él a cambio de una cifra muy suculenta. Aunque a Dupin cada vez le costaba más creerlo.

—No pienso responder. —Séville Bothorel apartó la mirada con disgusto.

—Así pues... —La señora Noiret tenía la voz rota. Hasta el momento, igual que los cuentacuentos, se había mantenido al margen—, ¿quién mató a mi marido? —Aún apoyada contra la pared, observó a Dupin con mirada desafiante—. ¿Quién fue?

En esa segunda frase parecía haber de pronto más energía, aunque un

tanto agresiva. Apartó la mirada de Dupin y la clavó en todos y cada uno de los allí reunidos.

—Dígame, ¿quién podría tener motivos para matarla a usted y a su marido? Respecto a la historia según la conocemos ahora, ¿qué sabía usted?

—Como ya se ha dicho, lo hablamos en la junta y los dos intervinimos. Y entonces, ayer al mediodía, Auffrai Guivorch nos dijo que había encontrado a Paul Picard muerto junto a la excavación. Eso es todo. No sabíamos nada más, ni tampoco estábamos más implicados en esta historia.

También la señora Noiret hablaba como si aquello fuera una bobada. Era insufrible. Todos intentaban salvar el pellejo, y del modo más primitivo.

—Supongo que su marido y usted también buscaron el manuscrito. Tal vez incluso consiguieron hacerse con él. Al menos de forma provisional. O, si es que existe, conocían el lugar donde estaba escondido. —Entonces se le ocurrió una cosa. Sacó el manual de instrucciones del Citroën y anotó algo. Siguió pensando mientras escribía con parsimonia, muy despacio, algo que le había venido a la cabeza, así como un par de cosas referidas a la conversación —. Todos ustedes llevan mintiéndome desde ayer por la tarde. Y no creo que ahora de repente vayan a dejar de hacerlo. —Guardó un breve silencio—. Creo que el manuscrito existe. Creo también que ustedes lo sabían y que hablaron al respecto. Que todos lo querían y lo quieren... y que están dispuestos a cualquier cosa por conseguirlo. Pero, aparte de eso, no hay nada firme. Ni siquiera que Picard —miró a la señora Cadiou— fuera el asesino de Cadiou... —Se interrumpió. Aquello era inútil—. Bien, les comunico que todos y cada uno de ustedes son sospechosos. Y les ofrezco por última vez la oportunidad de aportar algo que sirva para el esclarecimiento de este caso. De lo contrario, a partir de ahora estarán bajo vigilancia.

Dupin miró a su alrededor. Rostros impávidos.

—A mi juicio ya está todo dicho. —Denvel volvió a tomar la palabra con su típico modo de hablar—. Ahora es cosa suya identificar al asesino. Creo que en eso nosotros ya no le podemos ser de ninguna ayuda.

—Muy bien. Ahora el inspector Le Ber se ocupará de las acusaciones que vamos a formular contra cada uno de ustedes. Eso es todo. *Au revoir!*

Dupin se puso en marcha con determinación, dispuesto a abandonar la sala.

—Por cierto, hemos declarado oficialmente concluido el encuentro de la junta. Nos marcharemos a primera hora de la tarde... Por fin, si se me permite decirlo —oyó decir a la señora Bothorel a sus espaldas.

Dupin se dio media vuelta antes de llegar a la salida.

—Se marcharán cuando yo lo diga. No antes.

Un instante después abandonó la estancia. Le Ber y Aballain se quedaron allí.

Se sintió aliviado de estar al aire libre. Aunque el cielo se había encapotado otra vez con nubes que parecían haber salido de la nada y el aire volvía a oler a lluvia. Ya no se veía ni uno de los pedazos de cielo azul de hacía un rato. También había regresado el viento racheado. Cuando entró en el castillo habría jurado que aquel tiempo veraniego se prolongaría durante todo el día.

Dupin dobló a la izquierda y bajó la cuesta que llevaba al lago. Se detuvo junto al agua. La superficie parecía algo encrespada, sobre todo en el centro, donde podían verse unas pequeñas olas de espuma. Tenía un aspecto salvaje. Increíblemente salvaje. Casi como el mar. Además, el agua había adquirido un tono gris mate, un matiz muy inquietante que ya no reflejaba nada, ni siquiera en las orillas.

Le Ber y Aballain se le acercaron.

—¿A quién cree usted, comisario? —Aballain estaba claramente perturbado—. ¿A la señora Cadiou o al señor Guivorch?

—No lo sé. Tengo que pensar. En diez minutos nos volvemos a encontrar aquí. —Sin más explicaciones, empezó a andar junto al borde del lago—. ¡Y manténganse juntos! ¡No se separen! Es una orden.

Aballain dirigió una mirada desconcertada a Le Ber. Este le respondió con un encogimiento de hombros rutinario, que venía a significar algo como: «Él es así».

—Y Le Ber —Dupin tuvo casi que gritar para que el inspector le oyera —, llame a Odinot, que se ocupe del fiscal y de los falsos testimonios. Ahora veremos si realmente esto es una investigación especial.

Dupin necesitaba estar un par de minutos a solas. Volver a pensarlo todo. Estar tranquilo. En un caso normal, si no tomaba distancia la situación solía tornarse incómoda. Y tan importante como estar solo era su necesidad de ordenar las ideas. Tenía que alejarse, aunque solo fuera un poco.

Abandonó el camino que habían tomado el día anterior por la noche para acercarse a la entrada de la galería y se detuvo justo en la orilla del lago. Avanzaba muy despacio. Tenía que prestar atención a las piedras, las raíces, el musgo resbaladizo y los charcos profundos. El viento soplaba de cara. Se dio

cuenta que aún tenía mojados los tejanos y el polo. Temblaba de frío.

¿A quién debía creer? ¿A uno de los dos? Lo malo era que Dupin echaba en falta algo. La intuición.

Sin embargo, la pregunta que se imponía era: ¿dónde estaba el manuscrito?

Había llegado a la altura de una lengua de tierra que se adentraba profundamente en el lago. Daba la impresión de inundarse a menudo. La vegetación allí era escasa. Ni árboles, ni arbustos. Era casi como estar en una isla. Le recordaba la pasarela dentro del lago que la señora Cadiou había proyectado para el parque. Justo enfrente estaba el castillo. Bajo esos nubarrones oscuros y amenazadores, parecía encantado. La maravilla, la gracia y la magia se habían convertido en poderes siniestros.

A lo largo de la franja de tierra, unas grandes ramas reposaban en el agua, podridas y cubiertas de musgo. Algunas más finas que sobresalían —la vista no atravesaba ni siquiera un centímetro de la superficie; era impenetrable, imposible conocer la profundidad del lago— parecían unos dedos escuálidos. Sin apenas percatarse, Dupin se fijó en una rama que destacaba en el agua, al final del promontorio. De pronto tuvo la impresión de que toda la lengua de tierra se ponía en su contra. Como si fuera una señal. La madera era de un tono asombrosamente claro y con aspecto de ser nueva. Tenía el perfil de una espada inmensa. La rama se estrechaba hacia la punta y, de lejos, recortada contra el fondo gris mate, tenía un extraño aspecto bidimensional. ¿Le engañaba la vista? ¿Acaso estaba a punto de perder la cabeza? Ratones blancos, espadas mágicas...

Se sobresaltó. De pronto, su mirada se posó en algo que había detrás de la rama, en la orilla opuesta del lago. Se movía de un modo raro y bajo esa luz grisácea resultaba difícil de distinguir.

Le llevó un rato darse cuenta de que se trataba de una persona agitando los brazos. ¡Era Labat! El inspector gesticulaba como un poseso. Echó a correr por la orilla del lago. Vio entonces también a Le Ber y, a un par de pasos de él, a Aballain.

Dupin sacó el móvil ¿Qué ocurría? ¿Por qué no le llamaban?

No había cobertura. Ni una barra. Nada.

Algo había ocurrido.

—¡Maldita sea!

Dupin tenía la intención de recorrer aún un trecho junto al lago. ¿Qué

había pasado ahora?

Se dio la vuelta.

Apenas tardaron tres minutos en reunirse.

—¡El forense! —gritó Labat con la voz entrecortada, apenas un par de metros antes de que Dupin llegara hasta él—. Dice que se detectan claros rastros de pólvora. —Volvió a tomar aire—. Picard disparó un arma de fuego poco antes de morir.

Aquella era una noticia impactante.

—Desde luego, estamos avanzando. —Aballain fue quien apuntó esa conclusión; era curioso, apenas jadeaba—. Conocemos la existencia del manuscrito, y ahora ya tenemos al primer asesino, Paul Picard, quien, de hecho, es la segunda víctima. Fue él. Él mató a Fabien Cadiou. Eso significa que nos falta el asesino del primer homicida.

Esas palabras de Aballain ilustraban las intrincadas complejidades del caso.

Le Ber tuvo que inspirar profundamente antes de poder hablar.

—Por lo tanto, ahora podemos seguir especulando sobre una base más sólida.

Sonó como si dijera: «Hemos llegado a la etapa siguiente en el camino hacia la cumbre».

Dupin se había puesto las manos sobre la nuca. También él estaba sin aliento.

Picard había matado a Cadiou de un tiro. Eso parecía innegable. Por lo tanto, había motivos, aunque no suficientes, para creer hasta ese momento la historia de la señora Cadiou. Pero ¿lo demás también era cierto? ¿Ella había dejado a Picard vivo? ¿O se trataba de una mentira muy astuta?

Le Ber intentó ir más allá en sus conclusiones:

—Bien, supongamos que Picard dispara a Fabien Cadiou y se lleva el manuscrito. Conduce hasta su excavación. Algo que, al parecer, todos daban por hecho que estaría ahí toda la mañana. Ni la señora Cadiou, que lo ve vivo, ni el señor Guivorch, que ya lo ve muerto, encuentran el manuscrito. —Le Ber intentaba disimularlo, pero cada vez que pronunciaba esa palabra su voz se impregnaba de cierta emoción—. Tal vez Picard lo ocultara de camino a la excavación. ¡En algún lugar del recorrido! ¡Es la única posibilidad! —exclamó para concluir su perorata.

—Pura especulación —suspiró Dupin.

—Pero no deberíamos descartar sin más esa posibilidad. —Labat salió

en defensa de Le Ber. Ese día, Dupin ya había observado en un par de ocasiones una inusual connivencia entre ambos.

En aquel caso había varias cosas bastante distintas de lo habitual. Tal vez lo de ellos fuera por las horas que habían pasado juntos en la galería derrumbada.

—Le Ber ha sido quien nos ha llevado a la idea del manuscrito. ¿Por qué ahora no va a tener también razón en su suposición?

Eso empezaba a ser inquietante: ¡Labat resaltando los logros de otro!

Y, desde luego, con razón.

—Fíjese... —Le Ber se dirigió hacia una de las piedras, sacó un mapa que llevaba en el bolsillo, lo desplegó con soltura y lo colocó sobre la roca. Aballain le ayudó—. Aquí. —De pronto, Le Ber tenía un rotulador en la mano. Reparó en la mirada de asombro de Dupin—. Todo es de la librería del castillo. Veamos. —Marcó con un círculo la residencia de los Cadiou—. Paul Picard se desplazó desde aquí —de nuevo un gran círculo— hasta aquí.

En el segundo círculo estaba la fuente de Barenton.

Dupin se inclinó sobre el mapa.

—La ruta directa es por la D141 de Tréhorenteuc en dirección noreste. —Aballain, que conocía el lugar, recorrió despacio el trayecto con el dedo—. Luego sigue por un par de carreteras secundarias, pero, si se conoce bien la zona también se puede ir directamente por esta otra de aquí. El trayecto es más corto, aunque un poco más complicado.

—¿Dónde se encuentran los lugares artúricos? —preguntó Dupin—. Seguro que Picard los conocía al dedillo.

Nadie objetó nada.

—La Casa de Viviana no está lejos de Tréhorenteuc, pero antes hay que dar un rodeo hacia el oeste. Y desde aquí —puso el dedo sobre la Casa del Viviana— hay que ir en dirección norte. No hay que desviarse mucho. Tal vez dos o tres kilómetros.

Los puntos formaban un triángulo isósceles.

—Ahí está la excavación de Guivorch —murmuró Dupin—. ¿Qué más hay?

Echaron otro vistazo al mapa.

—Los demás lugares artúricos —prosiguió Aballain— están bastante más apartados. —Señaló en el mapa algunos emplazamientos indicados con ilustraciones—. Es posible que Picard no corriera ese riesgo. Era de día; su coche podía ser visto en cualquier sitio.

Dupin pensó a toda velocidad.

—Deberíamos saber si había algún lugar que conociera especialmente bien. Pero ¿cómo? No podemos preguntar a los otros.

—De todos modos —intervino Labat con tono resignado—, es posible que ya hayan examinado todos esos puntos.

—Tal vez Paul Picard se planteó dar un gran rodeo —propuso Aballain—. De ser así, podría ser cualquier escenario artúrico.

Dupin suspiró. Sería una nueva y complicada acción policial, pero tampoco en esta ocasión había otro remedio.

—Enviaremos otra vez un coche patrulla a cada uno de los lugares artúricos. También a la excavación de Picard. Que los gendarmes examinen a fondo el camino que va del aparcamiento a la fuente. También la zona boscosa a ambos lados. Quizá sea mejor optar por un enfoque más simple. Es posible que esté escondido entre la maleza, sin más.

Dupin habló sin mucho convencimiento.

—El lugar más probable —dijo Labat— tal vez sea la Casa de Viviana. Picard conocía bien la excavación, aunque fuese de Guivorch.

Aquello coincidía con la suposición de Dupin, pero entonces se dio cuenta de otra cosa:

—¿Y el Valle sin Retorno? —El destino de su excursión—. Está justo al lado de la residencia de los Cadiou.

—A esos sitios solo es posible acceder a pie —apuntó Aballain—. Habría tenido que dejar el coche y caminar al menos diez minutos para ir y otros diez para volver. También está el Árbol de Oro y el estanque del Espejo de las Hadas, que no guardan relación con la historia de Arturo. Claro que también es posible ir a pie desde el Valle a la Casa de Viviana, pero eso lleva bastante más rato.

Lo cual hacía que fuera muy improbable.

—Entonces será mejor que nos centremos...

Dupin se interrumpió.

Su mente se había detenido en otro lugar. Uno que habían obviado por completo. Muy cerca de la residencia de los Cadiou. Y que al menos por el nombre sí guardaba relación con la leyenda de Arturo.

—¿Y la iglesia del Grial?

—Como ya dije, los investigadores no la toman en serio —objetó Le Ber.

—Pero está a medio camino. Además, debe... —Se acordó de algo. Tenía los ojos muy abiertos—. ¡Creo que lo tengo! Yo... —Una pausa. Antes de

seguir hablando, Dupin se puso en movimiento—. ¡Podría ser!

Salió corriendo a toda velocidad.

Los tres policías, perplejos, se quedaron atrás.

—¡Vamos! ¡Sígueme!

Labat, Le Ber y Aballain también echaron a correr.

Cuando llegaron casi era mediodía. La lluvia caía con fuerza. De nuevo el tiempo parecía furioso. El ambiente se había ensombrecido aún más, parecía que estuviera anocheciendo. Las nubes eran más espesas y bajas que por la mañana, como si se hubieran propuesto tocar el suelo. Sin embargo, el viento había amainado. Los nubarrones sombríos se deslizaban ahora con mucha lentitud.

Dupin aparcó justo delante de la iglesia. Los inspectores lo imitaron, de modo que los parachoques casi se tocaban. La lluvia golpeaba con fuerza el techo de los vehículos; en el de Dupin, cuyo aislamiento acústico distaba mucho de ser como el de los coches modernos, el ruido se volvió ensordecedor en cuanto apagó el motor.

Abrió la puerta, salió y la cerró con un gesto rápido. Luego echó a correr.

Instantes después se encontraba empapado de pies a cabeza bajo el voladizo circular de piedra de la entrada. No esperó a los inspectores. Entró a toda prisa en la iglesia. También allí se oía la lluvia golpeando con fuerza el tejado.

¿Estaría en lo cierto? ¿Su intuición lo conduciría hasta el objeto en torno al que todo giraba? ¿Picard habría ocultado allí el manuscrito? ¿En el camino desde la residencia de los Cadiou a su excavación?

Necesitó un instante para orientarse. A la luz del día, la iglesia resultaba menos espectacular, incluso parecía más pequeña. Nada que ver con el al día anterior, bajo la luz de la luna. Se dirigió al armarito de madera de media altura, sobre el que estaba la estatua de santa Onenne. La pasada noche tenía una puerta entreabierta. En pocas zancadas, se colocó delante.

Entretanto, los tres policías, con el cabello mojado pegado a la cabeza, se habían apostado tras él. La voz de Le Ber oscilaba entre una excitación llena de curiosidad y un respeto humilde, casi reverencial.

—¿Cree usted que está aquí? ¿El manuscrito que contiene información crucial sobre el Santo Grial?

Le Ber musitó las últimas palabras con voz ronca.

El comisario no dijo nada.

Ahora la puerta del armario estaba cerrada.

Era un escondite muy bien pensado. Hasta la siguiente misa, nadie tenía motivo alguno para sacar de ahí los misales.

Dupin abrió el mueble.

Los misales estaban apilados en montones de diez ejemplares cada uno. Formato compacto, color verde oscuro, un forro de plástico granulado, fino e indestructible, que Dupin recordaba de su infancia. Dispuestos en unas quince filas seguidas. El armario, de aproximadamente un metro de altura, medía algo más de dos metros de ancho. Llevaba incorporado un estante intermedio, lo que permitía disponer dos hileras. Sobre los últimos misales quedaba un hueco estrecho.

Alguien había ordenado las filas de libros de forma sistemática y meticulosa.

—¿Aquí? ¿Cree usted que el manuscrito está aquí dentro? —preguntó Labat sin disimular su incredulidad—. ¿Con los misales?

En lugar de responder, Dupin se puso en cuclillas. Inspeccionó los ejemplares superiores de cada montón de misales. Estaban muy bien colocados; no parecía que nadie se hubiera dado prisa por meterlos allí.

—Jefe, ¿por qué cree que el manuscrito se encuentra justo aquí? —insistió Labat.

Dupin se incorporó. Tenía la frente arrugada.

—La pasada noche... —Dupin se corrigió; parecía, y desde luego la sensación que tenía era esa, que todo había ocurrido muchos días atrás—. En realidad, esta madrugada, cuando los buscaba a ustedes, la puerta izquierda del armario estaba abierta un palmo.

Reparó en que ninguno de sus inspectores sabía dónde los había estado buscando, pero no importaba.

—Y entonces —Labat seguía con su tono escéptico— ¿se le ha ocurrido que tal vez Picard fue quien la dejó así?

Dupin sintió un arrebató intenso de obstinación y disgusto. No solo hacia Labat, sino hacia todos y todo, incluso hacia sí mismo. En lugar de responder, se volvió a poner en cuclillas y empezó a sacar algunos misales de la parte superior derecha.

Se detuvo un momento para sacar el móvil y activar la linterna. Retiró el resto de los libros de la fila. A continuación, deslizó a un lado el montón contiguo para poder ver parte de la zona posterior.

—¿Y bien? —Le Ber parecía emocionado.

Dupin hizo lo mismo en el otro lado.

—Nada. —Se incorporó de nuevo—. Maldita sea.

—Tal vez fuera algo precipitado —aseveró Labat, cargado de razón—. Será mejor que sigamos pensando dónde podría estar. En cualquier caso, deberíamos enviar los coches patrulla a los lugares artúricos.

Dupin se volvió hacia Aballain.

—Encárguese de inmediato.

—A la orden. —Aballain se dirigió hacia la salida.

—Espere. Una cosa más: ordene a los gendarmes que vigilan a los sospechosos que se aparten un poco. Quiero que se piensen que les hemos retirado la vigilancia, o que pueden zafarse de ella. Los gendarmes deben ser invisibles, ¿entendido?

Dupin se encontró con tres rostros desconcertados.

—Es preciso que los gendarmes se centren solo en las salidas de los sospechosos. Que estén atentos a dónde pueden ir y que los sigan con la máxima discreción. —Dupin se frotó la nuca—. Cuando crean que nadie los vigila, algo que posiblemente tardará un tiempo, veremos dónde buscan. —No tenía la menor duda de que seguirían buscando—. Puede que ellos, o por lo menos alguno o alguna de ellos, sepan más que nosotros. En todo caso, si el asesino aún no está en posesión del manuscrito, esperanza sobre la que se basa esta acción, lo querrá tener cuanto antes. Aunque solo sea por temor a que otro, o nosotros, dé con la ubicación correcta.

—Yo me concentraría sobre todo en la señora Bothorel —apuntó Le Ber en un murmullo—. Ella se atribuye el mérito del descubrimiento del manuscrito.

—Lo que significa que también deberíamos vigilar de cerca a Denvel. Podrían estar confabulados —completó Labat y, tras unos instantes de silencio, añadió—: De todos modos, admito que a mí la señora Noiret me da mala espina. Antes no parecía muy apenada por la pérdida de su marido. Pero también me inspira desconfianza Guivorch. —Una breve pausa—. Él también. Y los cuentacuentos tampoco se libran. —Un suspiro profundo y teatral—. Pero la más sospechosa es la señora Cadiou.

Y así habían regresado al punto de partida. Genial.

—Aballain, vamos a hacerlo de otra forma: ordene a los gendarmes que vayan con sus vehículos privados a los posibles escondites y que vigilen con discreción las entradas. Si aparece alguno de los sospechosos, que informen de inmediato, pero sin que se enteren de que hay policías.

Corrían un gran riesgo, pero era el modo más simple y eficaz, siempre y cuando sus suposiciones fueran ciertas.

—Bien. —Aballain se dirigió con paso enérgico a la salida con el móvil pegado a la oreja.

—Nosotros tres iremos a la Casa de Viviana. —Objetivamente era el lugar más probable.

—Un momento.

Le Ber se había puesto en cuclillas frente al armario y estaba sacando los misales de la hilera inferior.

—Por si acaso, es mejor acabar lo empezado, jefe.

—La Casa de Viviana puede...

Le Ber interrumpió a Labat.

—Ahí hay algo.

Por un instante, el inspector se quedó quieto. Luego empezó a moverse como a cámara lenta.

Dupin y Labat lo observaron con atención.

Le Ber hurgaba cada vez más en el fondo del armario, estaba casi a punto de tumbarse en el suelo. Con la otra mano sostenía el teléfono con la linterna encendida.

—¿Qué ve?

Dupin dio un paso al frente.

—Un sobre marrón de un tamaño un poco mayor al DIN A4.

En vez de preguntar, Dupin y Labat se tumbaron al instante junto a Le Ber. Hombro con hombro.

El inspector, entretanto, ya había agarrado el sobre. Lo sacó despacio. Los tres contenían el aliento.

Le Ber se puso de rodillas. Examinó el sobre por todos lados. Seguía sin decir palabra.

Un sobre normal. Sin cerrar.

Le Ber se puso de pie. Dupin y Labat hicieron lo mismo.

Abrió el sobre. Miró con extremo cuidado, como si eso pudiera dañar lo que había en su interior.

—Es una funda especial para archivo —explicó Le Ber muy despacio. Metió la mano—. Una funda profesional. Con una especie de cremallera. Permite extraer el aire por medio de una válvula diminuta que lleva integrada. —Su voz era cada vez más fina—. Se emplean para manuscritos y objetos muy antiguos.

Mostró la funda.

Negra. Dejaba notar los bordes del objeto que contenía. Un rectángulo, de unos veinticinco centímetros de alto, veinte de ancho y cuatro de grueso.

—Puede... que... sea... eso —Le Ber hizo una pausa después de cada palabra.

—¿De verdad cree...? —Dupin hizo un esfuerzo para dominarse—. Ábralo.

—Pero...

—Ábralo, Le Ber. —Era preciso tener la certeza.

El inspector apretó la válvula y la funda se hinchó con un lento silbido. Luego se dispuso a abrir la cremallera. Sus movimientos eran cada vez más lentos.

—¿No es posible ir más rápido? —Labat parecía atónito.

La cremallera se separó. Con mucho cuidado, Le Ber echó un vistazo en su interior.

De nuevo se quedó inmóvil.

—¡Vamos! —Labat no podía aguantar más. A Dupin le pasaba algo parecido.

Le Ber extrajo con extrema lentitud el contenido.

—¡Sí! ¡Lo tenemos! ¡Es el manuscrito misterioso! —Las exclamaciones de Labat, que rompieron aquel dramático silencio, parecían triviales ante la importancia del descubrimiento.

Tapas de madera oscura, desgastada en buena parte y en los bordes, herrajes de cobre en las cuatro esquinas y otro más en el centro, un círculo. En medio se veían unas páginas amarillentas cortadas de forma irregular.

—El círculo —musitó Le Ber—. El símbolo de la Mesa Redonda. De la unión eterna, de la comunidad hermanada e inseparable. Esto... esto... —Era incapaz de articular una frase con sentido—. Sí. Tiene que serlo. Es la fuente textual.

Dupin intentaba reflexionar. Debían mantener la cabeza fría y pensar en el paso siguiente.

—Ahora tendríamos que...

—Ya he dado todas las órdenes. —Aballain regresó al interior de la iglesia. Hablaba en tono enérgico—. Van a... —Se interrumpió y contempló atónito lo que Le Ber tenía en las manos.

El inspector estaba exultante.

—El manuscrito sobre el que se lleva especulando desde hace casi mil

años. ¡Es real! Lo tengo en mis manos. Es... fantástico.

Aballain, que parecía dudar de sus sentidos, balbuceó:

—Pero ¿dónde lo han...?

—Aquí, en el armario —declaró con orgullo Labat, que al principio había considerado ese lugar como un escondite altamente improbable.

—Es increíble. —Eso fue todo lo que logró farfullar el coronel, perplejo.

—Nos encargaremos de que lo examinen cuanto antes —urgió Dupin—. Pero tenemos que concentrarnos en averiguar quién es el asesino. ¡Eso es lo único que interesa ahora mismo!

Así era. Por fascinados que estuvieran, no podían perder el tiempo, y menos aún en raptos místicos.

—Será mejor que permanezcamos al acecho. Sobre todo aquí. —Había también otras posibilidades, pero aquella parecía ser la prioritaria. Una pregunta seguía sin respuesta: ¿adivinaría el asesino que la iglesia era el escondite? Tenían que confiar en ello. Tal vez esa era la única oportunidad de seguirle la pista y detenerlo.

—Entonces será mejor que saquemos de aquí cuanto antes los coches. — Le Ber había recobrado también su pragmatismo; su estado de ánimo cambiaba con la misma rapidez que el tiempo bretón.

Dupin se recriminó por no haberlo pensado. Ningún sospechoso se acercaría a la iglesia si veía los coches.

Aunque el comisario no dejaba que nadie condujera su Citroën, en este caso tuvo que hacer una excepción.

—Llévese también mi coche. —Puso las llaves en las manos de Labat—. Y luego regrese enseguida.

Le Ber había vuelto a guardar el manuscrito en la funda y ésta, a su vez, dentro del sobre.

—Será mejor que lo lleve conmigo.

Dupin asintió.

—Cancelaré otra vez la búsqueda. —También Aballain había regresado a la acción policial presente.

—Quiero que uno de sus hombres vigile de incógnito la iglesia y que nos informe si alguien se acerca.

—Por supuesto. —El coronel sacó su teléfono.

—Y no diga nada acerca del hallazgo. Por el momento, es mejor que nadie lo sepa. ¡Nadie!

La estrategia por la que habían optado no carecía de riesgos. Era todo o

nada. Pero así eran las cosas. A veces, todo se reducía a eso. Dicho de otro modo: en ocasiones, para resolver una situación complicada era preciso agudizarla más.

Dupin empezó a ir de un lado a otro de la iglesia.

El comisario cavilaba. ¿Dónde podían esconderse? Y además, de forma que pudieran verlo todo, en especial el armarito. Si alguien aparecía, comprobaría que se encontraba a solas. Tal vez tendrían que aguardar un buen rato. El asesino tenía que sentirse más o menos seguro.

Dupin recorrió el lugar seis veces muy despacio, arriba y abajo. En principio no había muchas posibilidades. Las tres pequeñas hornacinas que había bajo el gigantesco ciervo blanco —en las que no había reparado la noche anterior—, y la oficina parroquial del edificio anexo. Y esta, tal y como Dupin constató, volvía a estar cerrada con llave. Al darse cuenta, Le Ber se marchó para buscarla.

Pese al mal tiempo y la falta de luz, el ciervo blanco refulgía. Igual que el Grial de la vidriera situada en el lado opuesto. Con todo, ahora lo hacía de forma distinta a la noche anterior. Seguía mostrándose intensa y nítida, pero con menos misticismo. El vidrio de esos vitrales debía de haber sido pulido y trabajado por un experto; daba la sensación de que cada pieza llevaba instalados diodos de luz. Dupin tuvo que admitir que, por un instante, había sentido un escalofrío al contemplar la imagen del Grial.

Toda esa historia era de locos. Aunque no habían encontrado el Santo Grial, sí, tal vez, un documento que hablaba de él, que explicaba qué era exactamente y quizá dónde se encontraba. Y, en caso de que no contara nada del Grial, entonces era posible que, si había entendido bien a Le Ber, desvelara otro gran misterio: el de la identidad de Arturo. Algo que podría demostrar su existencia histórica real, lo que no era menos sensacional. Dupin se obligó a poner fin a esas fantasías, ya que él mismo se lo había prohibido estrictamente a sus inspectores.

—¡Ya estamos de vuelta, jefe! —Le Ber, con el sobre bajo el brazo izquierdo, entró a toda prisa en la iglesia seguido por Aballain y Labat—. Tengo la llave. Y una idea. Esa salita sería el escondite adecuado. El asesino seguramente lo examinará todo. Nosotros cerramos la puerta por dentro. Colocamos en un lugar discreto de esta nave un móvil a modo de cámara y utilizamos el otro como monitor.

Un momento después se dirigían hacia la estrecha puerta del edificio

anexo. Le Ber la abrió. Entraron uno tras otro.

Decoración austera, un gran escritorio de los sesenta con un libro de oraciones encima, encuadernado en piel, y unos papeles. Una silla de escritorio de madera, funcional y grande. Al lado, una estantería a media altura con libros y archivadores. También, la figura de un santo sobre una cómoda. Paredes de piedra tosca. Una ventana alta y cerrada en el lado opuesto a la puerta. Olor a polvo, a madera y a una ligera humedad, que imperaba en la estancia desde hacía años. Allí era mucho más intenso que en la iglesia. En el rincón de la izquierda, una puerta estrecha, un baño pequeño y un lavamanos.

Le Ber se dirigió al escritorio y, sin decir palabra, tendió la mano hacia Labat. Este le entregó su móvil, no sin cierta solemnidad. Lo apoyó contra el libro de oraciones y dejó con cuidado el sobre en el lado derecho del escritorio.

Todos se arremolinaron en torno al inspector, que colocó su propio móvil al lado. Nolwenn y él habían creado una red de Bluetooth que permitía conectar todos los móviles.

—¡Funciona! —anunció poco después—. Salgo fuera para colocarlo, y ustedes me van diciendo si la posición y la perspectiva son correctas. Dejaré la puerta abierta de par en par —añadió cuando salía—. A fin de cuentas, van a tener que hablar muy alto.

—¡Lo haremos! —Labat lo intentó de forma muy convincente.

Dupin tenía la mirada clavada en la pequeña pantalla.

—¿Dónde están los coches?

—Aballain me ha ayudado. Los hemos dejado al final del aparcamiento grande desde el que empieza el camino al Valle sin Retorno. Están ocultos, detrás de unos arbustos grandes. En un par de minutos llegarán allí dos coches más con cuatro hombres en cada uno. Por si necesitamos refuerzos. Y... para la detención.

—Bien hecho, La...

—¡Va bien! —Labat interrumpió a Dupin. Se apartó a un lado para gritar hacia la iglesia.

El armario y la figura se veían de frente. Por lo tanto, si alguien se situaba delante del armario sería imposible ver lo que hacía.

Dupin se acercó a la puerta y gritó hacia la nave.

—Mejor una perspectiva lateral, Le Ber. De modo que también se pueda ver si entra alguien en la iglesia.

—Con esta luz va a ser difícil. Lo intentaré.

Le Ber se dirigió hacia el gran ciervo blanco. Casi había llegado al otro extremo de la iglesia, al rincón. Sostuvo la cámara en alto para probar.

—No se ve nada —gritó entonces Labat—. Demasiado lejos y demasiado contraluz.

Le Ber se acercó un poco hacia Dupin y cambió de lado. Colocó la cámara sobre uno de los grandes marcos con escenas artúricas.

—Así no está mal —anunció Labat.

El comisario regresó al escritorio y contempló la imagen.

—Sí. Está bien. —Ahora fue Dupin quien alzó la voz.

Verían a la persona de lado. La puerta no se distinguía muy bien, pero era suficiente.

—De acuerdo —se oyó desde la iglesia—. Voy a sujetar el móvil y vuelvo.

Labat se había sentado en la enorme silla de escritorio, semejante a un trono, justo delante del móvil.

Dupin se colocó junto a Labat. A él le sería imposible permanecer sentado y sin moverse. Aballain estaba al otro lado, de forma que aún quedaba sitio para Le Ber. Este entró en la estancia un segundo después.

—¿Alguien quiere volver a salir? Si no, cerraré la puerta.

Nadie dijo nada. El nerviosismo aumentó.

No sabían el tiempo que tendrían que esperar.

—Hemos apostado a nuestro mejor hombre, pero el asesino también podría llegar por el lateral, a través del parque que rodea a la iglesia, por ejemplo; o por atrás. En ese caso, nos daríamos cuenta muy tarde.

Le Ber examinó la puerta de madera.

—No deberíamos hablar muy alto —dijo. Luego cerró con un gesto resuelto y tomó posición.

Podía pasar mucho rato. Horas, tal vez.

Dupin sacó el móvil y se dirigió al pequeño aseo.

Iba a poner al corriente a Nolwenn y Jean Odinot. Y hablaría lo más bajo posible.

Llevaban más de una hora aguantando allí, en esa sala asfixiante y pequeña con una ventana alta y cerrada. Al principio, la lluvia torrencial había golpeado con fuerza contra ella y luego, en un cambio de tiempo tan rápido como el de la mañana, el sol brillante del mediodía se había desplomado sobre el cristal. A pesar de las gruesas paredes de piedra, la estancia se había

caldeado a una velocidad asombrosa.

Tras las dos llamadas de teléfono, Dupin había dado ya varios cientos de vueltas por la sala.

Pese a la larga espera, el nerviosismo iba en aumento a cada minuto; hacía un buen rato que se había convertido ya en una inquietud angustiada que casi podía palparse. A la vez, el inmenso cansancio empezaba a adivinarse en los cuatro hombres. Dupin sentía una pesadez tremenda en los brazos y las piernas. Era un estado terrible: agotamiento y extenuación combinados con nerviosismo y ganas de acción. Todo cuanto podían ver del mundo exterior era lo que mostraba aquella pantalla de ocho por cinco centímetros situada sobre el escritorio.

Al comisario se le había agriado el humor. Le atormentaba pensar que, tal vez, atrincherarse allí de ese modo no solo no había sido una buena idea, sino que era una solemne tontería. Igual que dejar que el grupo de sospechosos campara y a sus anchas. Quizá con el legendario manuscrito en la mano habrían podido tener una confrontación dura, más dura aún, con todos los implicados. Además, en teoría, era posible que pasaran días antes de que el asesino regresara, antes de que creyera que no había moros en la costa. Y todo eso siempre y cuando supiera dónde se encontraba el manuscrito. También podía ocurrir —y Dupin acababa de caer en la cuenta— que el asesino enviara un cómplice.

Se espabiló:

—Anulemos. Abortemos la operación y volvamos a reunirnos con todos otra vez en el castillo.

El comisario esperaba alguna protesta o, al menos, alguna pregunta. Y una observación burlona y mordaz de Labat, algo así como que eso se podría haber evitado.

Nada parecido. Al contrario. Dupin creyó ver cierto alivio en sus caras.

—De acuerdo. —Aballain ya tenía el teléfono en la mano—. Informaré a todos. Diría que a las tres. En tres cuartos de hora.

Dupin asintió.

Le Ber fue hacia la puerta.

—Creo que...

—Hola, ¿sí?

Aballain interrumpió a Le Ber; su móvil acababa de vibrar.

—¿Qué pasa?

La persona al otro lado de la línea necesitó algo de tiempo para

explicarse. Dupin estaba impaciente.

—¿Qué pasa?

—¡Gracias! ¡Hasta luego! —Aballain colgó—. Es un taxi. —Hablaba tan rápido que casi se atropelló—. Acaba de detenerse delante de la iglesia. Ha bajado alguien. Una persona sola. El gendarme no ha podido verla bien.

Antes de que Dupin o alguno de los inspectores pudieran decir algo, se oyó el crujido pesado de la puerta de la iglesia al abrirse.

Los cuatro se quedaron inmóviles.

En una décima de segundo, Le Ber sacó el móvil y volvió a colocarlo sobre el escritorio. Activó de nuevo la transmisión. Al instante, todos estaban agolpados de nuevo en torno a la pequeña pantalla.

Esperaron con nerviosismo.

Nada. No vieron nada en absoluto. ¿Por qué no veían a esa persona en el borde de la pantalla?

Dupin tenía los nervios a flor de piel. Permanecieron de pie, inmóviles, un poco inclinados hacia delante, con los ojos clavados en la pantalla.

Nada.

Los segundos transcurrían muy despacio.

La persona parecía haber entrado en la iglesia. ¿O tal vez no? De ser así, se mantenía fuera del campo visual de la cámara. ¿Qué estaría haciendo?

—Tal vez —susurró Labat— es un visitante que no tiene nada que ver con el caso.

—O bien —musitó Le Ber— está examinando la iglesia para asegurarse de que está solo.

Le Ber calló. Una sombra grande y oscura se deslizó por la pantalla. El desconocido tenía que haber pasado cerca de la pared de delante del armarito. Es decir: se dirigía hacia la vidriera. Y a la sala anexa.

—Debemos... —Dupin habló aún más bajo que Labat. Un ruido lo interrumpió.

Alguien estaba intentando abrir la puerta. Por supuesto, era de esperar que la persona comprobara si había alguien ahí. O si la puerta estaba cerrada.

De nuevo, una sacudida fuerte en la empuñadura de la puerta. El comisario, sus inspectores y el coronel de Paimpont contuvieron el aliento.

Aquel no era un visitante normal.

Acto seguido, los cuatro pares de ojos volvieron a clavarse en el móvil de Le Ber. Y, de nuevo, no vieron nada. Los segundos se deslizaron con una lentitud insoportable. ¿Qué estaría haciendo ahora ese individuo? En aquel

rincón de la iglesia no había mucho que ver, y ya había echado un vistazo a las dos alas laterales al pasar.

Esperaron. Siguieron esperando. La tensión apenas se podía soportar.

El desconocido aún no se había acercado al armario. Había esquivado ese lado. ¿Por qué? ¿Se habría percatado del móvil? Pero, de ser así, ¿no habría abandonado la iglesia de inmediato? ¿Y si ya la había abandonado? ¿No lo habrían visto otra vez en la parte izquierda de la pantalla?

La mente de Dupin analizaba a toda velocidad todos los escenarios posibles.

Intentó conservar la calma.

En vano.

Allí había algo que no terminaba de cuadrar.

Un segundo después, sin darle más vueltas, se precipitó hacia la puerta. De un modo tan imprevisto que los demás se apartaron de un salto sobresaltados.

Mientras giraba la llave y abría la puerta gritó:

—¡Entramos!

El comisario Dupin entró en la nave de la iglesia de un salto.

Fue hasta el centro y se detuvo en seco.

¡Vacía! La iglesia estaba vacía. No había nadie.

Al instante tenía a sus inspectores tras él.

—¿Dónde está...?

Le Ber no terminó la frase. Oyeron unos pasos.

Al cabo de un momento alguien asomó por el lateral derecho.

Los cuatro policías sacaron las armas en un acto reflejo.

Dupin reconoció de inmediato quién era.

Denvel.

Era Marc Denvel. Con una camisa blanca arremangada hasta los codos. Después de la reunión en el castillo debía de haber ido a su habitación y se había cambiado.

—¡Quieto ahí! —Labat fue el primero en reaccionar—. ¡Arriba las manos! ¡Levante las manos con las palmas abiertas y de cara a nosotros! ¡Si no, me veré obligado a disparar!

Dupin abandonó su posición y se acercó a Denvel sin dejar de apuntarle con el arma.

¡Ahí estaba! Justo delante de ellos. El asesino. El que habían buscado sin

descanso. El que había convertido las últimas veinticuatro horas en una pesadilla. El aristocrático e inteligente Marc Denvel.

—¿Por qué razón dirigen sus armas contra mí, caballeros?

Denvel era dueño de la situación; no parecía asustado, ni siquiera molesto. Seguía hablando con su tono de superioridad educado y natural, como en todos los encuentros previos. Dupin reparó entonces en la cámara fotográfica, de aspecto profesional, que le colgaba del hombro. Llevaba un gran objetivo con zoom.

—A nosotros no nos engaña, señor Denvel. —Dupin tenía ganas de pelea, pero se contuvo—. Fue usted. Usted los mató. A Paul Picard y a Bastien Terrier. Y también es responsable del intento de asesinato de la señora Noiret.

—¿Y por qué piensan tal cosa?

Interpretaba muy bien su papel. Era bueno de verdad. De un descaro extraordinario.

Labat y Aballain se situaron a derecha e izquierda de Denvel, que hizo como si no los hubiera visto. Le Ber permaneció junto a Dupin.

—¿Quién, si no el asesino de Paul Picard, podía saber dónde estaba oculto el manuscrito? Usted logró que Picard se lo dijera. Bajo la amenaza de matarlo. Algo que, sin embargo, acabó haciendo.

—¿Aquí? —Denvel se hizo el sorprendido—. ¿El manuscrito está aquí? ¿La fuente textual? ¿En esta iglesia? ¡Menuda tontería! Yo he venido a fotografiar unos detalles de la vidriera. Estoy escribiendo un artículo en el que esta maravilla se menciona en una nota al pie. Les enviaré una copia del ejemplar. Me había propuesto hacerlo durante mi estancia aquí y, como nos marcharemos pronto y es posible que no vuelva en un tiempo, he pensado que ahora lo corr...

—Voy a arrestarle ahora mismo, señor Denvel. Quedará en prisión preventiva. Tenemos que esposarle.

Hizo una señal a Labat y Aballain y él apartó la pistola.

Dupin estaba seguro de que Denvel era el asesino, pero habían cometido un error. Lo habían detenido antes de que rebuscara en el armario. Si hubieran esperado hasta entonces, habrían dispuesto de una prueba más sólida. Válida para cualquier juez del mundo. La impaciencia de Dupin había arruinado esa posibilidad.

Denvel era muy inteligente: en cuanto se diera cuenta de que su historia sobre las fotografías no le llevaba a ningún sitio, confesaría que él, como todos, estaba buscando el manuscrito y que, igual que Dupin, había probado

suerte en la iglesia. Claro que eran muchas casualidades, pero seguro que emplearía una estrategia de defensa como esa. Dupin deseó no haber irrumpido de ese modo.

—No tema, comisario, no ofreceré resistencia. —Denvel le dirigió una sonrisa burlona—. Pero yo...

De nuevo se oyó un fuerte crujido.

La puerta de la iglesia.

Alguien entraba.

—Prohibido el paso —dijo Le Ber—, esta es una operación policial urg...

Se interrumpió de repente.

La señora Noiret acababa de entrar.

Llevaba una gabardina negra. Dupin no pudo evitar pensar en el Caballero Negro del que Inwynn le había hablado.

Ella reaccionó con más rapidez que todos los demás.

Les apuntó con una pistola. Dupin saltó hacia delante al mismo tiempo que sacaba su arma, pero al instante siguiente se quedó inmóvil.

La pistola era una Glock. Con toda probabilidad, el arma de Fabien Cadiou.

—¡Señora Noiret, baje el arma! —Le Ber se encontraba un poco más adelantado que Dupin. Ella apuntaba hacia él; él apuntaba hacia ella—. ¡Ahora mismo!

—Creo que van a ser ustedes quienes bajen el arma. —La señora Noiret habló con un tono tranquilo y frío.

—No lo haremos. Jamás. Y lo sabe —masculló Dupin con tono cortante.

Dirigió la pistola hacia él. Imperturbable.

Tenía a Dupin en el punto de mira.

Entonces, de pronto, durante una milésima de segundo, apartó la mirada de él y la dirigió al lateral izquierdo de la nave. Tan rápido que al instante volvió a tener a Dupin en el punto de mira. Él reparó en ese gesto. Sabía lo que había detrás de él: el armarito. Con los misales. Con los misales y, hasta hacía poco, el manuscrito. Eso era lo que buscaba con la mirada. Quería saber si lo habían encontrado. Comprobar si alguien lo había tocado. Puede que su intención no fuera mirar hacia ahí, pero no había podido evitarlo.

Dupin bajó la voz y, sin perder de vista a la señora Noiret, dijo:

—Ya no está. Lo tenemos nosotros.

Ella no demostró la menor emoción.

—Fue usted. —Aquello le pareció absurdo; Dupin acababa de formular esa acusación dirigiéndose a otra persona—. Usted es la asesina de Paul Picard. Y de Bastien Terrier, su propio marido. Se inventó una agresión para despistar y se infligió a sí misma un par de heridas muy vistosas, pero de escasa gravedad. —Dupin repasó mentalmente lo ocurrido. ¡Qué tonto había sido! ¿Por qué no había sopesado nunca esa posibilidad?— Usted...

—¡Tire el arma! —gritó la señora Noiret.

No pasó nada. Se impuso un silencio estremecedor.

Al parecer, ella no tenía interés en desmentirlo. En realidad, no había nada que desmentir.

—Caballeros, ustedes van a dejar que me marche. —Su tono de voz era glacial—. De lo contrario, dispararé al comisario.

Dupin tenía la vista clavada en el arma que le apuntaba. Estaba convencido de que lo haría. Solo una escalada radical de los acontecimientos le permitiría a ella tener alguna oportunidad.

—Contaré hasta tres.

Clavó la vista al frente. Era terrible. Tenía la mirada extraviada. Por completo.

—Uno. —La señora Noiret hizo una pausa. Casi sonaba prudente—. Dos. —Otra pausa. Esta vez más larga—. Tr...

Se oyó un disparo.

Y otro unos milisegundos después.

Con el primero, Dupin se echó a un lado, y el segundo sonó cuando ya se estaba precipitando al suelo.

El primer disparo fue de Labat. Era quien estaba más alejado de la señora Noiret y, además, un poco tapado por Denvel.

El segundo lo realizó la señora Noiret. Apenas un instante antes de que la bala de Labat le atravesara la mano. El disparo de Labat fue de una precisión absoluta.

La señora Noiret dejó oír un grito y se dobló de dolor. Arrojó el arma, que fue a parar unos metros más allá, sobre el suelo de piedra.

Por un momento, Le Ber, Aballain y también Marc Denvel, que lo había presenciado todo esposado y con el rostro desencajado, se quedaron inmóviles.

Un instante después, ella volvió la mirada hacia Dupin, que había caído al suelo con un ruido sordo y se había golpeado contra la pared en el hombro izquierdo.

Durante un buen rato reinó un silencio denso y espantoso.

Pasaron los segundos.

Dupin siguió ahí tumbado. Encogido.

Nadie habría podido decir el tiempo que transcurrió hasta que empezó a moverse. Se dio la vuelta y se apoyó con las manos. Examinó, vacilante, si había recibido el impacto o estaba herido.

—Todo bien. —Sus palabras resonaron en la iglesia; al cabo de un momento les siguieron otras, pronunciadas en voz muy baja, como si hubiera tenido que ajustarse el volumen de la voz—: Estoy bien.

Dupin logró por fin ponerse de pie; en un abrir y cerrar de ojos se acercó a la señora Noiret que, a pesar de la herida, buscaba su arma con los ojos.

—Todo ha terminado. —La asió del brazo.

Ella volvió a gritar y, de pronto, se desmayó. De un segundo al siguiente su cuerpo perdió toda la tensión. Fue como una capitulación física.

Entretanto, Labat, Aballain y Le Ber se acercaron a Dupin.

—¿Cómo está, jefe? —preguntó Le Ber, preocupado.

—No me ha pasado nada.

La bala no le había dado, pero había faltado muy poco. No estaba herido. Aun así, se notaba extraño.

Labat miró la herida de la mano de la señora Noiret, que sangraba profusamente. Se apresuró hacia la pequeña sala anexa.

—Traeré una toalla y llamaré a una ambulancia.

La mirada de la señora Noiret se había clavado en su mano. Aunque debía de estar sufriendo un dolor terrible, sabía contenerse.

Dupin inspiró profundamente. El minuto anterior le parecía una escena irreal, caduca. Un instante en el que todo había sido posible.

—Ahora ya conocemos toda la historia, señora Noiret. —Se colocó justo delante de ella—. Y eso es todo cuanto me interesa.

Las palabras se perdieron en la nave de la iglesia.

Labat regresó con una toalla. Si decir nada, se acercó a la señora Noiret, que le tendió el brazo de mala gana, y le envolvió la mano con la mayor firmeza posible.

La ambulancia llegaría en unos minutos.

Dupin sintió una gran repugnancia. Ya no podía soportar a la señora Noiret. No podía permanecer más tiempo en esa iglesia.

Se disponía a marcharse cuando ella habló, con un tono de voz mesurado e impasible.

—Paul me prometió que yo formaría parte del equipo académico que examinaría el manuscrito. De este modo, pretendía que volviera con él. Quería recuperarme. —Dupin se quedó quieto—. Me llamó semanas antes y me lo contó todo. Durante la reunión anterior de la junta se había dado cuenta de que mi matrimonio con Bastien estaba acabado.

Al principio, a Dupin le costó comprender el significado de esas palabras.

—¿Qué significa eso? —preguntó Le Ber en tono cortante—. ¿Que Paul Picard quería recuperarla y que por eso le prometió que usted participaría del reconocimiento que esperaba lograr?

—Así es, pero entonces, de pronto, quiso presentarse ante la policía. Confesarlo todo. Aunque solo había sido un accidente. Él no tenía intención de matar a Fabien Cadiou. Él lo amenazó, no quería compartir el reconocimiento, no me quería. Si Paul hubiera acudido a la policía, todo habría terminado. De forma irreversible. Para todos nosotros.

El narcisismo, cómo no. Era espantoso.

—Paul y yo...

—Entonces, Paul Picard... —Ahora fue Le Ber quien no estaba dispuesto a abandonar el tema— ¿La incluyó a usted por iniciativa propia, sin que Fabien Cadiou lo supiera? ¿Y así los tres habrían sido los descubridores oficiales? ¿Acaso esa era, por lo menos, la intención de él? —Ella asintió—. Y usted se citó con él en la excavación, junto a la fuente de Barenton. —De nuevo un asentimiento, tan mecánico como el primero—. ¿Él le dijo dónde había escondido el manuscrito?

—Sí. Me lo dijo. Estaba muy confuso y solo quería ponerlo a buen recaudo.

—Y usted lo asesinó cuando él cambió de opinión y quiso confesar.

Ella calló.

—¿Y qué pasó con Terrier? ¿Con su... marido? —preguntó Labat, atónito.

—Se había dado cuenta de que yo volvía a tener contacto con Paul desde hacía un tiempo. Bobadas, bobadas absolutas. Los dos eran tontos. —Ella negó con la cabeza—. Cuando se enteró del asesinato de Cadiou y de Picard, sospechó de mí de inmediato. Lo sospechaba todo. Toda la historia. Y esa noche me dijo que estaba dispuesto a ir a la policía. Por supuesto, yo lo negué todo, pero no me creyó.

Tremendo. Era como si ella siguiera enojada por esa reacción. Pero Dupin conocía el pensamiento erróneo y alienado de los asesinos. Su

narcisismo era infinito, y los llevaba a crear un sistema único de percepciones sobre el mundo que luego habitaban de forma completamente aislada. Y todo cuanto pensaban, sentían o hacían era «normal» y «correcto». Esa gente no dudaba ni por un momento de ellos mismos. Ni siquiera tras cometer un delito capital.

—Fingiendo una agresión pretendía tomarnos el pelo a todos —siseó Labat.

—Mi marido también lo sospechó.

Era asqueroso, simplemente asqueroso. Dupin seguía mudo.

—Así que tuvo que librarse de él —resumió Le Ber—. ¡De pronto solo quedaba usted! Y el manuscrito. Y únicamente tenía que recogerlo.

—No contaba con que nosotros lo encontraríamos —añadió Labat con tono triunfante.

—Y usted habría encontrado el modo de erigirse como la única descubridora del manuscrito —acabó de decir Le Ber.

En este punto, Dupin no estaba tan convencido. A fin de cuentas, había mucha gente que sabía o intuía demasiadas cosas. La señora Cadiou, por ejemplo. Seguro que habría llegado un momento en que no habría tenido ningún motivo para callar. Aunque ella, claro está, también habría podido morir de forma inesperada... Con todo, en las personas más inteligentes, el convencimiento de su propia grandeza les hacía perder el sentido de la realidad. En especial, en los momentos críticos. Y eso acababa siendo su perdición. Sin embargo, ahora todo daba igual. La señora Noiret recibiría su castigo. Sin compasión. Dupin no quería otra cosa.

Se marchó.

Mientras se alejaba, dejó de oír el resto de las preguntas de los inspectores.

Una vez en el exterior, Dupin empezó a correr. Al azar. Por el césped, hacia el pequeño parque que pertenecía a la iglesia. Bajo la luz intensa del sol, reflejada y descompuesta sin cesar por el agua, que apenas un rato antes se había precipitado a cántaros desde las alturas. El cielo de nuevo lucía el esplendor de su intenso azul brillante.

Poco a poco, Dupin tomó consciencia de lo que había ocurrido. Todo había ido demasiado rápido.

No le preocupaba que una bala no le hubiera alcanzado por un pelo. No. Era esa historia atroz y desatinada. La solución del caso. La señora Noiret.

Dupin habría sido incapaz de decir si deambuló tres minutos o quince. Estaba fuera de sí. Y agotado. De pronto, la falta de sueño se había apoderado de él. Siempre le ocurría lo mismo: el colapso solo se producía cuando la tensión remitía. Más de una vez se había sentido desfallecer, como la noche anterior en la cavidad; de nuevo volvía a tener esa sensación insoportable de que el camino ante él de pronto subía o bajaba y perdía el equilibrio.

Sacó el móvil del bolsillo del pantalón.

—*Chapeau*, señor comisario. —Nolwenn contestó al instante y de muy buen humor—. El caso está resuelto; el manuscrito, a salvo; la asesina, atrapada. El otro asesino, muerto. *Rete o terriñ ar graoñenn: Evit kaout ar vouedenn*. Para llegar a la nuez, hay que romper la cáscara. ¡Bien está lo que bien acaba!

Él dibujó una sonrisa de satisfacción.

—Parece ser que Le Ber ya le ha informado...

—Así es. Ha sido breve, pero estoy enterada.

Dupin sorteó una gran higuera repleta de frutos oscuros que ocultaba una vista magnífica del bosque. El dragón. Descansando sobre las colinas bajas. Estaba muy cerca.

—Aballain llevará en coche a la señora Noiret a Rennes. Desde luego, es un policía formidable. —Nolwenn no parecía en absoluto cansada—. En fin, no hay duda de que esa mujer es un monstruo sin escrúpulos. Hay que decirlo. Por cierto, uno de los gendarmes acompañará a Marc Denvel al hotel; está muy afectado. El pobre ha sufrido una conmoción.

Dupin se había olvidado por completo de él. Con todo, a pesar de la detención de Noiret, su resentimiento hacia ese hombre no había disminuido ni un ápice.

—De momento, Le Ber llevará el manuscrito a Concarneau. Odinot se ocupará del resto.

Dupin no quería tener nada más que ver con aquello. De hecho, ese era un caso de Jean Odinot, de la policía de París.

—Señor comisario, seguro que está usted agotado. Dese tiempo.

—Todo va bien. —Dupin intentó tranquilizarla.

—Ahora —siguió ella con tono conciliador— nos sentaremos en el *Maison des Sources* y comeremos algo. Y luego regresaremos tranquilamente a Concarneau.

Era como la noche anterior: en ese instante, después de todo lo ocurrido, la idea de sentarse en una cafetería resultaba absurda; de hecho, Dupin quiso

objetar algo.

—Bueno, creo que... Sí, vale. Perfecto —farfulló en cambio.

—¿Pongo al corriente a Odinot?

—Debo hacerlo yo.

—Muy bien, entonces tengan en cuenta la cuestión de la información y la prensa. Hemos de decir algo pronto: los jefes de redacción ya me están llamando.

—Lo haré.

—Bien, nos vemos en un momento en el Maison des Sources. Desde donde está usted son apenas unos metros. Antes puede dar vueltas tranquilamente. —Como si él se dedicara a deambular al tuntún—. Seguro que le vendrá bien.

—Hasta luego, Nolwenn.

Ella ya había colgado.

Dupin se quedó quieto. Inspiró un par de veces.

De nuevo, todo volvía a parecer real.

Volvió a marcar. Jean tardó un poco en responder:

—¡Hola, Georges! ¿Qué hay?

—Aquí ya hemos terminado.

Una pausa de asombro.

—¿Cómo?

—El caso está resuelto. —Dupin no pretendía ser parco en explicaciones, solo quería ahorrar energías—. Tenemos el manuscrito y a...

—¿Habéis conseguido el legendario manuscrito? ¿Existe de verdad?

—Sí. Y la asesina, también. Adeline Noiret. De tu hermosa París.

—¿Noiret? ¡Pero si fue víctima de una agresión!

—Resulta que...

Dupin resumió en pocas palabras los hechos y las conclusiones. Más tarde ya le contaría los detalles. Cuando estuviera de vuelta en Concarneau.

—¡Es de locos! Entonces resulta que fue precisamente la muerte natural de Laurent la que desencadenó la serie de crímenes. —Odinot dio en el clavo.

—Una cosa más, Jean. —Aquello era importante para Dupin—. Vas a coger el próximo tren que salga y te encargarás de todo lo demás. En especial, de la rueda de prensa.

Dupin se sintió un poco más animado.

—Así lo haré. Llegaré hoy mismo. —Esa promesa fue todo un alivio para Dupin—. Pero antes llamaré a mi superior. Y al ministro del Interior. Estará

encantado con las noticias. —Aquello sonó raro. Incluso macabro. Odinot precisó—: Quiero decir, que estará encantado de saber que la muerte de su hermano fue natural.

La explicación no mejoró las cosas.

A Dupin se le ocurrió algo más:

—Será mejor que llames también al prefecto. Creo que en este caso él no debería tener nada que ver con la prensa.

La sonrisa burlona de Jean Odinet casi se podía oír por teléfono.

—¡Hecho! ¡Cuenta con ello!

—Gracias.

—Lo has conseguido de nuevo, Georges. —Hizo una pequeña pausa dramática—. ¡Has ganado la partida!

A pesar del cansancio, Dupin casi sonrió. En otros tiempos, cuando trabajaban juntos en París, usaban esa expresión cuando resolvían un caso. «Ganar la partida.» Por un momento, sintió cierta melancolía.

—La policía de París te está muy agradecida.

Al instante, la melancolía se desvaneció.

—Bien, vale, ya hablaremos más tarde, Jean.

Ahora fue Dupin el que colgó. Desde la tarde del día anterior, la mayor parte del tiempo había conseguido con éxito dejar de lado lo de «investigador especial de la policía de París». Y así quería seguir.

Entretanto había vuelto al banco del pequeño parque. Aún no había hecho la llamada más importante. Una que lo tranquilizaría muchísimo. Por extraño que fuera, aquella era la razón más poderosa que le había llevado a resolver el caso, a «ganar la partida», a la máxima velocidad.

—Claire, soy yo.

—¡Qué rápido, Georges! ¿Ya habéis resuelto el caso?

No era una pregunta de verdad. Más bien era la afirmación que revelaba que ella, de hecho, no había tenido la menor duda.

—Sí, está resuelto.

Había sido un caso brutal en unas circunstancias también brutales. Dupin se sentía aliviado de poder abandonar pronto el bosque. Un lugar mágico, sí, único. Pero con dos caras: el bosque de belleza infinita, habitado tal vez incluso por elfos brillantes y alegres, y el bosque siniestro del otro mundo. El lugar de las sombras, de la magia negra y los secretos peligrosos. De druidas siniestros. De locos. Un lugar que arrastraba a las personas hacia el mundo de los espíritus y los demonios. Una vorágine siniestra. La historia de Yvain no

había dejado de acosarlo. Pero Dupin había cumplido el ultimátum y ahora el hechizo se había desvanecido: iba a volver a tiempo. Con Claire. A su hogar en común.

—¿Un caso desagradable?

—Luego, Claire. Ya te lo contaré. Aún tenemos una pequeña reunión y luego volveremos a casa.

¡Qué bonita frase!

—La verdad es que no contaba contigo. Ya me había hecho a la idea de pasar unos días sin ti —reconoció entre risas—. Pero, claro, así es mejor. ¿Cuándo llegarás?

—Calculo que... sobre las siete de la tarde.

—Entonces, quedamos a las siete en el Amiral. Cenamos algo y luego seguimos desembalando.

Esa frase tuvo el mismo efecto que una docena de cafés solos. Desde luego, era una palabra mágica: «Amiral».

—Estupendo.

Estaba de vuelta. De vuelta al mundo. Con Claire. A su vida.

En cierto modo, aquel fue un final conciliador. Su intención había sido iniciar la excursión de equipo en el Maison des Sources. Sin embargo, eso no había sido posible porque poco antes había estallado la locura. Y esta había seguido produciendo estragos durante veinticuatro horas.

Ahora estaban todos allí. Los cuatro. Rendidos, agotados, destrozados. Cada uno sumido en sus propias cavilaciones. Cuando pensaba en el caso, Dupin seguía sintiendo repugnancia. Sobre todo hacia la señora Noiret. Intentó distraerse y miró a su alrededor.

La acogedora sala estaba presidida por una chimenea abierta, que era su centro indiscutible y reunía a su alrededor a la gente en otoño y en invierno. Aquel día, sin embargo, había poca lumbre, apenas dos leños. El suelo, de grandes losas de piedra, parecía tan antiguo como la casa, de la Edad Media. Mesas de madera. Igual que las sillas, aunque todas diferentes. Una mezcla aleatoria de objetos que creaba un ambiente extraordinario.

Dupin ya se había tomado dos cafés. Había comido además una exquisita *tartine* de setas fritas en tocino «recién recogidas del bosque». Ya hacía nueve horas del cruasán que había tomado a toda prisa por la mañana y aún faltaban tres para la cena en el Amiral. Aquello le devolvió un poco la energía.

—*Hep stourm ne vezer ket trec'h!* ¡Sin lucha no hay ganador! ¡Y nosotros

hemos luchado de forma brillante!

Nadie reaccionó ante la observación eufórica de Nolwenn.

—Bueno, ya hemos visto casi todos los lugares artúricos. ¡Y seguro que no los olvidaremos fácilmente!

Dupin cerró los ojos por un momento.

Al abrirlos, su mirada se posó en el sobre que Le Ber había dejado en el centro de la pequeña mesa. Era como si el investigador no quisiera perderlo de vista. Desde que lo habían encontrado, no le habían prestado atención por orden estricta de Dupin. Por eso habían dejado de lado todas las preguntas relacionadas con el manuscrito. Pero lo que contenía aquel sobre de apariencia normal era extraordinario.

—Le Ber, ¿le gustaría echar un vistazo? —Dupin apenas podía creer lo que estaba diciendo.

El inspector lo miró como si hubiera perdido el juicio.

El comisario volvió a animarle a hacerlo. Era como decir: «¡Vamos, se lo merece!».

Dupin no sabía qué le había llevado a ello, pero no todos los días pasaban cosas así. Un manuscrito legendario que hasta el momento había sido pura especulación.

—¿Habla en serio, señor comisario?

Incluso Nolwenn vaciló.

Por un instante, se hizo el silencio.

Entonces Dupin, sin decir palabra, tomó el sobre, extrajo la funda protectora que contenía el manuscrito, como si eso fuera algo de lo más normal, abrió la cremallera y sacó su contenido.

Le Ber, boquiabierto, se retiró un poco de la mesa con un gesto instintivo. Labat y Nolwenn lo miraban incrédulos. Dupin ya tenía el libro en la mano. Pesaba menos de lo que sugerían sus tapas de madera y los herrajes. El círculo de cobre brillaba con fuerza. Dupin lo abrió al azar por una página del centro y luego lo apoyó sobre la funda para que todos pudieran examinar las páginas desplegadas. Frases hermosas escritas en letras muy arqueadas con tinta negra. La primera letra de la página, una «S», era tres o cuatro veces mayor que las demás y tenía un diseño muy artístico, con un adorno delicado en verde y rojo, como si fuera hiedra. En el tercio inferior presentaba un recuadro dibujado en trazo fino y, en su interior, una ilustración en colores brillantes que parecía recién hecha: un caballero magnífico vestido con armadura y un león poderoso, en oro, en un gran bosque. Dupin no se lo podía creer. Aquel debía

de ser el Caballero del León.

De pronto, Le Ber exclamó:

—¡Pero si no es francés antiguo! ¡Es, es... bretón antiguo! ¡Celta! ¡El autor era bretón! ¡No inglés, ni siquiera francés! ¡Era celta! ¡Bretón! ¡Todo empezó con un bretón! ¡Él fue quien puso por escrito por primera vez las tradiciones orales!

Dupin se preguntó atónito cómo aquello podía ser una sorpresa. ¿Acaso en la Bretaña no había siempre un bretón detrás de cualquier cosa? Un bretón o, aún mejor, toda la Bretaña. Sin importar el descubrimiento, la hazaña o la circunstancia extraordinaria. En todo caso, Dupin, que no era más que un aficionado, no esperaba otra cosa.

Le Ber siguió examinando la página. Nolwenn, Dupin y Labat también se habían levantado para verlo mejor y permanecían juntos, inclinados sobre el manuscrito.

—Bretón antiguo. —Una devoción profunda se dejó oír en la voz de Le Ber—. Cuesta leerlo.

Desplegó con cuidado otra página. Parecía en trance. Nolwenn, aunque no decía nada, tenía la mirada brillante.

—Difícil, difícil. —Por la voz, Le Ber parecía abatido. Daba la impresión de que era incapaz de descifrar aquello—. Desde luego, será mejor dejarlo en manos de los expertos. —Hizo ademán de cerrar el libro, pero se detuvo—. ¡Aquí, aquí! —Señaló una breve palabra a la vez que se esforzaba por no tocar el pergamino—. *Tra* —Levantó tanto las cejas que parecían tocarle la frente—... *An Tra*!

—¿Qué significa? —preguntó Dupin.

—*An Tra* es una palabra bretona. Aún existe. Significa algo así como «la cosa».

—¿La cosa?

Era absurdo.

—Eso es, la cosa —confirmó Nolwenn sin más.

Le Ber volvió hablar con tono dramático:

—Pero también significa «nada». Nada de nada.

—¿Y qué se supone que quiere decir eso? —preguntó Labat, escéptico.

Le Ber escudriñó febrilmente el texto.

—¡Aquí! —gritó— '*pesketaer rouanez*'! —Las caras de Dupin y de Labat dibujaron auténtico desconcierto—. ¡El Rey Pescador! ¿No se acuerda? La historia de Yvain. ¡El guardián del Grial! —Una pausa. Dupin se acordó—.

¡La cosa! —De nuevo, una pausa. Le Ber estaba fuera de sí—. La cosa. Así es como los grandes autores llamaban también al Grial. ¡La cosa!

Dupin tampoco podía entender su entusiasmo. Aun cuando ahí se estuviera hablando realmente del Grial, y no de un simple objeto o de «nada», ¿por qué era tan sensacional descubrir que el Grial se conocía con ese nombre en la fuente original y no más adelante?

—¿No lo entiende? —Le Ber estaba absolutamente fuera de sí. Entonces abrió con cuidado la primera página—. No consta el nombre del autor. No hay ni el menor indicio. No importa. En esa época, el autor carecía de importancia.

—Me parece que vamos a volver a guardar el manuscrito en su sitio. Y que los expertos se encarguen de todas las interpretaciones, traducciones y significados.

—¿No podríamos...?

—Debemos marcharnos pronto —interrumpió Dupin. Lamentó haber alentado a Le Ber.

El inspector volvió a introducir el manuscrito en la funda con expresión de pesar.

—Tiene usted razón, jefe. Este es un momento demasiado banal para revelar un misterio como este —suspiró.

Nolwenn cogió su bolso.

—Una cosa más... —Dupin vaciló, pero aquello le tenía intranquilo. Era algo que le inquietaba como si fuera un pequeño fantasma. Aunque era ridículo. Tal vez Le Ber podía ayudarle; debería haberle preguntado antes. Él era un gran experto en flora y fauna—. ¿Qué...? —¿Cuál era el mejor modo de plantear esa cuestión?— ¿Qué animales blancos habitan en el bosque, Le Ber?

Ahora fue el inspector quien lo miró desconcertado.

—¿Animales blancos? ¿Cómo de blancos?

Una pregunta aún más rara.

—Blancos de verdad, que no sean de color gris claro ni similares. —Tal vez Le Ber se refiriera a eso.

El inspector reflexionó.

—Pingüinos.

Sí, en efecto, el inspector había dicho «pingüinos».

—¿Pingüinos?

—No sabría decirle cómo es posible, jefe, pero en todos sus casos aparece un pingüino. Es algo asombroso. —En efecto, los animales preferidos

de Dupin. Pero aquí no tenían nada que ver—. Seguro que ya habrá leído acerca de los pingüinos monstruo que se han descubierto, jefe. Esos pingüinos primitivos que dominaron la tierra tras la extinción de los dinosaurios. Se han hallado algunos huesos. ¡Esos animales medían casi dos metros de altura y pesaban más de cien kilos! ¡Fueron los cazadores más grandes del planeta en su tiempo!

Dupin, claro está, había leído esa información.

Le Ber pareció regresar a la realidad sin necesidad de ayuda; justo en ese instante, Dupin se disponía a intervenir de forma elocuente.

—¿Y qué tamaño podría tener ese animal que dice usted?

—Quizá el de un gato adulto, o un poco más grande. ¿Tal vez como una marta?

A decir verdad, Dupin no tenía una idea muy clara sobre el aspecto de una marta; lo que a él le interesaba era identificar a la criatura que había visto durante el caso.

—¿Ha visto usted un animal blanco de ese tamaño?

—De hecho, varias veces —se atrevió a decir Dupin. A fin de cuentas, daba la impresión de que Le Ber consideraba aquello una pregunta de tipo zoológico más o menos sensata.

—¿Hoy?

—Y ayer también.

—Si fuera invierno, le diría que ha visto un armiño blanco. Unos animales que, por otra parte, no suelen dejarse ver. De hecho, solo asoman en los lindes del bosque, no en él.

—¿Un armiño?

Dupin conocía el armiño. Cualquiera breton lo conocía. Era el animal más importante de la Bretaña. A principios del siglo XIII pasó a formar parte del escudo de la región e incluso en la actualidad podía admirarse en la legendaria bandera bretona, la *Gwenn-ha-du*. Para ser precisos: once colas de armiño. Eso, a su vez, significaba que el animal estaba en todas partes: en tapas y botellas de cerveza, rótulos de restaurantes, cajas de galletas, camisetas, pegatinas de coches, camisetas de fútbol... En su tiempo fue el símbolo del gran ducado de la Bretaña, y hoy en día seguía siendo considerado el mayor símbolo de la independencia bretona. Un sinónimo de la Bretaña.

Más tarde, otros ducados, principados y reinos en Europa lo adoptaron en sus escudos, e incluso el Papa llevó ropa hecha con esa piel blanca, símbolo

de poder. Pero todo, cómo no, había empezado en la Bretaña. Y la razón por la que había sido ese animal y no otro apuntaba a lo más profundo del alma bretona: se decía que el armiño preferiría morir antes de ensuciar con barro su pelaje blanco invernal. De ahí aquella divisa, tan famosa como difícilmente interpretable, que decía: «Mejor morir que mancillarse», en el sentido de «cometer una vileza». En la mente bretona eso significaba que era mejor morir que someterse. A veces, Le Ber tarareaba la legendaria *La blanche Hermine*, una canción de los años setenta de lucha identitaria que para muchos bretones tenía el rango de himno nacional no oficial.

—Pero, como ya he dicho —aunque el tema era emocionante, Le Ber se mantenía bastante contenido—, solo son blancos en otoño o invierno. Si no, son de color marrón y blanco.

—Ya veo. ¿Y no se le ocurre nada más?

Dupin se sentía decepcionado.

—A menos que... —empezó a decir Le Ber. Pero se interrumpió.

—¿A menos que qué?

—Hay leyendas que dicen que hay armiños que tienen la piel blanca durante todo el año; son unos ejemplares únicos y muy especiales. Sin embargo, aunque hay historias aisladas de encuentros con estos animales, más bien forman parte del reino de las fábulas. —Dupin estaba más que servido de fábulas—. Por otra parte, ¿quién sabe? Se dice que ver uno de esos armiños blancos tiene un significado especial.

—¿Cuál exactamente?

—Que la persona sufrirá una desgracia de la que, sin embargo, saldrá bien parada. Pruebas duras y enconadas que superará tras luchas igual de duras y enconadas. Sin ese armiño, claro está, esa persona estaría perdida. —Dupin no dijo nada. Tenía una sensación extraña. Le Ber siguió sin inmutarse—. Ejemplos que encajan: usted sufre un accidente y choca contra un árbol, pero no de forma frontal ni con un desenlace fatal: solo la carrocería sufre daños graves. O alguien dispara un arma a poca distancia de usted y la bala no le alcanza. Algo que, de hecho, es casi imposible, incluso cuando quien dispara carece de experiencia. —Dupin siguió sin decir nada—. Cosas así —insistió Le Ber—. O incluso todo el caso. ¡Es una suerte que lo hayamos resuelto! ¡Piénselo!

Tampoco entonces Dupin dijo ni una palabra. A pesar de que todas las miradas estaban clavadas en él.

—Desde luego eso explica algunas cosas —admitió Nolwenn.

—Nos vamos. Nos vamos de este bosque. —Dupin salió fuera con paso decidido.

La *Grande Cocotte* fue excelente. Una delicia. Junto con el entrecot, aquel era uno de sus platos favoritos en el Amiral. Por costumbre, Dupin estuvo a punto de pedir entrecot, pero horas atrás ya había tomado uno para desayunar. Claire propuso la *Grande Cocotte*. Saborear aquel plato era siempre una fiesta, gracias en parte al acompañamiento. Tan simple, tan refinado, tan exquisito: media langosta y varios mejillones y cigalas bañados en un fondo delicadamente equilibrado de marisco, nata y maravillosas especias. De postre, un suflé de caramelo para Claire y un *moelleux* de chocolate para Dupin, un pastel caliente divino que conservaba el interior líquido. Claire había pedido su vino favorito de entonces: un Chinon Blanc de Couly-Dutheil, una nota muy mineral con aromas cítricos.

Fue bueno cenar despacio y salir del restaurante más tarde de lo previsto.

Era curioso. Como por arte de magia, Dupin había recuperado todas sus fuerzas. Y no solo un poco —al menos por la impresión que ahora daba—, sino por completo; y eso que para entonces llevaba, de hecho, cuarenta horas sin dormir. Todas las fatigas y la locura descabellada y atroz de aquel caso se habían desvanecido sin más. Con cada kilómetro que se alejaba del bosque, que habían recorrido en su coche destartado, no solo se iba creando una distancia temporal y espacial, sino también interior. Lo ocurrido estaba cada vez más lejos. Si alguien le hubiera dicho que todo aquello había tenido lugar hacía una semana, o el mes anterior, Dupin no se lo habría rebatido. La sensación temporal «objetiva» era falsa.

Habían cenado muy contentos. Casi alborozados.

Dupin empezó a explicar el caso; Claire apenas dijo nada al respecto. Al cabo de unos minutos, cuando llegó el aperitivo —unas ostras salvajes con mantequilla a las hierbas y jengibre para ella, y la clásica terrina de *foie gras* para Dupin—, él se interrumpió en medio de una frase y dijo:

—Da igual, ya te lo contaré otro día. —Añadió un vago «tal vez» y luego preguntó—: ¿Y qué tal tus dos días en el hospital?

Tampoco Claire quería hablar mucho de ello, así que pronto pasaron a charlar de otras cosas, lo cual resultó muy reconfortante.

Cuando llegaron a casa, Dupin se duchó mientras Claire abría una botella de vino y una bolsa de patatas fritas con sal y vinagre, sus preferidas, y se acomodaba con un cojín y una manta en el suelo de la sala de estar. En medio

de todas las cajas que todavía tenían que vaciar. La luz era agradable y crepuscular: el sol estaba a punto de ponerse.

Dupin se sentó a su lado. Levantó una copa de vino.

—Por nosotros. Por nuestro hogar, Claire.

Le embargó una sensación de felicidad intensa. Sin quererlo, pensó en el armiño blanco. Era incomprensible. Aun así: él podría no estar sentado ahí ahora. Y lo mismo podía decirse de todo lo demás. Como que Claire estuviera ahí y, sobre todo, que estuvieran allí juntos. También ese había sido un camino largo y enrevesado que podría haber terminado mal en cualquier momento. Era posible que sí se hubiera topado con un armiño blanco.

—Sí, Georges. Por nuestro hogar.

Tomaron un sorbo.

—¿Manos a la obra?

Claire señaló las cajas de cartón que tenía delante. Comió algunas patatas fritas.

—¡Manos a la obra!

Se pusieron en cuclillas.

Era una de las cajas de Dupin. La pequeña colección de navajas que había heredado de su padre y que desde joven era sagrada para él. El comisario la había ido ampliando. En París, durante sus viajes, en Concarneau... En la magnífica tienda de artículos de pesca al lado del Amiral, en la cuchillería de la Ville Close que había junto a la heladería... Al lado de la caja, muy bien embalado, el primer cuadro que Dupin había comprado en toda su vida. En su primer año bretón. De uno de los grandes pintores que habían visitado la Bretaña a finales del siglo XIX. Maxime Maufra, un buen amigo de Gauguin. Pintaba unos atardeceres bretones inconcebibles, lo cual venía a ser, de hecho, de un realismo absoluto, tal y como eran. En los colores más inverosímiles y absolutamente reales. Un maestro de la luz y de los colores, es decir, de lo que representa lo más profundo de la magia de la Bretaña. Unos cuadros embriagadores, llenos de agitación vibrante. Dupin había comprado el cuadro a Françoise y Jean-Michel Gloux, propietarios de la Galerie Gloux, situada al final de la gran plaza, un lugar donde todo tenía la misma apariencia que a finales del siglo XIX. A veces, Claire y él salían a cenar con ellos.

—El cielo, el mar, los colores. —Claire había desembalado el cuadro y lo sostenía con una mano. Luego señaló hacia la puerta que conducía a la terraza—. ¡Hoy la realidad supera al arte!

De regreso del Amiral ya habían admirado aquel atardecer magnífico desde el coche. Claire no había traído el suyo, sino que habían ido en el de él; por lo tanto, ella ya había visto el lateral izquierdo destrozado. Opinaba como Nolwenn: se imponía la compra de uno nuevo.

—¿Sabes qué? —Claire dejó a un lado el cuadro con gesto decidido—. ¿Sabes qué vamos a hacer ahora? Vamos a disfrutarlo de verdad. Del atardecer. Desde nuestra playa. Vamos a bañarnos.

—Yo...

Dupin no dijo más. Era fantástico.

—Vamos. Me voy a cambiar. —Claire subió la escalera a toda prisa.

Dupin iba a seguirla cuando le sonó el teléfono. Lo miró de mala gana.

Jean.

Al ver quién era, se sintió obligado a responder.

—¿Diga?

—¿Ya estás en casa?

—Así es.

—No te molestaré mucho, Georges. En unos minutos llegaré a Rennes. Pero te llamo por otra cosa.

—¿Y bien?

Dupin subió la escalera. Él también necesitaba el bañador.

—He hablado con el ministro del Interior. Y con el jefe de la policía. A finales de año va a quedar vacante uno de los puestos más altos de la policía de París. Con rango de director general. —Hizo una pequeña pausa—. Ellos, los dos, quieren que tú ocupes ese cargo.

—¿Cómo?

Dupin estuvo a punto de tropezar.

—Quieren que regreses. A París. Al lugar que te corresponde.

—Yo... —Dupin no sabía qué debía decir.

—Y deberías traer contigo al inspector Le Ber. Si quieres, incluso a los dos inspectores. Y, por supuesto, a Nolwenn. Adaptarán el puesto a tu voluntad y según tus deseos.

—Yo, bueno, te llamo mañana. ¡Gracias! —Fue lo único que logró decir.

Dupin colgó.

Permaneció parado en la escalera durante un rato. Luego se pasó la mano por el pelo. Era increíble. Estaba aturdido, pero también, y eso era muy raro, emocionado.

¿Aquello había pasado? ¿De verdad? ¿Esa llamada había sido real?

De ser así, entonces era tan absurdo que resultaba irreal.

Aquel atardecer no tenía nada que ver con el del día anterior junto al río, tan suave, apacible y tranquilo, por mucho que también fuese muy hermoso.

Aunque durante el día las nubes y el azul habían dado la impresión de estar compitiendo entre sí por la hegemonía del cielo, con la caída de la tarde parecían haber llegado a un pacto de coexistencia. Con un único objetivo: demostrar juntos todas las posibilidades del juego de luces, colores y formas.

Las nubes se mostraban en distintos niveles. Era un caos infinito de pinceladas delicadas, luminosas y rápidas. Miles. Y cada una con un color propio y distinto: lila suave, lila intenso, todos los tonos del rosa; blanco y blanco penetrante; amarillo; azul celeste e incluso un tono verdoso espectacular, el turquesa. Las islas Glénan, situadas al sur de Concarneau, destacaban esa tarde de forma nítida, sobre todo el faro de Penfret. Sobre la capa turquesa asomaban unas nubes espesas y algodonosas de un cálido gris azulado, completamente inofensivas. Sus contornos externos refulgían en un tono blanco y un poco rosado, como si fueran bordes decorativos. Sobre el faro, aquellas nubes de felpa habían dibujado una forma extravagante, una especie de corona de cuatro puntas y cuatro perlas, que el sol aún iluminaba, dando lugar a un color rojo increíblemente intenso. Una señal estampada en el cielo.

La tercera capa: nubes blancas de cuento sueltas y repartidas por todo el cielo, augurio de buen tiempo. Y, en el centro, el sol: una bola naranja brillante y resplandeciente que ya se empezaba a ocultar en el mar, con un fulgor tal que parecía que fuera no a agotarse. Una fuerza bruta tan bella como destructora.

Claire y Dupin se habían sentado en primera línea, junto al agua, sobre unos bloques de granito lisos que se adentraban unos metros dentro del mar. A Dupin le gustaban las piedras, porque allí podía tumbarse a gusto y no llenarse de arena. Claire, en cambio, adoraba estar tirada en la arena. Por eso el lugar era perfecto para vivir allí: la arena y las piedras estaban juntas. Tenían las dos cosas.

Esa tarde se quedaron en las piedras, muy juntos, con las piernas y los hombros rozándose. El cabello de Claire caía sobre los hombros de Dupin.

El mar estaba en calma, tranquilo. Era de un azul muy oscuro que se mostraba imperturbable ante el espectáculo de luz y colores del cielo y que conservaba majestuoso su tonalidad en todas partes.

Claire había llevado consigo la botella de vino y dos copas. Solo vestían

una camiseta sobre sus prendas de baño.

Estaban solos. Como si la playa fuese suya. Igual que el atardecer. En exclusiva.

El aire era tibio. Era una tarde perfecta de verano.

Apenas hablaron; de vez en cuando, tomaban un sorbo de vino. Se dejaron llevar por la magia. En una o dos ocasiones, Dupin pensó en la llamada de Jean con sentimientos encontrados. No había vuelto a pensar más en el caso.

De pronto, Claire dejó la copa a un lado y se quitó la camiseta.

—Vamos, ahora, ven.

Dupin hizo lo mismo.

Ella fue la primera en meter el pie en el agua.

Se adentraron muy despacio. A pesar de los cambios bruscos de tiempo, el mar conservaba una temperatura agradable. Tenía el verano acumulado en su interior.

Dupin se detuvo cuando el agua le llegó al vientre. En ese momento siempre se quedaba quieto un momento.

—No hay nada más bonito. En todo el mundo.

Claire se deslizó en el agua y empezó a nadar con fuertes brazadas; era una buena nadadora. Elegante. A Dupin le gustaba verla nadar. Sumergió la cabeza en el agua y siguió nadando.

Dupin se impulsó con la punta de los pies y también se sumergió en el agua. Hizo una larga zambullida. Era verdad: no había nada más bonito. Y con ello se refería a algo más que el Atlántico. Se refería a todo. A todo en ese momento.

Unas semanas más tarde

Como no podía ser de otro modo, el descubrimiento del manuscrito causó una tremenda sensación, y no solo en el mundo académico. En todas partes se hablaba del «sensacional hallazgo histórico». También del «robo de película y el tremendo destino de los implicados», y la historia de cómo la policía bretona había ayudado a los colegas de París se explicaba añadiendo detalles fabulosos y llenos de fantasía. Se llegó a afirmar, literalmente, que «un comisario bretón había colaborado en el caso artúrico» (una expresión por la que Dupin había estado luchando siete años).

De hecho, y Dupin lo odiaba, habían llegado a referirse a él como el «Caballero Astuto», el «Caballero del Grial» e incluso como «primer caballero de la Mesa Redonda». Era ridículo. De todos modos, eso era inevitable en un caso que todo el mundo había dado en llamar el «caso artúrico».

La decisión acerca del legendario *Parc de l'Imagination illimitée* se había pospuesto a causa de los «sangrientos acontecimientos».

El manuscrito se devolvió a la biblioteca de Aberystwyth.

Al instante se formó, como correspondía, un gran «equipo de investigación especial internacional». Los expertos más famosos del mundo — excepto la desacreditada comisión francesa de la Sociedad Artúrica — se habían lanzado ya a estudiarlo al fondo. Al autor y el propio texto.

Del contenido exacto solo se informaría cuando finalizaran esos estudios. Le seguiría una traducción al francés moderno y a docenas de otras lenguas.

Como no podía ser de otro modo, las especulaciones asomaban hasta por debajo de las piedras. No había nada que no se hubiera imaginado. Se había llegado incluso a escribir acerca de la gloriosa «santa escritura» que traería la «paz eterna al mundo», puesto que con ese hallazgo se iniciaba una «nueva era artúrica».

Lo que se sabía con certeza era que el manuscrito, más allá de su contenido, era tan sensacional como cabía esperar. Por el mero hecho de que ahora ya no cabía duda de la existencia de un «texto original» acerca de la leyenda de Arturo. El cual, en opinión de los expertos, posiblemente recopilaba y ponía por escrito las narraciones orales celtas, que en esa época

estaban muy extendidas. Era el texto en el que se habían basado los «autores artúricos» posteriores. Incluso se había llegado a formular la sospecha de que Godofredo de Monmouth había leído y estudiado el texto y que él mismo lo había proscrito a una biblioteca monacal bajo unos datos falsos con la esperanza de que el manuscrito no pudiera ser hallado y él fuera considerado por siempre como el primero en poner sobre el papel aquella epopeya.

Luego, en algún momento, el manuscrito había llegado a Aberystwyth. Lo decisivo del descubrimiento era, cómo no, que era un texto bretón, bretón antiguo, primigeniamente bretón. Lo cual, por otra parte, no era algo que los bretones no hubieran sospechado desde siempre.

Algunos de los académicos del ilustre círculo oficial que podía estudiar el manuscrito ya habían hecho saber de forma anónima que, por desgracia, el Grial mantenía el nombre de «la cosa». Por el momento, afirmaban, no se podía decir nada más al respecto. Y también que las referencias al «Arturo real», que desde luego existían, aunque eran muy vagas, tenían «una interpretación muy complicada».

A Dupin le gustaba ese estado provisional. Por él podía seguir así. Tal vez fuese mejor que el Grial fuera «la cosa» para siempre. Un misterio fulgurante, una necesidad y un afán. Y Arturo, también. Un ideal eterno, un estímulo, una exigencia, una obligación. No había nada más poderoso.

Sobre el autor

JEAN-LUC BANNALEC es el seudónimo tras el que prefiere ocultarse este autor alemán que vive a caballo entre su país natal y la Bretaña francesa. Su serie del comisario Georges Dupin se ha convertido en un auténtico fenómeno y lleva vendidos más de 3.000.000 de ejemplares.